¿Qué sucede cuando naces inmortal y maldito?
Condenado a amarte
Hijos de Nuada 1
Dolores Domínguez

¿Qué sucede cuando naces inmortal y maldito?
Condenado a amarte
Hijos de Nuada 1
Dolores Domínguez

CONDENADO A AMARTE

Autor: Dolores Domínguez

CAPITULO 1

Londres, Inglaterra.

Aquel nunca había sido uno de sus dones. Podía leer el pensamiento de los demás si lo buscaba, pero jamás un contacto accidental había hecho algo así.

—Buena noche, Barlay —le felicitó Rowland caminando hacia la salida del club.

Tan solo fue un cordial saludo. Una simple palmada en la espalda para felicitarle por una buena partida de cartas y todo su ser se encogió ante el estruendo de imágenes que invadieron su cabeza.

Lucien Laverty, conde de Barlay, no pudo contestar, se había quedado paralizado. Mudo por la crueldad de aquellas escenas.

Todos los miembros del club conocían la inclinación de Rowland por golpear a las mujeres. No era ningún secreto, pues él mismo se jactaba con frecuencia de ello. Sin embargo, lo que Lucien había visto, iba más allá de una actividad sexual.

Nadie le vio recorrer en un solo paso los casi diez metros que ya le separaban de Rowland. Amparado en la escasa luz de la entrada al club de la calle St James y ayudado por las borracheras de la mayoría de los miembros que lo abandonaban, Lucien utilizó su magia para recuperar los segundos que el atropello de imágenes sin sentido le habían hecho perder. Buscó un segundo contacto.

Rowland subía a su carruaje cuando Lucien se abalanzó sobre él, en un tropiezo fingido. Necesitaba algo más que el contacto de una palmada. Con sus dos manos apoyadas sobre la espalda de Rowland, se empapó de aquellas escenas que segundos antes solo había vislumbrado.

¿Pero qué diablos…? ¡Barlay! —le reprendió Rowland enfurecido, sacudiéndose de encima las manos de Lucien como si fuesen a mancharle.

—Creeo… que me… iré… a dormir—le contestó Lucien arrastrando las palabras, en un intento de parecer tan borracho como los demás.

Rowland ni siquiera se molestó en contestar. Seguía empeñado en deshacerse del contacto de Lucien. Sus manos seguían sacudiendo el lugar donde él le había tocado. Con una mueca de

asco en su rostro, entró en el carruaje y golpeó el techo indicándole al cochero que podía partir, poco le importaba un conde borracho.

Lucien se irguió, se colocó su capa sobre los hombros y caminó hacia la oscuridad de la noche. Hacia las sombras producidas por las mansiones y los callejones. Ya tenía lo que buscaba. Nada le retenía en ese lugar. Así que se dejó llevar por el viento y sus moléculas se separaron hasta desmaterializar su cuerpo.

Sus células volvieron a unirse formando un cuerpo sólido en la biblioteca de su mansión. Nada más tomar consistencia su mente vagó por los recuerdos que había absorbido de Rowland.

«—No, he hecho nada… por favor suélteme.

—Bruja, eres una bruja… ¡Confiesa! —le gritaba Rowland.

—¡Ahh! —el grito de la joven desgarró el silencio. Rowland había golpeado su espalda con un látigo. Una segunda sacudida estremeció el cuerpo de la joven antes de desmayarse.

—Esperad a que despierte —ordenó Rowland —. Mientras seguid con las demás.»

Las imágenes se cortaron. Lucien terminó de dar un paso. No se había dado cuenta de que se había detenido. La escena le había inmovilizado. Tomando todo control de su cuerpo.

Una copa, necesito un buen trago, se dijo. Caminó hacia la mesita con las bebidas y tomó una botella de whisky y un vaso. El líquido ambarino descendió de un golpe por su garganta. Se ahogaba. Necesitaba otro. Volvió a llenar el vaso y a vaciarlo con rapidez.

«—Esta es mía—. L*as manos de Rowland acariciaron la piel ensangrentada a causa de las heridas. Sus ojos se cerraron, mostrando placer por el contacto. Con sus manos manchadas de sangre, siguió acariciando el cuerpo desnudo e inerte de la joven. Manoseó los delicados pechos. El rostro de Rowland mostraba placer, el de Lucien repulsión. Siguió contemplando, como espectador involuntario, las manos de Rowland pellizcando los rosados pezones de la mujer, cubriéndolos de rojo. Los ojos de Lucien siguieron el camino de una gota de sangre que resbaló por el vientre femenino y se perdió en su ombligo. Tan solo había parpadeado y en ese tiempo, ese diminuto camino había sido extendido por la asquerosa mano de Rowland. La joven levantó la cabeza y le miró horrorizada. Sus ojos verdes cristalinos, miraron más allá de su torturador, más allá de todo cuanto veía.*»

Miraron directamente a los ojos de Lucien y rogaron la muerte.

Sacudió la cabeza y la imagen desapareció de su visión. Esos ojos miraban a Rowland, se dijo, tenía que ser así. ¿Cómo iban a mirarle a él?

Inclinó la botella para llenar el vaso de nuevo, pero no había botella, ni tampoco vaso. Los cristales estaban incrustados en su piel. Había apretado con tanta fuerza sus manos, que la botella y el vaso se habían hecho añicos. Se miró las manos, temblaban. Sus músculos estaban tan contraídos que su piel estaba pálida y los cristales atrapados entre ellos. Tiró con fuerza de un trozo. No sentía dolor alguno en la mano aunque la herida era profunda. Observó hipnotizado el descenso de una gota de sangre que se escurrió del cristal y volvió al interior de su cuerpo. Ni una gota abandonaría sus venas, en cambio en ella no era así. La sangre humana se derramaba en cada herida. Rowland había extendido ese líquido rojo por todo su cuerpo con un deleite monstruoso.

«*—Puedo estar así todo el tiempo que desees —le susurró con lascivia al oído—. Disfrutaré cada segundo.—Rowland acompañó sus palabras con un movimiento de cadera que colocó su miembro erecto junto a la pierna femenina. Las cadenas rugieron cuando ella intentó apartarse.*»

La escena desapareció de su cabeza y Lucien veía de nuevo sus manos. Cerradas y con los cristales a través de su piel. Por un momento, pensó en su hermano. Solo Marcus era capaz de crear imágenes sobre la palma de la mano. Observó su puño, no su palma. La única imagen allí estaba en su cabeza. Tiró de un nuevo trozo de la botella sin ni siquiera abrir sus dedos. En aquellas manos no había dolor ni sangre. Abrió los puños y miró, extrañamente sosegado, los restos de la botella y del vaso que aún estaban en él. La herida producida por la extracción del anterior trozo ya había cerrado, y la otra llevaba el mismo camino. Uno a uno se quitó los cristales y los arrojó al suelo. Los contempló a sus pies, sobre la alfombra. Todos limpios, sin una mancha roja.

«*—No me importa si confiesas o no. Puedo mantenerte viva durante días. Tardaré mucho en cansarme de acariciar este precioso cuerpo.*

Las palabras de Rowland se mezclaban con el rechinar de los grilletes. La única protesta de ella. De sus labios no saldría ni una palabra de súplica, no le daría ese placer. Sus ojos le miraron desafiantes y Rowland le apartó la mirada con un bofetón en la mejilla. Los dientes de ella mordieron la comisura de sus labios tragándose la sangre.

—¡Eso es mío!—gritó Rowland, apoderándose de los labios con su boca en un beso posesivo y doloroso.

Los ojos de la mujer se movieron examinando. Cuando hallaron lo que buscaban, una lágrima rodó por su mejilla.»

Lucien dio un paso atrás sorprendido. Sus pupilas lo habían

buscado, como si se hubiese encontrado allí. Lo habían buscado. Esos ojos verdes que rogaban la muerte a alguien que no estaba allí, lo habían buscado. Caminó en círculos alrededor de los cristales del suelo. Él no había estado allí, ¿por qué ella le miraba? A todo esto, ¿quién era ella?

Se pasó las manos por la cabeza y desordenó sus cabellos mientras buscaba en su propia mente, entre sus propios recuerdos.

Esos ojos verdes, ese brillo de las lágrimas, esa súplica…

Continuó paseando por la biblioteca como un animal enjaulado. Caminó y deshizo el camino.

«*—Traed agua para limpiarla, no quiero sangre seca sobre ella*.

Un monje le acercó un cubo del que colgaba un trapo. Lo dejó a su lado y se apartó. Ni siquiera lo miró. Permaneció quieto y con la cabeza oculta en la capucha del hábito, a la espera.

¿Quiere que la limpie? — preguntó el monje. Su voz temblaba, incapaz de ocultar el miedo que sentía.

—¡No vais a tocarla! — gritó Rowland enfurecido a apenas unos centímetros del rostro del monje que se asustó tanto que tropezó en su huida y cayó al suelo.

—Padre nuestro… —rezaba el monje mientras se arrastraba lejos de Rowland.

Ninguno de esos monjes excitados iba a tocarla. Ella era suya. Sin embargo, la idea de limpiarla él mismo tampoco era de su agrado. La solución apareció a sus ojos al mirar hacia la derecha. A ella aún no la habían tocado. Rowland caminó hacia una mujer. Agarró las llaves que colgaban de su cinto y abrió los grilletes que la sujetaban a la pared.

—Límpiale la sangre seca—le ordenó mientras señalaba con la mano el cuerpo de la joven.»

Miró desorientado a su alrededor. Se había detenido de nuevo. Como si el tiempo se detuviera mientras veía los retazos de imágenes.

—Convoco a… — Lucien detuvo sus palabras.

No podía convocar los poderes de la espada. No podía utilizar su magia. No cuando el obispo Gardiner estaba removiendo todo el reino en busca de brujas. Quizá no fuera el mejor momento para meterse en problemas. Debería permanecer escondido y esperar el paso del tiempo. Un escalofrío le recorrió de arriba abajo, aquellos ojos verdes que le perseguían no iban a esperar a que todo pasase.

«—Esta es mía—. Las manos de Rowland acariciaron la piel ensangrentada a causa de las heridas. Sus ojos se cerraron, mostrando placer por el contacto. Con sus manos manchadas de sangre, siguió acariciando el cuerpo desnudo e inerte de la joven. Manoseó los

delicados pechos y pellizcó los rosados pezones de la mujer, cubriéndolos de rojo. La diminuta gota de sangre que resbaló por el vientre femenino y se perdió en su ombligo, la mano de Rowland extendiéndola. La joven levantó la cabeza y le miró.»

Lucien retrocedió, huyendo de su mirada.

Buscaría a Rowland y lo descuartizaría vivo. La idea le reconfortó, en demasía quizá, pero poco le importaba en esos momentos volver al pasado. Después de todo, el pasado ya estaba volviendo sin él buscarlo. Sin embargo, la desilusión se abrió pronto paso. Si acababa con Rowland nunca la encontraría a ella. Y aunque fuese un cadáver ya, se merecía descanso.

Los primeros rayos de sol sorprendieron a Lucien de pie junto a la mesa. Había pasado la noche intentando huir de las escenas y lo único que había conseguido era contemplar aquella tortura infinidad de veces. Repitiéndola una y otra vez. Tenía grabado en su mente cada detalle de las heridas de ella, cada corte que la malvada mano de Rowland le había infringido. Así como cada estremecimiento de placer de aquel depravado.

Con determinación, ordenó a su cuerpo desmaterializarse hasta su habitación. Se aseó un poco y se cambió de ropa. Volvería al mismo lugar de la noche anterior. Ese bastardo no andaría muy lejos de las mesas de juego.

El club de la calle St James parecía desierto a esa hora de la mañana. La mayoría de los caballeros aún dormían, la partida de naipes se prolongó hasta la madrugada. No obstante no todo el mundo estuvo allí. Lucien sabía que la persona que buscaba estaría, sin lugar a dudas, en sus salas.

—Buenos días, lord Dudley, diría que duerme usted en el club.— Lucien se sentó junto al anciano, como había hecho a lo largo de las últimas décadas.

—Mi joven amigo, lo más emocionante que hay en mi vida, son las idas y venidas de vosotros, los jóvenes.

—Vamos, señor, tampoco es tan anciano.

La respuesta fue una sonora carcajada. Lord Dudley rondaba ya los cincuenta. Era un anciano en toda regla, con sus cabellos blancos y su espalda ya encorvada. Lucien recordaba cuando el viejo era un joven como él. La de juergas que se habían corrido juntos. Recordó las veces que le hablaba de las noches que había pasado con el anterior conde de Barlay, como si le hablase de su padre, sin saber que hablaba de él mismo. Lucien se paró, pronto moriría como todos los demás y él seguiría allí, con un nuevo título; era tercero o cuarto el número de supuestos condes de Barlay

después del verdadero, su abuelo. Sus pensamientos no caminaron por ahí mucho tiempo.

«Los ojos de la mujer se movieron buscando. Cuando hallaron lo que buscaban, una lágrima rodó por su mejilla.»

—Dime Lucien, ¿qué te trae tan temprano por el club? —Las palabras del anciano hicieron que la escena se esfumara en el aire devolviéndole a la conciencia.

—Buscaba a Rowland.

—¿Ese canalla?—exclamó sorprendido el anciano—. Dejó muy claro anoche que iba a estar fuera un par de días. Viaje por placer. Y ya sabes de qué placer hablaba.

Conocía de sobra ese placer, otra cosa era poder olvidarlo.

«Las *manos de Rowland acariciaron la piel ensangrentada a causa de las heridas. Sus ojos se cerraron, mostrando placer por el contacto. Con sus manos manchadas de sangre, siguió acariciando el cuerpo desnudo e inerte de la joven.»*

—Entiendo… —Lucien apretó los puños bajo la mesa, se le había escapado.

—No me gusta ese hombre. Ten cuidado, hijo.

—Lo tendré, señor. Y descuide, no comparto ni me agradan sus gustos.

—Creo que a nadie. Un hombre así tiene asegurado su pasaje al infierno. Cree que uniéndose a los cazadores de brujas excomulgará sus pecados…

¿Cómo…? —interrumpió Lucien asombrado.

—Hace unos meses, contó que el obispo Gardiner le pidió ayuda en el proceso de las brujas. Se jactaba de haber encontrado un entretenimiento perfecto. Ayudaría a su rey, a su iglesia y a él mismo. Decía que era un regalo del cielo.

Los puños de Lucien se apretaban y su respiración se alteraba cada vez más como consecuencia del tremendo control que estaba ejerciendo en su interior. Los gritos femeninos resonaban en su cabeza sin poder evitarlo. Se frotó los ojos con una mano, intentaba que recuperaran el dorado que sin duda ya habían perdido. El cambio en ellos era la única prueba de que su rabia se estaba desbocando.

—Señor… ¿sabe usted dónde? —preguntó Lucien. Apenas podía hablar, si abría más la boca, su ira tomaría el control y solo brotaría el rugido de una bestia.

—He oído que hicieron una incursión en Essex.

—Monstruos —gruñó apartando su mirada hacia la pared.

—Lucien, ten cuidado. A veces, Rowland puede ser peligroso

hasta para ti.

El conde le miró atónito. ¿A qué venía ese comentario? Peligroso hasta para ti, ¿qué sabía el anciano? No había más significado que el que encerraban sus palabras. El asunto de Rowland lo llevaba a rozar la paranoia. Sacudió la cabeza, se estaba dejando llevar por suposiciones.

—Señor… —ni siquiera se atrevía a preguntar. ¿Descubierto? Algo en su interior se movió, se puso alerta.

Varios lores tan ancianos como Dudley entraron en el reservado. Ignorándolos, Dudley le miró y sonrió. Lucien hubiera jurado que había algo de complicidad en su mirada.

¿O lo había imaginado?

«La joven levantó la cabeza y le miró horrorizada. Sus ojos verdes cristalinos, miraron más allá de su torturador, más allá de todo cuanto veía, hacia él.»

Sacudió la cabeza. Estaba viendo demasiadas cosas que no existían. Sus pensamientos dejaron de lado al anciano y se centraron en la información que éste le había dado. Eso sí era algo palpable. Cazadores de brujas, pensó que ya había dejado atrás ese tema, esa etapa de su vida. Estaba visto que el pasado quería ver la luz de nuevo. Cazadores de brujas, y él sería un cazador de cazadores, de nuevo. Tal vez tuviera que ir él mismo a Essex y averiguar algo más.

Caminó de vuelta al carruaje mientras en su mente resonaban los gritos aterrados de aquella mujer. Aunque no eran sus gritos lo que no podía quitarse de la cabeza, sino la profundidad de aquellos ojos, que parecían mirar más allá de Rowland, para hallar los suyos.

Pero no necesitó medio de transporte. Lucien simplemente anduvo en dirección a Essex un paso, otro. Un bosque apareció ante él durante apenas un segundo. La extensión de un prado fue lo siguiente que vio, para aparecer después rodeado de ovejas. Diferentes paisajes le dieron a Lucien la bienvenida antes de aparecer a las afueras de Essex.

En la aldea se podía oler el miedo, sus habitantes se escondían a su paso, asustados de cualquier desconocido. Sin poder evitarlo, sus fosas nasales se llenaron del temor reinante en las calles, en las personas.

Lucien caminó entre los aldeanos alternando con ellos pero con cuidado de no rozarlos. Sus pensamientos siempre traían desgracias y dolor acompañados de una sensación de robo, de estar llevándose algo que no le pertenecía y aunque era cierto, no era culpa suya. Era algo con lo que había nacido, como todo lo demás. Sin

detenerse para no llamar todavía más la atención, extendió sus sentidos mágicos más allá de él. Examinó su entorno desde un punto de vista diferente. El aire estaba impregnado de miedo, como un olor añadido. Sus pasos se detuvieron. Mezclado y confundido con ese olor, estaba la sangre. Sangre seca. Hacía tiempo que había sido derramada y aun así, su olor característico aún perduraba en el aire. Olfateó buscando su procedencia, la estela de su aroma. Pronto su visión se volvió distinta. Deshaciendo las figuras humanas que se hallaban a su alrededor. Dejándolas solo en una estela, en un cuerpo sin forma y sin consistencia. Entre ellas, la sangre tomó forma, un camino a seguir y Lucien lo siguió. Alejándose de la gente, de las casas y abandonó la aldea.

Se adentró en un pequeño bosque. Donde el silencio era sobrecogedor, espeluznante. Ni un crujido, ni un animal, hasta las criaturas del bosque parecían haber desaparecido.

Nada.

Lucien se rascó la nuca para darse luego unas palmadas. Con sus sentidos humanos bien alerta y sus instintos «no humanos» en pleno rendimiento, esperando agazapados, vigilantes, como una pantera lista para saltar sobre su presa. Avanzó despacio, sin hacer ruido, flotando entre la maleza.

Tal vez era el lugar, tal vez era el sobrecogedor silencio, el encontrarse en un lugar donde la magia estaba prohibida, donde él estaba prohibido, pero algo no estaba marchando bien. Una extraña sensación se fue apoderando de él en cada paso que daba, en cada respiración que hacía. La sintió en su cuerpo, como si quisiese avisarle de un peligro, de que algo fuera de lo normal iba a suceder, como si no fuese suficiente con que él ya era «*fuera de lo normal*».

Quizá solo tuviese que ver con lo que tenía entre manos. Quizá solo fuese por el miedo que se respiraba. Quizá…

Lucien sacudió la cabeza, apartando toda suposición, pero no por ello consiguió alejar aquella sensación que ya empezaba a dominarlo todo. Inspiró despacio, retuvo el aire unos segundos y lo dejó salir tan despacio como entró. Recuperando parte de su autocontrol, la demás se lo había llevado aquel recelo.

Caminó recordando la escena: los gritos de la mujer, sus ojos, la advertencia de Dudley, a Rowland. Todo aquello que había venido a buscar le estaba poniendo los vellos de punta.

Tal vez había llegado el momento de echar mano a la magia y aceptar luego las consecuencias. Al cuerno con todo, no permitiría que ese bastardo siguiera matando a más mujeres.

Anduvo hacia la entrada de una casa vieja, parecía abandonada,

pero sabía que solo era una fachada. Todo el efluvio de la sangre se concentraba allí, unido con la muerte. Extendió la mano y abrió la puerta. Entró dispuesto a enfrentarse a todo. Su mirada recorrió rauda el lugar, preparándose para actuar. Allí no había nadie ni nada, ni siquiera un mueble para llenar la estancia. Sus ojos se centraron en una tenue luz que se filtraba a través de los tablones del suelo.

Su magia gritaba por salir, por liberarse para castigar, pero no estaba dispuesto a sucumbir. Aún no era el momento apropiado. No iba a dejar que le descubriesen ahora. Sería un hombre más, podía hacerlo así.

Siguió la madera a sus pies con la mirada fija en ella. Al fondo, una puerta cerrada llamó su atención. Se acercó despacio y con cautela, nadie se interponía en su camino. Su primer impulso fue retirar el leño que atrancaba la puerta mientras se acercaba pero se contuvo en el último segundo, aquel era un lugar prohibido para la magia. Con las manos y no con la mente, retiró la madera y abrió la puerta con cautela temiendo que sus goznes rechinaran. El hedor le dio una bofetada que casi le hace perder el sentido. Una pestilencia que le dio la certeza de que no se había equivocado de sitio.

Bajó los primeros escalones con las manos y la espalda pegadas a la pared tanto para no ser descubierto como para evitar el olor. Las escenas extraídas de la cabeza de Rowland volvieron a desfilar ante él y detuvieron sus pasos. De nuevo aquellos ojos, y sin embargo, algo fallaba… ¿Dónde estaba el ruido? ¿Dónde los gritos de su visión?

No se había equivocado de lugar, pero sí de momento. Sus hombros bajaron notablemente muestra del abatimiento, de la desilusión. No hizo falta luz, sus ojos se habituaron rápidamente a la oscuridad, permitiéndole ver. No era magia, era parte de él mismo.

Tal vez hubiese sido mejor no ver, pensó Lucien. No quería ver las atrocidades que se ocultaban allí. Sus ojos se abrieron desmesuradamente incluso antes de terminar de bajar las escaleras. Amontonados en la esquina de aquella sala subterránea, había cuerpos tirados por el suelo, como si de trapos sucios se tratara. Testigos mudos de la masacre que había acontecido. Aquello era horrible, cómo podía un hombre hacer eso. Se llevó la mano a la boca reprimiendo una arcada de asco. Resopló, la furia comenzó a inundar lo que antes había sido repugnancia. Cómo no había visto eso antes en Rowland. Se paseaba por las calles de Londres con normalidad y dejaba en la campiña sus horrendos crímenes.

Desde donde estaba, en mitad de la escalera, observó horrorizado los cuerpos de las mujeres que aun colgaban del techo. Solo su experiencia le decía que eran mujeres, ya que nada en los cuerpos denotaba su género, apenas se les veía piel, todo era sangre. Pero no eran los cuerpos rollizos que debían ser, eran mozas delgadas.

Una mueca de asco desfiguró su rostro, repulsión por aquellos hombres que se refugiaban en la iglesia para esconder sus más bajos instintos. Monstruos que obtenían placer en el dolor y la humillación.

Y pensar que había estado sentando con uno en el club.

¿Cuántas mujeres inocentes habría matado ya Rowland?

¿Por qué no sería la videncia uno de sus dones? ¿Para qué se habían saltado aquellas imágenes su barrera mental si ya no podía hacer nada?

El hedor era insoportable; sangre, carne quemada, se combinaban con las heces y la orina. Cuerpos ya en estado de putrefacción le dijeron que aquello llevaba mucho tiempo allí.

—Malditos monstruos… —sus palabras fueron repetidas por el eco de la cueva —. La próxima vez llegaré antes y entonces seréis míos. Os voy a dar caza, como vosotros habéis cazado a estas mujeres. Rowland…

Caminó, o más bien deambuló por la sala subterránea sin ningún sentido, desorientado. El olor se hacía cada vez más asfixiante nublando sus sentidos humanos, alertando su lado inmortal.

Los cadáveres no tienen pensamientos, se dijo y se acercó a los cuerpos buscando vida en ellos. Muertas, estaban muertas, no podía hacer nada por ellas y aún así, no podía marcharse de allí, algo le impedía irse. Aquella maldita sensación de recelo se hacía aún más fuerte, tan fuerte que ya dolía. Una punzada en el pecho le cortaba la respiración. O era el hedor. Se movió despacio, observando con detenimiento todo cuanto había a su alrededor, esperando en vano que esa sensación funcionase igual que un detector y le indicase qué buscar. Aún quedaba un cuerpo colgado en el centro de la cueva. Hacia allí tenía que ir. Maldita sea, aquello escapaba a su entendimiento, a su control, pero todo en él decía que tenía que acercarse.

Se acercó a ella por detrás, su cabeza no se veía, estaba colgando sobre su pecho. Su espalda estaba descuartizada a latigazos al igual que sus brazos. Sintió un escalofrío que le recorrió de los pies a la cabeza. La furia comenzó a hervirle en la sangre. Por lo que veía, esa mujer había recibido latigazos en todo el cuerpo, no se salvaba

nada. Sus piernas habían sido dibujadas con un cuchillo, infringiendo cortes pequeños, con intención de causar más dolor. Apretó los puños con fuerza, hasta hacer blanquear sus nudillos, cuando su mente identificó a la joven. Había visto a Rowland torturarla.

¡Era ella!

Lucien avanzó en círculos, alrededor del cuerpo. Algo le impulsaba a tocarla, como si esa piel ensangrentada le atrajese. No quería acercarse, él no era un monstruo, no le atraían esas torturas. Pero no podía dejar de mirarla, algo le había cautivado, paralizado junto a ella. Embrujado.

No se le ocurrió una mejor manera de describirlo, aunque pareciese irónico, se sentía embrujado, incapaz de moverse. Tan solo su parte mágica se revolvía en su interior, exigiendo liberación.

Su mano…¡¡No podía controlar su mano!!

Se estaba moviendo por voluntad propia. Se acercaba a los hombros, a aquella quemadura en forma de cruz que sobresalía de la piel. De repente, se quedó detenida en el aire. Por un segundo le pareció ver su pecho hincharse en una inspiración de aire. Se hizo el silencio, pero no oyó la exhalación. Una sensación de tristeza se apoderó de su corazón. Deseaba que estuviera viva. Pero, ¡quién iba a sobrevivir a aquello!

Divagaba y ni siquiera se había dado cuenta de que su mano volvía a moverse hasta que sintió el frío bajo su palma. El frío de una piel mojada de sangre, de una piel muerta.

Aquello no podía estar pasando, al menos no a él. Era lo que estaba pensando Lucien mientras observaba que su otra mano corría la misma suerte que la anterior. Se movía sin control. Intentó separarse pero le fue imposible apartar la mano que ya reposaba sobre el cuerpo inerte de la joven. La idea de que se había topado con una autentica bruja comenzaba a ganar fuerzas. Había traspasado sus barreras mágicas buscando ayuda y había fracasado. Sería un castigo, una maldición y él había caído. Pero la pregunta de por qué no había escapado de aquella tortura, ganaba las mismas fuerzas. Él no iba a acabar allí, a Lucien Laverty no se le atrapa. Con decisión, utilizó todo el poder que tenía para escapar de aquello. Ya no le importaba ser descubierto, no se iba a dejar cazar.

Concentró todo su poder en apartar las manos de ella, pero cuanta más presión ejercía más difícil se le hacía apartar la mano y más rápido subía la otra hacia el cuerpo de ella. Como si su propio poder estuviese siento utilizado en su contra.

—¡Nooooo! —gritó, cuando sus dos manos tocaron el cuerpo

femenino.

Una punzada de un dolor insoportable le recorrió desde las manos que tocaban a la mujer hasta los pies. Recorrió su columna vertebral e igual que un veneno, se coló en sus venas, acabando de circular por su cuerpo, sin dejar nada sin invadir. Directa al corazón, como una puñalada bien certera. Sintió el corazón estallarle en pedazos en el pecho. Sus rodillas se doblaron y sus manos tocaron el suelo a sus pies.

Su cuerpo ya no se movía, el dolor había mermado sus sentidos…

2

—No puede ser cierto. ¡Nooo! —Marcus Laverty sacudió la cabeza, negándose a admitir lo que su cerebro le estaba diciendo. Lo que su cuerpo había identificado. Observó a los que estaban a su lado, Quizá solo había sido un temblor de tierra y no de su cuerpo únicamente. Nadie dijo nada, sus hombres seguían comiendo y bebiendo sin ninguna alteración.

Marcus se alejó un poco, hasta la puerta que daba al exterior de la sala. El gran salón del castillo estaba lleno de sus mejores hombres, sus mejores soldados. El trovador seguía entonando su canción sobre tiempos de guerra entre clanes. Nada había pasado. Recorrió la estancia buscando algo que estaba bien seguro de que no iba a encontrar allí. Tan solo habían sido unos segundos, podía pensar que se lo había imaginado, pero algo así es imposible de imaginar. Esa sensación… había recorrido su cuerpo por entero, sacudiendo cada una de sus células con una descarga de energía que llevaba mucho tiempo sin sentir; y ese mucho, no eran días, ni meses, ni años…

«*Lucien…*»

Llevaba casi medio siglo sin tener noticias de su hermano gemelo y ahora su cuerpo había reaccionado ante una señal de peligro. No importaba cuanto tiempo llevara sin dirigirle la palabra, aquello superaba todo. No iba a dejarle solo cuando era evidente que estaba en peligro.

Lucien pudo sentir la fuerza mental de su hermano tentando su propia mente. Aquella sacudida de energía había llegado hasta Marcus, había atravesado el vínculo que unía a los gemelos.

—Marcus, no es el mejor momento —le advirtió Lucien mentalmente antes de que su hermano dijera una sola palabra. Sabía que no se quedaría callado ante la señal de alarma.

« ¿Estás bien?» la pregunta de Marcus llegó a sus oídos sin tenerlo al lado.

—Estoy bien, pero ahora no puedo ocuparme de ti —le dijo Lucien, mediante contacto mental. Lo último que necesitaba en esos momentos era ponerse a hablar con su hermano.

La distancia entre ambos era enorme y Marcus necesitó un poco más de fuerza para percibir las sensaciones de Lucien y darse cuenta de que estaba muy alterado. Se hallaba en medio de algo que estaba poniendo a prueba todo el autocontrol de su hermano. No podía ver

por los ojos de Lucien, no con tanta distancia y sin la ayuda de él, por lo que no podía ver lo que había provocado aquella descarga de energía tan violenta. Tendría que esperar a que pudieran atenderle.

«*¿Estás seguro que no necesitas ayuda?*» insistió Marcus de nuevo.

—No—fue la respuesta de Lucien mientras luchaba por recuperarse.

El conde de Barlay sonrió ante la ironía de Marcus. Sabía que estaba sintiendo el desconcierto en el que se encontraba. La enorme fuerza que estaba necesitando para controlar la situación, pero no quería a nadie allí y menos a su hermano gemelo. No estaba dispuesto a arriesgar su vida. No, no lo quería allí haciendo mil preguntas a las que no quería responder. Ni ahora ni después.

Aún estaba arrodillado ante el inerte cuerpo de la joven. Sus manos aún tocaban el suelo, sobre una asquerosa mezcla de cabellos cortados, sangre seca y vómitos. Movió sus manos, comprobando que tenía nuevamente el control de su cuerpo y que el dolor había desaparecido.

La sacudida le había sorprendido y desconcertado a partes iguales. Tan solo unos segundos y le había tirado al suelo. Había roto hasta la barrera creada entre él y su hermano gemelo. Aquello tenía más fuerza de lo que había pensado.

Lucien sintió a su hermano retirarse, aunque seguía manteniendo el contacto. Estaba claro que no le iba a dejar escapar sin explicaciones. Tenía más de un problema en ese momento y no podía perder más tiempo en el reencuentro con él. Había un asunto que atender.

No quería pensarlo. Se seguía debatiendo ante la evidencia, tal vez esa mujer si era una bruja. Le había mirado a través de una visión. Sacudió la cabeza; eso era una locura, las brujas no existe, y eso él, lo sabía mejor que nadie.

Pero, ¿y si se equivocaba?

¿Estaría ante una bruja de verdad?

Una sonrisa se dibujó en su rostro, nunca se había encontrado con una mujer con poder. En sus siglos de vida nunca había tropezado con una mujer así. Ninguno de sus hermanos había encontrado a mujeres como ellos. Estaban condenados a vivir solos, a ver morir a cuantos le rodeaban.

Incluso así, tenía que intentarlo, tenía que comprobarlo. Se acercó despacio. Esta vez estaría preparado.

Durante unos segundos, observó una vez más el cuerpo inerte de la joven. Había visto a Rowland hacerle tantas cosas que no pudo evitar estremecerse. Incluso en el silencio de la gruta parecía oírse

los gritos de dolor de la joven, pero no rezumbaban en la cueva sino en sus oídos, su boca permanecía cerrada, como lo había estado todo el tiempo. Sus gritos y lamentos solo era audibles para Lucien.

Colgaba del techo encadenada a grilletes. Sus muñecas destrozadas por revolverse en ellos intentando luchar. La sangre bajaba por sus brazos para confundirse con la que manchaba el resto de su cuerpo. Por algunos lados aún se veía la piel marfileña y delicada. Sintió unos deseos irrefrenables de tocarla, de sentir la suavidad que prometía.

Se giró de golpe sobre sus talones dándole la espalda, empezaba a sentir asco de sí mismo. Él no podía sentir así, no podía disfrutar con aquella situación. Estaba convirtiéndose en uno de ellos. Había visto tantas veces la misma escena que ya estaba obsesionado con ella.

Volvió a mirarla. No era más que un cuerpo muerto.

Extendió todos sus sentidos tratando de identificar la procedencia de aquella enorme energía. Tenía que haber un hechizo en algún lado. No recibió ninguna información, allí no había nada mágico, salvo él.

La sala estaba vacía, no había vida en ella. Tan solo cadáveres arrojados al suelo. Y ese cuerpo colgado a su lado.

Caminó decidido pero temeroso hasta colocarse frente a ella. Con suavidad y recelo colocó su mano bajo la barbilla y levantó su rostro. Esperaba sentir de nuevo ese dolor, esa descarga, y en cambio, sus ojos se encontraron con unos iris verdes. Con una mirada tan profunda como suplicante.

Solo unos segundos duró el contacto, pero fue suficiente para acabar con su cordura. Pudo sentir que aquellos ojos pedían, rogaban la muerte. Cuando los parpados se cerraron y la cabeza de la mujer volvió a caer sobre su pecho, un grito escapó de la garganta de Lucien. Un alarido que se llevó todo su control y dejó el camino libre para la rabia y la ira que ocupó por completo su cuerpo, apartando todo sentimiento racional y de nuevo, a su hermano.

Un dolor profundo surgió de su corazón. Conocía aquellos ojos, los había visto antes pero más pequeños y volvían a suplicarle lo mismo, la muerte. Un pasado que volvía para castigarle.

Ansias de matar era todo lo que podía sentir. Un antiguo guerrero berserker, dispuesto a matar a todo aquel que se encontrase a su paso.

Ruidos. Ruedas. Un oído que se agudizaba.

El carruaje no pudo llegar en peor momento. Sus ocupantes

jamás imaginaron lo que hallarían en el interior de la gruta.

Un autentico demonio les estaba esperando.

Las voces y las carcajadas de los hombres pusieron a Lucien en alerta. Apenas les dio tiempo a entrar en la gruta cuando saltó sobre ellos como una bestia. La batalla ocurrió en escasos minutos. El berserker se movía a una velocidad sobrenatural. Arrojó a dos de ellos hacia el fondo de la gruta impidiendo que escaparan. Apenas había descuartizado a uno cuando se abalanzó sobre otro que intentaba huir despavorido.

—El diablo, nos ataca… el… —sus gritos quedaron ahogados por la sangre que brotó de su vientre cuando Lucien atravesó el cuerpo con su puño, como si fuesen de algodón.

—Dios, todo poderoso… —Los rezos del sacerdote llamaron su atención, y recorrió de un salto los casi veinte metros que le separaba, colocándose ante él.

No era más que un animal mirando su presa. Un león oliendo el miedo en su víctima. El sacerdote ni siquiera podía mirarle a la cara. El pánico le impedía ver a quien acabaría con su vida. Tan solo rezaba.

La bestia estaba descontrolada. Su sed de muerte regía ahora toda su mente. Dejó al sacerdote esperando el final para volver con los dos monjes que aún le quedaban. Con un solo movimiento de su mano desgarró el cuerpo de un hombre que se arrastraba por el suelo intentando llegar a la puerta. La sangre salpicó su rostro, vigorizando aún más al berserker en que se había convertido.

El otro hombre ni siquiera pudo moverse. Sus pies estaban paralizados por el miedo que le provocaba la visión de aquellos ojos, rojos cual sangre.

Lucien le miró dedicándole una mirada cargada de todo el odio que sentía por ellos y al mismo tiempo, de la fuerza de sentirse superior. El hombre seguía inmóvil cuando su cabeza voló por los aires cayendo a los pies del sacerdote que retrocedió despavorido a ras de suelo, ayudado de manos y pies.

Pero no llegó muy lejos, Lucien ya estaba ante él riéndose de su miedo. El sacerdote guardó silencio, sin apartar la mirada de él. La sangre pareció abandonar su rostro que se tornó blanco y sus ojos perdieron la vida incluso antes de que le arrancaran su corazón.

Nada, no quedaba nada.

Lucien resoplaba. La fiebre de la batalla, la furia de la venganza, todo golpeaba en el pecho de aquella bestia que ahora era.

Escenas de caos y muerte aún corrían ante sus ojos. Los gritos de sus víctimas aún llenaban sus oídos.

A lo lejos, en su mente, apareció un susurro. Una murmullo apenas audible entre la respiración agitada y los fuertes latidos de su propio corazón.

«*Lucien, cálmate. Calma esa bestia.*» Aquella voz le transmitía serenidad, pero le costaba mucho oírla y aún más centrarse en ella. «*Escúchame, Lucien, concéntrate en mi voz. Cierra los ojos, aparta todo lo demás y escucha solo el sonido de mi voz.*»

Marcus estaba asustado. Había sentido a su hermano convertirse en un berserker, pero la transformación no había sido convocada. A veces habían convocado los poderes de los antiguos guerreros para ayudarse de su fuerza descomunal, de su destreza en la guerra para dirigir la victoria en una batalla hacia un determinado lado. Pero en esos casos, el berserker se hallaba bajo control, en cambio, ahora, había tomado el cuerpo de su hermano a través de la ira, la rabia, la angustia y estaba sin control. No obstante, también había algo más en torno a su hermano, algo que le producía inquietud aunque no era capaz de averiguar su procedencia.

Sabía que si Lucien no conseguía hacerse con el control de nuevo, todo estaría perdido y no estaba dispuesto a permitirle eso. Haría cuanto estuviese en sus manos para evitarlo.

De momento, necesitaba más poder. Necesitaba controlar a la bestia antes de que engullera del todo a su gemelo. Tenía que dominar al antiguo guerrero hasta que su Lucien pudiese someterlo un poco.

Necesitaba dar fuerza a la esencia que amenazaba con ser engullida por la bestia. Marcus no estaba del todo seguro de sus sensaciones, algo más estaba haciendo peligrar la vida de su hermano y no era capaz de localizarlo.

«*Escucha mi voz… concéntrate en mi voz…*»continuó hablándole, con la esperanza de que su voz pudiera avivar al Lucien consumido por la bestia.

Apenas le sentía, todo a su alrededor era muerte, furia y una sed implacable de venganza. El berserker lo llenaba por completo. La naturaleza de su gemelo era apenas una mota de polvo en una casa abandonada.

«*Puedes hacerlo… Controla la bestia… Escucha mi voz… Hermano, escucha mi voz*» repetía, aunque ni siquiera sabía si había llegado a oírle en algún momento.

Tenía que hacer que él se concentrase en algo tangible. Algo que le resultara familiar. Algo que llamara al Lucien que se debilitaba. Para ello, necesitaba ver por los ojos de su hermano y eso no podía hacerlo sin él.

Una escalera esculpida en la propia roca condujo a Marcus hasta el interior de la montaña. Hasta una cueva abierta en el mismo centro, rodeada de roca y cristales que brillaron con la sola presencia de Marcus, llenando la estancia de una extraña luz azulada.

Las escasas comodidades que en ella se hallaban, eran solo muebles tallados en la roca. Agujeros en la pared hacían las veces de estantes que contenían objetos de gran valor, tanto económico como para la magia. En una mesa, que más bien era una enorme piedra con una cara lisa, se hallaban varios libros que por su aspecto eran aun más antiguos que el propio Marcus.

«*Lucien, dame tiempo…*» suplicó. Sabía que estaba pidiendo lo imposible, eso era lo que no tenían, tiempo.

Colocó las manos alrededor de su tesoro más preciado, su caldero mágico. Un objeto antiguo hecho en un mineral distinto a cuanto conocían y tallado con runas mágicas cuyo interior estaba vacío hasta que Marcus lo tocaba. Entonces de un halo de luz azulada lo inundaba y su fondo se perdía entre una espesa niebla que se derramaba por el borde.

«*Muéstrame lo que ven los ojos de Lucien…*»

El caldero se iluminó con una fuerza casi cegadora. Segundos después desapareció, dejando la superficie del caldero transparente y tranquila como el agua de un estanque.

Reflejaba una cueva. Fría. Olía a sangre, a muerte y a mucho miedo. Marcus agudizó su vista, eso eran… ¿cuerpos? Tirados por el suelo parecía haber cuerpos humanos, y algunos habían sido desmembrados. Aquello era una carnicería. Se concentró en el olor a miedo que reinaba en la cueva y que no se había disuelto aún. No todo podían ser cadáveres. El olor del miedo era aún más fuerte que el de la sangre. Alguien allí tenía mucho miedo y no era su hermano. Una presencia llegó hasta Marcus, se concentró en ella hasta poder identificarla.

Una mujer.

Después todo desapareció. Marcus se llevó la mano a la sien, intentando aliviar la tensión de su cabeza, el caldero requería demasiada concentración. Las escenas que había visto le habían horrorizado. ¿Habría hecho su hermano todo eso? Recordó el inmenso miedo que había percibido. El berserker no sentía miedo, su hermano tampoco lo sentiría … una esencia femenina…

«*Lucien, escucha mi voz… vamos hermano, tienes que luchar… Junto a ti hay una mujer… Lucien, necesita tu ayuda… tiene mucho miedo…*»

Marcus continuó repitiendo aquellas palabras, como si de un eco se tratase, pero no era suficiente para apaciguar a su hermano. A él apenas llegaba un susurro. Difícil de distinguir entre la acalorada respiración de la bestia.

—Convoco a los poderes de mis hermanos de sangre. Convoco su ayuda…

Apenas pasaron unos segundos antes de que dos voces contestaran a su llamada.

—Marcus… —llamaron al unísono.

—Necesito ayuda, el guerrero berserker engulle a mi hermano.

—¿A ese hermano del que llevas sin saber nada casi medio siglo? —preguntó sarcásticamente Iam.

—A ese, ¿tengo otro? —contestó Marcus.

—Dejémonos de tonterías y vayamos a ello —intervino Darius.

Canticos pronunciados en otra lengua retumbaron por la cueva. Algunos provenían del caldero, transportados desde los gemelos Blackstone. Otros salían de su propia boca. Canticos ancestrales para transmitir fuerza a un hechizo de protección. Aun a pesar de tener sus diferencias, cuando hacía falta ayuda, todos arrimaban el hombro.

Marcus y Lucien formaban la pareja de gemelos más antigua. Darius e Iam formaban el resto de su peculiar raza.

Hijos del ancestral y poderoso príncipe Nuada, de la raza de los tuatha dé Dannan y una mortal. Cada pareja de gemelos habían sido concebidos en una visita del príncipe Nuada al mundo de los mortales. Un intento de crear una nueva raza fuera de los confines del submundo en el que la diosa Danu le había recluido por sus fechorías. Un castigo por intentar acabar con la raza humana.

Dos palabras estallaron en la mente de Lucien.

Mujer… Miedo.

Tiene miedo. Con cada inspiración que la bestia hacía, entraba en su cuerpo el miedo, alimentando la fuerza de Lucien. El miedo suponía vida. La vida supone esperanza.

Poco a poco, el berserker se fue calmando, dejando paso al hombre que habitaba dentro.

Sus ojos, todavía inyectados de sangre, contemplaron el cuerpo de la muchacha que lo había mirado con aquella súplica de muerte. Una súplica que había alimentado al guerrero hasta la saciedad.

Con la esencia del guerrero corriendo por sus venas, se arrastró hasta que sus manos tocaron apenas los pies de la joven. Fue suficiente para a sentir la energía llenar su cuerpo. Permaneció inmóvil, sintiendo como aquella extraña fuerza recorría sus células,

expulsando los restos de la bestia. No era igual de intensa como la anterior, pero estaba allí. Provenía de la joven.

Y lo más importante, Lucien precisaba esa energía. Por alguna razón que desconocía, necesitaba sentirla cerca y viva. Jamás había ansiado tanto un contacto y sabía que solo ella podía dárselo.

Aquella energía siguió recorriendo su cuerpo. Expandiéndose por sus venas sin poder evitarlo. Hizo aflorar toda su magia, y reveló lo que Lucien era. Nunca se había sentido tan vivo. Tan completo, porque no tenía otra palabra para describirlo, completo. Con la primera descarga su corazón pareció estallar. Esta dulce energía estaba recomponiendo un corazón petrificado hacia siglos.

—Marcus, ya todo está bien —fueron sus palabras, esperaba que su hermano sintiera el resto–. No olvides dar las gracias a Darius e Iam. –Había sentido la esencia de sus hermanastros.

¿Lucien agradeciendo algo? Marcus se rió con sarcasmo. Aquella descarga había quemado el corazón de su hermano, seguro. No quiso hacer partícipe a Lucien de sus pensamientos así que rompió el vínculo y agradeció a Darius e Iam la ayuda. Sonrió. Era absurdo agradecerle a un hermano su ayuda, para eso estaban los hermanos. Y sin embargo, Marcus sabía que ellos se sentirían tan asombrados como él de oír esas palabras de parte de Lucien.

—Bueno chico, ¿nos cuentas qué ha pasado? —preguntó Iam.

—No sé mucho. Tan solo que una descarga de energía ha tirado a mi hermano al suelo. Después sentí al guerrero tomar el control hasta casi engullirle.

—¿Una descarga de energía? ¿Magia? —preguntó Darius asombrado.

Han mermado a uno de los nuestros? —aquello era casi imposible de creer para Iam.

—Eso parece, aunque aún no sé cómo.

—Cuando sepas algo más, búscanos. Me muero de curiosidad por saber que ha podido doblar a Lucien –pidió Iam.

—Me ha pedido que os agradezca vuestra ayuda. —Marcus contuvo la risa.

—¿Lucien? —el grito de los gemelos arrancó las risas que Marcus había estado reteniendo.

Lucien volvió junto a la mujer. ¿Sería realmente una bruja? ¿Habrían dado por fin los punzadores con una auténtica hechicera? ¿Quizá con una mujer como ellos? Pero entonces, ¿por qué no se liberó de eso?

Aquellas preguntas lo estaban atormentando. Nadie soportaba aquel infierno si pudieera escapar de él. Pero ella buscó ayuda. Lo

buscó a él entre la mente de Rowland. Quizá esa fuese su forma de escapar de aquella tortura, y él había tardado mucho en llegar.

Lucien inspiró profundamente, llenó sus pulmones del aroma que Marcus había encontrado. Miedo. El olor a miedo ocupaba todo.

Con aquel bálsamo, el caos dio paso a la esperanza. Un sentimiento que Lucien jamás había tenido. Hacía mucho que había perdido la ilusión por la vida.

Con extremada ternura, colocó la mano en la barbilla de la joven para levantarle la cabeza. Los ojos, esperaba ver aquellos ojos verdes que suplicaban la muerte, y que casi provocan la suya.

Una sonrisa curvó sus labios al sentir de nuevo aquella extraña energía entrando otra vez en su cuerpo. La había estado esperando toda una vida sin saber porqué.

Pero esta vez no hubo ojos verdes, solo unos parpados cerrados. Lucien detuvo su respiración y escuchó. Unos latidos, muy débiles. ¿Cómo no los había escuchado antes? Ella estaba viva. No había llegado tarde. La esperanza estaba ahí.

Y también la muerte.

—No puedes morir. No voy a dejarte morir. —Una súplica. Una promesa. Cualquier cosa, pero ante todo, una decisión—. No vas a morir.

«*Lucien*.»

De nuevo el tiento de su hermano.

—Ve lo que mis ojos ven. Hazte parte de mí… —pronunció Lucien mientras, extendía su brazo hacia el frente, hacia la nada y abrió la mano. A centenares de millas de allí, Marcus hizo el mismo gesto. Sus palmas se tocaron, así ambos gemelos compartieron mente y cuerpo. Con ese acto, Lucien abría la unión entre ellos para que Marcus pudiera ver por sus ojos.

«¿Es ella? ¿Es la mujer que me mostró el caldero? ¿Aún vive?» preguntó Marcus cuando sus ojos pasaron a ver por los de su gemelo. Ante él tenía un cuerpo aún colgado por los grilletes y cubierto de sangre. Ella debía de ser la esencia femenina que había sentido a través del caldero. Hubiera jurado que estaba muerta. La imagen era espantosa.

—Sí, y no quiero que muera —se apresuró a contestar.

«*Lucien, sé razonable. ¿Has visto como esta?*»

—No puedo —Lucien esperaba que su hermano pudiera sentir lo que él sentía en esos momentos y no podía expresar con palabras. Aquella joven había roto todas las leyes, había traspasado las barreras mágicas buscando ayuda. No estaba dispuesto a dejarla

morir y menos después de saber quién era. Le daría su auxilio por todos los medios.

Marcus guardó silencio. Sentía la determinación de su hermano por salvar aquella doncella. Firme, rotunda, pero no era capaz de comprender el motivo.

«*Quisiera ayudarte, pero no creo que me quieras cerca.*»

—¡Nooo! —interrumpió Lucien gritando — Mantente alejado, bien alejado. Necesito todo mi poder.

«No te preocupes, no pienso aparecer. Pero estaré a tu disposición para lo que quieras.»

—Lo tendré en cuenta, pero no se te ocurra acercarte, preciso toda mi magia y ya sabes lo que pasa cuando estas cerca.

«*No quieres ser un anciano*» se rió Marcus.

Un mismo recuerdo surgió en la mente de ambos, la última vez que estuvieron juntos. Hacia un siglo desde la última vez que vivieron bajo el mismo techo y tras cuarenta años así, sus poderes menguaron hasta acabar siendo unos viejecitos.

—Marcus, debo actuar, no tengo tiempo —dijo Lucien, bajó la mano y separó sus ojos de los de su hermano.

Sus brazos rodearon el cuerpo de la joven, Quizá fuera la primera vez en su vida que abrazaba a una mujer. Retazos de imágenes de torturas invadieron a Lucien que las absorbió cual veneno. Después, solo serenidad. Sus ojos hicieron estallar lo grilletes. El cuerpo se desplomó en sus brazos.

La sangre también lo cubrió a él.

Huellas de un recuerdo.

Un quejido apenas audible, escapó de los labios de la joven. Un lamento que atravesó el corazón de Lucien como una espada.

El cuerpo apenas pesaba era tan pequeña, tan indefensa y había sufrido tanto.

—¡Ahh! —bramó Lucien lleno de rabia.

«Lucien» le habló Marcus, temiendo que volviera a perder el control, «*tienes que controlar su corazón.*»

Lucien aceptó la sugerencia de su hermano y se adueñó del control del corazón de la joven, parando sus palpitaciones. De esta forma dejaba de bombear y con ello retendría la poca sangre que aún le quedaba en el cuerpo. Aquello solo le daría unas horas, después se restablecería el ritmo cardiaco.

Tan solo, unas horas más de vida.

No era mucho, tendría que pensar y actuar con rapidez.

Lo primero era salir de allí. Cogió a la joven en brazos con sumo cuidado, para no causarle más daño. Sin embargo fue complicado

hacerlo, todo eran heridas, sangre.

No podía evitarlo, la furia se adueñaba de él con demasiada facilidad. Esa chica le iba a traer muchos problemas. Respiró hondo y tomó de nuevo un autocontrol que ya casi no le pertenecía.

El frio le golpeó el rostro cuando salieron al exterior, pero lejos de molestar, Lucien lo agradeció. El cuerpo que llevaba en brazos se encogió.

—Tranquila pequeña, todo irá bien. Yo cuidaré de ti –le dijo. Moduló su voz para tranquilizarla, como había hecho Marcus antes con él. La acercó un poco más a su pecho. Por alguna razón necesitaba sentirla cerca, muy cerca. Se detuvo al notar como ella se encogía. Su abrazo no le estaba haciendo ningún bien. Suavizó sus brazos y le depositó un beso en la cabeza. La imagen de Rowland oliendo el cabello se enredó en sus pensamientos. Lucien torció el gesto y maldijo de nuevo. Pero, asombrosamente, de ella le llegaba paz, la tranquilidad que acontece tras la tormenta.

Solo tenía unas horas antes de que el corazón de su joven damisela despertase y volviese a bombear la sangre fuera de su cuerpo.

Un paso, otro más, y para el siguiente ya no se veía su silueta. Lucien era ahora parte del viento. En unos minutos ya se encontraba en su jardín llevando en sus brazos aquel cuerpo del que ya no podía separarse.

—Ábrete.

Lucien escuchó a su hermano dar la orden y la puerta de su residencia en Londres se abrió para él. Ya en su interior volvió a materializarse justo cuando llegaba a los pies de la cama. Con sumo cuidado, depositó el cuerpo que portaba sobre el lecho al mismo tiempo que las mantas se apartaban para recibirlo.

La colocó bocabajo, con la cabeza ladeada para que pudiese respirar. Fue entonces cuando sus ojos se posaron por primera vez en su cuerpo a la luz. Su cabello color avellana se esparció sobre la almohada tapando parte de la cara. Docenas de latigazos, marcaban la espalda donde todavía colgaban jirones de piel. Sobre el hombro derecho aquella marca: una cruz grabada a fuego. Cada parte de cuerpo que miraba, parecía verlo a través de los ojos de Rowland. No podía apartar de su cabeza que él la había tocado, que la había torturado.

Apretó los dientes tan fuertes como los puños. Su respiración comenzaba a agitarse por culpa de la furia que otra vez amenazaba con hacerle perder el control. Un monstruo capaz de hacer aquello a alguien, se merecía el mismo castigo. Cuando lo tuviera en su mano

el mismo se encargaría de arrancarle la piel a tiras.

«Creo que ya lo has hecho» le advirtió Marcus, mientras le mostraba las imágenes que había captado en la cueva. Recordándole lo que había hecho el berserker.

—Demasiado rápido —le contestó Lucien sin que su voz mostrara arrepentimiento alguno.

Marcus no contestó. Entre ellos se extendió un inmenso silencio.

Sus ojos bajaron sobre su espalda. Sus nalgas ensangrentadas, como también lo estaban sus muslos, sus pies… Las manos de Rowland estaban marcadas en sangre seca.

Sentimientos muy fuertes comenzaron a pelear en su interior: repulsa por lo que hizo Rowland, culpabilidad por no haber llegado antes, curiosidad por ella… pero ante todo dolor.

Un dolor que le oprimía el pecho como si le aplastaran con una montaña. Pero una montaña la hubiera podido mover con sus poderes. Aquello no podía moverlo y cuanto más miraba aquel cuerpo, más trabajo le costaba respirar.

Un golpe en la puerta le devolvió a la realidad. El conde cubrió con cuidado el cuerpo de la joven, sabía que Jason no esperaría respuesta ni permiso para entrar, lo mismo que cada mañana.

—Buenos días milord —dijo Jason nada más entrar. Como Lucien había predicho, sin esperar respuesta—. Perdone milord, no le oí llegar –continuó hablando.

En su rutina diaria, se dirigió hacia las ventanas para descorrer las cortinas. Era ya todo tan mecánico que solo se dio cuenta de que ya estaban abiertas cuando estuvo delante. Se volvió desconcertado para observar que su señoría estaba de pie junto a la cama, de espaldas a él y vestido con la misma ropa de ayer. Entonces, su mirada reparó en el cuerpo tumbado.

—Lo… Lo siento milord, no sabía que tuviera compañía… Le ruego disculpe mi torpeza… — Jason agachó la cabeza avergonzado, evitando mirar de frente a su señor o al cuerpo del lecho y empezó a caminar arrastrando los pies. Deshaciendo el camino mientras seguía pidiendo disculpas por su intromisión pero es que era la primera vez que encontraba una mujer en su alcoba.

Y no es que nunca hubiera habido mujeres en la casa pero para ellas siempre había una habitación preparada. La alcoba del señor era impenetrable, una mujer jamás ponía los pies allí.

Jason levantó la cabeza al llegar a la puerta y miró a Lucien que seguía en silencio.

—¡Santo cielos…! —gritó al ver la sangre que manchaba la sábana que cubría el cuerpo.

—Trae agua y vendas para lavar las heridas.

—Señor… —Su palabra sonó más a pregunta que a un mero protocolo— ¿Está herida?

—Más de lo que puedes imaginar —contestó Lucien pesaroso.

No dio más explicaciones y Jason no esperó oírlas. Durante los sesenta años que su padre se llevó al servicio de los Laverty habían aprendido mucho sobre el comportamiento del señor Lucien y dar excusas y explicaciones no iba con él.

—Marcus, puedes vigilarla mientras voy a buscar algunas cosas.

«*Por supuesto.*»

Necesitaba traer algunas cosas. Algunas plantas que ayudarían a curar las heridas.

Mientras bajaba las escaleras hasta la biblioteca, escuchó a Jason dar órdenes para que le preparasen las vendas y los paños.

Lucien se detuvo apenas unos segundos en la puerta de la biblioteca. Sus pensamientos volaron hacia Jason, su ayuda de cámara, hijo de su actual mayordomo. Jason obtuvo el puesto cuando su padre Edward ya fue demasiado mayor para andar subiendo y bajando escaleras. Llevaba con Lucien desde que nació, como su padre había estado antes que él y su abuelo antes aún. Cuatro generaciones habían estado bajo su servicio. Eran una tranquilidad poder tener en la casa gente de confianza. Personas con las que no tener que fingir. Aunque a veces al joven Jason le costaba mantener la compostura.

Abrió la puerta y entró en la oscuridad de la biblioteca. Las velas se encendieron a su paso, en su camino hacia su refugio. Tres paredes llenas de libros y una sola puerta. Allí no parecía haber otro lugar. Lucien caminó hacia el escritorio de madera nórdica que presidía la habitación. No se detuvo allí, lo bordeo para seguir caminando en línea recta tras él, hacia los libros. No necesitaba puerta para entrar donde iba. Junto a la pared, un paso y para el siguiente, Lucien había desaparecido de la biblioteca.

Al otro lado, su interior era frio y húmedo, era pura roca. Escavada en la piedra, una escalera se extendía ante él, en un pasillo que solo permitía el paso de una persona a la vez. Cada pocos metros, en la pared se abría un hueco que contenía piedras que relucían con la sola presencia de Lucien, llenando la estancia de un color blanco plateado.

El pasillo desembocaba en una sala amplia, donde Lucien guardaba sus pociones y sus artículos de brujería. Libros de magia tanto blanca como negra llenaban las paredes, en escrupuloso orden alfabético. Estantes llenos de frascos y tarros de hierbas secas. Su

caldero para pociones y en el centro de la estancia su mayor tesoro, la espada de la luz, clavada en una roca.

Lucien sacudió la cabeza, que le estaba pasando hoy, su mente divagaba entre pensamientos y recuerdos un tanto raros. Cuándo se había parado él a pensar en los años que llevaba la familia Stone en su vida. Cuándo se había preguntado él por los tesoros mágicos, esas cosas eran para Marcus.

Él tenía algo más importante entre manos. Recogió algunos frascos de vidrio y salió de la cueva.

Cuando volvió a su alcoba, ya estaba Jason allí con el agua y una cesta con los paños limpios y las vendas, esperando en la puerta.

Lucien abrió la puerta, dando paso a Jason que colocó las jarras de agua junto a la puerta, para preservar la intimidad de la joven. Lucien puso sus tarros en la cesta y la llevó junto a la cama.

—Eso es todo, Jason —le indicó—. Yo me ocuparé de todo.

—Estaré en la cocina si me necesita, milord.

Lucien, vertió agua sobre la jofaina y la llevó junto al lecho. Después echó un poco de la savia que llevaba en un frasco. Dos paños volaron hasta sumergirse en el agua. Con cuidado, retiró de nuevo la sábana. Tomó en sus manos uno de los paños húmedos y escurrió un poco el agua sobrante. Suavemente, lo colocó sobre el rostro de la joven y lavó la sangre de sus mejillas y su boca. Volvió a poner el paño en el agua y sus dedos tocaron esos labios ahora limpios.

Retiró con rapidez la mano.

«*Creo que ya puedes apañártelas solo*.»

—Creo que ya puedo apañármelas solo.

Dos frases dichas al unísono. El mismo sentimiento de vergüenza.

Lucien agradeció profundamente la retirada de su hermano. Aunque ya no podía ver por sus ojos, podría sentir sus reacciones. Como habría sentido todos los sentimientos que ahora recorrían en tropel por su corazón. Un corazón que hasta hacía unas horas había sido insensible a las emociones y ahora sentía tantas que ni siquiera podía nombrarlas. Aunque sin duda una comenzaba a reconocerla, posesión, no quería que nadie viera la desnudez de su doncella.

Siguió lavando la sangre de la espalda, con cada trozo que quedaba limpio más fuerte era el dolor que atravesaba su pecho. Era como si sintiera el dolor de ella.

¿Qué diablos te ha hecho ese hombre? ¿Cómo has podido aguantar tanto, preciosa? – le preguntó en susurros—. ¿Cómo has

llegado a estar en un sitio así? Son tantas las preguntas que tengo, espero obtener una respuesta pronto. Ni siquiera sé tu nombre.

Dejó de lavar al llegar a la parte baja de la espalda donde la sabana cubría el resto del cuerpo. Lucien observó que había sitios donde la piel había sido arrancada, ni cosiéndola se podría unir. Y aún así, tomó aguja e hilo.

Cada vez que clavaba la aguja, la sentía entrar en su piel, como si se estuviese dando él mismo la sutura. Pero sus heridas nunca habrían necesitado aguja e hilo, ni siquiera los ungüentos que preparaba.

Cosió cuatro heridas. No quedaba piel para unir más. La carne había sido arrancada literalmente del cuerpo. Imaginó a Rowland haciendo aquello. Las sacudidas del látigo tuvieron que producirle mucho placer para haberlo hecho tantas veces.

«*Yo mismo arrancaré a tiras su pellejo.*»

Lucien se apartó del lecho y desvió la mirada hacia la ventana. Un suspiró brotó de la cuerpo de la mujer. Su corazón volvía a respirar. Hubiera querido tener más tiempo pero ya no podía volver a pararlo.

—Duerme… No quiero que despiertes y soportes este espanto—. Una simple orden que impediría que la joven despertase—. Todavía tengo que acabar de limpiarte. Ya habrá tiempo para que despiertes.

Limpiar la sangre de las heridas que otro le había causado para obtener placer propio era algo horrendo. ¿Cómo iba a deslizar el trapo entre sus piernas sin pensar en que Rowland había pasado sus manos por allí? Aún se veía los rastros de los dedos de ese canalla sobre su piel. Había visto el cuchillo cortarla. Había visto el rostro de Rowland estremecerse de placer mientras que el de ella se aferraba en no mostrar dolor para no darle la satisfacción de verla llorar y suplicar. Para no excitarlo aún más con su agonía.

No podía. Simplemente no podía. Anduvo varios pasos hacia atrás, retirándose de la cama. Huyendo. Huyendo de unos recuerdos que llevaba en su mente, una huida inútil.

Se detuvo en un corte que atravesaba el pecho derecho, su sangre había sido restregada. El descubrirlo, fue la gota que colmó el vaso. Los ojos de Lucien se inyectaron de sangre una vez más, prueba de la profunda rabia que sentía.

Un grito estalló en su mente. Ella estaba gritando, pero gritaba en su cabeza, en sus recuerdos. La mujer a su lado descansaba. También podía ver como se había hecho el corte, como una mano de hombre acariciaba la sangre que manaba de la herida.

Tiró al suelo la jofaina de un manotazo. Después le siguieron las

jarras que contenían el agua sucia y hasta la silla junto a la cama.

—Milord, ¿todo va bien?—le preguntó Jason desde el otro lado de la puerta.

Apretó los puños mientras la tensión corría como fuego por sus venas. Necesitaba hasta el último ápice de control que poseía para poner freno a las confusas emociones que lo embargaban: rabia, ira, venganza, pero también temor, ternura, compasión, esperanza.

—Si –respondió Lucien después de unos segundos. Segundos en los que solo había conseguido calmar su voz. Sus ojos aún estaban rojos, como si fueran el reflejo de las heridas—. ¡Qué suba tu madre!

Jason corrió en busca de su madre, no era momento para hacer enfadar a su señor. Así mismo, apremió a su madre hasta la puerta de la alcoba principal.

La anciana se encontró la puerta cerrada, Mary miró a su esposo y a Jason que estaba al pie de la escalera. Su hijo la motivó con un gesto de sus manos. Llamó y no recibió respuesta. Volvió a mirar hacia abajo y esta vez fue su esposo quien le indicó que entrara.

La habitación estaba vacía. La puerta que comunicaba con el vestidor y el baño estaba cerrada.

—Milord — llamó tímidamente.

No recibió respuesta. El señor no estaba allí. Recordó entonces que Jason le había hablado de una mujer herida… Sus ojos se abrieron desmesuradamente y se mordió el dedo pulgar para no gritar.

En el lecho había un cuerpo, femenino por su cabello desparramado sobre la almohada. Su espalda estaba ensangrentada. Mary dudó en acercarse a ella, el miedo había detenido sus movimientos.

Aquella mujer no podía estar viva, pensó, ¿qué había hecho su señor?

Se aproximó a ella sin querer verla, reticente a averiguar qué había pasado. Negada a comprobar que aquello era obra de Lucien.

Tiró de la sábana, como si aquel gesto fuese a contestar todas sus peguntas.

—¡Dios santo! — exclamó horrorizada. El grito quedó atrapado en la mano que se llevo a la boca.

Su espalda estaba descuartizada. Espantosamente cosida.

Se acercó a sus labios. Respiraba… estaba viva. Pequeños quejidos escavana de ella.

La realidad se abrió paso en su mente, ¡estaba dormida…! Lucien la había dormido para que no sufriera, como cuando Jason

estuvo enfermo y el doctor dijo que solo era cuestión de que permaneciera en cama unos días. Lucien lo durmió.

Miró a su alrededor, los ungüentos especiales del señor estaban sobre la mesilla, así como la aguja y el hilo. Sus pies pisotearon la alfombra de piel blanca, ahora teñida de rojo, estaba mojada. Fue entonces cuando reparó en la jofaina que estaba tirada en el suelo.

Un sonoro suspiro escapó de su boca.

—Ha estado curándola.

En ese momento quedó claro para la anciana que Lucien no era el culpable de aquello. Sus escasas sospechas se desvanecieron. Esa mujer significaba algo para él y no había podido resistir el horror de las heridas.

Mary tomó la jarra del suelo y salió de la habitación. Su esposo y su hijo estaban en la puerta.

—Tráeme agua limpia y más paños— pidió.

Jason tomó la jarra y corrió escaleras abajo.

—¿Todo está bien?— el temor teñía la voz de Edward.

—La mujer está muy herida. Milord no ha podido terminar de curarla—. Su esposo hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta —. Milord no está.

Edward puso su mano sobre el hombro de su mujer y le dio un apretón de ánimo. Si esa mujer estaba herida, su esposa era la única que podía hacer algo por ella.

Mary contestó al gesto besando la mano que la alentaba.

—Madre.

Tomo la jarra de manos de su hijo junto con los paños y volvió a entrar.

Miró los tarros que Lucien había traído. Los conocía todos. Llevaba años preparándolos para las heridas del servicio. Tomó uno y vertió un poco en el agua. Aquello le limpiaría las heridas y se las desinfectaría. Recordó cuando al mozo de los establos lo pisoteó el nuevo purasangre fue gracias a ese liquido que no gangrenó. Cuando terminó su limpieza, comprobó que las suturas estaban bien hechas, puntadas minuciosas y concisas, intentando unir carne donde ya no la había. Colocó con cuidado un poco del ungüento de cicatrizar sobre las suturas y las cubrió con gasas limpias.

El grito de la muchacha la sobresaltó, deteniendo sus cuidados.

—Ssss — Mary intentó consolarla aunque no imaginaba el sufrimiento que debía estar pasando.

Con cuidado, limpió la sangre que manchaba las piernas de la muchacha. Aquellos pequeños cortes no requerirían ninguna sutura. Después, volteó su cuerpo hacia el centro de la cama, dejándola

yaciendo sobre su espalda.

La huella de una mano en sangre seca sobre un pecho le produjo un escalofrío por el cuerpo. ¿Qué monstruo se había entretenido en manosearla?

—Niña, ¿por qué has tenido que pasar? ¿Por qué no te han dado simplemente la muerte?

Casi con brusquedad, la anciana tomó el paño y lo refregó por el pecho y el abdomen. En un intento desesperado de borrar las huellas con las que había sido marcada. El agua sucia se llevó los restos de la tortura inhumana que habían hecho en ella.

Mientras Mary limpiaba lo que él había sido incapaz siquiera de mirar, Lucien se desmaterializó hasta la plaza de Matlock donde la vio por primera vez. Sobre aquella escalera lloraba implorando clemencia para su madre. Lloraba rogando la muerte para no ver las llamas engullir a su madre. Y fue a rogarle al culpable de que su madre estuviera así. ¿Tal vez si entonces le hubiera dado la muerte ahora no estaría allí? ¿Acaso el destino estaba dispuesto a que él acabara con su vida?

Su mirada se perdió en la lejanía donde sus ojos ya no veían. Donde todo estaba desenfocado y aún así… aquellos ojos verdes cristalinos, eran tan nítidos, estaban tan vivos y lo miraban a él, solo a él. Como si el resto del mundo ya no existiese y él fuese su única esperanza de… muerte.

Huyó. Se desmaterializó huyendo de aquella suplica, del embrujo de aquellos ojos.

La cueva dónde había estado ella apareció ante él. No lo había querido así. Solo quiso huir de allí pero su mente estaba demasiado involucrada con aquella mujer. Muchas cosas nuevas estaban ocurriendo en su vida aquel día y todo por unos ojos verdes que solo había visto unos segundos ahora y unos minutos hacia ya tanto tiempo. En aquel entonces no supo cuanto iba a cambiar su vida más tarde.

Apretó los puños mientras la tensión corría como fuego por sus venas. Un fuego con ansias de consumir, de destruir. Se miró las palmas de las manos, le ardían. Literalmente sus manos ardían. Envueltas en fuego, alimentadas por la venganza, el odio y la ira. Contempló las llamas sobre sus manos y a pesar de todo lo que sentía, estaba calmado. Era dueño de aquello. Se sintió pletórico, lleno de energía, de poder, la magia recorría su interior. Ahora sabía lo que tenía que hacer. Nadie vería el horror causado allí. Reduciría a cenizas aquella cueva. Lanzó aire de sus manos y el fuego voló. Una, otra y otra vez hasta que todo a su alrededor fue

pacto de las llamas.

Y él estaba allí, en medio de toda aquella destrucción. Rodeado de las purificadoras llamas…

3

«*Tendré que preguntar yo, pues no veo que vayas a informarme tú solito*» le dijo Marcus a la tarde siguiente.

Llevaba ya un buen rato ensayando la forma de entrarle a su hermano y una chispa de broma le había parecido buena idea.

Sus palabras se colaron en la mente de Lucien.

—Ya sabes como está. He sentido tu tiento en tres ocasiones —le contestó Lucien, impasible, mientras mojaba la compresa que había cambiado ya cientos de veces.

«*Estaba preocupado, pero no quería entrometerme.*» Su empezar no había sido bueno, estaba claro que su gemelo no estaba para bromas.

¿Preocupado? ¿Por ella… o por mí?

Unos segundos de silencio, tiempo suficiente para que Lucien comprendiera por quien estaba preocupado Marcus, sin mediar palabra.

«*Ha comenzado a subirle la fiebre*» contestó Marcus evitando la pregunta de su hermano.

—No necesito que me lo recuerdes —le dijo desanimado. Volvió a sumergir el paño en agua fría, pero esta vez no lo puso sobre la frente de la joven sino que se humedeció el rostro y volvió a sumergirlo para colocarlo donde debía estar, en la cabeza de la mujer que aún descansaba en su lecho.

La fiebre había empezado a subir la noche pasada y sus pociones no ayudaban a bajarla. Curar no era uno de sus dones. Quizá porque nunca le hizo falta. Y ahora no necesitaba que su hermano le recordase lo precaria de la situación.

Acarició esa cabeza empapada en sudor y agua fría. Cogió entre sus dedos el cabello, podía ver que era ocre, avellana, ¿o era solo el color mojado?

Caminó hacia la ventana y miró fuera. El sol empezaba su descenso, tiñendo de una gran tonalidad de rojos el horizonte. Pero Lucien no vio ninguno, sus ojos solo veían el rostro de la joven de la que ni siquiera sabía su nombre. La había observado durante tanto tiempo que había memorizado cada línea de sus facciones. Su pequeña nariz, sus labios rojos que perdían el color, sus mejillas ahora sonrojadas por la fiebre. Pero sobre todo, sus ojos, que le habían cautivado desde el principio y de los que ahora solo veía las

enormes pestañas que los bordeaban. Había memorizado cada minúscula peca, casi invisible, que cubrían su nariz y que solo era posible ver muy de cerca. Tan de cerca como si fueras a besar sus sensuales labios.

Pero también cada herida.

El recuerdo fue un jarro de agua fría para sus sentidos.

Hacía horas que la mantenía en un ligero sueño, no podía despertarse pero era evidente que el dolor era insoportable pues no le permitía conciliar un sueño tranquilo. Movía la cabeza de un lado a otro y palabras incoherentes se le escapaban entre los labios. Los delirios de la fiebre, no era buen presagio. Volvió a tomar una compresa y la sumergió en agua para enfriar un poco sus manos y su cuello.

«*¿Has tentado su mente?»* preguntó Marcus.

—Sí, y no he sacado nada. Es un caos. Solo recuerda la tortura. No entiendo cómo ha podido vivir a ello.

«*Cálmate, Lucien. Se nos ocurrirá algo*.» Marcus volvió a notar la rabia llenar el cuerpo de su hermano. Era un veneno dispuesto a extenderse a la menor oportunidad. Y esa oportunidad parecía presentarse demasiado a menudo.

—No puedo soportar verla así. Sufre mucho, lo siento en mí. —Lucien se golpeó el pecho para dar énfasis a sus palabras.

«*¿Has empatizado con ella?» p*reguntó Marcus extrañado, nunca había ocurrido algo así.

—No es empatía, ese no es uno de mis dones. Desde aquella descarga, es como si estuviera unido a ella. Si no fuera porque no puede ser, diría que hasta tengo fiebre. —Lucien se llevó la mano a la frente, en un intento de comprobar su temperatura corporal.

«*Buenas noches, Lucien»* saludó Darius. *«¿Hay sitio para dos más?»*

La voz de Darius sorprendió a Lucien. Sus medios hermanos casi nunca buscaban una conversación mental.

—Supongo que sí.

«*He oído decir que una mujer ha sido capaz de mermar tus fuerzas con un solo toque*.» El toque sarcástico de Iam sí que no le sorprendió.

«*Háblanos de la descarga. Tengo entendido que llegó hasta Marcus. ¿Fue ella?»* intervino Darius como era su costumbre cada vez que Iam y Lucien se enfrentaban.

—Examiné la cueva. No había ninguna magia allí si es eso lo que quieres saber. Ni siquiera la mía. Recuerdo que mis manos fueron atraídas hacia su cuerpo y no podía controlarlas. No te voy a negar que sintiera miedo. Cuando la toqué, recibí una descarga de

energía tan potente que me tiró al suelo. Un gran golpe, un dolor que no pude soportar. Tan fuerte como para destrozar mis barreras mentales y mágicas. —Y siguió enfriando la frente de su doncella, como algo mecánico ya.

«*Las que habías puesto para que no te encontráramos. ¿Por qué, Lucien?*» preguntó Marcus, expresando en voz alta sus pensamientos. Apenas sus palabras salieron de su boca ya se había arrepentido de haberlas pronunciado. No quería torturar a su hermano con otra cosa.

—Hubo cosas, hice cosas. Era mejor que no te involucraras.

«*¿Hasta el punto de hacer que te diéramos por muerto?*» la pregunta vino de boca de Darius.

«*Vamos, Lucien, eres mi hermano, mi única familia en esta vida eterna. Nada de lo que hayas hecho me hará desear tu muerte.*»

—Os debo una explicación, pero no es el momento. Ahora no. Ya tengo suficientes problemas ahora.

Sabía que tendría que dar explicaciones, pero no estaba de humor para ello. Tampoco es que pudiera contar mucho. Su mente era ahora un lio. Necesitaba ordenar algunas cosas antes de poder dar explicaciones.

Marcus había intentado averiguar por sí solo la vida de su hermano en el último medio siglo, pero Lucien había encerrado muy bien sus recuerdos relacionados con aquello y no podía traspasar sus barreras sin alertar a su hermano. Tampoco el caldero había podido mostrarle a su gemelo.

«*Dime, esa descarga…*» Marcus cambió de tema, esperaba alejarlo de la situación y tal vez, averiguar algo más.

—Salió de su cuerpo. Se extendió por mis brazos, hasta llegar a mi corazón. Después la he recibido dos veces más pero en muy baja intensidad, ya es solo un cosquilleo.

Lucien sonrió, era lo único que tenía de ella. Acarició sus cabellos, en un acto sin importancia, como si lo hubiera hecho siempre.

Maldita sea, ni siquiera tenía su nombre. Se alejó de ella impotente e irritado. No podía hacer nada por ella.

«*¿Sigue en ella? Déjame sentirla.*»

Abrir el vínculo mental con los otros gemelos en sus mentes suponía abrirlo para todos y eso no le hacía mucha gracia.

«*Solo queremos ayudar*» explicó Darius al ver que Lucien no procedía a abrir la conexión

«*Chico, te prometo que no hablaré*» le dijo Iam, intentando calmar a Lucien.

A regañadientes, Lucien extendió la mano y abrió su palma.

—Ve lo que ven mis ojos. Siente lo que siento —repitió con desgana las palabras que unía a los gemelos a través de la magia. Su voz sonaba apagada, cansada.

Notó el contacto de los demás, durante unos segundos analizó los pensamientos de cada uno y para su sorpresa no encontró ninguna censura, solo preocupación, hasta de Iam. Avanzó hasta ella. Posó su mano sobre el hombro izquierdo, en el derecho estaba la quemadura de la marca de los punzadores. No podía pasarla por desapercibida, le producía tanta repugnancia lo que aquello significaba.

Aquel cosquilleo se extendió por su cuerpo, le resultaba ya placentero. No podía evitar sonreír, era algo que les unía, su comunicación especial, pero sin contestación a las miles de preguntas que se formaban en su cabeza.

—¿Podéis sentirla? —preguntó Lucien al ver que Marcus no hablaba y él se había dejado llevar por sus meditaciones.

«*Puedo sentir que la sientes. Puedo sentir la reacción que provoca en ti. Pero no llega a mí*»

—Quizá sea demasiado débil. Es extraño, transmite paz. No la paz de la guerra, más bien, la paz de una búsqueda. La sensación de plenitud, de algo completo. Una locura, de acuerdo, pero es como si llevara trescientos años buscando algo y lo hubiera encontrado, mi parte mágica lo dice, lo siente.

«*¿Me dejas verla?*»

Marcus pudo ver que Lucien destapaba el cuerpo de la joven hasta la cintura, dejando su espalda al aire. Con cuidado, retiró las cataplasmas, y las heridas quedaron a la vista.

«*Santo Cielo, ¿qué han hecho?*» exclamó Marcus atónito, al observar la espalda surcada de suturas.

—No quieras saberlo.

«*Diablos, ¿qué han hecho con ella?*» exclamó Iam. «Dime que no hay más como eso.»

—No vas a verlo —respondió Lucien furioso.

«*Si en el resto hay más como esto, no, no quiero verlo*. Te lo aseguro» contestó Iam.

—Tal vez sea peor –respondió apesadumbrado Lucien.

Los gemelos Blackstone se apartaron de sus elementos mágicos, rompiendo así el vínculo.

—¿Qué opinas, Iam? —preguntó Darius en cuanto hubieron dejado la mente de Lucien.

—Tengo mis inquietudes en cuanto a lo que ha ocurrido. Entre

Lucien y yo siempre ha habido cierto recelo, pero no me gusta verlo en problemas. No deja de ser uno de los nuestros y esa energía puede ser perjudicial para todos.

—Tal vez deberíamos hacerle una visita. Si Marcus no se puede acercar, podría hacerlo yo.

—Háblalo con Marcus.

Lucien estaba desesperado, la impotencia se lo comía por dentro. Y para empeorar las cosas, estaba ese sentimiento de culpa que le destrozaba el corazón; podía haber llegado antes.

Sentimientos que aún sin saberlo eran tan fuertes que atravesaban el vínculo gemelar. Aunque Marcus se abstuvo de decírselo. Ya sentía bastante vulnerable a su hermano con aquel tumulto de emociones nuevas campando a sus anchas en un corazón renacido; para advertirle de que sabía perfectamente cómo se sentía. Por unos momentos sintió celos de su hermano, volver a sentir en un corazón que llevaba siglos muerto.

«Necesitas descansar. No has comido ni dormido desde hace dos días.» Cambiar de tema se estaba convirtiendo en algo habitual. Conversaciones que se quedaban a medias, en espera de un momento mejor.

—No pienso dejarla sola —la respuesta de Lucien fue tajante. La expresión de sus ojos no dejaba lugar a la discusión.

«*Puedo estar con ella mientras tú duermes*.» Marcus iba a seguir insistiendo.

«*No, no la dejaré sola*» gritó Lucien desesperado. La fuerza de su decisión no echaría atrás a su hermano.

«*Lucien, solo un par de horas. Te prometo que no me moveré de aquí. Necesitas descansar. Hazlo por ella. Te necesita con todas tus fuerzas*.»

—Estoy bien.

«*Necesitas descansar.*»

—Estoy bien.

«Maldita sea, Lucien. Estas perdiendo concentración. Si el berserker vuelve a aparecer, tal vez no quede nada de ti. Lucien…»

Sus últimas palabras fueron una súplica. Hubiera querido estar cerca para apoyar a su hermano, pero lo único que podía hacer era hablarle desde la distancia.

Lucien se paseó de un lado a otro de la habitación. No quería dejarla sola, pero tenía que darle la razón a su hermano, ya no estaba en pleno rendimiento. Ni siquiera era capaz de controlarse, de volver a levantar esa muralla para encerrar sus sentimientos dentro como había hecho siempre. Ahora era un libro abierto para

Marcus y eso ayudaba a enfurecerlo aún más, le hacía sentir vulnerable.

—No quiero dejarla sola, se lo debo. Necesito salvarla, de ella depende mi vida. Y no te estoy hablando de sentimientos, te estoy hablando de cordura, la mía, si ella muere…

«*Duérmete a su lado*» interrumpió Marcus. Tampoco él estaba preparado para ver tan vulnerable a su hermano. La imagen de duro, inflexible y luchador que tenía de él, no casaba con la que estaba sintiendo.

—No te entiendo.

«A estas alturas, no creo que el decoro sea el mayor problema. Si duermes a su lado la notaras en todo momento.»

No era mala idea, cómo no se le había ocurrido.

«*Porque ya no piensas con lógica*» le dijo Marcus riéndose, los hechos le daban la razón.

—Te dejo al cargo. Voy a tomar un baño. Creo que no tengo muy buen aspecto.

Se pasó la mano por su cabello y lo encontró pegado. Se miró las manos, estaban limpias, sonrió con ironía, de la cantidad de veces que las había metido en el agua para bajarle la fiebre. Sin embargo, en las muñecas aún quedaba restos de sangre seca. Pero no era de ella, era de la matanza del berserker. Las mangas de la camisa impregnadas de su sangre, de sus heridas. De pronto se dio cuenta de que llevaba varios días sin salir de la habitación. Ni siquiera había tenido tiempo de cambiarse de ropa. Sí, definitivamente un baño le vendría mejor que el descanso.

«*Harás las dos cosas*» ordenó Marcus, inflexible.

—Sal de mi cabeza.

«*Esta vez no. Esta vez no voy a dejarte levantar de nuevo las barreras. No te vas a esconder de mí. Esta vez no*» le advirtió Marcus, utilizando el mismo tono que Lucien había usado.

—Dejaremos esto para otro momento. Voy a darme un baño. No te muevas del caldero, no quiero sentirte cerca.

«*Me quedaré aquí arriba, cerca de ella. Te avisaré si ocurre algo*.»

—No voy a tardar un siglo — le señaló Lucien.

«*Contigo eso nunca se sabe* »le regañó Marcus. *«Pero esta vez tengo un seguro.»*

La contestación de Lucien fue una carcajada sonora que se expandió por toda la casa. Sabía que el seguro era ella, no la dejaría abandonada.

4

Dormir a su lado no había sido buena idea. Decididamente, no.

¿Cómo se había dejado engatusar por su hermano?

Se había despertado dolorido y duro de deseo, y el despertarse abrazado a ella no había hecho más que empeorar las cosas. Respirar su olor, antes de abrir los ojos, antes de tener constancia de ella había sido extraño, abrumador. Jamás en sus trescientos años se había despertado con una mujer en su lecho. Siendo realista ninguna le había importado tanto para querer tenerla toda una noche a su lado.

El olor metálico de la sangre y el hedor de las cataplasmas volvieron a llevarle a la realidad. Su continuo jarro de agua fría.

Apoyó su cabeza sobre un brazo y la observó con el entusiasmo de la primera vez, a pesar de no haber hecho otra cosa durante los últimos días. Sus ojos cerrados, sus mejillas sonrojadas de la fiebre.

«Sería maravilloso verla sonrojada por la pasión» pensó Lucien.

Saltó de la cama. Aquella fascinación no era normal. Aquel deseo no era normal. Él no era normal.

Embrujo.

Aquella palabra volvió a colarse en sus pensamientos. No quería ni siquiera pensarlo, pero la sospecha seguía ahí.

«*¿Ya puedo marcharme?*» preguntó Marcus.

Había olvidado a su hermano.

—Puedes.

Marcus abandonó el contacto mental con su hermano y se dejó caer en el suelo junto al caldero. Mantener el caldero activo para poder ver la habitación de Lucien requería mucho esfuerzo. Si Lucien hubiera podido ver su rostro, nada hubiera podido ocultar la preocupación que mostraba su expresión. Ver lo que sucedía en otro lugar a través de un vínculo, era poder de Marcus. Su caldero era capaz de unir los ojos de todos una vez establecida la unión mental.

La situación de su hermano le estaba inquietando más de lo que podía admitir ante él.

Embrujo.

Aquella palabra se colaba también en sus pensamientos y él no tenía nada para no agarrarse a ella. Para él, cabía la posibilidad de que todo fuera una trampa preparada para Lucien. Ningún hombre actúa así de la noche a la mañana. Nadie se enamora en unos segundos. Pero en cambió, bastaba una mirada, un roce, para

embrujar a un hombre.

Estaría alerta, alerta por los dos. Puesto que su hermano ya no actuaba con lógica.

—Por favor, acaba con esto.

Lucien se sobresaltó al oír la voz de la mujer. Sus ojos estaban abiertos, mirándole una vez más. Lágrimas rodaron por sus mejillas y se llevó las manos al rostro para ocultarlo.

—Soy culpable… pon fin a mi vida.

—Calma, pequeña, todo ha pasado. Estas a salvo, nadie te hará daño.

—Ya todo acabó…

La tranquilidad volvió a la habitación. La joven volvió a sumirse en el sueño pero Lucien no pudo recobrar la calma con tanta facilidad. El dolor de ella atravesaba su corazón como una lanza.

Colocó su mano sobre su cabeza y buscó en ella. Si conseguía borrar algunos recuerdos Quizá ella descansase mejor, pero la tarea no era fácil con ella en ese estado. Su mente era un galimatías, sus recuerdos eran confusos, saltaban de la tortura a su vida anterior, no podía borrarlos sin seguir un hilo. Nuevamente desistió de ello.

Intentó entretenerse y no pensar en ello. Retiró los vendajes y los ungüentos. Un desagradable olor se elevó hasta su nariz, el olor ya no solo era de las hierbas sino que en su mayor parte provenía de la piel muerta que rodeaba las heridas. Los latigazos se habían infectado y la piel se había coloreado de un verdoso mugriento, de un espantoso color violáceo.

Aquello no iba bien, llevaba ya varios días y las heridas iban a peor. No iba a servir de nada haberla llevado allí. No iba a servir de nada haberla rescatado de los punzadores. Iba a morir en su lecho, iba a morir en sus brazos…

Sus ojos se tornaron rojos. Sus puños apretados con fuerza, teñían de blanco su piel blanca y sus uñas atravesaban la carne.

¿Por qué?

«*Lucien, ¿cuándo vas a aceptarlo? Ningún mortal puede sobrevivir a estas heridas*.» La voz de Darius se coló en su mente.

—¡Nooo! —gritó con decisión Lucien al tiempo que golpeaba la mesa. La madera estalló bajo su puño. Sabía que Marcus estaría descansando, recobrando fuerzas después de todo el tiempo que había estado unido al caldero, pero nunca esperó que Darius ocupara su lugar.

«*No la hagas sufrir más.*»

—¡Tiene que vivir! –gritó desesperado Lucien.

«Maldita sea, Lucien. Puedes oler la muerte. Deja de engañarte.»

Lucien no contestó, se limitó a mirarse la mano con la que había golpeado la mesa. Las heridas abiertas por la madera se cerraban solas y arrastraban al interior cada gota de sangre derramada.

El silencio se extendió entre ellos, como se extendía la distancia. Tras varios minutos sin pronunciar palabras.

—Puedes dejarme solo. Quiero despedirme— sus palabras sonaron suaves, apagadas.

Darius no contestó, no sabía que decir. Ninguna palabra serviría de consuelo.

Lucien permaneció quieto, mirándose la mano ya sin heridas. No quería pensar, no quería que su rostro expresara nada. Se concentró en el latido de su corazón, en mantenerse imperturbable. Notaba a Darius demorarse. Tan solo podían comunicarse, la piedra de Fal solo podía conectar el vínculo de la telepatía, como la espada de Nuada de Lucien o la lanza de Lugh de Iam. Tan solo la caldera de Dagda en propiedad de Marcus podía mostrar lo que sucedía. Siguió mirándose la mano, pero sin verla, concentrado en su propio corazón. En mantener en la mente una desolación que… ya no sentía.

Hacía ya varios minutos que Darius se había retirado cuando salió de la habitación entre gritos. Tanteó su mente, buscando la conexión con alguno más de los de su raza, pero todos estaban aislados. Marcus descansaba y tampoco podía sentir a ninguno de los gemelos Blackstone. Incluso así, levantó las barreras mentales, desconectándose de sus hermanos. Se había vuelto todo un experto en ocultarse de ellos, sus nuevas artes se lo habían enseñado y le habían dado el poder para hacerlo.

—Jason, trae agua para un baño, y que esté muy caliente.

No esperó respuesta a su orden, volvió a entrar y caminó decidido hacia ella.

Con rapidez, comenzó a quitar todas las cataplasmas. Tenía que dar la razón a Darius, aquello ya olía fatal. Las heridas estaban infectadas y la piel de alrededor comenzaba a gangrenarse.

¿Cómo no se le había ocurrido antes?¿Cómo había sido tan estúpido?

Sus ojos hicieron estallar las suturas que había hecho unos días antes y que no habían servido de nada. Mientras desde la habitación, la que servía de vestidor, escuchaba como vertían el agua en la tina. La puerta que las comunicaba estaba entreabierta, pero sabía que nadie miraría por ella. Esperó hasta que la puerta se cerró y se quedaba de nuevo a solas.

—Solo unos minutos más, preciosa. Aguanta solo unos minutos

más.

Estaba decidido, tal vez fuese una locura, pero era su única solución.

Sus labios susurraron junto a su oído palabras ancestrales; pronunciaba el hechizo que la sumergiría en un profundo sueño. No estaba dispuesto a que sintiera el dolor de lo que iba a hacer. No sufriría por su culpa.

Tomó el cuerpo inerte de la joven y lo llevó en sus brazos hasta el agua. Ya no quedaba nada de su esencia femenina, todo era el hedor de la carne en putrefacción.

Y el tufo de la muerte.

Sumergió el cuerpo de su damisela en el agua sin soltarla de sus brazos. El agua caliente limpiaría las heridas, pero también las pondría en carne viva. Se estremeció al pensar en el dolor que eso le estaría produciendo. Quizá se asemejaría a los latigazos que había recibido.

Durante unos minutos que parecieron siglos, permanecieron en la misma postura. Lucien arrodillado junto a la tina y sosteniendo en sus brazos el cuerpo de la mujer, procurando que se mantuviera cubierta por el agua hasta la barbilla. El agua estaba muy caliente. Caliente para él, dolorosamente caliente para ella.

—Tranquila, preciosa. —Sabía que no podía oírle, que no estaba sintiendo nada, pero necesitaba tranquilizarla. Por alguna razón que no llegaba a entender, necesitaba hacerla sentir bien. Su bienestar era su principal prioridad en esos momentos.

Se puso de pie y elevó con él el cuerpo de la joven. Si se dio cuenta de que estaba mojando la alfombra, ni le importó. Caminó de vuelta a la cama y depositó el cuerpo sobre las sábanas. Cogió el trozo de tela, que tantas veces había colocado sobre su frente para bajar la fiebre y frotó las heridas con fuerza. La carne muerta comenzó a desprenderse y la sangre se mezcló con el agua que mojaba su piel.

Lucien levantó un hechizo de protección para sus sentimientos que comenzaban a ser muy fuertes. Todo quedaría encerrado en aquella habitación. De esa forma nadie sentiría nada. Estaba sintiendo el dolor que ella debía de estar padeciendo, sin olvidar la culpa, la desesperación, la impaciencia…

Continuó frotando las heridas, de ellas brotaba la sangre limpia, desaparecería así todo vestigio de piel muerta. Su rostro no mostraba más que frialdad, la frialdad de un muro de granito.

—Tengo que hacerlo preciosa. Tengo que hacerlo –le decía mientras le daba la vuelta y seguía frotando el resto de las heridas–.

Tengo que hacerlo–. Sus palabras eran un tónico que le daba fuerza para seguir con la atrocidad que estaba cometiendo. No quería pensar en lo que hacía, solo quería hacerlo.

Lucien se detuvo, tiró el paño al suelo y se levantó. La imagen que vio, le sorprendió más de lo que esperaba. Volvía a estar igual que hacía unos días; envuelta en sangre y su cuerpo de nuevo inerte. El olor característico de la sangre lo invadía ahora, llenaba sus fosas nasales, como aquella noche en la cueva, solo que ahora estaba fresca y provocada por él.

Caminó despacio hacia el otro lado de la cama, junto a la ventana estaba la jofaina y la jarra de agua que utilizaba para rasurarse cada mañana. Extendió la mano y cogió la navaja. A su mente llegó la imagen de que…

…Otras manos habían sostenido un cuchillo ante ella.

Realizó con rapidez cinco cortes profundos en su palma y su antebrazo, y frotó con su sangre el cuerpo de la joven.

Sus ojos vieron otras manos frotando el cuerpo ensangrentado.

Expulsó de su mente aquella imagen y se concentró en los cortes que se había hecho. Sus heridas cerraban demasiado pronto y la sangre ni siquiera había tocado su piel. Nunca una gota de su sangre había salido jamás de su cuerpo, ¿cómo había esperado hacer eso?

Acercó la mano al cuerpo de ella y volvió a cortar. Más cerca, menos tiempo para cicatrizar. La daga la guiaba la rabia. Los cortes dividieron en dos su piel. Después agarró con fuerza la espalda de ella. Dejando en contacto su herida abierta y la espalda ensangrentada. Esperó unos segundos y separó la mano. Sus ojos se abrieron sobresaltados. Una pequeña sutura de forma natural cerrando un milímetro de su piel. Una simple gota había caído sobre ella. Una carcajada resonó en la casa. Aunque tuviera que hacerlo gota a gota, centímetro a centímetro, lo haría. Repitió el mismo proceso, cortó la palma de su mano y la acercó a las heridas de ella. Apretando con fuerza piel contra piel, estrujando su sangre sobre ella.

Una nueva gota. Había burlado de nuevo a su sangre inmortal. Se había robado una porción de su vida.

Una y otra vez volvió a cortarse y a verter unas gotas de su sangre sobre el cuerpo de ella. Con cada pizca de carne curada, Lucien se impacientaba un poco más. Una simple migaja de su líquido vital vertido y una montaña de inquietud para él.

Necesitaba hacerse una herida más profunda. Así su cuerpo tardaría más tiempo en cerrarla y podría regalarle vida.

Ni siquiera dudó un segundo, ni pensó en las consecuencias que eso podría tener en él.

Se desprendió de su camisa y clavó con fuerza la daga en su vientre una y otra vez. Sin parar, con fuerza. Observó su sangre deslizarse por su abdomen desnudo. En cuestión de un par de segundos, estaba sangrando por el vientre y por los brazos. Su rostro no mostró ni un ápice de dolor sino una sonrisa de satisfacción. Con rapidez, se colocó sobre el cuerpo inmóvil y la abrazó con fuerza por la espalda. Su cuerpo estaba en contacto con el de ella, como esperaba lo estuviera su sangre.

5

Colocó la mano en el pomo y lo giró. Apenas había abierto la puerta unos milímetros cuando la volvió a cerrar despacio.

Debía esperar respuesta, pensó Jason. Desde que Lucien había llevado a su alcoba a aquella joven, no había vuelto a entrar en la habitación. No sin su permiso.

Llamó de nuevo y esperó el permiso. Durante unos minutos, simplemente esperó. Esperó una respuesta que se estaba demorando mucho. Comenzó a inquietarse, no era propio de Lucien tardar tanto en contestar, ya fuera para dar permiso o para negarlo; siempre era rápido en responder.

Jason se apartó de la puerta unos metros, podría estar dormido. Le diría al mocoso de Jimmy que volviera por la mañana. Mejor aún, le daría comida y lo dejaría dormir en los establos. Mañana hablaría con el señor. El jovenzuelo se alegraría de tener un sitio donde dormir y comida segura por la mañana. Esta vez, sus chismes se pagarían bien.

Un escalón, dos y se paró en seco.

—Incluso dormido, me escucharía.

Con aquella idea en su cabeza, llamó de nuevo a la puerta y acercó su oído, esperando escuchar algo.

El silencio, como única respuesta.

—Milord —dijo después de llamar y mientras abría despacio—. Siento molestarle pero… ¡¡Ahh!!

Un grito fue lo único que Jason pudo pronunciar cuando la puerta se abrió del todo. Sus pies se quedaron pegados en la entrada de la habitación. Sus ojos fijos en la masacre que tenía ante él. La sangre cubría toda la cama. Su señor inmóvil sobre la sangre. Corrió hacia el lecho y volteó el cuerpo de Lucien. Retrocedió asustado.

¡Ahh!… Santo Cielo… ¡Padre!— gritó Jason.

El torso estaba destrozado. Descuartizado. Sus heridas estaban abiertas. Aquello no era posible. Lucien cicatrizaba en segundos. Lo había visto cortarse en los establos y cicatrizar antes de poder mirarle la herida. Dudoso dio un paso hacia él. Tocó las heridas y se miró la mano. No sangraban. ¿Y la sangre? ¿Se había desangrado y ya no le quedaba nada dentro?

—¡Cielo santo…! —gritó su padre al aparecer en la puerta—. ¡Mary!— llamó al acercarse a la cama—. Jason ¿qué ha pasado?

—No lo sé, padre. He abierto la puerta y me he encontrado con esto. —Jason señaló con las manos la escena que tenía ante sí—. ¿Y ahora qué pasa? —se preguntó Jason. Había olvidado que en la habitación había una mujer. No había reparado en ella. Ahora el cuerpo de la mujer reclamaba su atención sacudiéndose sobre el lecho empapado en sangre.

Mary se llevó las manos a la boca y se realizó la cruz sobre el pecho. Aquello parecía un acto diabólico. El cuerpo desnudo de la mujer se zarandeaba sobre la sangre.

—Nada en esta casa es lo que parece —le recordó su esposo—. Ella no está poseída. No es malvada. Eso tiene otra explicación. Esto tiene una explicación.

Los saltos de la doncella sacudían el cuerpo de Lucien. Haciendo que todo se moviese con ella.

—Madre, apártala de él. —Durante unos segundos, Mary dudó en acercarse—. ¡Madre! —apremió Jason, pero su madre no se movía.

En estos momentos, su mayor preocupación era con Lucien, así que tomó el cuerpo de la mujer y tiró de ella para sacarla de la cama. Cuando la hubo depositado en el suelo sobre la alfombra intentó tapar su desnudez, pero la sábana no se quedaba sobre ella, así que desistió después de varias intentos.

—Edward, ¿qué vamos a hacer? —preguntó su mujer histérica por el miedo.

El anciano mayordomo se encogió de hombros. No podían llamar a un curandero. No para Lucien. ¿Por qué no estaban cerrándose sus heridas? ¿Qué había sucedido allí? Llevó su mano hacia el corazón de Lucien. Quizá la única zona que no estaba abierta. No conseguía escuchar los latidos. Los suyos propios eran demasiado fuertes como para oír los de su señor. Estaba tremendamente asustado. No sabía qué hacer. Miró a su esposa, que aunque había entrado en la habitación, permanecía de pie junto al cuerpo de la muchacha que aún se convulsionaba sobre la alfombra. Jason estaba arrodillado a su lado, intentando sujetarla para que no se hiciese daño.

—Edward— sollozó la anciana.

—Déjame pensar…—¿qué hacer?

—Marcus— gritaron a la vez.

—Señor Laverty— comenzó a hablar Edward. Se sentó en la cama y cogió a Lucien entre sus brazos, igual que haría un padre con su hijo–. Marcus Laverty… señor. Necesitamos ayuda.

Mary asintió en silencio, aprobando la decisión de su esposo.

Jason le miró confuso.

—Lord Laverty, no me refiero a mi señor, sé que Lucien tiene un hermano. Sé que puede oírme, señor, por favor escúcheme. Lucien se muere… Lucien se muere… Lucien se muere… Lucien se muere…—Edward comenzó a llorar, la idea de perder a Lucien, eso nunca lo habían pensado. Durante todo su vida habían querido a Lucien como un hijo. Habían estado siempre con él. Edward nació y él ya estaba allí. Sabía que moriría, y él seguiría allí. Su lugar en la casa quedaría para su hijo, para su nieto— Marcus, señor, su hermano se muere. Lucien se muere.

Edward miró a su hijo, sostenía en sus brazos a la joven mientras seguía temblando. Sus temblores eran tan fuertes que hasta sacudía el cuerpo de Jason. Edward miró lo inusual de la situación. Su hijo abrazaba a la mujer sin importar que esta se hallase desnuda. Él mismo abrazaba el cuerpo descuartizado de Lucien, un inmortal, sentado sobre aquella inmensa mancha roja y hablando para nadie. Volvió a mirar el torso de su señor. Las heridas no se estaban curando.

¿Sería aquella sangre de Lucien?

Marcus… un nombre, una súplica, un ruego que no salió de sus labios. Pedía ayuda a alguien a quien nunca había visto. A alguien que no sabía ni siquiera si le escuchaba, o peor aún, a alguien que no sabía ni siquiera si vivía. Era su única esperanza, la única esperanza para Lucien. Edward solo sabía que existía un hermano. Lucien apenas había hablado de él pero su padre le había contado cuando conoció al hermano gemelo. Lucien jamás había mencionado su muerte, por lo cual estaría vivo en algún lado.

«*¿Stone? ¿señor Stone?*» La voz sonó suave y muy lejana. «*Señor Stone, ¿por qué me llama? ¿Por qué…? ¡Lucien…!*» esa última palabra sí que sonó fuerte en la mente de Edward.

—¿Lord Laverty?— sollozó Edward.

—No te va a oír —le respondió su esposa, había perdido todo esperanza de recibir ayuda.

—Calla mujer, es el señor, Marcus. Le oigo en mi cabeza.

«*¿Qué diablos ha pasado ahora? La esencia de mi hermano es muy débil.*»

—No lo sé, señor. Le hemos encontrado envuelto en sangre. Tiene muchas heridas en el cuerpo y no se han curado. Se ha desangrado.

«*Eso no puede ser, la sangre no puede ser suya. La mujer…*»

—Estaba sobre ella...

«*Por los antiguos*» interrumpió Marcus. «*No puede ser, eso nunca se*

ha hecho. Nunca…»

—Señor, de qué habla. Su hermano se muere, puede ayudarnos.

«*Observa la muchacha, ¿sus heridas?»*

—Jason, déjame ver el cuerpo de la joven —gritó el anciano mayordomo inclinándose sobre el borde de la cama para ver el cuerpo de la mujer.

Sus ojos se abrieron desmesurados, su corazón se saltó una respiración.

«*Tu asombro confirma mis temores. Mi hermano ha pasado su sangre al cuerpo de la mujer. Sus heridas se están curando. La sangre derramada es la de ella. Su propio cuerpo la ha expulsado para recibir la de mi hermano.»*

—Pero señor, ¿y su hermano?

«*Marcus, ¿qué sucede?»* preguntó Darius en la mente de Marcus.

«*Darius no tengo tiempo, mi hermano se muere.»*

«*¿Cómo fui tan imbécil? ¿Cómo me dejé engañar? Debí darme cuenta de que nunca se rendiría. Lucien no abandona.»* gritó Darius.

«¿De qué estás hablando?»

«*Comparte mi mente, te doy mis recuerdos.»* Darius pronunció las palabras así Marcus vería más rápido lo que había pasado.

«*¡Nooo! ¡Está loco!»*

—Perdone mi descaro señor, pero no es momento para lamentos. Tenemos que hacer algo.

«Sangre. Necesita sangre. Necesita curar sus heridas.»

—Eso no es posible, señor.

«Tiene que serlo, pero necesito tiempo.»

—No creo que tengamos mucho, señor.

«*No tardaré mucho. Lucien, te juro que si sales de ésta, me las vas a pagar. ¿Cómo has podido dar dos veces la vida por una mujer de la que ni siquiera sabes su nombre?. No te das cuenta que te han embrujado.»* Marcus regañaba a su hermano desde la lejanía. Estaba furioso, furioso y preocupado.

En los últimos días, Lucien le había dado problemas para rellenar un siglo de ausencias.

Sangre. Necesitaba hacer llegar su sangre a Lucien. ¿Pero cómo?

Podía materializarse junto a su hermano, pero eso no le serviría, su espíritu no lleva sangre. Tampoco podría mantenerle con vida el tiempo que tardaría en llegar a Londres.

Marcus barajaba las posibilidades dando paseos de un lado a otro de su alcoba.

Estaba vistiéndose para un baile cuando le llegó la llamada de socorro. Al principio fue un murmullo, pero a medida que la

desesperación de la llamada fue aumentando, fue subiendo el tono, hasta sonar en la cabeza de Marcus lo suficiente para llamar su atención. La voz le resultaba familiar, pero no la reconocía. Él había conocido al padre del actual señor Stone, pero su mensaje fue muy convincente.

Lucien se muere.

Ya era la segunda vez que la esencia vital de su hermano se desvanecía. Trescientos años y las dos veces ocurren tan cerca. Si aún no se había recuperado de la primera… se quejó.

Esa mujer… estaba dispuesta a acabar con la vida de Lucien y lo peor era que él se lo estaba poniendo en bandeja.

Ni siquiera se había dado cuenta de que había bajado. De que estaba dentro de su sala subterránea, frente al caldero.

«*Tienes el caldero mágico. Tienes la sabiduría, el conocimiento. Puedes hacerlo, sabes hacerlo.*» Las palabras sonaron en la mente de Marcus con su propia voz, su parte mágica, antigua le hablaba.

«*Marcus, estamos listos*» le habló Darius.

«*¿Cómo vamos a hacerlo? Lucien necesita tu sangre*» puntualizó Iam. «Puedo en la mitad de tiempo, pero no puedo llevar al caldero, con lo cual, no hay traspaso de sangre.» Cada hermano necesitaba la sangre del otro. No servía otra. Y sin tiempo para transportarse, el asunto estaba difícil...

«Sé cómo hacerlo. Preparaos.»

«*Edward, ¿me oyes?*» preguntó Marcus, desde la distancia. Sus palabras tan solo sonaron en la mente de Edward.

—Estoy aquí… señor Laverty —respondió el anciano consternado.

«*Voy a hacer aparecer ante ti una espada, la espada de la luz.*»

—Bien, señor.

«Necesito que seas fuerte, de tu fuerza y determinación depende la vida de mi hermano.»

—Señor… Yo no sé si voy a poder. Soy anciano —Edward dudaba de poder realizar lo que Marcus fuese a pedirle.

—Padre, ¿qué sucede? —le preguntó Jason al ver la cara de su padre palidecer.

Un inmenso resplandor envolvía la cueva, una radiación procedente del caldero. Magia en estado puro.

Marcus comenzó a pronunciar los cánticos de sus antepasados, palabras que hablaban de protección, de sangre antigua, de una raza de inmortales, de cuatro almas, que apoyaba su petición, para aumentar su poder, para sanar…

Podía sentir el poder de las reliquias ancestrales unirse para él.

Canalizaban su poder a través del caldero, para surgir en la espada de Lucien.

«*Ve con tu dueño y protector*» — ordenó Marcus al fin —. «*Ve a quien perteneces y protege su vida.*»

El caldero mostró la escena que se desarrollaba en la cueva de Lucien. El acero vibró mientras recibía la orden. Su hoja salió de la roca en la que estaba clavada y se elevó atravesando suelo y techos, hasta llegar a su dueño. Quedó suspendida sobre su cuerpo. Durante unos momentos, los presentes la miraron maravillados. Resplandecía hasta su empuñadura. Cuando pudo recobrarse de su asombro, Jason la tomó titubeando en sus manos. Pesaba demasiado, casi no podía con ella cómo iba a… No creía posible hacer lo que Marcus le había pedido. No podría…

—No dudes ahora… —le advirtió su padre.

Jason agarró con fuerza la empuñadura dudoso. Le estaban pidiendo que…Su conciencia se debatía, no podía hacerlo.

«*Yo no puedo hacerlo, la espada no me obedecerá en eso. Jamás obedecería esa orden. Jamás se lo permitirá a un inmortal.*» Le informó Marcus.

Cargó con la espada mientras se subía de pie en la cama.

—No puedo, madre…—La espada cayó de las manos abatidas de Jason—. Si no funciona, se morirá.

—Jason, míralo. —Edward señaló con ambas manos a Lucien. —Morirá de todas formas.

Las palabras de su padre no fueron muy tranquilizadoras, pero si decisivas y convincentes. No habló, no pensó, así no dudaría. Simplemente levantó de nuevo la espada y la dejó caer con fuerza… sobre el cuerpo de Lucien.

Un haz de luz brotó de la espada, desde la empuñadura, bajando por la hoja de resplandeciente acero, hasta perderse en el cuerpo de Lucien y envolverlo.

El anciano mayordomo corrió a buscar consuelo en los brazos de su esposa, mientras observaban atónitos y asustados aquella luz plateada.

Jason no pudo moverse, permaneció de pie sobre la cama.

Marcus sintió la sacudida cuando la espada atravesó el cuerpo de su hermano. Una sacudida que le hubiera tirado al suelo, sin embargo no perdió concentración. Continuó pronunciando su hechizo, incluso cuando tomó su daga y se abrió la herida en su antebrazo. Una herida que se cerró como era normal. Marcus colocó el brazo dentro del caldero y volvió a cortar. La sangre comenzó a brotar y a perderse en aquella luz azulada que desprendía el caldero

y a aparecer por la empuñadura de la espada clavada en el cuerpo de Lucien. El preciado liquido rojo, bajó por la hoja y se perdió por la herida abierta.

Manaba como si de una fuente se tratase, directa al corazón de Lucien. Apenas unos minutos después, el cuerpo de su hermano comenzó a cicatrizar sus heridas y la sangre dejó de brotar por la espada.

No esperó orden de nadie, en cuanto la sangre cesó, Jason tiró con fuerza de la espada. Esa lesión se cerró antes que las demás. El muchacho sonrió aliviado.

—Señor Laverty— llamó Edward. Tras la tranquilidad provocada por la recuperación de Lucien, siguió la preocupación por el bienestar de Marcus.

«*Todo está bien*» fue la respuesta de Marcus. Una contestación débil por la pérdida de sangre y el esfuerzo en sus hechizos. «*Solo necesitamos descanso*.»

—Descanse, nosotros velaremos por su hermano.

La herida de Marcus había desaparecido, sabía que ni la espada ni el caldero dejarían morir a ninguno de los dos. El sagrado recipiente tomaría la sangre justa, la acero la vertería directamente en el corazón de Lucien. Un corazón que no tardó en reconocer la fuerza de esa sangre, la energía y la magia que corría para su curación.

Durante el proceso, Marcus invocó la magia ancestral. El poder de los tesoros, de los amuletos y todos les respondieron. Ahora esos hechizos, de boca de sus hermanos, sonaban por la cueva semejante a un eco. Llenando su propio cuerpo de fuerza, hizo que su sangre se restableciera. Marcus continuó tocando el caldero, permitiendo que los canticos ancestrales de Iam y Darius llegasen hasta la habitación de Lucien. Necesitaba recuperarse tanto como él.

Sus sentidos se fueron mermando. Apenas les oía ya. Necesitaba descansar. Tenía que recuperar sus fuerzas. Dar tiempo para reemplazar la sangre perdida.

Casi no podía moverse. Su cuerpo pesaba demasiado para él. No podría llegar hasta su alcoba. Miró hacia la escalera tallada en la piedra. Tampoco podía desmaterializarse. Ni siquiera podría subirla y ya no le quedaban fuerzas para un nuevo hechizo. Apoyó la espalda en la pared y se dejó caer despacio hasta quedar sentado en el suelo. Después, apoyó su cabeza en la tierra y se quedó allí, enroscado, descansando sobre el suelo de la cueva. Era el mejor lugar para revitalizarse, la energía de aquella gruta le devolvería su fuerza. Durmió mientras los canticos ancestrales de sus hermanos

rebotaban por la cueva.

Colocado sobre la piedra de Fal, Darius siguió cantando hechizos de protección para Marcus y Lucien. La piedra comunicaría su voz con el caldero y con la espada, expandiendo así su voz. Se sentía preocupado por la situación de Lucien. No por su vida, sino por cómo había llegado a estar así. Aquella mujer suponía un peligro para todos. La piedra se lo estaba diciendo. Lo estaba sintiendo entre las vibraciones de los cánticos.

Sentado sobre la alfombra, Jason observó a su señor. Descansaba en la misma cama que casi le vio morir. Sus heridas ya no se veían por fuera, ni siquiera había cicatrices externas. En poco tiempo, sus lesiones habrían desaparecido del todo. Como debería haber ocurrido desde un principio. La sangre de Marcus había devuelto a Lucien todo su poder. Ahora su respiración era regular. Tan solo hacía falta descanso.

Volvió la mirada a la mujer. No se podía decir lo mismo de ella. No había dejado de temblar. A veces daba saltos que hacían agitarse al cuerpo entero. Había dejado de sujetarla, no servía de nada y se sentía incómodo abrazándola. Seguía desnuda y cubierta de sangre. Se miró los brazos. Tenía la ropa manchada de la sangre de ella. Y aún así, ella seguía cubierta de rojo. Marcus había dicho que la mujer se debía haber desangrado entera. Nunca pensó que eso supusiera tanto líquido.

Un ronquido desvió su atención hasta la esquina de la alcoba. Su padre se había sentado a descansar un poco y se había quedado dormido. Las últimas horas habían sido demasiado para él. Su madre había bajado a ocuparse de Jimmy, el pequeño ladronzuelo de las calles que a veces ayudaba a Lucien a cambio de unas monedas. Seguramente estaría durmiendo en algún lugar.

—Descansa un poco —la voz de su madre desde la puerta le sobresaltó—. Yo me ocuparé de ella.

Jason miró a su madre. De su rostro había desaparecido el miedo que antes la había obligado a alejarse de allí. A él no le engañaba la excusa de Jimmy. Había visto el temor en su rostro. Se incorporó y pasó junto a su madre en dirección a la puerta. Cuando estuvo a su altura tomó sus manos entre las suyas y las apretó con fuerza. La anciana sonrió agradeciendo así su apoyo.

—Voy a buscar agua para que la laves un poco.

6

—Entonces, ¿puedo contar con su ayuda? —preguntó el anciano.

—Puede contar conmigo. Será un placer acatar las órdenes de mi rey y de mi iglesia —contestó Rowland. En sus adentros reía de la inocencia del viejo sacerdote.

—¿Se encargará usted de buscar a los hombres necesarios para esta labor? —volvió a preguntar el anciano—. Mi cuerpo no está ya para andar por esos barrios del Támesis.

—Conozco a algunos fuera de esos bajos fondos. Otros de mi posición.

—Perfecto —el anciano no pudo evitar suspirar de alivio. Su rostro mostró la alegría de haber hallado ayuda fuera de los delincuentes. Estaba harto de tratar con esa chusma que no daban más que problemas.

Se llevó la copa a la boca y bebió de un sorbo el licor que aún quedaba en ella. Después extendió la mano hacia su anfitrión en señal de despedida. No quería permanecer mucho tiempo en aquella casa, algo en la mirada de aquel hombre tan servicial le ponía los vellos de punta.

Rowland se inclinó y beso el anillo de la mano que se le ofrecía. La mano temblaba y sudaba demasiado.

—Espero sus noticas —le indicó mientras le acompañaba a la puerta de su despacho. Tras ella esperaba el mayordomo que guió al sacerdote hasta la salida.

Nada más salir el sacerdote, Rowland volvió a llenarse el vaso de whisky, lo bebió de un trago y llenó de nuevo antes de volverse hacia el hombre que se hallaba sentado en el sillón del fondo.

—La suerte me sonríe, amigo —su jocosa carcajada retumbó en la estancia.

—Te dije que tu participación en Essex no sería la última —le contestó Taylor.

—Aún no sé como agradecerte que me llamaras. Jamás disfruté tanto en mi vida como con aquella mujer. Su recuerdo aún me hace estremecer.

—Te aseguro que habrá más igual que ella, después de todo, las mujeres de Londres son más bonitas.

—Estas seguro que eso funcionará en la ciudad, la brujería es

algo más de la campiña.

—Entre las mujeres de tu círculo también las hay, puedes estar seguro de ello.

Rowland se frotó las manos anticipando el momento de revivir los momentos que había vivido en aquella cueva. No era fácil encontrar mujeres para sus macabros placeres íntimos. Los burdeles de Londres habían dejado de servirle por mucho dinero que estuviera dispuesto a pagar. Y después de todo, siempre eran mujeres entradas en años y en carnes, aquella joven era hermosa.

Su entrepierna se estimuló al recuerdo. Fue una lástima dejarla allí.

—Solo espero que respetes tu acuerdo.

—Tendrás tu dinero.

Sabía que tenía que andar con cuidado con ese hombre, pero es que no podía desperdiciar la oportunidad. Mientras tuviera dinero para pagarle, Taylor le buscaría mujeres. Y después de la muerte de su madre, la herencia era toda suya, ahora la vieja no controlaría sus gastos como había hecho en vida. Aunque las cantidades de dinero que le pagaba eran cuantiosas, aún no tenía que preocuparse. Y siempre podría casarse con alguna joven con una buena dote para poder costearse sus placeres.

Todavía estaba saboreando el dulzor de la victoria cuando Taylor abandonó el despacho. La boca se le estaba haciendo agua ante los placeres que su amigo y el viejo sacerdote prometían.

7

Se giró y estiró un brazo, buscando.

¡Estaba solo!

Abrió los ojos sobresaltado y se sentó de golpe. Durante unos instantes fue incapaz de pensar con claridad, de recordar lo que había pasado. Y sin embargo una inmensa sensación de soledad le inundó.

Se llevó una mano al pecho, sus heridas no estaban. Miró hacia un lado, en la cama solo estaba… ¿la espada de la luz? ¿Qué demonios hacía eso allí? ¿Cómo había salido de la cueva? No recordaba haberla invocado.

Una respiración sosegada atrajo su atención. En el sillón, junto a la mesa, estaba sentado Edward. Dormía en muy mala postura. Sin duda el anciano había pasado allí la noche. Sabía que podía confiar en él, que le encontraría y cuidaría de él. Se levantó sin hacer ruido, dejaría dormir al anciano un poco más. Estiró sus brazos por encima de la cabeza, se sentía en pleno rendimiento. Todo había ido bien.

Volvió a mirar a Edward, una duda se instaló en su cabeza, si todo había ido bien, ¿qué hacía su anciano mayordomo allí? ¿Y dónde estaba ella?

Miró hacia todos lados. No estaba allí, y aún así, la sentía cerca.

Inspeccionó la casa en busca de su presencia. Estaba cerca, estaba… en el suelo, al otro lado de la cama, sobre el regazo de Mary.

El cuerpo de su anciana ama de llaves, servía de almohada al frágil cuerpo de su damisela. Algo enternecedor. El corazón de Lucien se encogió, estremecido ante tanta ternura, ante tanta muestra de cariño.

En un segundo, retiró las sábanas manchadas de sangre del lecho e hizo levitar el cuerpo de los ancianos hasta dejarlos reposar cómodamente. Después cogió en brazos a su damisela y se la llevó fuera de allí.

La habitación de Marcus sería una buena alternativa a la suya. Caminó despacio llevando junto a su pecho el cuerpo de la joven, cerca, muy cerca de su corazón. Era reconfortante poder sentirla sin notar sus muestras de dolor. Movió su mano por su espalda, suave, sin una sola herida. Inspiró profundamente, llenando sus pulmones de tranquilidad, de bienestar.

Marcus estaba cerca, podía notarlo, estaba esperando.

—Maldita, sea —gritó Lucien nada más dejar a la joven sobre la cama. Ni siquiera se había incorporado cuando Marcus le lanzó algo parecido a un puñetazo. Aunque no hubo puño físico, el golpe fue el mismo, directo al estómago. Se dobló a causa del dolor.

«*Eso es solo un adelanto*» le informó Marcus.

«*Tenías que habérmelo dejado a mí*» se quejó Darius.

—Creo que primero me merezco una explicación, después el castigo —les contestó Lucien, su voz mostraba alegría, la de Marcus ira. Eso le confirmaba que algo no había ido tan bien como él pensaba.

«*Que mi mente te muestre…*» sus palabras abrieron su mente para poder mostrarle a su hermano lo que había pasado.

Lucien vio imágenes de su alcoba llena de sangre, el llanto de Mary, la preocupación de Jason, la rabia de Marcus que no se molestó en ocultar la intensidad de su ira ante su hermano, vio el hechizo, a Jason clavarle la espada, la sangre manar de su espada.

Cuando hubo averiguado todo cuanto había pasado, Lucien dejó caer sus brazos a cada lado de su cuerpo, en señal de rendición.

—Estoy listo para más —confesó, se merecía más golpes, lo malo es que no pensó que su gemelo se tomaría las palabras al pie de la letra y el segundo golpe le cogió tan de sorpresa como el primero. –¡Eh! —no pudo pronunciar palabra, un tercer golpe cortó sus suplicas. Intentó enderezarse cuando volvieron a golpearle, pero no llegó a encorvarse el golpe en la barbilla le hizo levantar la cabeza–. Vale —gritó mientras escupía.

«*Lo dejaremos para cuando puedas defenderte. No quiero que pierdas ni una gota de mi sangre.*»

—No vas a venir —le advirtió Lucien.

«Ya lo hemos hablado y de momento no creo que sea buena idea que ninguno de los tres se desplace hasta ti. Estas teniendo la mala costumbre de requerir el poder de las reliquias demasiado a menudo y ellas no pueden viajar con nosotros.» Le explicó Darius enfadado.

«*Por el bien de tu estúpida existencia será mejor que permanezcamos cerca de ellas, por si decides morirte otra vez. Y que conste que no te revivimos por ti, sino por no dejar a tu hermano solo*.» Iam no se molestó en ocultar su furia.

—Te doy mi palabra de que no haré nada sin avisarle.

«Lucien, prométeme que tendrás tu mente abierta para mí en todo momento. No más barreras.»

—Prométeme que me darás intimidad.

«*Te doy mi palabra de que te daré tus momentos de intimidad, pero si me cierras las puertas, me tendrás ahí y no pienso avisarte.*»

—Te doy mi palabra. No pondré mi vida más en peligro, te lo prometo. Pero necesito tiempo, tengo cosas que hacer.

« *¿Quieres otro medio siglo?»* se burló Iam.

Lucien no le contestó.

—Dame tu palabra de que no buscaras más allá del presente, de que no intentaras averiguar lo que ha pasado en este medio siglo. Yo te lo contaré cuando esté preparado.

El silencio se extendió entre ellos.

«*Te doy mi palabra»* respondió Marcus.

—Gracias.

Un nuevo silencio en el que ambos sopesaron la importancia de ese momento, de esas palabras de mutua confianza, una vez más.

Lucien se giró hacia ella, debería dormir y en cambio se estaba revolviendo. Su sueño era agitado, inquieto. Aunque su mente estaba en blanco, el cuerpo luchaba con el agente invasor. Con la sangre que si bien había salvado su vida, ahora convertía su interior en un infierno. Acarició su cabeza, estaba ardiendo pero estaba seca, no era fiebre, no sudaba, era su sangre. Los órganos se estaban acostumbrando a que ese nuevo líquido invadiese su espacio.

«*Está expulsando la sangre mortal que aún le queda»* explicó Marcus mientras su hermano limpiaba la sangre que estaba expulsando. «*Llora sangre*.»

—Pero ha funcionado ¿no? Mira su cuerpo, ni una cicatriz.

«¿Pero has pensado en lo que la sangre hará a su cuerpo?» preguntó Marcus.

—Todo a su tiempo.

Durante las siguientes horas Lucien observó como pequeñas gotas de sangre abandonaban el cuerpo de la mujer, pero no le importó.

Nadie diría que era la misma muchacha de la noche anterior. No había rastro de heridas, ni de fiebre, se podía decir que solo despertaba de un sueño.

«*Levanta el hechizo, Marcus… tengo muchas preguntas»* pidió Lucien cuando ella dejó de sangrar.

«*Despierta.»*

—Que mi mente sea tu mente, que quede abierta a ti…

«*Que quede restablecido el vínculo gemelar»* concluyó Marcus, alargó y puntualizó su última palabra, así solo establecía el vínculo entre ellos dos. Los gemelos Blackstone permanecieron callados, respetaban la división.

Era reconfortante volver a sentir su unión mental, poder saber en todo momento donde estaba el otro. Poder sentir todo lo que

sentía el otro. Volvían a ser uno, como lo habían sido siempre. Era como tener, no, tenía a alguien siempre en su mente.

La joven se movió en la cama y Lucien le cubrió el cuerpo con una manta sin moverse de donde estaba, apoyado en la pared, junto a la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho, no quería asustarla nada mas despertarse.

Y esperó.

Thara abrió los ojos nada más despertar, algo la había asustado. Pero todo era silencio. Estaba aturdida, desorientada. Su último recuerdo no era agradable, pero no encajaba. Estaba envuelta en sábanas de seda, en una inmensa cama adornada con doseles de seda dorada. Movió los brazos y se revolvió en la cama. No sentía ningún dolor. Notó la suavidad en todo el cuerpo y levantó la sabana para mirar bajo ellas. Estaba desnuda.

Lucien sacudió la cabeza. Había oído sus pensamientos sin tener que tocarla. Su mente estaba tan abierta para él como la de Marcus cuando establecían el vínculo

«*Puedo oírla»* le advirtió a Marcus asombrado.

«Tu sangre.»

¿Dónde diablos estaba?

Estaba muerta, esa era la razón de su bienestar. La muerte la había envuelto en suaves sedas.

«*Te han llamado muchas cosas, pero muerte»*

«*Marcus, calla»*

Recordaba la tortura y después unos brazos que la recogieron y la abrazaron. Recordó lo bien que se sintió en ellos, recordó aquella voz que le habló:

«*Tranquila pequeña, todo irá bien. Yo cuidaré de ti.»*

«Y la cuidaste hasta con tu vida» se burló Marcus.

Se sintió agradecida con la muerte, la había hecho sentir bien cuando perdió la vida en aquel infierno. Siguió recordando retazos de algo parecido a un sueño. Alguien que cuidó de ella. De nuevo esos brazos fuertes que la rodeaban y siempre esa voz que la tranquilizaba.

Volvió a moverse para comprobar que no sentía dolor. Miró de nuevoe bajo las sábanas y sonrió al comprobar que no había heridas. No pasaría toda la eternidad envuelta en latigazos y sangre.

Se incorporó hasta quedar sentada y tiró de las sábanas para cubrirse los pechos. Buscó con los ojos algo de ropa, no iba a pasearse por allí desnuda.

«*Para mí sería un placer, y una tortura*.»

«*Por el bienestar de tu salud y mi sangre, búscale ropa*.»

«*Aquí no hay ropa de mujer, no pienso vestirla con ropa de sirvienta*.»

«*Búscale ropa.*»

Lucien movió su cabeza hacia la habitación de al lado, el vestidor. Quizá una camisa, negó desechando la idea. Estaba en la alcoba de Marcus, la ropa era de él, no iba a darle una camisa suya.

«*Muy posesivo te has vuelto*» se burló Marcus.

Lucien no contestó, estaba trayendo una camisa de su propio armario.

Thara ni siquiera notó que la camisa se acercaba a la cama. Lucien la dejó apoyada a los pies. Ella seguía observando la hermosa habitación en la que se hallaba. Alargó la mano para tocar los doseles. El tacto la asombró. Nunca había tocado nada tan suave.

—Esto es el paraíso —gritó mientras se tumbaba de golpe en la cama. Las sábanas y el colchón de plumas saltaron con ella, casi engulléndola.

Volvió a incorporarse algo mareada, pero muy emocionada. Bajó de la cama y caminó a su alrededor.

«Es preciosa» Lucien arrastraba las palabras conmocionado ante la imagen de su piel desnuda; sin marcas, sin heridas ni sangre.

«*Esta chica no piensa vestirse*» regañó Marcus.

«*Igual que tú, no piensas callarte. Además está bien así.*»

«*¿Te estás oyendo? ¿Te estás viendo?*»

No hacía falta que Marcus le recordase todo lo que estaba pasando. No hacía falta que le alertase de cómo reaccionaba su cuerpo ante aquella visión. Se estaba poniendo rígido y su respiración se aceleraba demasiado. Lo único que podía hacer era imaginarse abrazado a aquel hermoso cuerpo, entre tiernas caricias.

«*Para ya… o te va a hacer falta más sangre*» la voz de Marcus puso fin a sus fantasías.

«*No era buena idea tenerte aquí.*»

«*¿Quien te crees que te va a controlar?*»

Thara encontró la camisa tirada en el suelo. La tomó en sus manos, era suave y desprendía un delicioso olor. Un aroma embriagador que le resultaba muy familiar. Respiró hondo, llenando las fosas nasales de ese aroma a especias. Caminó despacio mientras seguía oliendo.

Lucien la vio acercarse, ¡estaba oliéndole! No era posible, él no estaba visible. La joven se detuvo a unos centímetros de él. Sin lugar a dudas le había encontrado.

¿Pero cómo?

Lucien dejó de respirar, no quería delatarse, pero no era posible que ella le hubiese encontrado, no por un olor.

Con ella, a escasos centímetros, su cuerpo reaccionó de una forma extraña. Algo en él respondía a su cercanía. Tardó unos segundos en darse cuenta: era su sangre.

Corría a mucha velocidad, alterada. Como si ella fuese un imán: un imán para su sangre.

Y mientras, allí estaba ella, frente a él, sin decir nada.

Podía sentir el olor de esa camisa en la habitación, como si el dueño estuviera allí. No veía nadie y sin embargo no se sentía sola. Podía percibir algo, aunque no sabía explicar el qué, pero algo alteraba su cuerpo, aceleraba su respiración, los latidos de su corazón.

—Sé que estas aquí. ¿Puedo verte? Puedes aparecer, no voy a asustarme —dijo Thara, convencida de que alguien estaba con ella, aunque pensase que era la muerte.

Su petición casi produce un infarto en Lucien.

«*¡Oh! ¡Oh! Esto no es normal.*»

«N*ada con ella es normal*» *se quejó Marcus «¿Qué vas a hacer*?»

«*Lo que me pide.*»

Sus palabras fueron acompañadas del hecho. Se desplazó junto a la cama y se hizo visible. Ahora estaba a su espalda.

—Hola.

Aunque lo había pedido, en ningún momento esperó que sucediera. Thara simplemente habló sin pensar. Pero aquella voz… era la voz de sus sueños. Para ella, la voz de la muerte.

Dudó en darse la vuelta y mirarle a la cara, o al lugar donde debía estar la cara, pues se había hecho a la idea de una muerte sin rostro. Solo una túnica negra y una guadaña. Pero también pensó en una voz hueca, vacía, fantasmagórica y aquella no era así.

Lucien mientras la miraba notaba su confusión. Tal vez se había precipitado al presentarse. Volvió a ocultarse durante unos segundos, para por fin, permanecer visible a la espera.

Thara se volvió despacio. Su mirada estaba clavada en sus propios pies, descalzos.

—Lo siento, no tengo zapatos para ti —le dijo Lucien, después, apretó los labios, no debería haber dicho eso.

—No importa —fueron sus palabras mientras levantaba la cabeza, ya frente a él— ¡Madre mía! —exclamó Thara llevándose la mano hasta la boca en un intento de tapar la mueca que el asombro le había provocado.

Lucien permanecía quieto. Regodeándose en sus pensamientos.

Ahora sí estaba segura de estar muerta y en el paraíso. Ante ella tenía a un arcángel. Aquel hombre no podía ser mortal, ni humano. Jamás en sus dieciocho años de vida había visto a un hombre de esas dimensiones. Y allí estaba, apoyado sobre un hombro, en la columna del lecho, con los brazos cruzados sobre el pecho, con total desenfado. Era mucho más alto que ella, algo más de metro noventa. Sus hombros eran anchos y fuertes. Observó los brazos que la habían abrazado, la camisa apenas contenía sus músculos, hubiera podido aplastarla entre ellos y en cambio, le dieron tanta ternura. Su mirada se elevó hasta el rostro.

Lucien rompió a carcajadas, como también lo hizo Marcus. Había pasado de ser la muerte a un arcángel.

Thara se encontró con un cabello ondulado y negro como la noche más oscura, que enmarcaba la cara y descansaba sobre los hombros. Líneas rectas, masculinas, bien cinceladas, como si hubieran esculpido una estatua y dado vida. Hasta sus sensuales labios dibujaban una deliciosa sonrisa. Dos rizos sueltos rozaban su frente, ofreciendo una apariencia más informal, como si fuera posible poner un toque de imperfección en un rostro tan perfecto. Pero hasta eso era perfecto. Sus ojos no podían ser menos, del color del oro, a la altura de lo que un hombre como él se merecía.

Su abdomen, era otra obra perfecta, la camisa se amoldaba a un torso musculoso, esperando estallar en algún momento, a la mínima presión. Sus ojos siguieron la línea descendente hacia sus piernas, puro musculo bajo las calzas negras.

«*Que no se te suba a la cabeza. Esto era lo que te faltaba para perder la poca cordura que te quedaba.*»

—Me llamo Lucien —la presentación fue seguida de una graciosa reverencia.

«*Y no soy ni la muerte ni un arcángel*.» Estas últimas palabras se las guardó en su cabeza.

—Thara Davenport. Aunque supongo que ya lo sabes.

—Thara, Thara —repitió su nombre. Ya tenía un nombre para la damisela de los ojos verdes cristalinos más hermosos y enigmáticos que había visto en su larga vida.

Thara escuchó su nombre de labios de aquel arcángel a modo de música llevada por el viento.

—Gracias por el regalo.

¿La camisa? —preguntó Lucien confundido.

—No, por la muerte. Bueno, por la forma en que me llevaste.

«Hermoso regalo el que me hizo la muerte al hacerme sentir los fuertes brazos de un hombre. Y su dulce voz al decirme que todo

iba a ir bien, que cuidarías de mi.»

Lucien se quedó de piedra al conocer los pensamientos de Thara. Su mente volvió a revivir la suplica de la muerte en sus ojos verdes. Una punzada de dolor atravesó su pecho.

«*¿Cómo podía desear la muerte una preciosidad de dieciocho años?*»

Lucien la observó de arriba abajo. El color había vuelto a sus mejillas. Desde allí no veía las diminutas pecas de su nariz, desde allí su rostro era perfecto. Sus pestañas ya no estaban mojadas y enmarcaban sus hermosos ojos verdes. Podía ver el pulso latir en su cuello. Su sangre, y nunca mejor dicho, recorrer el interior de su cuerpo. Nada podía ser más delicioso. Deseó estar en el interior que él quería, pero tendría que esperar. Sintió envidia de su propia camisa que ahora le rozaba la piel, sus generosos pechos. Sus pezones estarían rozando la tela. Sabía que bajo la camisa no llevaba nada, pero la prenda tapaba más de lo que él hubiera querido. El borde acariciaba los muslos de unas piernas largas que él había limpiado de sangre. Desde ese momento supo que no podría volver a tocarlas sin imaginárselas enroscadas en su cintura.

Ya nada sería igual en su vida.

«*Nada ha sido igual desde que apareció.*»

«*¿Por qué no te vas a dar una vuelta?*»

«*Y ¿perderme esta diversión? Jamás*».

— ¿Puedo hacerte una pregunta? —le habló Thara.

—Dime.

—Esto de estar muerta ¿cómo es?

¿Cómo te sientes? —preguntó Lucien siguiéndole el juego.

«*¿No piensas decirle la verdad?*» Marcus no iba a permanecer callado.

—Extraña. Noto que algo ha cambiado, me siento distinta.

—Con el tiempo te acostumbraras. —Tenía que decirle la verdad, se reprendió.

—¿Vas a estar conmigo?

—Todo el tiempo que quieras.

—No quiero quedarme sola… aún.

Lucien sintió el miedo llegar a Thara y sintió deseos de volver a estrecharla entre sus brazos. Un deseo que actuó por sí solo, pues antes de que pudiera volver a mirarla ya estaba junto a ella.

Thara dio un paso hacia atrás instintivamente, no le había visto acercarse, solo lo tuvo allí. Como si hubiese aparecido de pronto. Pero cuando su muerte, o su arcángel, abrieron los brazos, ella se refugió en ellos. Con la cabeza apoyada sobre su pecho, oyendo los latidos de su corazón y sintiendo el suyo acompasarse, Thara se

sintió en el cielo.

Tenerla cerca, consciente, y abrazada a él por voluntad propia, fue demasiado para Lucien. Respiró su olor, sin perfumes, solo ella. Sin ungüentos ni heridas, solo ella. Sintió ambos corazones latir al unísono. Como si la sangre fluyera por los dos cuerpos al mismo tiempo.

Una enorme puerta a la preocupación se abrió en la mente de Lucien, su sangre.

¿Qué cambios se habrán producido en su cuerpo?

La inmortalidad, los poderes…

«*Lo averiguaras pronto*» le advirtió Marcus.

Lucien aumentó la presión de sus brazos y la estrechó un poco más, a fin de que pudiera evitarle las cosas malas que sin duda vendrían. Pero de momento, lo que vino fue la reacción de su cuerpo.

La mente de Thara comenzó a dar vueltas, a recordar cosas y a encajar otras…

—No, apártate… —le gritó, dándole puñetazos en el pecho—. ¡Nooo!

La respuesta de Thara cogió a Lucien por sorpresa.

«Maldita sea, no lo he visto venir» se lamentó.

La mente de Thara se llenó de retazos de imágenes, fragmentos que Lucien fue recogiendo entre latigazos de dolor.

Thara estaba en una habitación. Se escondía de alguien. Corría alrededor de una cama. La golpearon, y la tiraron sobre el colchón.

Unas manos la tocaban. Ella se resistía. Lloraba. Lágrimas que abrasaban el corazón de Lucien.

No pudo soportarlo por más tiempo y se abalanzó sobre ella. Necesitaba borrar esos recuerdos de su mente, no sufriría con el pasado.

Thara luchaba contra el contacto de Lucien. No quería que se le acercara. No estaba dispuesta a vivir aquella pesadilla toda la eternidad. Ella no se merecía el infierno. Había sufrido mucho en su vida, para vivir en el calvario.

—Tranquila pequeña, todo va a ir bien —la voz de Lucien fue melodiosa, pero ella no la escuchaba.

—No me toques. No voy a dejar que me toques —gritó Thara saltando sobre la cama.

—Tranquila Thara, déjame acercarme.

—¡Nooo! ¿Para eso me has matado? ¿Pretendes encerrarme en tu alcoba para toda la eternidad? —chillaba ella.

«*No contestes a eso, Lucien.*»

Lucien rió ante la ocurrencia de su hermano, ciertamente la idea era tentadora, pero no estaba en su mente obligarla.

—No me das otra opción —le advirtió Lucien.

Tampoco esta vez lo vio acercarse. Parecía saltar en el aire o desaparecía y aparecía a su lado. Hace un segundo estaba en el suelo y ahora estaba encima de la cama con ella.

Las palabras que escuchaba ya no las entendía. Eran palabras sin sentido, pronunciadas de una forma extraña, pero el sonido de su voz la estaba dejando adormecida. Sentía la cabeza tan embotada, sabía que seguía sobre ella, pero ya no podía luchar, su cuerpo ya no respondía.

Sintió miedo, aquel hombre no era como los demás, si la hipnotizaba con su voz podría hacer lo que quisiera con ella. Lágrimas de desesperación comenzaron a caer por sus ojos. No podía luchar. No podría defenderse una vez más. ¿Así era la muerte?

No le quedó otra solución, tuvo que tranquilizarla con el hechizo de su voz. Ahora se debatía entre lo correcto y lo debido. Aquello no estaba bien, pero necesitaba hacerlo, era por una buena causa, el fin justifica los hechos, se decía.

Recibió las lágrimas de Thara, igual que ácido sobre su piel, pero permaneció sujetándola a pesar de saber lo que pensaba, lo que recordaba…

«¿Qué diantres vas a hacer ahora?»

Allí estaba de nuevo la voz de su conciencia en forma de hermano gemelo.

—No lo sé, Marcus. Por favor, déjame tiempo para pensar.

Lucien se pasó las manos por el cabello en un gesto de desesperación. No estaba preparado para tratar con mujeres. Y tampoco lo estaba para hacerlo con Thara.

«*Thara, Thara…»* repitió su nombre, era tan hermoso. Su damisela de ojos verdes vidriosos se llamaba Thara. Con tan solo pronunciar su nombre, la calma volvía a él, con ella se sentía sereno.

«*Deja de actuar igual que un bobo enamorado y céntrate. Necesitas averiguar qué ha hecho tu sangre en ella, en su ser.»*

—Luego, ahora voy a descansar. Necesito descanso, me siento débil. Tu sangre no tiene mucha fuerza —se burló Lucien.

«La suficiente para devolverte la vida, no lo olvides.»

—Gracias, Marcus.

—¡Ah! — el grito le hizo correr hasta su alcoba.

—Lo siento, milord. No sé como ha pasado. —Se disculpaba muy

avergonzada Mary. Sus manos estrujaban con nerviosismo el sobretodo cubierto de sangre de la joven.

—Tranquila. Mary. He sido yo… yo os he puesto ahí.

—Pero milord, es su cama — le recordó Edward, avergonzado. Ninguno de los dos se atrevía a levantar la mirada.

—Un simple colchón y unas mantas, eso es todo —Lucien hizo un pausa–. Marcus me ha contado lo que ha pasado. Quiero pediros disculpas por mi comportamiento poco racional e irresponsable. Siento haberos arrastrado en mi locura y haberos asustado tanto.

—Milord, no tiene que disculparse. —Ahora sí que estaba avergonzado, pensó Edward. Su señor se estaba disculpando con ellos. Los señores no se disculpan ante el servicio.

—Tal vez ha llegado el momento de cambiar eso, Edward —le contestó Lucien.

Edward agachó la mirada, aún más avergonzado al ser descubierto en sus pensamientos.

—Milord, ¿y la joven? —preguntó Mary.

—En la alcoba de Marcus y está bien, no te preocupes.

—Gracias a Dios.

—Creo que él ha tenido poco que ver en esto, Mary.

—Milord…

No era por arrogancia, pero había que reconocer que el milagro no lo había obrado el Dios de Mary, sino su sangre.

—Ahora será mejor que os deis un baño y que alguien venga a limpiar esta habitación, no quiero que quede rastro de la sangre.

—Sí, milord —le contestó Edward colocando una mano en la espalda de su mujer y conduciéndola hacia la puerta.

—Y… gracias, Edward.

—No hay porque darlas, milord —Edward se detuvo junto a Lucien y levantó la mirada— pero la próxima vez, que no tengamos que clavarle una espada en el corazón. Estoy un poco viejo para esos sobresaltos, milord.

—Te prometo que no volverá a suceder.

—Eso está mejor, milord. Eso está mejor. Este anciano casi se muere de un infarto al escuchar el plan de su hermano.

—Confía siempre en él, Edward. Marcus es mi otro yo.

«*No, soy tu conciencia, inconsciente*» la voz de Marcus sonó en toda la habitación.

¿No te ibas a descansar? —preguntó Lucien.

«Creí que eras tú el que estaba debilitado. Al que mi sangre no le había dado mucha energía .» Marcus no se molestó en ocultar su voz en la mente de su hermano.

—Ya me iba, pero no tengo cama.

—Lo siento, milord, enseguida la limpiaremos —se apresuró a contestar Mary.

—Tú ve a bañarte, que venga alguien.

—Gracias, milord. Es usted muy bondadoso —le agradeció la anciana ama de llaves. —Lo que me recuerda a Jimmy, milord. Vino anoche muy alterado, le dimos de comer y le dejamos dormir en las cuadras pues insistió en no irse sin verle —le comunicó Edward.

—Iremos a ver a ese jovenzuelo, pero primero una camisa limpia. No queremos asustar a ese pilluelo con tanta sangre.

8

Aunque intentaba aparentar más de los años que tenía, con aquellas ropas tan holgadas, aquel jovenzuelo no era más que un niño de diez años que conseguía sobrevivir en los barrios bajos de Londres. Entre la miseria y los delincuentes, Jimmy se desenvolvía bastante bien.

Desde hacía ya dos años, trabajaba para Lucien, averiguando sobre algunos asuntos; de esa forma, Jimmy obtenía unos buenos ingresos y Lucien, un informador muy importante. Ese niñito, era capaz de hallar más información que un detective y de vigilar mejor que cualquier hombre.

Pero en estos momentos, el conde no le había encargado ningún trabajo, y aún así, si Jimmy insistía en verle, tenía que ser algo importante. Raras veces acudía a la mansión.

—Señor conde, señor… —sus gritos y sus carreras ya delataban su llegada.

No esperó a ser anunciado, con Jimmy no había reglas de protocolo. Empujó la puerta de la biblioteca y entró corriendo. Aunque como siempre, ante la presencia de Lucien, todo eras modales. Jason, que le acompañaba, no pudo reprimir una sonrisa al ver al mocoso quitarse la gorra de un manotazo y hacer una reverencia para después, esperar permiso para hablar.

—Buenos días, Jimmy —le saludó Lucien, conteniendo la risa.

—Buenos días, señor conde.

—¿Has desayunado?

—Sí, una chica me ha dado mucha leche y un pan muy blandito con mermelada —. Jimmy se relamió ante el recuerdo de la exquisita comida.

—Jason, prepara una cesta con bollos y mermelada para que este jovenzuelo se la pueda llevar.

—Ahora mismo, milord. ¿Desea algo más, milord?

—No. Puedes marcharte. Tengo asuntos que atender con este señorito.

—Me alegro de verlo en pie, milord —se despidió, aludiendo al incidente de la espada.

—Ya hablaremos luego de eso, Jason.

Cuando Lucien despidió a Jason pudo notar el cambio que se producía en el rostro de Jimmy. Sus ojos se abrieron y sus hombros

se estiraron hacia atrás, elevando su cuerpo unos centímetros más. Lucien le hacía sentirse importante.

—Dime Jimmy, ¿qué te ha traído a mi casa?

El pequeñajo miró hacia la puerta y esperó hasta que se cerró, dejándolos solos.

—Yo no quería venir a su casa— Jimmy comenzó a retorcer la gorra que tenía entre las manos—, pero usted tardaba mucho en venir.

—He estado muy ocupado–. Lucien se dejó caer en el sillón tras el escritorio, no quería asustar al muchacho, que ya parecía bastante molesto con su estancia a la mansión.

—Sí, señor, eso pensé–. Jimmy elevó los ojos y miró a Lucien. —Verá señor, hace tres días llegaron unos hombres buscando a gente que quisieran trabajar con ellos.

—Y ¿bien?— apremió Lucien al ver que Jimmy se detenía.

—Eso no es raro, ¿verdad? Ya sé, pero esos hombres no eran normales. Miraban raro. Las mujeres no quieren cruzarse en su camino. —Sus deditos retorcían con fuerza la gorra.

Lucien comenzó a inquietarse, pero no quería asustar al muchacho.

—Dime, cómo eran esos hombres, cómo vestían.

—No como nosotros, llevaban ropas largas —Jimmy acompañó sus palabras de un movimiento de descenso por su cuerpecito, para indicar que la ropa no tenía forma—. Parecidos a los que algunas veces he visto llegar a casa de Madame Sofí, pero… distintos. No se esconden asustados, elevan su cabeza y te miran…

Madame Sofí, era una de esas casas dedicadas a toda clase de vicios, y con bastante reputación por los barrios bajos. Pero aquello no tenía sentido.

—Allí hay miedo, señor —se apresuró a decir Jimmy—. Los niños están escondidos, dicen que los llevaran. Las mujeres ya no salen a trabajar. Temen que se las lleven.

Un golpe de inquietud cruzó la mente de Lucien. Se levantó y se acercó al niño. Ahora podía oler su miedo en el aire.

—Iré a ver que se cuece por allí. Ahora ven, vamos a la cocina por tu cesta y tu paga.

—Gracias, señor.

Lucien colocó su mano en la espalda del niño y lo encaminó hacia la puerta. El acompañar al muchacho hasta la otra estancia no era otra cosa que una excusa para poder tocarle y averiguar más.

A través de su mano sintió el miedo, la confusión por no poder explicar lo que estaba sucediendo en su barrio. Las comisuras de los

labios de Lucien se elevaron en una sonrisa. Al salir de la biblioteca, en lo único que Jimmy podía pensar era en los tiernos bollos que se iba a llevar y en repartirlos con sus amigos. Lucien ejerció más presión mental hasta llegar a las escenas que buscaban. Los hombres a los que se refería Jimmy eran monjes, partidarios del obispo Gardiner, buscaban hombres sin escrúpulos para cacerías. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Lucien, cazadores. ¿Estaría Rowland entre ellos? Por eso las mujeres tenían tanto miedo. En aquellos tiempos cualquiera podía ser acusado de brujería. Bastaba que alguien te apuntase con el dedo para acabar en una celda y en un juicio por brujería. El obispo Gardiner estaba haciendo un buen trabajo.

El contacto quedó roto al llegar a la puerta de la cocina, donde el pequeño salió corriendo ante la perspectiva de la comida. En la gran mesa que ocupaba el centro de la cocina, había un paño con una media docena de bollos bien colocados. Jimmy se subió en una silla y de allí a la mesa para poder coger uno y morderlo con ansia.

—¿Los… puedo… guardar? —preguntó con lo boca llena.

¿Has traído tu saco? – le preguntó Mary.

Jimmy agachó la cabeza y miró de soslayo al conde. Era la primera vez que estaba allí con ellos, nunca había visto que traía un saco para llevarse comida.

—Chico precavido —se rió Lucien.

Al ver que nadie se enfadaba, Jimmy cogió el saco que colgaba de su cinturón y comenzó a meter lo bollos en él.

Lucien observaba desde la puerta la felicidad del niño, mientras metía el pan en su saco como si fuera oro. A su alrededor todo eran miradas de complicidad, Jimmy se había metido en el bolsillo a todo el servicio.

—Jimmy, hemos metido en este saco algunas ropas, seguro que tú le encuentras utilidad —le dijo Mary. Colocó sobre la mesa un saco semejante al que traía el niño. Hacía unas semanas que lo habían preparado con idea de dárselo al cochero para que buscara al crío y se lo entregara pero como no había vuelto por allí, todo quedó guardado.

—Nos vendrá muy bien. Muchas gracias, señora.

—¿Cuántos sois, Jimmy? —preguntó Lucien.

Se acercó a la mesa y retiró una silla en la que se sentó.

—Ocho, señor. Hace unas semanas recogimos de la basura a un niñito que no anda aún.

—Dios mío —exclamó Mary llevándose la mano al pecho—. ¿Qué hacéis con él?

Con orgullo en la voz, Jimmy les contó que lo cuidaban entre todos, y que una vez al día lo llevaban a una casa donde una mujer le daba un poco el pecho. Contó como lo encontraron, mientras buscaban algo de comer en los montones de basura de la taberna. No iban a dejarlo allí, les aseguró.

—Así que sois ocho, y solo llevas cinco bollos… —le indicó Lucien, pensativo.

—Repartiremos, señor. Todo lo repartimos.

—Mary, dale a este jovenzuelo más bollos y seguro que habrá por ahí más comida, algo de queso y puede que hasta carne.

—Sí, señor. Ahora mismo, señor —Mary se apresuró a buscar la comida.

—Gracias señor conde.

Jimmy volvió a agachar la mirada hacia sus manos, sus deditos se movían sobre el saco. Lucien sabía que ocultaba algo.

—Jimmy, ¿sucede algo?

—Verá señor, le he llamado Luc, por usted. —Jimmy no levantó la mirada, hablándole a sus manos, dudando de lo hecho—. Pero si quiere no lo llámanos así —le dijo mirándolo a la cara, recobrando su valentía de pilluelo.

Lucien rió, lo que tranquilizó al pequeñajo.

—Vamos a hacer un trato, Jimmy. Todos los sábados, vas a estar a mediodía en la esquina de siempre, mi cochero te llevará un saco con comida para tu panda y leche para Luc.

Señor…

Jimmy no pudo seguir hablando. Sus manitas secaron las lágrimas que asomaban a sus ojitos. Mary, dejó escapar un sollozo.

—Basta de lágrimas. Ya he tenido bastante de esas por una temporada —gritó Lucien levantándose de la mesa—. Ahora todo el mundo a trabajar. Jason, haz que lleven a Jimmy.

—Sí, señor – se apresuró a contestar Jason.

Cuando Lucien abandonó la cocina, algo se agitó suavemente en su interior.

Magia. Una llamada.

Su cabeza miró a un lado y hacia otro. Buscaba la procedencia de esa magia. Agudizó sus sentidos, se aisló del bullicio de la cocina e inspeccionando todo a su alrededor.

Una llamada que reclamaba su atención, elevó sus ojos hasta el techo, las habitaciones de arriba…Thara.

Pero ella estaba dormida, él le había mandado dormir. Y sin embargo le llamaba. Iba a tener que acostumbrarse a tener a alguien con magia cerca de él.

Magia. Brujería. Cazadores de brujas. Punzadores. Tenía que proteger a Thara.

Sus ojos ya veían la puerta de la habitación de Marcus, ni siquiera se había dado cuenta de que estaba andando, tan solo obedecía a la llamada. Sus dedos asieron el picaporte y abrió la puerta despacio. Hipnotizado por una suave llamada, como el canto de una sirena atrapaba a los marineros y los hacía acercarse a tierras peligrosas, hasta perecer en ellas.

—Maldita sea —gritó Lucien al entrar en la habitación y verse atacado por una silla. Por suerte sus instintos mágicos habían estado más alerta que él y la habían dejado parada en el aire a escasos centímetros de su rostro—. ¿Qué…?

No era la silla lo único que estaba volando por los aires, todo el mobiliario de la habitación estaba girando por encima de la cama de Marcus. Incluso la cama daba vueltas.

Lucien miró al centro de aquella revuelta. Los muebles se movían por Thara. Ella hacía todo aquello. Acababa de comprobar que con su sangre también había pasado su magia. Su parte humana dormía, la parte mágica que iba con la sangre inmortal de Lucien, se resistía a su hechizo para dormir y estaba manifestándose.

Sus manos pararon la danza de los muebles y los dejó en el suelo. Tendría que tratar con los poderes que comenzaban a despertarse en Thara.

¿Hasta dónde llegarán? Jamás pensó que su magia circulaba en sus venas, que venía de su sangre. Tan solo quería la curación de sus heridas. La magia era un problema con el que no había contado.

«*¿Arrepentido?» preguntó Marcus.*

«Jamás.»

La seguridad que delataba su voz le heló la sangre. Marcus no pudo contestar.

«Aprenderá a controlarlos, como hicimos nosotros» aseguró Lucien.

«A veces la vida es irónica, condenada a muerte por brujería y es la magia quien la salva.»

«Tú y yo hemos visto muchas ironías de la vida.»

Pero muchas, pensó Lucien mientras se materializaba en el club.

—Lucien, amigo mío. Qué alegría verte de nuevo —saludó con eufória el anciano nada más verle entrar por las puertas del club— y de una sola pieza.

—Lord Dudley, ¿me ha echado de menos? —saludó Lucien al anciano.

—Siempre. Dicen que has perdido la cabeza por una dama desconocida.

«*Si solo fuera la cabeza*» murmuró Lucien para sí.

—Las malas lenguas son eso, malas lenguas —contestó para Dudley, mientras se sentaba en el sillón vacío a su lado. Serían rumores, pero no podían estar más acertados—. Dime, que se ha movido por estos antros en mi ausencia.

—En nuestro último encuentro me preguntaste por los punzadores, pues se oyen rumores de que las cacerías de brujas se trasladan a Londres.

—He oído algo.

—No solo buscan seguidores en los barrios del Támesis, al parecer han encontrado algunos entre los mejores club de la ciudad.

—Rowland… —Lucien esquivó la mirada del anciano. La sola mención de aquel hombre era puro fuego en sus venas. Pura sangre en sus ojos.

—Lucien… —el anciano agarró su muñeca y tiró de ella, obligándole a mirarlo. EL conde respiró pausadamente antes de girarse.

—Ese bastardo ha encontrado respaldo a sus fechorías —le dijo mirando la mano que le sujetaba.

—De niño, mi padre —comenzó a contar el anciano, sin soltar a Lucien. Miró hacia ambos lados antes de seguir— me contaba que había conocido a un hombre con los ojos del color de la sangre.

Lucien miró asombrado a su acompañante, ahí estaban sus sospechas confirmadas. ¿Hasta qué punto le había reconocido Dudley?

—Que se movía —continuó el anciano lord— con el sigilo de la noche y la velocidad del viento. Capaz de recorrer en un solo día la distancia que nosotros hacemos en diez y, al que la vejez había olvidado, así como la muerte.

—Viejo amigo, ¿desde cuándo lo sabes? —Lucien no pensó en negárselo, estaba cansado de aquello.

—Durante nuestra juventud hubo detalles que confirmaban la historia de mi padre— Dudley bajó el tono de voz—. Después desapareciste durante casi medio siglo y volviste convertido en el hijo. Tal vez engañaste a los demás, pero no a tu mejor amigo. Fueron muchas las horas que hemos pasado juntos y creo conocerte lo suficiente como para saber que eres el mismo Lucien con el que yo me recorría los antros de Londres.

—Amigo mío —Lucien extendió su mano y la colocó sobre el hombro del viejo lord. Había echado de menos a aquel hombre.

—Y ahora mi joven amigo, vayamos a un reservado a charlar.

Lucien podía notar la agitación en el anciano y desde luego se merecía algunas explicaciones. En su juventud fueron amigos inseparables. Le supuso mucho esfuerzo abandonar Londres para mitigar las sospechas de su vida eterna, pero en cuanto volvió, busco de nuevo a Lord Dudley encontrándole ya casi un anciano. Volvió a frecuentar el club con la esperanza de volver a ganarse su amistad tal como había hecho en el pasado. Si bien, no ya para bailes y fiestas, sí para una buena conversación.

—Espera aquí, voy a ver si hay alguno libre —le pidió Lucien y se marchó para volver en apenas unos segundos—. Vamos.

El viejo lord hizo intento de levantarse usó de apoyo la mano que Lucien le ofrecía. Este aprovechó el contacto para transportar al anciano al reservado que ya había visto vacio.

—Luc…—gritó Dudley mientras Lucien le ayudaba a sentarse de nuevo en el reservado—. No puedes hacerle eso a un viejo.

Pero el sobresalto no duró mucho y el anciano comenzó a reír acaloradamente.

—Era solo un regalo —le dijo Lucien feliz.

—Sería una buena forma de llegar al club desde mi casa sin tener que montar en ese carruaje tan incómodo.

—Moverse le viene bien. Y es estos tiempos, no soy muy bien recibido.

—Gardiner ganaría muchos votos contigo. Y dime, ¿hay muchos como tú?

—Marcus, mi hermano gemelo y Darius e Iam, otra pareja de gemelos.

—¿Gemelos? Nunca supe que tuvieras un hermano y encima ¡gemelo!

—Hay muchas cosas que no pude contar.

—¿Cuántos años llevas sobre este mundo?

—Trescientos.

—¡Trescientos años! —exclamó Dudley que casi se cae del sillón cuando oyó la edad de su amigo.

—Muchos para caminar solo por esta tierra, viendo morir a los que alguna vez fueron algo para ti —los ojos de Lucien miraron las paredes, recordando a cuantos había visto desaparecer.

—Triste vida la tuya.

Lucien no contestó al comentario de Dudley, su mente estaba en la casa, con Thara. A ella no la vería morir.

—Lucien – el movimiento en su antebrazo llamó su atención de nuevo al club–. ¿Dónde estabas?

—Con el chisme de tus malas lenguas.

—Ja, ja, ja —rio Dudley—. Entonces, ¿existe esa mujer?

—La rescaté de los punzadores hace algo más de un mes. Más bien la rescaté de manos de Rowland. No creerías de mis palabras lo que le hizo. Ni aún viéndolo, pensé que eso pudiera hacerlo un hombre. Tuve que utilizar magia para curarla y ahora es como si estuviera conectado a ella, puedo sentir sus emociones más fuertes —no podía contarle los detalles.

—¿Amor?

—No —se apresuró a contestar Lucien—.Simplemente magia.

«*Y sangre*» pensó.

—Tengo que encontrar a ese malnacido. No descansaré hasta que su cuello esté en mis manos.

El rojo parecía haberse convertido en el color definitivo de sus ojos y la rabia en el único sentimiento que habitaba en su corazón. Iba a encontrar a ese bastardo aunque ello le costara la vida.

Una leve despedida y se desmaterializó ante los ojos sorprendidos del anciano. Su cuerpo tomó forma en la alcoba de Marcus, junto a Thara. No podía ir a otro lado, su mente estaba llena de ella.

—Mary —gritó al salir.

La anciana se apresuró a acudir.

—¿Se ha hecho todo lo que encargué? —preguntó Lucien.

—Sí, milord. Se han traído los trajes y todo lo necesario.

—Gracias, Mary.

—Milord, ella necesitará una doncella. Me he tomado la libertad de buscar una. Meg hará bien el trabajo.

—¡Oh! Es cierto. Gracias, Mary.

La anciana se alejó muy satisfecha mientras Lucien volvía a entrar.

Se acercó y apoyó un hombro y la cabeza, en la columna de los pies de la cama. Durante unos minutos tan solo la miró. No sabía muy bien el modo de retomar la situación, pero tampoco podía dejarla dormida.

Las preguntas se amontonaban en su cabeza al mismo tiempo que las preocupaciones. Tal vez las cosas no hubieran salido como las había previsto. ¿Pero qué estaba diciendo? No había previsto nada. No había tenido tiempo de pensar. Las cosas habían sucedido tan deprisa que no había podido idear un plan a seguir.

Lucien se rió de sí mismo, él nunca había actuado según un plan. Actuar con planificación, era cosa del otro gemelo. Él era más de hacer y luego pensar en las consecuencias.

Creyó oír la risa de su hermano, pero Marcus no estaba allí, le

había dejado solo con sus cavilaciones.

Inhaló y llenó sus pulmones, en un intento de recuperar el control de sus pensamientos.

—Thara —pronunció en un susurro—. Despierta, preciosa.

Una petición para anular una orden.

Thara se movió entre las sábanas, estiró sus brazos por encima de la cabeza y se desperezó. Abrió los ojos desconcertada, en realidad no sabía cuánto tiempo llevaba durmiendo. Se frotó la cabeza, ni siquiera sabía dónde estaba.

Se sentó en la cama, envuelta en preguntas y sin una sola respuesta.

—Hola —le saludó Lucien con dulzura.

La voz le asustó por unos segundos. En seguida la reconoció y sonrió.

—Hola —contestó Thara.

Allí estaba de nuevo aquel sueño de hombre. Suspiró emocionada. Recordó que había muerto y que él la había traído allí.

—Lucien —pronunció su nombre despacio. Esperando no haberse equivocado. Él no contestó—. Tengo muchas preguntas, aunque Quizá no importe, ¿cuánto tiempo ha pasado desde…? — no se atrevía a decir la palabra. Hacerse a la idea de su muerte no era fácil.

—Llevas tres semanas en mi casa.

—¡En tu casa! — exclamó—. ¿Quién eres?

—Lucien Laverty.

—¿Dónde estoy? —preguntó, sus respuestas no hacían más que confundirla un poco más.

En Londres. Bienvenida a Laverty House.

—Londres ¿Cómo he llegado aquí?

—Es una…

—No estoy muerta… —le interrumpió con un grito.

—No, aunque casi mueres. Has estado a punto de hacerlo por tus heridas.

Thara se llevó las manos a la espalda. No había dolor, no había heridas. Quizá unas enormes cicatrices marcaban su piel, pero no las veía.

Lucien se estremeció ante el recuerdo de las heridas, aunque ella no lo notó. Para Thara el dolor no era más que un recuerdo, para Lucien, aún perduraba en su carne.

Las lágrimas llenaron los ojos de Thara y corrieron por sus mejillas como un río. Su corazón se encogió por el recuerdo de lo vivido y un llanto desgarrador se apoderó de ella.

El primer impulso de Lucien fue abrazarla y dio un paso hacia ella, pero el recuerdo de su último encuentro le hizo detenerse.

—Cálmate, ya ha pasado, ya estas a salvo.—Su voz llevaba mezclada su magia.

«*Al cuerno con todo*» se dijo y se acercó a ella.

Fue un contacto de lo más formal. Tan solo quería consolarla, no volver a asustarla. Así que únicamente caminó hacia ella y colocó su mano sobre su hombro. Apretó el contacto, para darle ánimo.

Su respiración quedo cortada cuando ella se volvió, lo rodeó con sus brazos y enterró el rostro en su pecho.

Si no hubiera sido por el calor que aquel cuerpo desprendía, Thara hubiera pensado que abrazaba a un muro de piedra. Era todo músculo; músculos duros como la piedra, pero era muy confortable abrazarlo, igual que encontrar un tronco flotando cuando te estás hundiendo.

En pocos minutos su llanto pasó de agónico a sollozos y luego a un llanto de alegría por la vida. Aún así, no quiso separarse, se encontraba extrañamente a gusto cerca de él.

Su corazón comenzó a latir, tan fuerte que se preguntó si él podría escucharlo. Una vocecita en su interior le decía que tenía que separarse, pero su cuerpo no le hacía ningún caso.

Lucien hubiera querido decirle que escuchaba su corazón y que el suyo propio latía tan fuerte como el de ella. Algo no funcionaba bien.

La unión entre sus sangres era demasiado potente.

Sí, debía de ser eso, quiso convencerse para no caer en la tentación de pensar que deseaba a esa mujer que ya era algo más que una cuestión de protección, de culpabilidad por sus actos pasados, de…

Thara se separó un poco de él para mirarle a los ojos. Unos ojos dorados que la observaban con ternura, una boca que sonreía tímidamente.

Cuando esos iris verdes cristalinos volvieron a mirar a Lucien, todo su universo se revolucionó. Su sentido mágico fue un caos, sin control ninguno. Se perdió en la profundidad de esa mirada, en los pensamientos que le llegaban, que le decían que ella miraba su boca preguntándose a qué sabría. Ya no hubo vuelta atrás, ya no había nada que le impidiera detenerse.

La sujetó con los brazos y la elevó hasta ponerla de pie en el suelo. Era tan pequeña, tan delicada, hubiera podido tenerla suspendida en sus brazos una eternidad, pero su cuerpo no estaba dispuesto a esperar tanto. La puso en el suelo con la misma

delicadeza con que la cogió aunque ya no con la misma calma. Esa mirada verde había desatado la tormenta y el poder sentir la misma turbación en ella alimentaba la tempestad.

Lucien suspiró, si tan solo apartar su mirada de aquellos ojos ya había requerido toda su fuerza de control, ¿qué iba a pasar cuando tomara entre los suyos aquellos labios?

Thara se sintió perdida en esa mirada. Algo extraño estaba sucediendo, algo le decía que todo estaba bien, que él la protegería de todo. Su voz interior se había callado, ganada por un cuerpo que anhelaba el contacto de esos labios. Cuando sus pies tocaron el suelo su cabeza quedó a la altura de su amplio pecho, tenía que elevar los ojos para mantener el contacto visual..

«*¿Me besará*?» se preguntó Thara mientras le miraba.

Lucien escuchó aquella pregunta como si fuera una orden a obedecer. Inclinó la cabeza hasta que sus labios apenas rozaron los de Thara. Tan solo quería sentirla pero no pudo contenerse. A aquella boca quemó la suya, abrasó la cordura de Lucien, y redujo a cenizas su control. Quería sentir más, quería más de ella, ya no podía negarlo, la deseaba. Su beso se volvió más ardiente, más exigente.

Todo en Thara se agitó ante el suave contacto de aquello labios. Se sentía flotar entre sus brazos. Sus labios la estaban transportando a un mundo diferente, donde todo podía ser, y ya nada le haría daño; él estaría allí para protegerla. Cuando su beso se volvió más pasional, Thara respondió con la misma pasión, algo en su interior reaccionó al contacto, como si estuviesen hecho el uno para el otro, y no pudiese evitar entregarse a él.

Lucien profundizó aún más su beso, devoró aquellos labios con un ansia que no recordaba haber sentido nunca. Podía sentir su placer y el de ella y aquello era una locura exquisita. Sus manos apretaron el cuerpo de Thara contra el suyo hasta hacerle partícipe de su pasión.

«*Lucien… Lucien…*»

La llamada sacudió a Lucien que se apartó bruscamente de Thara.

«*Maldita sea, Marcus, no es momento*» le reprendió enfadado.

«Es el momento justo. La pasión te ha cegado tanto que no ves la magia» le gritó enfurecido Marcus. *«Estoy harto de hacer de guardián.»*

«¿De qué estás hablando?» preguntó Lucien confundido.

«Ella, os ha transportado durante unos segundos fuera de la casa.»

«¿Cómo?»

«Su magia es incontrolable, supongo que en la pasión, pudo más su nuevo lado mágico que su control.»

«Está bien, ya me ocupo yo.»

«Quisiera creerte, pero si tus manos la tocan, no hay control en ti.»

«Puedo controlar mi pasión, no soy un chaval.» se reveló Lucien.

«Eso espero.»

Fueron las últimas palabras de Marcus antes de retirarse a su posición de continua vigía.

—¡Grrr! —gruñó Lucien volviéndose hacia Thara. Aquello se le estaba escapando de las manos. Había olvidado la magia que su sangre había transmitido a Thara, encima, se había dejado llevar por la pasión y si Marcus no hubiera intervenido, ¿hasta dónde hubiera llegado?— ¡Grrr…!

Thara le miraba desconcertada, la repentina retirada de Lucien había hecho que su voz interior, que reclamaba prudencia, tomase todo el control de la situación. No podía dejarse seducir por un hombre al que ni siquiera conocía. Las preguntas producidas por el miedo se agolparon en su cabeza, asustándola aún más, hasta el punto de que cuando Lucien gruñó, ella se retiró hacia atrás intentando escapar.

Las fosas nasales de Lucien se expandieron, se llenaron del miedo que desprendía Thara. Un miedo que le hizo enfurecer aún más.

Por nada del mundo quería que ella le temiese. Se sentía arrepentido por su absurdo comportamiento de joven apasionado. Debió de controlarse y no besarla. No aprovecharse de la situación de ella.

—Siento mucho lo ocurrido — se disculpó Lucien.

—Entiendo… — Thara no le miró, la disculpa le dejó aún más confusa, si eso era posible.

—No —se apresuró a decir Lucien al percibir la confusión en ella—. No es que no me haya gustado besarte,… es que no debí hacerlo —se sentía un torpe muchacho, nervioso ante una chica.

No debía de ser así, pero la disculpa de Lucien alivió a Thara.

¿Por qué seguía importándole lo que él pensara? Un suspiró callado escapó por la nariz.

Lucien sonrió al notar la tensión abandonar el cuerpo de ella. Aún a pesar de la confusión que ello estaba suponiendo para Thara.

—Creo que será mejor que te vistas.

—Pero yo… no tengo ropa —Thara estiró el borde de la camisa hacia abajo, en un gesto de timidez.

—Han preparado una habitación para ti, allí encontraras todo lo

que necesites.

—Pero…

—Hablaremos más tarde, ahora soluciona el problema de tu vestuario. Espera un momento aquí y una doncella te acompañará.

—De acuerdo. «Lucien…»

El tono de su nombre en la mente de ella le hizo desear volverse y tomarla de nuevo en sus brazos, pero se contuvo y giró el picaporte que ya tenía en la mano. Antes tenía algunas cosas que solucionar.

—Marcus —llamó Lucien al cerrar la puerta a su espalda—. Cuéntame qué pasó.

«*Me llamó la atención el revuelo de sentimientos y magia que había a tu alrededor, así que decidí darme una vuelta. Imagina cuál fue mi sorpresa al veros besándoos en la calle y ella seguía sin ropa. Fueron solo unos segundos y por la escena me di cuenta enseguida que no era tu magia la que había provocado el salto.*»

—He de reconocer que no me he percatado de ello. «*Esos ojos verdes me están volviendo loco.*»

«*Oigo tus pensamientos igual que tu voz.*»

—Será mejor que ponga hechizos de protección alrededor de la casa. No quiero que se escape en un sueño.

« *¿En un sueño?*»

—La última vez que la dejé sola mientras dormía, puso a bailar los muebles de tu habitación.

«¡Ja, ja, ja! Ese truco lo hemos hecho también nosotros.»

—Qué graciosa te resulta toda esta situación.

«La verdad es que sí. Mi hermano sumamente preocupado, eso no se ve todos los días.»

Lucien no quiso seguir el juego de su hermano y se dispuso a realizar los hechizos para evitar que la magia saliese de la casa. De esta forma nadie que no fuera él podría hacer magia dentro y traspasar las barreras protectoras. Dejaría el paso libre para la magia de fuera, por si necesitaba la ayuda de Marcus.

El siguiente problema era cómo afrontar la situación con Thara. Se sentía demasiado atraído por ella. Ni siquiera podía controlar su cuerpo cuando ella se acercaba. En lo único que podía pensar era en abrazarla y en besarla y ese no era un buen principio, para nada razonable.

Tenía que averiguar cómo había llegado a caer en manos de los cazadores de brujas, pero ante todo tendría que hablarle de cómo la había rescatado de las manos de la muerte y lo que ello había ocasionado. Eso sí iba a ser un problema, puesto que para salvarla

tuvo que convertirla en una bruja.

«¡*No somos brujos!*»exclamó Marcus en la mente de su hermano.

—¿Te has parado a pensar en estos trescientos años, qué somos entonces?.

El silencio confirmó a Lucien que su hermano tampoco podía dar un nombre a lo que ellos eran, así que a falta de una palabra mejor, serían brujos.

9

Thara aún estaba de pie junto a la cama cuando llamaron a la puerta.

—Pase —contestó Thara.

—Milady, soy Meg. Voy a ser su doncella personal.

—No necesito una doncella. No soy milady. Yo era una doncella personal —explicó Thara, mientras miraba a la chica que tenía enfrente y que aún esperaba permiso para moverse. Parecía más joven que ella cuando entró al servicio de Lady Rowland, aunque sí en mejores cualidades físicas, Meg debía de llevar toda su vida trabajando.

—El señor lo ha ordenado, milady. Por favor déjeme ayudarla, para mí es un honor que nunca esperé tener, milady.

Thara guardó silencio mientras pensaba. Estaba claro que su situación había cambiado aunque aún no supiera cuanto, pero había pasado de ser doncella personal a tener una. Tan solo esperaba no tener que pagar un precio muy alto por ello.

—No haremos enfadar al señor —le contestó.

—Gracias, milady. Espero hacer bien mi nuevo trabajo —la joven comenzó a mover las manos muy nerviosa. Aquello era un cambio muy grande en su vida, había pasado de limpiar cacharros en la cocina a doncella de la señora.

—Seguro que lo harás, yo te enseñare.Después de todo ese era mi trabajo antes.

—Gracias, milady. Es usted muy amable —Meg se contuvo para no abrazar a su nueva señora—. Han preparado un baño para usted en su habitación – le informó Meg aparentando una seriedad que no sentía, e indicó con la mano la puerta para que la siguiera.

—Creí que esta era mi habitación —le contestó Thara avanzando hacia ella.

—El señor me pidió que la acompañara a su nueva habitación, allí han llevado su ropa y el agua para el baño.

—Bien, pues vamos. —Thara siguió a su nueva doncella por el pasillo. Observó la decoración durante el trayecto. No quería parecer curiosa pero no pudo dejar de mirar las columnas que sujetaban las luces del pasillo, ni los tapices que colgaban de las paredes. Pasaron por delante de una habitación cuya puerta estaba abierta y Thara no pudo evitar detenerse y mirar hacia su interior.

Varias doncellas se afanaban en limpiar las manchas rojas que teñían la alfombra de piel que había en el suelo junto a la cama. Su mirada se vio atraída por un montón de tela blanca ensangrentada.

—Será mejor decirle al señor que las manchas no salen. Habrá que poner una nueva alfombra —comentaba una doncella.

—Es una lástima —comentaba otra—. ¿Qué diablos habrá pasado aquí para derramar tanta sangre?

—Nadie va a decir nada —hablaba la primera doncella — Señora...

La doncella agachó la cabeza en un saludo mientras pasaba tímidamente junto a ella abandonando la alcoba.

Thara no contestó, apresuró su paso y se acercó a Meg que la esperaba en el vano de una puerta.

—Vamos, milady —le apresuró Meg.

—¿Allí estaba yo? —preguntó Thara—. ¿Esa sangre es mía?

—No lo sé, yo trabajaba en la cocina. De todas formas lo que ocurre en la habitación del señor es solo competencia de Jason. Y le puedo asegurar que él no anda con cotilleos.

Thara no oyó la explicación de la doncella, su mente oía otras palabras.

«*Eres preciosa, voy a disfrutar contigo como con ninguna. No me importa si confiesas o no. Puedo mantenerte viva durante días. Tardaré mucho en cansarme de acariciar este precioso cuerpo.*»

Su cuerpo empezó a temblar. El recuerdo de los latigazos la hizo estremecer de pavor.

—¡No! —gritó Thara.

Lucien apareció junto a ella, su grito le había traído sin pensar. Ni siquiera él se había dado cuenta. Thara gritaba descontrolada.

—Milord, yo… no sé… — Meg se disculpaba sorprendida y asustada.

—¡No! — volvió a gritar Thara.

Aquel grito fue desgarrador para el corazón de Lucien. En la mente de Thara el látigo había caído de nuevo sobre su espalda. Recordaba con todo lujo de detalles la tortura a manos de Rowland. Podía verle la cara a ese desgraciado, ese rostro que le revolvía las entrañas.

Lucien saltó sobre Thara. Los ojos teñidos de sangre la miraron furiosos. Quería sacar de su cabeza a Rowland, quería borrar ese recuerdo para siempre. Colocó sus manos a ambos lados de la cabeza de Thara y absorbió cada latigazo, cada corte, cada macabra caricia. En la mente de ella todo estaba ahora tan claro como en el momento que lo vivió. No lo veía desde la lejanía como hizo con las

visiones, sino desde su propia carne, desde la carne de ella.

Los gritos de Thara atrajeron a parte del servicio al pie de la escalera al mismo tiempo que Lucien aparecía junto a Thara, Meg corrió escalera abajo, gritando.

—Milord, se ha vuelto loco.

Su rostro estaba descompuesto por el miedo. Mary la sujetó y la condujo hasta la cocina, lejos de Lucien. Ninguno necesitaba que le explicasen lo que ella había visto. Ellos ya estaban acostumbrados a ver la furia de Lucien reflejada en su rostro. En esa visión de demonio.

Inmóviles, Jason y su padre, miraron hacia la planta alta. Ninguno veía con claridad lo que sucedía, tan solo a Lucien en cuclillas sobre ella. Nadie iba a acercarse mientras él estuviese así.

Al cabo de unos minutos, Lucien se puso de pie, Thara estaba tendida en el suelo, inconsciente. Edward comenzó a subir las escaleras despacio, esperando que su señor se percatara de su presencia.

Lucien se giró de golpe sobresaltando al viejo mayordomo. Sus ojos aún mostraban la rabia que los recuerdos le provocaban. Se desmaterializó.

La sala de juego del club apareció a su alrededor. Su mirada encolerizada buscaba a Rowland, pero el muy bastardo no estaba allí. Un salto más y otra sala apareció ante él, tampoco allí. Volvió a saltar sin rumbo fijo, sin control de sus apariciones, sin preocupaciones, tan solo quería hallar a ese monstruo.

En tan solo un segundo volvió a aparecer en el mismo lugar en su casa. Edward aguardaba su regreso.

—No está. Ese maldito monstruo no está en ningún lado —les explicó— ¡No lo encuentro! —gritó enfurecido.

—Milord, me temo que tenemos problemas… en la cocina —le dijo Edward. No era el mejor momento para intervenir pero era necesario actuar cuanto antes con lo que la doncella había visto.

La doncella… —confirmó Lucien tomando en sus brazos a Thara.

Edward simplemente asintió. Lucien pasó junto a él camino a la habitación de Marcus, todo volvería a empezar. Después, se dirigió a la cocina. Una mirada alrededor le informó de que no había nadie más y se volvió invisible. Las puertas de la cocina no se movieron al entrar. Mary estaba sentada en la mesa abrazando a la doncella que lloraba asustada.

Edward entró en ese momento y le hizo señas a su esposa de que guardara silencio. Mary entendió y se alejó un poco dejando la

cabeza de Meg libre.

Lucien extrajo el pensamiento de la escalera de la mente de la doncella en un acto frio y sin contemplaciones y después, desapareció.

—Señora Stone…—. La doncella sacudió la cabeza, estaba un poco confundida. En seguida recordó que Mary la había seleccionado para ser la doncella personal de la milady—. Es para mí un honor, no la defraudaré, señora.

—Entonces vamos, sube y ayuda a milady.

Estaba sentada en los pies de la cama cuando llamaron a la puerta.

—Pase —contestó Thara.

—Milady, soy Meg, voy a ser su doncella personal.

—No necesito una doncella, no soy milady. Yo era una doncella personal—. Thara arrugó el entrecejo, ¿no había dicho eso ya?

—Milady, voy a acompañarla hasta su habitación.

—¡Oh! Pensé que era ésta —eso le era terriblemente familiar. Aún así acompañó a la doncella por el pasillo. ¿No lo había hecho ya?

Lucien observó escondido entre la sombras como esta vez, Thara sí llegaba a su habitación. Había tenido que volver a colocarla donde mismo había estado cuando apareció la doncella para que todo concordase.

Ella ahora no recordaría la tortura. La magia de Lucien la había enterrado muy en el fondo. Como un recuerdo lejano. Hubiera querido extraerla del todo pero él no podía hacer eso, por desgracia solo podía ocultarla y esperar que no saliera de nuevo. Ella no necesitaba vivir con ese peso sobre sus espaldas, con que lo hiciera él era suficiente.

Thara disfrutó del baño, aunque no tanto de las atenciones que la doncella le ofrecía. Era molesto que le entorpeciera en cada cosa por el simple hecho de que no debería hacerlo sola. Ella no era una dama, sino una simple doncella. Aún así, se dejó peinar y vestir sin incordiar mucho a su nueva ayudante. Ya hablaría con el señor más tarde.

Sin saber muy bien qué hacer, bajó las escaleras una vez que Meg terminó. Alguien le indicaría dónde estaba Lucien. Era imperativo hablar con él.

—Buenas Tardes, milady. Soy Edward, el mayordomo. Permítame acompañarla a la biblioteca. Milord la está esperando allí.

Thara observó al anciano que le hablaba. Su rostro, aunque surcado de arrugas no podía ocultar la amabilidad, la ternura de sus ojos. Edward señaló con la mano la dirección y ella caminó a su lado.

Con el respeto que su posición le imponía, Edward observó a la dama que el día anterior casi estaba muerta y ahora lucía maravillosa.

Edward llamó a la puerta y espero respuesta.

—Pase.

—Milord, milady está aquí —le informó Edward al abrir la puerta.

—¡Oh!

Lucien se levantó del sillón en el mismo momento que Edward se apartaba para dejar pasar a Thara. Su visión, entrando por la puerta dejó petrificado a Lucien. Un halo de luz penetró con ella, o era ella en sí misma. Estaba preciosa con aquel vestido rosado, o tal vez era el cabello lavado y bien peinado lo que la hacía tan hermosa. Atrás quedaba el cabello pegajoso y descuidado, los ojos cerrados y hundidos, los restos de sangre sobre su piel. Restos de las manos…

—Milord, quiere…

Edward se adelantó y se interpuso entre él y Thara. El protocolo le decía que no debería hacerlo pero los ojos rojos de Lucien decían otra cosa. Sacudió a su señor por el antebrazo y recibió la mirada iracunda del conde.

—Sus ojos… —susurró.

Lucien parpadeó varias veces antes de apartarse de su anciano mayordomo.

—Está bien, Edward, que preparen la cena en el salón verde.

—Sí, milord.

Edward se retiró, no muy convencido de que su señor fuera capaz de controlarse.

—Thara. Estas preciosa.

—Gracias, milord. Todo es obra de los vestidos y las manos de Meg.

—Permíteme dudarlo.

Thara suspiró embobada. Ya estaban de nuevo allí las mariposas, ¿es que habían decidido hospedarse en su estómago? Miró a Lucien, estaba apoyado en el escritorio, con las piernas abiertas y los brazos cruzados. Pero lo que atrajo su mirada fue el trozo de piel de su pecho que la camisa desabotonada dejaba al descubierto. Sus ojos se quedaron parados allí sin darse cuenta de que Lucien la observaba. ¿Qué le estaba pasando? Se sentía demasiado atraída por él y apenas le conocía.

Lucien sonrió al darse cuenta de lo que miraba ella.

El corazón de Thara comenzó a latir con demasiada fuerza, parecía que quisiese salir de su pecho.

Ahí estaba, sus corazones latiendo a un mismo ritmo, bastante acelerado, dificultaba la respiración de ambos. Lucien caminó hacia

el lado opuesto al que se movía Thara. Mejor separarse un poco y volver a controlarse.

Thara caminó nerviosa hacia los libros que había en las paredes, tenía que tranquilizarse, apenas podía respirar.

—Quieres dar un paseo antes de la cena —dijo Lucien hablando hacia un cuadro, sin atreverse a volverse a mirarla.

¡¡Comida!! Por eso su estómago parecía revuelto, pensó Thara sonriendo. Eso eran las mariposas, hambre. Eso ya tenía más sentido. Pero cómo iba a sentarse en la misma mesa que él, ella no era más que una doncella. Lucien la estaba confundiendo de nuevo. Tenía que decirle la verdad, de todas formas lo descubriría en cuanto se sentaran a la mesa.

Lucien se volvió de golpe, ella tenía miedo, podía olerlo.

¿Por qué ese sentimiento le provocaba tanta rabia? Estaba seguro de que podía oler el miedo de ella a varias millas de distancia. Y no lo soportaba.

Thara seguía mirando los libros, incapaz de girarse. Tenía que hacer algo, su miedo le oprimía el corazón, era eso lo que dificultaba la respiración de ambos. Era eso y no la cercanía, ni sus corazones. Lucien quería creérselo.

—Thara… —comenzó a decir, sin saber muy bien el modo de continuar.

—Sí —respondió ella al ver que él no seguía, con el temor de sus siguientes palabras.

—En esta casa… —tenía que elegir bien las palabras —En esta casa… serás tratada… esto —las palabras no salían. Todo sería más fácil si pudiera colocar un pensamiento en su mente, si pudiera hacerle entender.

—Señor… Excelencia…—Ni siquiera sabía cómo dirigirse a él. Thara apretó los dientes y esperó.

Las manos de Lucien la sujetaron por los hombros sorprendiéndola. Apenas un segundo estaba lejos de ella y ahora a su lado, no le había visto acercarse.

—Eso es lo que intento decirte —exclamó Lucien— no soy tu señor. En esta casa serás tratada como milady. Estarás a mi altura.

—Pero…yo soy…

—Eras la doncella personal de alguien y eso quedó en el pasado. Y nadie cuestionara mi opinión —nadie le llevaría la contraria, ni en la casa ni fuera, de algo servía la posición y el dinero.

—Pero…—la queja quedó prisionera en su boca.

A escasos centímetros de separación, Thara, podía oler el perfume a especias de él, el licor que había estado bebiendo, podía

oler tantas cosas.

Algo más, siempre ese algo más. Ni siquiera podía identificarlo pero llenaba su entorno llamando su atención. Respiró despacio, quería retener ese olor un poco más, le resultaba tan embriagador, la atraía, la envolvía.

Hechizante, embrujado… ¿por qué esas palabras acudían a su mente como únicas palabras para describirlo?

Lucien miró su cabello. Thara era incapaz de levantar la mirada, sus manos, aún colocadas en sus hombros, recogieron entre sus dedos un mechón que había quedado en ellos. Permaneció en silencio mientras acariciaba el cabello. Hubiera querido acariciar más, pero no podía hacerlo, echó mano de todo su autocontrol para detenerse y permanecer con las manos quietas.

Olía a lavanda, podía oler su cabello a lavanda, su piel a aceite de lavanda, pero sobre todo, podía oler su sangre y la fragancia que ese líquido había hecho nacer en ella, ahora tenía el perfume de la magia, ese aroma a especias sin identificar.

Thara elevó la cabeza y sus ojos se toparon con la mirada seductora de Lucien.

Esos ojos verdes. No era buena idea haberlos mirado. Te obligaban a mirarlos más profundamente, hasta que te perdías en ellos. Ya estaba perdido, atrapado en el cristalino verde de sus pupilas, como las aguas del mar que te mecen y te mecen hasta que te adentras y te ahogas.

Lucien sacudió la cabeza, parra deshacerse de la embriagadora niebla en que se estaba sumiendo. No pudo apartar de su mente la similitud con los hechizos.

—Permíteme enseñarte mis jardines mientras preparan la cena. —Lucien colocó su brazo arqueado en espera de que ella enlazara el suyo.

Thara aceptó el brazo de Lucien y caminó junto a él hacia la puerta. El calor del cuerpo masculino la envolvió por completo, no solo donde sus pieles se tocaban. Juntos, salieron por los ventanales que conducían a los jardines.

Lucien se encontró sorprendiéndose a sí mismo, hacía décadas que no pisaba aquellas baldosas. Casi siglos en que no se había perdido por allí detrás de una mujer. Aquellos macizos habían sido creados para dar intimidad a los amantes y él hacía mucho que no los había necesitado.

Pasearon entre las hileras de rosales que marcaban el camino de piedra blanca. Sus ojos miraban acá y allá y todo estaba en flor. Era extraño encontrar tantas flores en un jardín. Respiró el perfume que

invadía el aire. Cerró los ojos, prestó atención a las distintas fragancias. Podía oler las rosas, así como también los lirios. Movió la cabeza curiosa, olía a lavanda, pero no recordaba haberla visto. Abrió los ojos y miró con cuidado, buscando la planta.

—¡Ay! —gritó Thara.

—¿Te has pinchado? Déjame ver.

Thara sostenía el dedo que se había pinchado con la otra mano, tapando la herida. Lucien acercó sus manos reclamando las de ella. Más que preocupación, lo de Lucien era curiosidad. Thara le mostró el dedo avergonzada.

No había sangre.

—Vaya, no ha sido nada. Pues me ha dolido como si me hubiera pinchado. —Thara miraba el dedo extrañada, estaba limpio y no había señal de la herida. Era una tonta, ni siquiera se había pinchado.

Lucien contuvo el suspiro de orgullo. Ni una sola gota de sangre abandonaría ahora su cuerpo. Ni una sola herida cicatrizaría en su piel.

—Milord.

—Lucien, solo Lucien.

—Lucien —la sonrisa que se dibujó en el rostro de él cuando ella pronunció su nombre dejó a Thara sin aliento. Su mirada se perdió en aquello labios que sonreían, en aquellos ojos que reflejaban alegría. Algo en ellos le dijo que hacía mucho que no eran felices. Un sentimiento de pena por él le oprimió el corazón y sintió la necesidad de darle más de esa felicidad que él le estaba dando a ella.

—Lucien, ¿nos hemos visto antes? Tengo la sensación de que llevo mucho tiempo conociéndolo… conociéndote —se corrigió.

—Tal vez de… —Lucien detuvo sus palabras, no iba a decirle que se conocieron cuando ella era una niña—… alguna fiesta.

—Permítame dudarlo —le dijo ella imitando el comentario de él en la biblioteca.

Lucien rompió a reír al reconocer la burla. Se asombró hasta de su propia risa. Hacía tanto que no reía de verdad que hasta creyó no poder hacerlo de nuevo. Le dolía el pecho, pero por primera vez en días, de felicidad.

Thara escuchó sobresaltada la carcajada de Lucien, brotaba alegría en cada sonido. Le miró mientras el elevaba el rostro dejándose llevar por el ruido de su garganta. Estaba tan atractivo así.

Ante aquel pensamiento, la risa de Lucien paró de golpe. Ella le

encontraba atractivo. Eso desató la tempestad. La sangre se aceleró, su miembro se endureció entre las telas del pantalón y la magia se reveló. Lo que menos pensó alguna vez fue que su magia tomara parte en la atracción por una mujer y sin embargo, era la parte más agitada. Sus ojos se encontraron con los de su perdición, los de ella. Y compartiendo un mismo sentimiento, ambas miradas se desviaron hasta los labios.

Thara sintió como de nuevo las mariposas revoloteaban en su cuerpo, pero esta vez en una zona distinta. La mirada de Lucien sobre sus labios y la anticipación estaban haciendo que se mareara.

Lucien acercó despacio. Ella deseaba aquello, se repetía una y otra vez, no le iba a producir ningún mal recuerdo. Ella deseaba aquello. Con aquel pensamiento en su mente, sus labios tomaron los de Thara.

—Milord… la cena… —anunció Jason.

Thara se apartó sonrojada de Lucien.

—Vamos a cenar —respondió Lucien enfadado por la interrupción.

—No has respondido a mí pregunta —le recordó Thara intentando mantener la compostura.

—¿Recuerdas dónde estabas antes de despertar?

Thara guardó silencio buscando en su memoria. Todo estaba algo confuso, y aún así, recordaba la acusación de brujería. Recordaba el juicio, rápido y sin ninguna posibilidad de libertad. De nada sirvió implorar clemencia, de nada sirvió los ruegos y las súplicas, estaba condenada desde el momento mismo en que la entregaron. Se acordaba de la cueva, pero de nada más.

—Sí —contestó sin dar detalles.

—Yo te saqué de allí.

Tampoco Lucien dio detalles.

Siguieron a Jason hasta el interior de la casa, en silencio. La situación se había vuelto incómoda. Ella no quería dar detalle de cómo había llegado allí y él no iba a dar los pormenores de cómo la sacó de aquella gruta. Si ella no volvía a preguntar, ni siquiera le mentiría de cómo llegó hasta ella. Tampoco parecía recordar lo ocurrido con la sangre en la habitación. De olvidar eso se había encargado la fiebre, no él.

No obstante la situación se volvió tensa durante la cena en la que apenas intercambiaron palabra. En cambio, Lucien oyó cada palabra de ella en su mente. Cada angustioso recuerdo del juicio, se sintió tentado en varias ocasiones de borrar también ese recuerdo pero desistió al comprobar que para ella solo era eso, un mal

recuerdo.

En cuanto Edward hubo retirado el último plato de la mesa, Thara pidió permiso para retirarse aludiendo que estaba cansada.

Lucien esperó, sentado en la misma mesa hasta que ella se hubo metido en la cama.

—¿La hago dormir? —preguntó.

Edward miró a los lados antes de percatarse de que la pregunta era para él.

—¿Me pregunta mi opinión, milord?

Lucien asintió.

—No, ella debe estar despierta para pensar, para ordenar sus pensamientos. Déjela adaptarse a la vida.

—Supongo que tienes razón, pero no puedo verla sufrir.

—Milord, ella lo necesita.

—Voy al club. Volveré tarde.

Huir se estaba convirtiendo en su mejor forma de actuar.

Poner los pies en el club le hizo hervir de furia. Allí acudía Rowland. Tal vez tuviese suerte y estuviera hoy por allí.

Ni Rowland, ni Dudley estaban aquella noche por allí. ¿Acaso Rowland se había esfumado de Londres? No quería pensar que estuviera en algún lugar haciendo con otra mujer lo que había hecho con Thara.

Cuando Lucien apareció en la mansión, no lo hizo en la biblioteca como era su costumbre, sino en los jardines donde Thara había estado sentada aquella tarde. A sus manos acudieron varias rosas, las eligió rosas, igual que su piel, rojas como sus labios y blancas como su inocencia. Volverlas verdes, como sus ojos, hubiese sido demasiado. Con el ramo en la mano entró en la casa por la puerta como si fuese algo normal aparecer en medio de la noche con un ramo de rosas en la mano. Caminaba hacia las escaleras cuando se tropezó con Jason.

—Milord, ¿necesita ayuda? —Jason miró el ramo de rosas y apretó los labios para ocultar la risa que la situación le producía–. Creo que no, entonces me iré a la cama. Con su permiso.

Lucien no contestó, no iba a darle motivos a su ayuda de cámara para explotar en carcajadas. Aunque no hizo falta, pudo oír la risa de Jason al doblar la esquina y perderse en la cocina.

Al diablo con todos, pensó, y continuó subiendo las escaleras hasta la alcoba de Thara.

Pensó en llamar pero ella estaba dormida y no quería despertarla, solo quería dejarle su regalo. Ni siquiera abrió la puerta para no hacer ruido, se materializó al otro lado a los pies de la

cama.

Thara dormía, la había visto dormida tantas veces, pero nunca con esa tranquilidad en su rostro. Estaba preciosa.

Dejó las flores sobre la almohada y escuchó a Thara inhalar el perfume de las rosas.

«*Gracias» le susurró ella en su mente.*

Lucien la miró, seguía dormida pero su magia estaba despierta. Respondía a su presencia, la sensación le llenó por completo, era una plenitud que jamás había sentido en sus trescientos años. Estar conectado con Marcus era algo como parte de su vida, había nacido unido a su hermano en ese aspecto pero la conexión con Thara era distinta, tal vez por lo novedosa de la situación, por ser mujer, por…

Se inclinó para besarla en la frente, un fraternal beso de buenas noches. El olor a lavanda de su piel y su cabello le acompañó en el descenso, como si ocurriera a cámara lenta. Podía sentir su olor, pero no solo el perfume de su baño, sino también su olor a feminidad. Lucien cerró los ojos y se dejó llevar por un aroma que hipnotizaba sus sentidos y alertaba su cuerpo que comenzaba a reaccionar, se excitaba.

Quería besar su frente y sus labios se encontraron con los de ella, como si hubiesen encontrado un camino propio.

Thara soñaba que estaba en el jardín, como aquella tarde, podía oler el perfume de las rosas. Pero esta vez, Lucien aparecía por el recodo por donde se perdía la lavanda. La abrazó y dejó de sentir frio, el calor de su cuerpo la envolvió. Después, Lucien la tomaba en sus brazos y la estrechaba junto a él.

—Todo irá bien, preciosa —le dijo Lucien mientras la tendía sobre una alfombra blanca teñida de rojo. Olía las flores, extendió las manos y pétalos de rosas se deslizaron por sus dedos. Su arcángel había construido un lecho de rosas para ella.

Elevó la mano y tocó la mandíbula masculina. Lucien giró la cabeza hasta que la mano de ella llegó a sus labios y los abrió para besarla.

Todo el ser de Thara se estremeció por el contacto de esa boca sobre su mano, por el tacto húmedo de su lengua en los dedos. Lucien mordisqueó el dedo meñique y la sintió encogerse. Su inocente gesto de morderse el labio inferior para intentar controlarse, hizo estremecer de deseo a Lucien.

Con el dedo prisionero entre sus dientes, se inclinó despacio hasta llegar a sus labios. Solo entonces soltó el dedo y capturó su boca. Thara le recibió con los labios entreabiertos, anhelante, quería

saborear lo que sus dedos habían tocado y Lucien se encargó de que así fuera.

Tomó los labios entre los suyos y la energía explotó entre ellos. Lucien sonrió triunfante cuando le llegaron los deseos apremiantes de ella. Sentir que la necesidad de ella aumentaba no hacía más que destrozar sus barreras. Quería cubrir esa necesidad, deseaba cubrir ese cuerpo igual que estaba haciendo con la boca, quería tanto como ella.

Su boca exigía y tomaba, saboreaba y prometía, a la vez que negaba y retrocedía. Su lengua fue el arma de aquella lucha sin cuartel entre sus labios, donde fue tan vencedor como vencido.

Thara podía sentir el deseo de Lucien en su mente y se sumergió en el mar turbulento de la pasión. Sentía cosas que jamás había sentido y vibrar partes de su cuerpo que ni siquiera sabía que existían. Su cuerpo se movía, anhelaba un contacto, más cercanía, algo más, sin saber qué. Solo que no tenía suficiente con lo que estaba recibiendo. Arqueó su cuerpo esperando recibir lo que le faltaba y Lucien parecía no entender el mensaje de su cuerpo, parecía tener bastante con la tortura que había iniciado a su boca pues no avanzaba.

No podía avanzar, se dijo Lucien. No podía dar más y no porque no quisiese sino porque aquello no era más que un sueño para ella. No podía hacer el amor con una mujer dormida. A ella la quería despierta, la quería mirándole a los ojos, perderse en la pasión de esos ojos verdes, la quería…

No, no la quería así. Se reprendió. Después de todo no era más que un sueño.Para ella.

Para él había sido una realidad palpable, una escena entre su parte mágica y la de ella. Un beso en otra dimensión, perdido entre la realidad y el mundo de los sueños. Hacía tiempo que no se colaba en los sueños, casi había olvidado que podía perderse en ellos, que allí no había consecuencias para él y sí para ella.

Su habitación estaba ya limpia, sin rastro del olor a sangre o a los ungüentos que había utilizado para curar a Thara. Sus pies tocaron la madera del suelo, la alfombra de piel de oso blanco había desaparecido. Buscaría una nueva. Se quitó la ropa y se tiró sobre la cama. Aquella cama en la que ella había estado agonizando durante casi un mes y ahora ni siquiera tenía su olor, aunque aún podía sentir sus labios en los suyos. Pero no era lo único que aún tenía de ella, también tenía una rigidez que dolía.

Tal vez durmiendo consiguiera aliviar su cuerpo, su mente ya era caso perdido. Como siempre que necesitaba dormir, invocó un

hechizo del sueño ligero, para que desapareciera cuando la luz llegara a su rostro, así despertaría por la mañana.

Thara despertó sobresaltada y con el corazón a mil por hora. Apenas se veía nada en la habitación, tan solo las grotescas sombras que el fuego hacia danzar. Había tenido un sueño tan real, se llevó los dedos a sus labios que parecían tener la huella del beso impresa en ellos.

Olía a whisky y a tabaco en su habitación, y de fondo, ese olor a especias de Lucien. Se levantó y caminó hacia la puerta, ella había cerrado por dentro, nadie podía entrar sin llamar. El cerrojo aún estaba echado, nadie la había abierto. Volvían a ser imaginaciones suyas.

Un lecho en la chimenea crepitó, iluminando un poco más la estancia, fue entonces cuando Thara reparó en las rosas que había sobre la almohada.

Lucien había estado allí, ahora si estaba segura. Volvió a tocarse los labios.

¿Había sido un sueño?

«*Lucien*»

Aquella palabra se coló en el sueño de Lucien, aquella voz que suplicaba, pero ya no por caricias ni pasión, suplicaba la muerte. Unos ojos verdes cristalinos, que rogaban la muerte fueron abriéndose paso en los recodos de su memoria.

«*Lucien… Lucien…*»

10

«*Lucien… Lucien…*»

La llamada continuó rebotando entre las paredes del sueño.

«*Maldita sea, tiene un hechizo del sueño*» se quejó Marcus.

—Diablos, Marcus… —protestó Lucien cuando una cegadora luz inundó su alcoba. Bastó un solo gesto de sus ojos para que la bola de luz desapareciera—. No era necesaria tanta luz. Vas a dejarme ciego.

«*¿Ya me oyes?*» preguntó Marcus.

—Por todos los infiernos, es que tú tampoco duermes. ¿Puedo hechizarte si quieres? —se burló Lucien mientras se frotaba los ojos intentando aliviarlos de la molesta luz.

«*No necesito dormir*» contestó Marcus.

—Pero, ¿has pensado que yo sí? —gruñó Lucien sentándose en la cama.

«*Luego lo harás, ahora necesito ayuda*.»

—Cuenta.

Dormir aquella noche iba a ser imposible otra vez. Ya no recordaba la última ocasión que lo hizo. Se levantó de la cama y caminó hacia la mesilla que contenía las bebidas, pero desechó la idea.

«*El caldero me ha mostrado una visión que me ha preocupado muchísimo. Te he visto rodeado de una oscuridad peligrosa, una esencia negra que te consumía.*»

Lucien no contestó. Sabía a qué se refería su hermano.

«*Tu silencio me indica que no te ha sorprendido, ¿qué sabes de ella?*»

—La pregunta es, ¿qué sabes tú?

«*Veo que menos que tú. Me estas cerrando tu mente, Lucien.*»

Estaba atrapado, de madrugada y envuelto en un lío que hubiera querido retrasar un poco más, no, mejor un mucho más, incluso un para siempre.

—Esa magia negra es mía. Quieres explicaciones por medio siglo de separación. Has hallado la respuesta —su voz sonaba fría, carente de emoción alguna. Ahora sí necesitaba una copa.

«*Pero¿ por qué?*»

Lucien no contestó, no tenía respuesta para esa pregunta. Negó con la cabeza, no podía explicarle con palabras que le había llevado

a coger el camino del mal, no podría hacerle entender el porqué lo hizo.

«*Muéstramelo*» pidió su hermano.

—Que mi mente sea tu mente…que mi mente sea tu mente.

La única barrera que quedaba en la mente de Lucien cayó, ahora todo estaba libre.

Marcus traspasó la línea que tantas veces había hallado en la mente de su hermano. Le dio tiempo cuando se lo pidió y ahora su espera se veía recompensada. Aunque ahora, tal vez no estuviera preparado para ello.

Vio a un Lucien cansado de la vida, torturado por la incógnita de su existencia y solo, muy solo.

Vio un Lucien apenado por la muerte de una mujer. Furioso porque todos cuantos representaban algo para él, acababan muriendo y seguía solo. En aquel estado de furia, dolor e impotencia, Lucien había empezado a abusar de su poder. A tomar cuanto se le antojaba, sin contemplaciones. A introducirse cada vez más en las oscuras artes de la magia; el poder oscuro le fascinaba.

Durante décadas, se sintió el amo y señor del mundo. Tan parecido a su padre que Marcus sintió miedo. Le vio junto a su padre.

«Son seres inferiores. No sirven para nada. Podemos manejarlos a nuestro antojo. Ellos no se preocupan por nosotros, mueren. ¿Por qué vamos a preocuparnos por ello? ¿No quieren la muerte, nosotros se las daremos?»

Las palabras de Nuada horrorizaron a Marcus. A su paso, Lucien dejó muerte y destrucción. Su odio por las mujeres fue tal que las utilizó para su placer. Las atraía hasta los montes, donde copulaba con ellas. Semejante a un dios, prometia placer inimaginable.

Aquel recuerdo iluminó a Marcus, las brujas, los aquelarres, su hermano había fomentado esa idea, las cacerías eran por su culpa. Había intentado castigar a la humanidad como hizo su padre, el príncipe Nuada.

«*Lucien…*» no sabía si culpar y castigar a su hermano o consolarlo por la carga que ahora llevaba sobre sus hombros. Un mal acto y una culpa para la eternidad.

—¿Entiendes ahora? —preguntó Lucien desconsolado, no quería recordarlo, no quería revivirlo, había sepultado aquel recuerdo en su memoria y él y Thara lo habían sacado para abrir de nuevo las heridas.

«*Thara…*» cuanto había sufrido su hermano al ver lo que le habían hecho a esa mujer por su culpa. « *No quiero dejarla sola, se lo*

debo. Necesito salvarla, de ella depende mi vida. Y no te estoy hablando de sentimientos, te estoy hablando de cordura, la mía, si ella muere…» ahora entendía aquellas palabras tan atormentadas de su hermano.

—El juego de la vida ha ido aún más lejos. Hace veinte años, estaba en una plaza de Matlock y una niña lloraba sentada en un escalón de la plaza. Estaba harto de oírla y la levanté del suelo con una sola mano para asustarla. Ella me miró aterrada. Sus ojos… verdes… suplicaron… —Lucien hablaba pausadamente, aguantando el peso de esas palabras, el dolor en su corazón, en su alma, pero no pudo seguir.

«*Suplicaban la muerte, era Thara»* concluyó Marcus con el corazón encogido por el tormento de la coincidencia.

—Pasé semanas saltando de un lugar a otro, sin descanso, sin detenerme. Sin rumbo, huyendo de mí mismo, huyendo de lo que hice, de lo que pasó. Y esos ojos verdes me persiguieron a todos lados. Fuí un egoísta, pero necesitaba vivir y reparar parte del daño, lancé un hechizo y aparté los pensamientos tras una niebla, estaban ahí, pero me permitían vivir. Desde entonces estoy cazando a esos malditos cazadores de brujas.

«*Irónica la vida»* pensó Marcus.

—Malvada, diría yo.

«*Tal vez, justa. Te salvó para que tú la salvaras*.»

—Salvarla de algo que yo provoqué, no me parece justo. Condenada y torturada por culpa mía y ahora viva para torturarme eternamente. ¿Cómo voy a decirle que ha pasado por esto por mi culpa? Que su madre murió por mi culpa.

«*Pero piensa que la has salvado.Una vida al menos*.»

—Déjalo, Marcus, ya aprendí a vivir con aquello. Aunque he de reconocer que no esperaba verme tan involucrado con esos ojos verdes.

«*Reconoce conmigo que el destino te la ha jugado bien.»*

Lucien guardó silencio.

—¿Cómo es que el caldero saca eso ahora a la luz y no antes, Marcus? Tu caldero hace predicciones y eso forma parte del pasado —preguntó Lucien.

«*Estoy tan extrañado como tú.»*

Sabía que su hermano estaba preocupado, sus visiones en el caldero nunca fallaban. Pero él creía haber controlado aquella etapa de su vida, nada haría que la volviera a utilizar. Ahora tenía a Thara.

Thara. Una esperanza, una ilusión.

Sus pensamientos volaron hacia la habitación de al lado, ella

dormía. Dormir, eso que él tampoco podría hacer esa noche. Mejor bajaría a la cueva a recargar fuerzas antes de que amaneciera. Desapareció de su alcoba para aparecer…

…En la habitación de Thara. No podía trasladarse a un sitio si pensaba en otro y ahora solo pensaba en ella. Su mirada se dirigió hacia el lecho donde ella descansaba. La había visto dormir tantas noches, con el cabello extendido por la almohada, esos ojos que tanto lo atormentaban, cerrados y con las largas pestañas rozando sus mejillas sonrosadas por el sueño. La boca entreabierta, esa boca que había besado antes, esa boca que prometía tanto.

Las palpitaciones de su miembro llamaron su atención, deseaba a esa mujer. Una vez más tuvo que luchar para no sucumbir a la angustiosa necesidad que despertaba en él. A la abrasadora demanda de su entrepierna que le exigía que probara ese cuerpo.

Un sueño, podría echar mano a un sueño y calmar su cuerpo.

La biblioteca, un salto a la biblioteca y corrió a esconderse en la cueva antes de caer en la tentación de provocar un sueño pasional.

La cueva, la tranquilidad de esa piedra, necesitaba descanso. Tenía que cargar la energía de su cuerpo, tras tantas noches sin dormir, su cuerpo ya empezaba a notar el cansancio. Bajó las escaleras talladas en la pared y se tendió sobre la tierra del suelo. Pudo sentir la energía llenar su cuerpo, recorrer sus venas, como había hecho la energía de Thara.

«*Maldita sea, por qué no podía dejar de pensar en ella*.»

Todo le recordaba a ella. Cerró los ojos e intentó que la energía de la cueva llenara su ser. La luz le llegó a través de los párpados. Abrió los ojos y observó como la espada brillaba. Reclamaba atención. Se levantó sorprendido. Nunca la había visto así. El sol mismo parecía concentrado en ella. Se acercó un poco más.

«*Escúchame…*»

Lucien dio un paso atrás. La espada le hablaba. En trescientos años, solo una vez antes lo había hecho, cuando reclamó su presencia en la cueva. ¿Qué quería ahora?

*****

«Escúchame…»

Darius se volvió atónito. Era la primera vez que oía una voz en la cueva que no fuera la suya. Tampoco era la de sus hermanos, reconoció al cabo de unos segundos. Era una voz femenina. Dio varios pasos sobre sí mismo, buscando la voz. La piedra de Fail, tembló bajo sus pies. Darius saltó fuera de ella. El suelo de la cueva no se movía y sin embargo la piedra seguía vibrando.

Darius la miró, había olvidado que una vez le habló y le condujo

hasta ella. ¿Qué quería ahora?

*****

«Escúchame…»

Iam rodó en el suelo colocándose en posición de alerta. Había oído una voz de mujer. Nadie entraba en la cueva. Nada se oía allí. Escudriñó con la mirada la cueva. El lugar era pequeño sin apenas muebles donde poder esconderse alguien. Sus pieles en el suelo haciendo las veces de lecho. El arcón con sus escasas pertenencias. La lanza brilló atrayendo su atención.

—Por todos los infiernos, eres tú – le dijo a la lanza con total naturalidad.

*****

«Escúchame…»

Marcus abrió los ojos. Sus manos aún sujetaban el caldero, intentaba buscar en sus profundidades la explicación a la visión que había tenido. En su interior, la luz azulada que asemejaba el mar del conocimiento le mostró un rostro.

—Diosa — exclamó Marcus aturdido.

«*Escuchadme…»* Esta vez no era una orden individual, sino colectiva. Cada uno sujetó entre sus manos el símbolo de su poder y su cuerpo se dividió en tres esencias.

Rodeando cada elemento mágico, aparecieron las esencias de los demás. Una reunión que les juntó a los cuatro en cada cueva. Uno físicamente y tres en espíritu. Durante unos segundos se miraron unos a otros impactados por lo que pasaba. Ninguno entendía como habían llegado allí.

Lucien estaba empuñando su espada y aún así, aparecía de pie junto a su hermano sin nada en las manos. Imaginó que con los demás sería igual. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué querían?

La respuesta llegó cuando del caldero ascendió una nube, etérea e inconsistente que formó la figura de Lucien. Tres rostros se volvieron hacia el aludido que se encogió de hombros, ignoraba de que iba todo aquello.

Junto a la figura de Lucien apareció alguien al que todos reconocieron de inmediato a pesar de haberlo visto una o dos veces en toda su vida, Nuada.

«Son seres inferiores. No sirven para nada. Podemos manejarlos a nuestro antojo. Ellos no se preocupan por nosotros, mueren. ¿Por qué vamos a preocuparnos por ellos?¿ No quieren la muerte? Nosotros se las daremos.» Le habló Nuada.

Marcus reconoció la escena, la había visto en la mente de su hermano. Ahora lo mostraba a todos. Miró a su hermano

arrepentido, él había sacado eso a la luz.

Darius e Iam se volvieron asombrados hacia Lucien.

Pero la visión de la reliquia fue más allá. Mostró como Lucien había hecho cuanto su padre había pedido cruzando la línea hacia el mal que Nuada tanto ansiaba. El camino a los pies de Lucien se llenó de muerte y destrucción mientras que su interior se llenada de maldad. La magia negra ocupó su alma y sus ojos se volvieron oscuros y vacios.

Todos miraron una vez más hacia Lucien. ¿Cuándo había hecho eso? La voz que emanó del interior atrajo de nuevo sus atenciones hacia él:

—En el momento que alguno de tus hijos cruce la línea del odio a los mortales, haré nacer a cuatro mujeres. Con ellas, tus hijos conocerán el dolor físico que se siente cuando un corazón se rompe. Conocerán el dolor del alma provocado por la angustia y la culpa. Conocerán el dolor de la necesidad. Y odiaran la inmortalidad que les has dado. Esa es mi maldición por intentar destruir la raza humana, sufrirán por ellos. Y entonces, tú, Nuada, conocerás el sabor de la derrota. Ellas serán tu final.

El silencio llenó la estancia. El peso de aquellas palabras les derrumbó a todos.

Aquello era una maldición hecha por Danu antes de que ellos nacieran. Las palabras de la diosa retumbaban en sus mentes con la condena que albergaba.

—Lucien, ¿cruzaste esa línea? —Iam se volvió para encararlo, rompiendo el silencio. Marcus se interpuso entre ellos.

—De nada sirve ahora buscar un culpable. Era algo que iba a pasar – Marcus intentó calmar la situación.

—¿Cruzaste esa línea? —volvió a preguntar Iam.

Lucien paseó su mirada por cada uno de sus hermanos. Los ojos de Iam le acusaban, los de Darius le preguntaban un motivo y los de Marcus pedían perdón.

—Si había una línea allí, sí, la crucé — confesó Lucien.

—¡Maldita sea, Lucien! —gritó Iam sacudiendo las manos en el aire—. ¿Le escuchaste? ¿A él? Tú, que siempre has dicho que no lo hagamos. ¿Tú?

Lucien agachó la cabeza. Ni siquiera recordaba cuando ocurrió aquello.

—¿Cuándo? ¿Por qué? — preguntó Darius.

Tampoco hubo respuesta para él. No había contestación para ninguno. No había ni siquiera arrepentimiento por lo hecho. Todo aquello le había llevado junto a Thara y con fríaldad comprobó que

volvería a hacerlo.

La diosa Danu le estaba condenando. Aquellas palabras le abrieron los ojos, por eso ella le había buscado, por eso su sangre abandonó su cuerpo. Ella era especial, ella era la elegida para todo. Estaba condenado…¡ y una mierda!

Había sufrido el dolor físico que se siente cuando un corazón se rompe, su golpe en la cueva. Había conocido el dolor del alma provocado por la angustia y la culpa en cada hora pasada a su lado mientras las heridas la acercaban cada vez más a la muerte. Había conocido el dolor de la necesidad de curarla, de compartir su sangre para salvarla. Ahora solo le quedaba odiar la inmortalidad que les habían dado, pero él no encontraba motivo para ello.

De momento.

La esencia de sus hermanos desapareció de la cueva. Intentó buscar a Marcus pero no consiguió tentar su mente, estaba cerrada a él. Lucien sintió pena, tan solo esperaba que no durara mucho, añoraba a su hermano.

Thara se levantó de la cama, de todas formas ya no iba a conseguir dormir de nuevo. El sueño que había tenido sobre Lucien la había alterado demasiado. Tomó en sus manos las rosas y aspiró su olor. Sin embargo sus fosas nasales se llenaron del olor de Lucien, de su aroma especial. Olfateó de nuevo el aire como un animal que sigue un rastro. Un extraño rastro que la sacó de la habitación y la condujo escaleras abajo, siguiendo su presa. En el último escalón, miró hacia arriba y se preguntó si no sería más lógico que Lucien estuviera en su alcoba. Respiró hondo, el perfume era más fuerte allí abajo. Sin saber qué estaba haciendo en realidad y sin entenderlo bien, caminó hacia la biblioteca guiada por ese olor. Detuvo sus pasos frente a la puerta y llamó. Sus nudillos apenas rozaron la madera, por alguna razón no deseaba ser escuchada. Nadie contestó y Thara empujó despacio la puerta. Miró por una rendija antes de abrirla lo suficiente como para entrar. La luz de una vela sobre el escritorio lanzaba sombras sobre las paredes de libros. Tampoco había nadie allí. Lo sabía, por extraño que pareciera, sabía que Lucien no estaba allí y aún así, entró y cerró la puerta tras de sí. Aquel lugar estaba lleno del olor de Lucien más que ningún lugar de la casa. Era como si esas paredes concentrasen su aroma. Y una vez más, tuvo la convicción de que tenía que seguir. Sus pies descalzos acariciaron la alfombra al acercarse al escritorio. Sus dedos tocaron la antigua madera mientras andaba hacia la chimenea. Colgado en la pared, un enorme escudo atrajo su atención. Tenía dibujado una espada

clavada en un caldero y abajo el apellido de Lucien. Debía ser el escudo de la familia. Debajo del escudo, una placa dorada con letras negras dejaba leer «La fuerza y el poder de la sangre.»

Debieron de ser una gran estirpe de guerreros, pensó Thara. Trataba de dar explicación a la frase grabada. Voces masculinas le hicieron volver la cabeza hacia la puerta. Las voces cesaron y Thara salió de la biblioteca antes de que la sorprendieran curioseando por aquella habitación tan privada para Lucien.

11

Ya estaba en la habitación cuando Jason entró.

—Buenos días, milord – saludó al entrar el joven.

Lucien estaba frente a la ventana afeitándose.

—Buenos días, Jason —contestó Lucien sin dejar la navaja.

—¿Otra noche sin dormir, milord?

Las palabras burlonas de su ayudante de cámara le hicieron volverse y regañarlo con la mirada. Jason agachó la cabeza, pero no había arrepentimiento en su gesto.

Ignorando la rebeldía de su sirviente, giró su cabeza hacia la pared que dividía las alcobas. Ella se había despertado.

Se apresuró en vestirse, quería verla. ¿Dónde sería mejor abordarla? ¿En las escaleras? ¿La cocina?

Para Thara, muchas cosas habían cambiado desde que llegó a la mansión Laverty, pero otras no, seguía despertándose al amanecer con los primeros rayos de sol.

Había pasado mala noche, primero ese sueño con Lucien, que la dejó alterada y ansiosa. Después las rosas sobre su almohada, tomó las flores e inhaló su perfume. ¿Cómo había entrado? Por último su paseo por la casa persiguiendo un aroma que todavía no era capaz de identificar y que sin embargo era capaz de reconocer en cualquier sitio.

Vertió un poco de agua para asearse, no iba a esperar que Meg llegara. La soledad le venía bien. Tomó un vestido del armario que pudiera abrocharse ella sola y salió despacio al pasillo. Un solo paso y se detuvo junto a la puerta de la alcoba de Lucien, estaría durmiendo. Se acercó, esperando oír algún movimiento que le dijera que estaba despierto, pero no oyó nada. Tampoco había oído nada la noche anterior cuando él entró.

¿Estaría su puerta cerrada? Colocó la mano en el picaporte pero la retiró, ¿En qué estaba pensando? No podía entrar en la habitación de un hombre, aquel sueño la había confundido demasiado.

Se dio media vuelta y caminó hacia las escaleras, tenía que alejarse de allí, mientras aún le quedara cordura en su cabeza.

Podía oír el bullicio de la cocina, eso significaba compañía que centrara sus pensamientos y los alejara del beso del sueño.

Lucien tenía la mano en el picaporte en el mismo momento en

que ella lo agarró. Sonrió por la ansiedad de ella.

Aquel no iba a ser un buen día. Ella había bajado las escaleras mientras él se había quedado paralizado con sus pensamientos. Ya no la abordaría en la escalera. Tampoco iba a bajar tras ella.

—Buenos días, Thara —saludó cuando ella empujó la puerta de la cocina. Estaba sentado a la mesa y la señora Stone le pasaba una fuente de panecillos recién salidos del horno.

Había aparecido en cocina y tras asegurarse de que solo estaba Mary, se hizo visible. La anciana aún no se había recuperado del susto cuando Thara entró por la puerta. Ahora entendía la repentina aparición del señor.

—Buenos días, Lucien —saludó Thara. Había venido a no pensar en Lucien y se lo encuentró de lleno–. Buenos días, Mary.

—Buenos días, milady. ¿Ha dormido bien? —preguntó Mary.

¿Cómo se le había ocurrido pensar que podría mantener a raya su deseo cuando iba a tener que ver aquella imagen todo el día? Recordó la maldición. ¿Esa era su condena? Pues quería estar condenado. Estaba tan hermosa con aquel vestido amarillo, con el cabello recogido en una trenza. Enseguida quiso enredar sus dedos y deshacer la trenza, sentir la suavidad de ese cabello suelto en su pecho mientras ella cabalgaba sobre él. Sacudió la cabeza, debía dejar de pensar así.

Más que un hecho de cortesía o de educación, fue una manera de aliviar un poco la presión de su miembro. Se levantó para retirar la silla donde Thara se iba a sentar.

—Gracias, milord —le agradeció Thara en un tono burlón.

—Es un placer, milady – le respondió Lucien remarcando la última palabra.

—Por cierto, gracias por las flores.

Lucien no supo que contestar, estaba claro que aquello era una buena indirecta. Thara intentaba saber cómo había entrado en la habitación, chica lista.

—No te oí entrar —comentó Thara sin mirarle, untaba la mermelada en el pan.

—Soy muy silencioso con las puertas cerradas. Pero dime, ¿has pasado buena noche? Parecías un poco alterada —había devuelto la pelota.

—He dormido de maravilla —contestó Thara y mordió con fuerza el pan.

Sabía que mentía y le dedicó una amplia y pícara sonrisa.

Estaba claro que se estaba burlando de ella y Thara pensaba seguirle el juego, dispuesta a averiguar algunas cosas.

Estaba encantado con poder leer su mente y saber de antemano cuales iban a ser sus movimientos, era una ventaja en el juego que ella desconocía.

—Milord, quisiera saber cuáles son mis obligaciones en esta casa. Quisiera de alguna forma contribuir al pago de estos costosos vestidos – no tenía que haber dicho eso, Thara se arrepintió de haber hablado con tanta claridad.

La pregunta cogió por sorpresa a Lucien, ya había sentido la tarde anterior las inquietudes de Thara hacia ese aspecto, pero no esperó que fuese tan directa en el asunto.

Seguro que a su entrepierna se le ocurrían muchas formas de contribuir al pago de esos vestidos, pero ninguna sería decente para una dama y por muchas ganas que tuviera de llevársela a la cama, ser su amante tampoco era buena idea, para ella por lo menos.

La señora Stone se dio cuenta del incómodo silencio que había seguido a la pregunta de Thara y no necesitaba leer la mente para saber en qué estaba pensando Lucien, su mirada lo decía todo. Sin embargo, aunque esas fueran las intenciones reales de su señor, y lo dudaba, no podía decírselo a la joven a las claras o saldría corriendo como alma que lleva el diablo.

—¿Más leche, milord? —le ofreció la señora Stone mientras apoyaba la mano sobre el brazo de Lucien.

—Considérate mi pupila. Yo me encargaré de todos tus gastos como si hubieras pasado a ser mi pupila —contestó, por fin, Lucien.

La señora Stone y él intercambiaron una sonrisa llena de complicidad. Al tocarle, Mary le había transmitido una respuesta muy apropiada.

Su pupila, Thara sopesó la respuesta que Lucien le había dado. La había salvado de la muerte y la había tomado bajo su tutela. El hecho era obvio, ¿cómo no lo vio claro antes?

¿Pero con qué fin? A las pupilas se las prepara para un matrimonio y ella no quería casarse, bueno sí, pero…

De pronto, dejó caer la taza sobre la mesa y el ruido atrajo la atención de los presentes.

Tutor y pupila, eso eran ellos. Su relación se iba a ceñir a eso, la desilusión se apoderó de ella.

¿Por qué había esperado otra cosa? Debería estar contenta, era una criada y ahora un conde la había acogido bajo su tutela, tendría oportunidades con las que ni había soñado, no volvería a trabajar. Podría buscar un buen partido como esposo. Tendría que saltar de alegría y en cambio sentía una enorme presión en el pecho y sus ojos ardían. Casi no podía contener las lágrimas.

—Perdonadme —dijo y se levantó de la mesa a toda prisa. Sus lágrimas ya habían brotado antes de salir de la cocina.

—Maldita sea –gruñó Lucien golpeando la mesa con el puño.

—Milord… —Mary estaba confundida, su idea había parecido la correcta, ¿qué había ido mal?

—Gracias por tu sugerencia, Mary. Mis ideas no eran tan adecuadas. Pero me temo que no era lo que ella esperaba. He de reconocer que sus pensamientos me han cogido desprevenido.

«Yo no puedo dar eso» susurró Lucien mientras se desvanecía.

Thara corrió escaleras arriba hasta esconderse en su habitación. Cerró la puerta de golpe y se apoyó en ella antes de estallar en lamentos.

Se sentía una idiota pero no podía evitar hacerlo. Ni tampoco podía aliviar el dolor en su pecho que le dificultaba la respiración más que el llanto.

«Su pupila, su pupila…» se repetía y con cada palabra su corazón se desgarraba un poco más.

«Su beso… solo fue un sueño.» Thara corrió a tirarse sobre la cama y ahogar sus gritos en la almohada. Había deseado tanto que fuera verdad.

¿Qué había esperado? Se recriminó. Convertirse en la señora Laverty. Hasta ser su amante hubiera sido mejor que ser su pupila. Thara se escandalizó de sus propios pensamientos, pero tenía que admitir que eran ciertos. Aquel beso le había hecho desear tanto.

Mientras que ella no podía pensar en alejarse de él, él la estaba preparando para el matrimonio con otro.

¿Pero qué era ella para él? No tenía derecho a nada. El no había dicho ni insinuado nada. Después de todo solo llevaba unos días en su vida.

¿Qué había esperado? ¿Qué cayera rendido a sus encantos? ¿A qué encantos? Si ella no era más que una criada.

Si hubiera estado allí la voz de la conciencia llamada Marcus…, ya le había dicho que no estaba bien espiar a la gente. No obstante allí estaba él, invisible a los ojos de ella, mirándola. Aunque de todas formas no le hubiera visto, tenía la nariz pegada a la almohada.

Intentaba escuchar sus pensamientos mas Thara los había bloqueado, el llanto creaba una barrera.

Lucien maldijo de nuevo. Había creído que le parecería buena idea lo de ser su pupila y en cambio mira solo lloraba. Eso no estaba bien. Tratar con mujeres no era lo suyo. Era más fácil cuando solo tenía que darles placer y regalarles algo.

De que servía ahora su magia si no podía consolarla, si no podía hacer desaparecer esa angustia que nacía en su corazón.

«*Duerme.*»

Tuvo que decirse una vez más que la empatía no era uno de sus dones, que nunca había empatizado con nadie en trescientos años. Pero sentía su dolor como propio y le oprimía el pecho.

Paulatinamente, Thara dejó de llorar mientras el sueño tranquilizaba su respiración. Lo que antes eran lamentos, ahora eran sollozos. No sería un sueño sereno, pero al menos no la atormentaría más.

Cuando Lucien volvió a la cocina, Mary y Edward conversaban sobre la situación. El silencio se hizo al aparecer Lucien.

—¿Todo bien, milord? – preguntó Edward al levantarse de la silla, mientras su esposa volvía a sus labores.

—Nada va bien. ¡Os queréis sentar!, no quiero más contradicciones por este día.

—Pero, milord.

—¿No va siendo hora de que dejéis vuestro trabajo en esta casa? Vuestros cuerpos no están ya para el trabajo. Dime Edward, ¿qué edad tienes?

—Cincuenta y dos, milord.

—¿Mary?

—Cuarenta y seis, milord – el rostro de Mary palideció.

—¿Y pensáis morir con el trapo en la mano?

—Pero milord, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Edward. No podían pensar en abandonar la casa, ¿dónde iban a vivir?, su vida entera habían estado en la casa, su hijo estaba en la casa.

—Lo mismo que tu padre antes de morir. Desde hoy quedáis excluidos del trabajo y del protocolo. No os quiero ver más levantaros cuando yo entre.

Mary no pudo contener las lágrimas, y se abrazó a su esposo. No podía estar pasando. Sabían que un día ya no podrían servir a su señor, para eso se había preparado a Jason, pero no esperaban que el momento llegara ya.

—No más lagrimas Mary, con las de Thara ya tengo suficiente. —Lucien bordeó la mesa y tocó con cariño a su anciana ama de llaves en el hombro. Sus temores traspasaron el contacto—. Nadie ha hablado de echaros —gritó Lucien— Solo quiero que dejéis de trabajar, me habéis servido durante toda vuestra vida, ahora quiero que disfrutéis del tiempo que os queda. En esta casa, en vuestra habitación de siempre. Yo tampoco soportaría que os marchéis. Sois la única familia que tengo.

Mary se volvió para abrazar a Lucien, sin dejar de llorar, aunque ahora las lágrimas eran de alegría.

—Quiero que dejéis de levantaros cuando entro, vuestros huesos no están para un subir y bajar tan a menudo como a mí se me antoje ir y venir. Dejad eso para Jason que aún es joven. En cuanto a los demás servicios, id buscando a personas de confianza en los que delegar el trabajo y a descansar. —Lucien acariciaba el cabello de la anciana, era lo más cercano a una madre que había conocido y aunque ella ya había llegado a su vida cuando Lucien ya era mayor, eran muchos los años que llevaba en la casa.

Mary se volvió de nuevo para abrazar a su esposo. Ella había llegado a la casa gracias al matrimonio con Edward y jamás imaginó lo que allí encontraría. Poco a poco, Edward y Lucien le fueron enseñaron lo especial que era estar allí. Jamás les faltó de nada. El conde de Barlay había sido un señor maravilloso, contaban con un salario superior al resto de las casas y aún así, siempre había sido generosos con ellos y les colmó de regalos.

Edward recordó los últimos años de su padre. Él ya se encargaba de todo y su padre solo paseaba por la casa para supervisar. Ahora él haría lo mismo.

—Gracias, milord. Quisiera que supiera lo mucho que significa esto para Mary y para mí. Puede saberlo. Por favor señor, toque mi mano – le dijo Edward estirando su mano. Mary imitó su gesto.

—No necesito comprobar nada. Ahora sentaos conmigo.

—Será un placer, milord —contestó Mary—. ¿Cómo está milady?

—Duerme —fue la respuesta de Lucien y miró a Edward.

—Milord, ¿otra vez? —le reprendió el anciano.

—No podía soportar verla llorar.

—Pero milord, ya hablamos de ello. No puede dormirla cada vez que algo este mal—explicó Edward.

—Despierta —pronunció Lucien a regañadientes.

—Esto se me está yendo de las manos. No hago nada a derechas, me siento como… — hubiera querido decir un simple mortal, pero se calló las palabras. Para lo único que servía su magia ahora era para mandarla a dormir.

¿Y qué quería hacer? Debería dejarla marchar, podía darle dinero, él tenía mucho, podía comprarle una casa y que hiciera su vida normal. Entonces,¿ por qué no lo hacía, que le impedía hacerlo? Ahora era su responsabilidad. Esa era la razón, de todo. El había cambiado su vida y ahora tenía que ayudarla. Sí, eso era todo, responsabilidad. Tenía que ocuparse de ella, era su deber. El

deber de un tutor para con su pupila.

—¿Una pupila? Eso es la señorita Thara, ¿una pupila? —inquirió Jason confundido.

—Sí—respondió Lucien con rapidez, como si no quisiese dejar lugar a la duda. Se levantó de la silla para salir de la cocina en busca de ella. Aún no había salido de su habitación, pero al menos ya no lloraba. Tentó su mente. —¡Maldita sea! — se quejó al comprobar que la barrera que el llanto había levantado todavía seguía allí.

Cómo podían las personas acostumbrarse a vivir así. Hacía apenas unos días que compartía con Thara ese vínculo y ahora que había desaparecido lo echaba de menos. Era estar aislado, solo entre una multitud. Trescientos años de vida y continuaba solo.

Aquella eternidad era una maldición.

Un resquicio se abrió en la inmensa soledad que le envolvía.

Un suspiro llamó su atención hacia la escalera.

Lucien centró su mirada, perdida en sus cavilaciones, en Thara o mejor dicho en su escote. Daba la impresión de que sus pechos se saldrían si respiraba muy fuerte.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Lucien sin retirar sus ojos del filo del escote...

—Sí, gracias – le contestó acercándose, como llamada por él.

—Bien, quisiera que te prepararas para ir de compras. La señora Stone te contará, está en la cocina.

Thara no contestó, su frialdad le sorprendió. Hizo una inclinación de cabeza y pasó junto a él, hacia la cocina, tal como le había ordenado. La cercanía le hizo temblar las rodillas y desbocar su corazón otra vez. Respiró despacio, atrapando su aroma y hubiera asegurado que él había hecho lo mismo.

Lucien respiró su perfume al pasar y un escalofrió de placer recorrió su cuerpo. Su cerebro protestó, sus ojos se quejaron y su ser se reveló, ¿por qué no la había retenido un poco más? ¿Por qué la había dejado pasar sin tocarla?

Thara caminó hacia la cocina. Quería entrar y desaparecer de la mirada de Lucien y al mismo tiempo no quería que los criados la vieran, quería un intermedio. Necesitaba estar a solas unos instantes. Con el pasar de las horas, estar a solas después de ver a Lucien se había convertido en una necesidad.

Le había estado mirando mientras él estaba absorto en sus pensamientos. A hurtadillas había robado unos segundos de visión. Con la camisa algo más desabotonada de lo que era correcto ante una mujer, con ese aire distraído, su mirada perdida en la lejanía,

parecía aún más atractivo que su arcángel. Envuelto en ese aire misterioso y esa expresión de preocupación en su rostro.

«Era como estar solo entre una multitud» aquella frase se coló en la mente de Thara mientras en su cuerpo se desarrollaba el mismo desbarajuste de siempre. Su respiración se detuvo para acelerarse segundos después como si quisiese correr. Su corazón se saltó un latido y los siguientes casi hacen que se salga del pecho. Como si quisiese cambiar la frecuencia de sus latidos, por no hablar del calor que parecía recorrer sus venas.

Y ahora para empeorar las cosas, aquel sueño parecía reclamar atención, encogía sus entrañas, extendía el calor de sus venas a lugares de su cuerpo en los que nunca había reparado. El rubor llegó a sus mejillas cuando el recuerdo del beso le llenó la mente, exigiendo un poco más de aquello que Lucien se había negado a darle.

No pudo decir cuánto tiempo llevaba apoyada en la puerta de la cocina, como si quisiese impedir la entrada de alguien. Miró a Edward sentado junto a Mary que conversaba con Jason, ninguno parecía haberse dado cuenta de que ella estaba allí.

—Serán muchos cambios en esta casa —comentaba Edward.

—Hemos pasado en estas semanas más que en toda una vida —puntualizó Mary.

—Creo que aún no hemos visto nada —añadió Edward.

—En cuanto al tema de la pupila, ¿vais a llevarlo hasta el final? —preguntó Jason al levantarse de la mesa.

Thara escuchó la pregunta y aguardó impaciente la respuesta de los ancianos. No sabía a qué se refería Jason con exactitud pero estaba claro que estaban hablando de ella.

—No creo que dure mucho, tarde o temprano lo verá —contestó Edward.

—A veces, lo tienes delante y no lo ves —añadió Mary.

—Puede estar ciego una eternidad —contestó su hijo.

Se acercaba a ella pero no la miraba.

—¡Milady! —gritó Jason cuando casi se tropieza con ella de frente, hasta ese momento no la había visto.

Jason se volvió hacia sus padres que, confusos se miraron y encogieron los hombros en actitud de resignación.

No habían hecho nada de lo que hubiese que arrepentirse, pero había cosas de las que ella aún no estaba al corriente y eso si representaba un problema, sería mejor hablar con Lucien.

—Yo me encargo —dijo Jason, anticipándose a sus padres—. Milady, creo que tiene cosas que preparar con mis padres —y

diciendo esto se alejó de ella por la puerta que parecía custodiar.

Algo allí no estaba bien, pensó el joven al salir de la cocina y encontrarse con Lucien en el pasillo, inmóvil y abstraído. A la memoria de Jason acudió la otra vez que le encontró así, quieto junto a un vaso y una botella de whisky rotos.

—Milord, milord —llamó, sin obtener respuesta como ya había supuesto. Tendría que tocarle una vez más. Analizó su memoria unos segundos, buscaba algo que su señor no supiera ya. Quería estar preparado cuando le transmitiese sus pensamientos. Sonrió al recordar el encuentro que tuvo con una criada la noche anterior.

—Si… — respondió Lucien al contacto de Jason—. Tenemos un problema – añadió. Puso palabras a los pensamientos de su joven ayudante.

«Si solo fuera uno» comentó Lucien para sí. Ni se molestó en abrir las puertas de la biblioteca, las hojas de madera se abrieron para él de un golpe. Jason comprobó entonces que su señor no se hallaba de buen humor, tal vez no fuera el mejor momento para contarle.

—Ni se te ocurra huir —le advirtió Lucien mientras caminaba hacia la mesa de los licores. No le hacía falta mirar para saber que su joven ayudante se había quedado parado en la entrada, sopesando la idea de escapar y evitar el encuentro con su señor.

—No pensaba hacerlo – mintió. Se burlaba así de Lucien, pues sabía que su señor descubriría la mentira.

Jason entró y la puerta se cerró tras él. Estaba atrapado, pensó, mientras miraba a Lucien o mejor dicho a su espalda. No dijo nada más, esperaba que él hablara.

—¿A qué esperas? —preguntó Lucien—. No estoy interesado en tus devaneos con esa criada.

Tal como Jason había supuesto, al tocarle para llamar su atención, Lucien había captado todos sus pensamientos. Curioso, pensó, pero nunca se llevaba lo que quería decirle, eso siempre tenía que expresarlo de palabra.

—Milord, hace un momento… la señorita Thara… milady…

—¡Habla! —gritó Lucien exasperado por el tartamudeo, girándose hacia Jason.

—Olvidó decir que la señorita Thara era como usted — le reprochó. Sus palabras salieron en tropel y en un tono demasiado alto para ser dirigidas a un conde por un criado.

—¿Tengo que proclamarlo a los cuatro vientos? —le gritó Lucien tan cerca de su rostro que Jason pudo sentir el calor de esas palabras en su oído.

Su única reacción fue caer sobre su trasero en la alfombra persa de la biblioteca. Pero aún así no se amedrantó, desde su posición de inferioridad, se encaró a su señor y se defendió con lo único que tenía: sus razones.

—Con hacerlo a las cuatro paredes de esta casa hubiese sido suficiente —se explicó elevando su mirada hacia su señor—. La cuna nos ha dado inferioridad ante usted, no nos está permitido enfrentarnos a nuestros señores, pero tenemos derecho a cierta intimidad, y eso en esta casa, cada vez es más difícil. Tenemos derecho a saber de quién protegernos.

Lucien permaneció en silencio, las palabras de Jason le hirieron. Jamás se había enfrentado a su señor hasta ese momento. Era cierto que no disponían de mucha intimidad, Lucien aparecía y desaparecía a su antojo, interrumpía conversaciones y acciones. La sociedad les había puesto en inferioridad, pero eran personas con ciertos derechos. Él jamás les trató mal, desde su posición de señor había encontrado en ellos la familia que nunca tuvo desde que su hermano se mudo a Escocia. Generación tras generación, los Stone habían sido su familia y nunca se paró a pensar en las consecuencias de ese hecho. Su renovado corazón despertaba a nuevos sentimientos y la culpa empezaba a instalarse en él.

No supo cuánto tiempo había permanecido sentado en el suelo, observaba a su señor y esperaba una respuesta a su imprudencia. Se veía con las maletas en la puerta, pero de todas formas, callar no hubiera servido de nada, igual que tampoco hubiera servido mentir.

Lucien miró a su joven ayuda de cámara, sentado en el suelo, esperando una respuesta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras extendía su mano para ayudarle a levantarse.

—Hace un momento milady se materializó en la cocina. Mis padres hablaban de los cambios que se han hecho en esta casa y de los que vendrán. Quizá oyera algo que no sabía —respondió.

—Estad atentos, no puedo controlar su magia. Se va despertando a razón de sus emociones.

—Ahora sí estamos avisados.

—Siento mucho poneros en este aprieto. Supongo que no pensé las consecuencias para vosotros.

—Ya estamos acostumbrados a su magia, nos acostumbraremos a la de ella.

Espero poder hacerlo también yo —le dijo Lucien con resignación.

12

La casa se había llenado de modistas y de telas esparcidas por todo el suelo del salón de baile. Un salón que llevaba décadas sin usarse. No recordaba su decoración. En realidad no recordaba haber estado en aquella sala.

La señora Stone había abierto las cortinas de los enormes ventanales y casi parecía que habían desaparecido las paredes. Las vitrinas dejaban ver la mejor parte del jardín, en su día, fue construido a propósito. Los macizos de rosas, las nomeolvides, las madreselvas enmarcadas en arcos que limitaban el camino hasta perderse en los recodos predilectos de los amantes. Lucien suspiró con melancolía, jamás había corrido detrás de alguna mujer por aquellos pasajes secretos, como había visto hacer en tantas fiestas a las que había asistido.

Lucien miró la escena que se desarrollaba en aquella estancia.

La anciana señora Stone no había perdido ni un solo segundo. Había mandado a Leslie con el carruaje de los Laverty a repartir tarjetas en las tiendas de Londres. A su petición, acudieron a la mansión las mejores modistas de Londres con una exposición de su género. Cuatro mujeres se disputaban a Thara, reclamaban su atención mediante telas y complementos de los más vistosos colores.

Aunque la emoción más fuerte que podía sentir en ese momento era alegría por ella, una extraña inquietud comenzaba a abrirse camino en su corazón, cual mancha negra en el mar. Se mesó el cabello y buscó en la mente de Thara. La barrera seguía levantada, pero solo quería darle un toque, sentirla cerca.

Thara sintió como si alguien la llamara, y no eran precisamente las mujeres que tenía a su alrededor, era algo mas íntimo. Volvió sus ojos hacia la puerta y vio a Lucien, apoyado en el vano de la entrada; la observaba.

Su cuerpo ocupaba todo el hueco de la entrada. Thara se estremeció por el contacto de esos ojos dorados sobre ella. Su corazón se aceleró como ya era costumbre. Las piernas casi no la aguantaban de pie. Sus rodillas amenazaban con doblarse y dejarla caer entre todas aquellas telas. Quiso apartar la mirada pero sus ojos parecían cautivos. Un escalofrió de placer hizo encogerse las extrañas, como si Lucien la acariciase con la mirada. Sintió la imperiosa necesidad de correr a su lado.

—¡Eh! — exclamó Thara.

—¿Se encuentra bien milady? —preguntó una modista cuando Thara se tambaleó y casi cae al suelo.

—Será mejor que descansemos un poco —ordenó la señora Stone, acercándose a ella. —Siéntese un poco, milady.

Lucien se irguió y casi estuvo a punto de correr a ayudarla cuando la señora Stone ocupó su lugar. Había visto desaparecer a Thara y volver a su lugar en un segundo.

¿A dónde había querido ir? Por suerte los hechizos no la habían dejado salir de la mansión.

Su presencia la ponía nerviosa, eso podía sentirlo. Podía escuchar que el corazón se le desbocaba, exigía latir al mismo ritmo que el suyo. Una sonrisa le curvó los labios, su propio corazón volvía al ritmo normal. Se había agitado igual que el de ella. La misma sangre recorría sus venas, pensó Lucien mientras se alejaba de la sala. También su miembro volvía a su tamaño normal antes de preguntarse si ella había sentido la caricia de su mirada. La idea de haberla excitado le hizo hincharse de nuevo.

Si dominar el tiempo hubiera sido uno de sus dones, hubiera traído la noche para poder visitarla en sueños. Pero no podía moverse en el tiempo, así que lo mejor sería salir de allí e intentar distraerse lejos de ella, sin distraerse con ella, cosa con lo que su miembro estaba más que de acuerdo.

Comprobó cada uno de los hechizos de protección que tenía alrededor de la casa para evitar percances igual al que acababa de presenciar en el salón, cuando Thara, movida por sus emociones, quiso salir de la mansión. Ninguna magia saldría de allí, en cambio, la puerta estaba abierta a la magia por si Marcus decidía volver. Echaba de menos a su hermano, ¿cómo no había sentido lo mismo en aquel último siglo? Incluso con su mente llena de pensamientos de Thara, quedaba lugar para su conciencia llamada Marcus.

—Señora Stone, ¿podemos dejarlo? No quisiera molestar pero me siento muy cansada —pidió Thara.

—Por supuesto, milady. Ellas están aquí para complacerla y volverán cuantas veces queramos —le explicó la anciana, mientras hinchaba su pecho con cada palabra, y sentía el nuevo poder que se le había otorgado—. Señoras, milady se retira a sus aposentos.

—Sí, claro —dijo una modista haciendo una inclinación de cabeza.

—Es mucho ajetreo para un solo día —señaló otra costurera.

Otras frases de aceptación sonaron en la habitación, pero ya no llegaron a oídos de Thara que salía del salón acompañada de Meg.

Tal vez una siesta lograra tranquilizarla. Subió las escaleras apoyada en la baranda, no estaba segura de que sus piernas pudieran sostener su cuerpo.

Meg abrió la puerta de la alcoba y Thara caminó hacia la cama.

—Solo necesito unos minutos —le dijo mientras se recostaba en el lecho.

Meg no contestó, cogió una manta de piel que estaba echada sobre el poyete junto a la ventana y la tapó con ella. Thara tenía los ojos cerrados y Meg pensó que dormía. Intentó no hacer ruido. Salió de la habitación y cerró despacio la puerta.

Thara sintió marcharse a Meg, no estaba dormida, ni necesitaba dormir, solo necesitaba soledad y tranquilidad. Su vida había cambiado mucho en tan poco tiempo que aún no había asimilado el cambio.

Ella había nacido en el seno de una familia pobre. Ni siquiera llegaban a la situación de los criados de Laverty House. Trabajó en las cocinas de muchos señores antes de ocupar el puesto de doncella de la señora Rowland. Y de esas cocinas salió. Creyó que el cielo recompensaba su trabajo cuando le ofrecieron el puesto. Un regalo divino, pensó.

Después comprendería que el regalo requería un pago.

Más tarde entró Lucien en su vida, le creyó la muerte, luego un arcángel. Él sí le había dado de todo, desde la vida por segunda vez, hasta la posición de pupila.

¿Requeriría eso un nuevo pago?

Estaba tan abrumada que no pudo evitar preguntárselo. Se limpió una lágrima que rodó por su mejilla, la siguiente fue absorbida por la almohada, y la siguiente. Lloraba y ni siquiera sabía el por qué, es más no estaba segura si lloraba de alegría o de dolor. Tan solo sabía que quería llorar.

Y lloró.

Lágrimas, sollozos, lamentos, quejidos que destrozaron el corazón de Lucien en la lejanía.

Hacía apenas unos segundos que se había materializado en el reservado de su propiedad en el Club de la calle St James, cuando recibió el primer sollozo de ella, como si la tuviese a su lado. Apoyó el pie que había quedado en el aire y agudizó sus instintos mágicos.

No pudo sondear la mente de Thara pero podía sentir su dolor. Sus lágrimas quemaron sus ojos como ácido.

«Duerme, preciosa.»

Thara ya dormía cuando Lucien apareció a su lado. Se sentó en la cama junto a ella y tomó entre las manos su rostro para apoyar la

cabeza sobre su regazo. Dejó que el sueño engullera los últimos sollozos antes de engullir él su mente.

Necesitaba respirar, el llanto de ella ahogaba su corazón. El pecho parecía no encontrar aire en la habitación.

Aire, necesitaba aire.

Libertad, necesitaba libertad.

La situación la estaba sobrepasando, necesitaba descanso. Necesitaba libertad.

Absorbió los pensamientos de ella. Estaba feliz por los cambios, pero también muy asustada. No podía cambiar de vida con tanta brusquedad.

Lucien movió la cabeza, afirmaba en silencio. Las cosas se habían desmadrado. Tan solo hacia un mes que casi moría. Tendrían que ir un poco más despacio o su salud mental se resentiría. En su interior aún peleaba su parte mágica exigiendo libertad.

Tenían toda la eternidad por delante, no había prisa.

Lucien acarició su cabello esparcido sobre la almohada, su mejilla húmeda por las lágrimas. El corazón se le encogió de pena.

Buscó en su mente el momento en la sala de baile cuando había querido salir. La respuesta hizo a su corazón detenerse.

«*Un escalofrió de placer hizo encogerse sus extrañas, como si Lucien estuviese acariciándola con la mirada. Hubiera querido hacer desaparecer a todas aquellas mujeres que ya la estaban agobiando con tantos vestidos para esto y para aquello. Ella solo quería estar con Lucien, dejar que la acariciara con algo más que con la mirada. Quería sentir sus manos allí donde eran deseadas. Sintió la necesidad de correr entre los arcos de madreselva que señalaban el camino.* »

Habían compartido un mismo deseo. La atracción era mutua.

¿Qué pasaría si la despertara? ¿Le echaría ella de su lado?

Caminó hacia la puerta antes de dar la orden.

—Thara, despierta —susurró Lucien desde la puerta.

Su voz sonó cual melodía en los oídos femeninos, tan sugerente como embriagadora. Abrió los ojos y le buscó.

—Lucien —contestó cuando sus ojos se posaron en el dorado de los ojos de él.

Podía ver la alegría en sus ojos y en su mente.

Thara le sostuvo la mirada como había hecho en el salón, como si pudiese agarrarse a ellos para dejar atrás todos sus temores. Esos ojos prometían el cielo sin esperar nada a cambio. Parecían prometer tantas cosas y ella estaba dispuesta a averiguarlas.

No había maldad en esa mirada, no había lascivia, tan solo la

esperanza de un momento compartido por voluntad propia.

No sabía de dónde venía tanta seguridad, hubiera jurado que había visto el interior de Lucien a través de esos ojos dorados que brillaban de pasión.

¿Sabría ella que tocaba su mente? se preguntó Lucien al sentir el tiento de Thara. Todo su cuerpo se conmocionó. La pasión y el deseo dejaron paso a algo más íntimo, más intenso.

Lucien se preguntó si podría soportar el éxtasis dentro de ella, en cuerpo y mente. Su virilidad estaba dispuesta a averiguarlo cuanto antes.

En aquel momento, Lucien sintió hambre, aguda y urgente, incluso en la sangre.

Un paso, y al segundo estuvo a su lado, sujetaba el rostro entre las manos. Durante los siguientes instantes, solo se miraron, tan cerca que podían sentir el aliento del otro.

Thara pudo apreciar como sus corazones se desbocaron por un mismo sendero. Podía sentir la sangre correr por sus venas en un mismo sentido, como si traspasara el lugar en el que se tocaban y corriera luego por el cuerpo de Lucien. Era una sensación tan extraña como embriagadora. Hipnotizante.

Lucien disfrutaba de la unión, de lo que la magia y la sangre de ambos hacían ajenos a toda pasión. Ajenos a la sangre que su miembro absorbía en la erección.

Thara cerró los ojos, en una invitación inocente a que la besara.

Una invitación que Lucien no pudo resistir. Acercó su boca para capturar la de ella en un beso tierno y delicado. O por lo menos esa fue la intención mientras los labios se acercaban. Cuando sintió que Thara abría los suyos para recibirle, no pudo mantener la delicadeza y se apoderó de ellos con un hambre primitiva, con urgencia de tomar más y más. Quería acercarla aún más y enredó sus dedos en el cabello de la nuca para atraer la cabeza todavía más cerca de sus labios, mientras la otra mano tomó sus nalgas para acercarla todo lo que pudo hacia su virilidad. Pero deseaba tenerla aún más cerca, ansiaba estar en su interior.

En ese momento tuvo la certeza de que no era solo la sangre.

«*Thara, por favor, pídeme que me detenga*» le rogó en un susurro mental, no quería separar sus bocas para hablar, no quería expresar sus pensamientos, Quizá así ella no respondiese.

«*No puedo hacerlo*» el susurro de Thara se coló en su mente.

Ni siquiera el asombro de sentirla en su mente pudo separarlos. No había vuelta atrás. Quizá era el momento de dejar a la sangre seguir su camino.

Desde cuando su cuerpo se gobernaba solo. Desde cuando era incapaz de controlarlo, todo había sucedido sin darse cuenta. Lo único claro ahora era que su corazón latía como un potro desbocado, que su cerebro tan solo pensaba en él, hasta el punto de parecer que le oía hablar en su mente. La prudencia, la decencia y todas esas cosas se habían quedado en el fondo del baúl, e imágenes de lo más eróticas volaban a sus anchas por su cabeza. Pero ella no podía estar pensando eso, ni siquiera sabía que eso se pudiera hacer.

Su mirada ya acariciaba la piel que sobresalía del escote antes de que sus manos se acercaran. Deslizó sus dedos dentro del corpiño y tomó un pecho, el gemido de placer que escapó de los labios de Thara le hizo hincharse un poco más. La presión era insoportable y aumentaba por segundos, mientras acariciaba su pecho, tan suave, tan perfecto para su mano. No quería dejar su boca, bebía cada gemido que se escapaba, pero quería saborear más, tomar con sus dientes ese pezón que ya sentía endurecido.

Thara soltó un gruñido de protesta cuando dejó de besarla. El rubor tiñó sus mejillas al escuchar su propia queja. Lucien sonrió ante la victoria.

Cómo había sido tan osada. Pero no pudo controlarlo, como tampoco logró evitar el grito de placer cuando Lucien tomó su pezón entre los dientes. Aquella no era ella, Lucien estaba haciéndole algo extraño.

«*Solo te doy placer*» le respondió él.

Ella le había oído en su mente, aquello no era normal. Debería exigirle a Lucien que parara, pero la orden no salía de sus labios, era demasiado el placer que sentía para poder razonar con claridad.

Thara no pudo ver la sonrisa triunfal de Lucien pues su boca devoraba con ansia sus pechos. Tan solo pudo arquear su cuerpo para acercarse aún más a él, mientras su cabeza caía hacia atrás para exponer aún más piel a los besos que recibía. Su actitud la asombró, ¿ella había hecho eso?

Un segundo después, sus ojos se entristecieron y su corazón se encogió ante el recuerdo: sus pechos ya habían sido tocado antes, toda ella. Un recuerdo surgía con claridad en su mente. El miedo y la repugnancia se tragaron la pasión.

—Thara, mírame a los ojos —le pidió Lucien obligándola a levantar el rostro con ambas manos—. Nadie volverá a hacerte daño.

Él se había llevado esos recuerdos, o por lo menos algunos, pero todavía quedaban en su cabeza algunos detalles. Nadie volvería a

lastimarla, nadie volvería a tocar ese cuerpo. Él borraría cada retentiva con sus besos y sus caricias.

—Dime que me detenga y me detendré.

Thara no podía mirarle a los ojos como él le había pedido, se sentía avergonzada.

—Lucien…

Aquello era toda la respuesta que Lucien necesitaba para continuar.

Poco a poco, Thara vencía su miedo con cada acometida de la lengua de Lucien. Sus recelos quedaron aniquilados cuando sintió la mano masculina abrirse camino entre sus faldas hacia el interior de sus muslos. Oyó el sonido gutural, casi animal, que pronunció Lucien cuando sus dedos abrieron paso entre su íntima piel hasta hallar la humedad femenina que sus caricias y sus besos provocaban.

Thara creyó estallar en mil pedazos cuando sintió un dedo de Lucien en su interior. Sus rodillas comenzaron a temblar, todo su cuerpo temblaba, le resultaba imposible mantenerse de pie, así que echó sus brazos al cuello de Lucien, dejándose llevar.

Sus dedos estaban en su interior, inmensa gloria, tocaban aquella delicada piel, húmeda y palpitante para él. Sabía que el placer que estaba sintiendo la desconcertaba, su mente le decía que no creía que se pudiese sentir tanto placer y al mismo tiempo, su cuerpo exigía algo más sin saber qué era. Pero pronto se lo descubriría, estaba dispuesto a mostrarle cuánto placer podía dar un hombre.

Continuó besándola mientras sus manos la llevaban al clímax. Tuvo que sostenerla con un brazo cuando sus piernas dejaron de hacerlo. Lucien se hinchó y no solo en su miembro, sino también de satisfacción. Había hecho descubrir a Thara el placer de un contacto. Atrás quedarían en su mente esos malos recuerdos, sus manos y su magia se encargarían de ello.

—¿Milady…? —la vocecilla de Meg sobresaltó a Lucien. La doncella había venido a buscarla. Permaneció quieto mientras sostenía a Thara entre sus brazos, envueltos en el hechizo de invisibilidad obtuvieron la intimidad que les habían arrebatado.

Meg cerró la puerta pensando en que Thara habría bajado ya.

—Creo que deberíamos seguir en otro momento. Meg te está buscando —le dijo a pesar de que su miembro estaba protestando con fuerza.

Thara aceptó, estaba demasiado confundida para protestar. Apenas se mantenía de pie y su mente era un caos de sensaciones.

—¿Milady…? —ahora era la señora Stone quien la buscaba.

«Maldita sea» se quejó Lucien, es que no iban a dejarlos solos. Ni siquiera se lo podía pensar.

—Te veré esta noche — le dijo mientras le depositaba un casto beso en los labios.

Lucien desapareció sin ni siquiera haber cruzado del todo la puerta.

El reservado en el club le recibió tan oscuro y cerrado como siempre. Pagaba una buena suma de dinero al año al club por ese pequeño espacio con la condición de que nunca se entrara en él sin su permiso. Debía de estar cerrado siempre y tan solo se limpiaba mientras Lucien estuviese presente en el club, jamás en su ausencia. Exigencias de un aristócrata snob, pensaba todo el mundo.

—Lucien… —le saludó el anciano Lord.

—Dudley,¿ ha pensado en vender su casa?—bromeó Lucien.

—Esa dama ha absorbido tu cabeza.

—Tal vez. En los últimos dias mi cabeza no funciona muy bien. Tiende a distraerse demasiado —le confesó Lucien.

—Esa chica te ha absorbido el coco, muchacho.

—Mentiría si te dijera que nada tiene que ver con ella. Ha puesto mi casa y mi vida patas arriba en un mes.

—Así son las mujeres, Lucien. Pensé que ya habrías aprendido a tratarlas.

—En la cama, he llegado a entenderlas. Jamás había vivido con una bajo el mismo techo —Lucien se mesó el cabello pensativo.

—¿Nunca has convivido con una mujer?—Dudley tenía que preguntarlo, no podía creerlo, trescientos años de soledad.

—He tenido centenares de amantes, pero ninguna llegó a importarme nada más allá del placer.

—Hasta ahora. Permítele a este anciano la curiosidad de saber que tiene ella de diferente.

—Hice algo que ha cambiado su vida e inevitablemente la mía. Ahora es mi responsabilidad.

—¿Solo eso? ¿Tu responsabilidad? —Dudley marcó intencionadamente sus últimas palabras.

—He decidido tomarla bajo mi tutela y darle una posición en la sociedad.

—¿Bajo tu tutela? ¿Tu pupila? — algo le decía a Dudley que su joven amigo no estaba viendo las cosas desde un punto de vista muy lógico. —Tu pupila…

—Dudley, ¿intenta decirme algo?

—¿Tu pupila? ¿La prepararas para la alta sociedad londinense?

—Si…

—Una pupila aspira a casarse, ¿la prepararás para el matrimonio?

—Sssiii… —ese sí no había sonado tan convincente como el primero.

—¿La presentaras en sociedad…?

—¡Dudley! – Lucien se impacientaba con la cháchara del anciano.

—Los pretendientes la asaltarán… — Dudley se divirtía. Observaba el efecto que sus palabras producían en su amigo. El rostro se le puso blanco y sus ojos casi se salen de sus orbitas—. ¿Elegirás a su esposo entre ellos?

Lucien no contestó, se limitó a levantarse del sillón y caminar hacia su reservado. A lo lejos oía las risotadas del anciano, mientras, en su cabeza resonaban sus palabras:

«¿Solo tú responsabilidad? Tu pupila…pretendientes…esposo…»

Como también sonaron las de Jason aquella mañana.

«¿Una pupila? Eso es la señorita Thara, ¿una pupila?»

Todos habían visto lo que pasaría menos él, había sido un idiota. La idea de otro hombre tocando a Thara tal como él lo había hecho, hizo que sus ojos se tiñeran de sangre y su cuerpo hirviera de rabia.

Celos, sintió celos, tan solo de la idea de ver a Thara rodeada de estúpidos adolescentes deseosos de tocarla. Eso jamás ocurriría, la tendría encerrada en su mansión, así nadie la vería. ¡Ningún hombre volvería a tocarla!

Ya no daba vueltas por el reservado del club, ahora su camino era su habitación, miró el suelo al oír sus propios pasos, ¿dónde estaba su alfombra de piel de oso polar? Manchada de sangre. La sangre de Thara.

Salió de su habitación decidido a poner fin a aquella absurda idea de la pupila.

Cuando Lucien se marchó, Thara se había quedado quieta en su habitación, sentada a los pies de la cama. Una vez más necesitaba reposo después de estar cerca de él. Su corazón volvía solo a su ritmo normal, aunque su cuerpo iba a necesitar algo más de tiempo. Su boca estaba hinchada por los apasionados besos de Lucien. Aún sentía sus manos en sus pechos, en sus muslos y… allí. Parecían grabadas a fuego en su piel. Y lo peor de todo era la sensación de vacío que se le había quedado cuando salió por la puerta.

Respiró hondo como si pudiera llenar el vacío con aire. Sería mejor volver a bajar y entretenerse con los nuevos vestidos y las demás cosas que había dejado a media, Quizá así lograse quitarse a

Lucien de la cabeza y sobre todo de su cuerpo.

En el salón, aún estaban la señora Stone y Meg dando retoques a sus vestidos.

—Señorita, ¿ya se encuentra mejor? —preguntó la señora Stone.

—Sí, gracias. Siento mucho haber tenido que dejarlas —se disculpó Thara y se sentó en el mismo sillón donde estaba. Enseguida la asaltaron con telas y diseños, puso todo su empeño en prestar atención a lo que le hablaban y olvidar lo sucedido en el rato que estuvo fuera.

Así la encontró Lucien cuando apareció. No estaba muy a gusto pero intentaba complacer a la señora Stone que tanto empeño ponía en el vestuario.

Desde el vano de la puerta la miró, cómo iba a decirle ahora que no quería que fuera su pupila. ¿Qué sería ella ahora? Por qué tenía que darle un nombre, solo estaba en su casa. Por que darle más vuelta. Lucien dio dos pasos hacia ellas y se detuvo de nuevo. No podía decírselo, él no podía ser lo que ella deseaba.

«*Porque es todo tan complicado*» resopló para sus adentros y giró sobre sí mismo para salir de nuevo del salón.

—Milord, ¿de nuevo por la casa? —le preguntó Jason. El joven ayudante ya se acostumbraba a no dar por hecho que su señor estaba fuera, pues aparecía y desaparecía a su antojo. Se dirigía al salón para anunciar el té cuando se topó con él que salía con cara de pocos amigos.

—Sí —se limitó a contestar.

—Iba a decirles a las damas que tienen preparado el té, ¿va usted a acompañarlas? — Jason se rascó la cabeza sonriente.

—No, iré a la cueva —Lucien miró a Jason, sin entender porque se reía de esa forma, ocultaba algo. Intentó rozarle al pasar pero, con astucia, Jason se apartó de su paso. Lucien sonrió ante el ingenio de su ayudante y éste sonrió por haber burlado las intenciones de su señor.

Estar en la cueva era como estar escondido, alejado de todo el mundo y sin posibilidad de ser encontrado. Lo único malo es que de ella no podía ni esconderse ni alejarse, la llevaba instalada en su mente. Y sus celos le advertían de que empezaba a acomodarse en su corazón, solo restaba averiguar bajo qué sentimiento.

Que la deseaba ya era un hecho incuestionable. Su miembro se endureció, le recordaba lo que habían compartido y que quería acabarlo, pero no estaba dispuesto a dar el siguiente paso sin averiguar lo demás.

13

—¡Marcus! —gritó Lucien eufórico.

Aún no se había abierto la puerta pero su parte mágica lo había sentido aparecer en ella, aunque no esperó que llegara a la puerta como una visita.

Edward miró a su señor y después abrió la puerta. Sus ojos se fijaron en el visitante y después volvieron a Lucien. Sabía quién era el hombre de la puerta pero no esperó verlo allí.

—Señor Laverty —saludó Edward antes de ser apartado por Lucien para abrazar a su hermano. Llevaba un siglo sin verlo.

Marcus abrazó con fuerza a Lucien y después se separó para verle de nuevo antes de volver a atraerlo hacia él.

Edward esperaba apartado mientras los dos hermanos se saludaban, esperaba poder recoger el abrigo de Marcus, pero se dio cuenta de que el señor Laverty viajaba sin equipaje.

«Como su hermano.» pensó resignado y se marchó.

—¡Cómo me alegro de verte! —exclamó Lucien—. No he podido comunicarme contigo. Te juro que lo he intentado, pensé que te habías cerrado.

—Ha sido cosa de Danu, ella nos ha cerrado. Pero dime, ¿cómo esta ella? – preguntó Marcus impaciente.

—Vayamos a la cueva. Allí nos pondremos al corriente —le sugirió Lucien.

—Primero quiero verla —pidió Marcus, la curiosidad sobre esa mujer a la que su hermano había entregado su sangre era más importante en este momento que sus otras cosas.

—No sé si eso es bueno —le contestó Lucien, en su voz había una pizca de celos. ¿Qué pensaría Thara de Marcus?

Lucien miró de reojo a su hermano, era la primera vez que se preguntaba si en verdad eran tan parecidos. La misma construcción física, el mismo cabello, aunque el de Marcus estaba más largo. Observó su indumentaria, Marcus vestía el kit y el tartán de los McLavert.

—No puedo creer que sientas celos de mí —le reprendió Marcus.

—No tengo celos —le gritó y se adelantó para indicarle el camino hacia el salón de baile, donde sabía que estaría Thara.

Lucien detuvo sus pasos en la entrada del salón y dejó a Marcus observar a Thara antes de entrar. Tendrían que haber establecido de

nuevo el vínculo mental y poder saber qué pensaba su hermano, ni tocándole pudo averiguar sus pensamientos. Aquello no le hizo mucha gracia. Marcus miraba a Thara con demasiada atención, los celos volvieron a hacerle resoplar igual que un toro furioso.

Marcus no prestó atención a los resoplidos de su hermano, miraba a la joven que danzaba en brazos de un mequetrefe. Su cabello ocre dorado estaba suelto y se movía al compás de los pasos de baile. No podía ver su rostro con claridad pues la pieza requería rápidos movimientos, pero si podía ver su cuello y sus hombros, que el vestido dejaba al descubierto. Su mirada comprobó que la moda londinense seguía siendo machista, pues dejaba al descubierto una gran cantidad de piel para deleite de las miradas masculinas. No pudo evitar fijar sus ojos en el escote de Thara y en cómo sus senos se elevaban por la respiración agitada de la danza. No debería mirarla así por respeto a su hermano pero no podía evitarlo, igual que las mujeres se sentían atraídas por ellos debido a la influencia de la magia, él se sentía atraído por Thara y su magia. Un halo de misterio, de sensualidad y de feminidad la envolvía. Una hembra y él un animal.

Sacudió la cabeza, intentó alejar sus pensamientos de aquella dama ya reclamada y prestó atención al baile. Él conocía ese baile y sin pensarlo dos veces se acercó a la pareja y tomó el lugar del profesor. Y en lo que no era más que una simulación de salto o pirueta, Marcus la elevaba por los aires como si volara ante él, con la facilidad de una pluma.

Los ojos de Thara se abrieron sorprendidos cuando Lucien ocupó el lugar de su profesor de baile, estaba emocionada, era la primera vez que bailaba con él. Desde su encuentro en la habitación, Lucien había estado evitándola. Le prometió continuar, pero no había vuelto a buscarla. Quizá no le gustó tanto como a ella.

Marcus soltó una carcajada cuando los pensamientos de Thara se colaron en su mente.

—Creo que es suficiente —dijo Lucien apartando a Thara de los brazos de su hermano.

Thara se apartó unos pasos de él confundida. Miraba a Lucien y al hombre con el que había bailado. Eran iguales.

O casi.

Thara miró con detenimiento al visitante que tenía a su lado, tenía los mismo ojos de Lucien, el mismo cabello negro cual noche, aunque más largo y recogido con una cinta de cuero.

Observó sus anchos hombros, fuertes y firmes igual que Lucien. Su pecho apretado en una blusa blanca que amenazaba con estallar

en la próxima carcajada. Entonces se dio cuenta de su peculiar indumentaria, no llevaba pantalones, en su lugar había una falda de cuadros azules y plateados, un kilt. Y sobre su hombro derecho reposaba el tartán. Era escocés.

Marcus ría sin parar, la situación le resultaba de lo más graciosa. Thara con un rostro de sorpresa y Lucien con sus ojos echando chispas.

Thara pensó que la sonrisa masculina era impresionante, nunca había oído a Lucien reír así. Dejó de mirar al extraño que tanto se parecía a Lucien para mirarle a él, pero comprobó que no podía girarse. Lucien estaba a su espalda y la apretaba junto a su pecho. Respiró, no debió darse cuenta, su corazón volvió a agitarse y esta vez casi la asfixiaba.

Lucien escuchó el detenido examen que Thara le hacía a su hermano y cada vez apretaba su cuerpo más junto al de ella, quería apartarla de Marcus, o demostrarle que era suya.

Pero desde ¿cuándo había adquirido ese sentimiento de posesión hacia ella?

—Milady…—saludó Marcus con una reverencia—. Permítame presentarme, me llamo Marcus… Laverty —cuanto trabajo le costaba pronunciar su apellido inglés.

—Hermanos…gemelos… —Thara miraba a Marcus e intentaba mirar a Lucien, pero tan solo podía girar la cabeza, Lucien seguía a su espalda y no parecía tener intención de soltarla.

—Bien, ya has conocido a Thara, ahora vamos a lo nuestro —gruñó Lucien, en un intento de salir de allí.

—No seas mal educado, Lucien. Es tu hermano. No sabía que tuvieras un hermano y gemelo.

«*En realidad no sé nada de ti*» pensó Thara. Seguía mirando a los dos hombres sin poder dar crédito a lo que veía, en realidad eran tan iguales como diferentes, Marcus era un Lucien alegre.

Aquello no hizo ninguna gracia a Lucien. Soltó a Thara y tiró de su hermano en dirección a la puerta.

—No me hagas sacarte de aquí —le dijo en su tono más autoritario.

Marcus no discutió la orden, inclinó la cabeza y se despidió de Thara.

—La veré luego, milady.

—Ha sido un placer, lord Laverty.

—Créame, el placer ha sido mío —Marcus tropezó con el aire y casi cayó al suelo, sabía que aquello había sido cosa de su hermano y deleitó a Thara con una nueva sonrisa, lo que acabó con la

paciencia de Lucien.

—Muévete o te llevo —le amenazó Lucien.

Y cumplió su amenaza. Apenas habían salido de la vista de Thara le hizo desaparecer y materializarse en la biblioteca. Aún allí, Marcus seguía riéndose del comportamiento de su hermano.

No esperaba encontrar a Lucien tan prendado de aquella joven, aunque en realidad era normal, él mismo se había sentido atraído por ella en tan solo unos segundos a su lado. Recordó la descarga de energía que sacudió a su hermano, él no había sentido nada.

EL conde de Barlay caminó con energía hacia la pared que escondía la puerta a la cueva y desapareció tras ella. Sus pasos daban cuenta de su rabia. Ya estaba al final de la escalera cuando se paró en seco y volvió sobre sus pasos hasta estar de nuevo en la biblioteca donde Marcus le esperaba con cara de burla.

—¿Lo has olvidado? – le dijo burlón.

—Borra esa sonrisa de tu cara —le advirtió antes de tomar su mano y caminar de nuevo hacia la pared.

Es cierto, había olvidado que si el vínculo mental estaba cerrado, Marcus no podía atravesar la pared. Era una protección que la propia cueva había creado.

Hacia dos siglos que Lucien fue tragado por la tierra en el lugar donde hoy estaba levantada su casa. La cueva le envolvió y se abrió para él, mostrándole toda la magia que yacía en su interior. Se creó a su paso, un escalón tras otro hasta llegar al pedestal donde reposaba la espada. Sobre aquel terreno, Lucien levantó su mansión, como había hecho Marcus sobre el terreno que le mostró su caldero. Y Darius sobre la piedra de Fail, solo quedaba Iam y su lanza, éste se negaba a establecerse en el lugar que le obligaban. Había mucha magia en aquellos descubrimientos, mucha energía antigua. Pero también habían descubierto que la cueva era sólo para la persona que escogía, nadie más entraría allí sin establecer un vínculo con el propietario de la cueva. Lucien soltó la mano de su hermano cuando traspasaron la pared y dejó que bajara solo las escaleras. Él se materializó al fondo de la sala.

Marcus bajó las escaleras despacio, hacía tanto que no estaba allí. Sabía que la luz que la iluminaba era producida para Lucien, si él hubiera estado allí solo, la cueva estaría a oscuras. Aquel hueco de la tierra estaba hecho y preparado para su hermano, como la suya lo estaba para él. Ellos no eligieron el lugar de su vivienda, la tierra les eligió a ellos.

—Ve lo que mis ojos ven. Siente lo que siento —pronunció Marcus cuando llegó junto a Lucien, extendió su brazo hacia el

frente, hacia la nada y abrió la mano. Lucien hizo el mismo gesto. Sus palmas se tocaron, lo que permitió que ambos gemelos compartiesen mente y cuerpo.

Volvían a ser una sola mente. Lucien reconoció que había echado de menos esa sensación.

«Pues no la echaste de menos en el último siglo» reprochó Marcus.

«Las cosas han cambiado mucho por aquí desde la descarga de Thara, es como si mi corazón hubiese estado muerto y ella lo haya revivido.»

Marcus había llegado a sentir esa indiferencia hacia las cosas naturales de la vida, cansado un poco de una vida tan insulsa. No sabía qué había sucedido, pero de pronto estuvo allí, un corazón congelado, muerto, carente de muchas emociones mortales.

«Es cierto, con el tiempo llegas a no sentir nada» afirmó Marcus con pesar.

Es que siempre tenía que terminar igual, Thara golpeó el aire en un gesto de fastidio muy poco femenino. Intentaba controlar su respiración con intención de controlar su corazón, al que Lucien había dejado una vez más fuera de control.

Con la mirada buscó un lugar donde sentarse y dar tiempo a sus rodillas a recuperarse, pues le temblaban cual gelatina. Lucien la había sujetado tan fuerte que aún podía sentir el brazo en su estómago. Había sido un gesto tan posesivo y a la vez tan intimo. Su mente le permitió revivir el momento, captando cada detalle. La respiración de Lucien se agitaba como la suya. Pudo sentir el calor abrasador de su pecho a su espalda y de su virilidad en sus nalgas. Parecía querer apartarla de su hermano, en silencio le hacía saber que era suya.

Estaba fantaseando, estaba imaginando cosas que no habían sucedido, se dijo a sí misma.

—Mademoiselle Davenport —el profesor de baile llamó su atención.

Había olvidado que estaba allí.

—Monsieur Renoir, hemos terminado por hoy, tengo algo que hacer. —Thara se despidió de su profesor de baile. Era incapaz de volver a concentrarse en las clases, su mente pensaba en el hermano de Lucien y en lo poco que en realidad conocía del conde y estaba dispuesta a remediar ese hecho. Eso era ahora más importante que esas dichosas clases.

—Pero, mademoiselle… —se quejó Monsieur Renoir.

Pero Thara no le dio tiempo a que continuara con sus quejas, agarró sus faldas y corrió fuera de la sala de baile en dirección a la

cocina.

—Señora Stone, señor Stone… —gritaba.

La puerta de la cocina se abrió de golpe, un anciano señor Stone corría en dirección a los gritos con el semblante palidecido por la preocupación, a su espalda, su esposa intentaba recobrar el aliento por la carrera desde la despensa.

—¿Qué sucede? ¿Se encuentra bien, milady? —preguntó Edward.

—¿Y milord? ¿Ha pasado algo? Más muertes no —inquirió Mary entre jadeos de cansancio.

—¡Ehh! —exclamó Thara confundida —. ¿Quién ha muerto?

—Cálmese y dígame por qué gritaba —preguntó Jason, en un intento de poner orden entre tanta histeria.

—Ha venido un hombre igual a Lucien —respondió mientras tomaba asiento en una silla. Los ancianos sirvientes hicieron lo mismo. Meg que había entrado con Jason sirvió agua en vasos que luego entregó a cada uno.

—Lord Laverty, Marcus Laverty, hermano gemelo de milord — explicó Edward.

—No sabía que Lucien tuviese un hermano, y menos gemelo. Dígame Edward, dijo que llevaba toda su vida en la casa, ¿cómo era Lucien de pequeño? —preguntó Thara entusiasmada.

Edward miró a su esposa y después a su hijo, cómo explicarle a Thara que cuando él nació, Lucien ya era adulto. Incluso para su padre, Lucien ya había sido siempre adulto.

—Un niño normal —contestó Mary.

—Sabían que tenía un hermano.

—Por supuesto — se apresuró a contestar Edward.

—Y sus padres, ¿murieron? —Thara estaba empeñada en conocer a Lucien aunque fuera a través de sus criados.

Edward recordaba que su padre le había contado que la madre de Lucien jamás se casó. Su embarazo cogió por sorpresa a la familia. Aunque los gemelos eran hijos bastardos en la familia Laverty, el abuelo materno se encargó de darle un apellido. Y entregó el título de conde a Lucien por nacer el primero, hasta por encima de su propio abuelo, el padre de la madre de Lucien; al que su padre desheredó por despreciar a su hija. Casi tres siglos después, nadie recordaba una historia que pasaba de boca en boca entre los ayudantes de cámara de Lucien Laverty, cuarto conde de Barlay.

Edward se llenó de orgullo al ser portador de la historia que un día contaría a su hijo, el nacimiento de un hombre inmortal.

—Ambos murieron cuando Lucien era un niño —contestó el anciano guardando el secreto—. Y ahora, milady, permítame volver a los quehaceres de la casa— y diciendo esto se levantó y se despidió con una inclinación de cabeza. Su espalda ya no estaba para reverencias.

—Edward —llamó Mary, no podía creer que se fuera y la dejara allí con el problema.

—Esposa, no tenías que ayudarme en la despensa. La lista de las provisiones no se va a hacer sola. O piensas dejar el trabajo a Travis.

—Ese hombre no sería capaz de dar de comer ni a un caballo. Seguro que olvidaría el heno.

—¿Dónde está milord? —preguntó Jason cuando sus padres se marcharon.

—No lo sé, desapareció después de presentarme a su hermano.

«En la cueva» se contestó el joven.

—Tendrán muchas cosas que contarse, como si llevasen un siglo sin verse —le dijo con una burla que Thara no entendió.

—¿Hace mucho que no se ven?—preguntó intrigada Thara.

—Como un siglo —volvió a responder Jason.

—¿Alguna pelea? —Thara sentía una tremenda curiosidad por la vida de esos dos gemelos.

—Simplemente no se vieron.

—Qué absurdo, si mi hermano hubiera vivido, yo no hubiera dejado de verlo.

—¿Murió su hermano? Lo siento, milady —la consoló Jason, mostrando un interés exagerado. Quizá pudiera darle la vuelta a la conversación y alejar a Thara del misterio que suponía la infancia de Lucien.

—Sí, a los once años, el mismo año que a mi madre… —Thara sintió un nudo en el pecho al recordar a su familia, había echado mucho de menos a su hermano en su infancia, y a su madre… a su madre aún la echaba de menos.

—Lo siento. ¿Qué edad tenía usted? —ahora si tenía interés.

—Cuatro, cinco, algo así. Unas fiebres se lo llevaron algo después de que a mi madre… —Thara se calló. A su memoria vinieron recuerdos que creía olvidados. De pronto vio con claridad el momento en que se escapó de los brazos de su padre para ir en busca de su madre. La oía gritar y guió sus pasos hasta llegar al pie de una pila de leña. Elevó los ojos justo cuando un hombre prendía fuego al montón de troncos, gritó con horror cuando el cuerpo de su madre quedó oculto entre las llamas. Gritaba y gritaba cuando

alguien se la llevó de allí, pataleaba y lloraba pidiendo que la soltaran, quería correr junto a su madre y su padre no la dejaba. No pudo especificar cuánto tiempo estuvo llorando, hasta que alguien la levantó del suelo.

—Milady, ¿se encuentra bien? —Meg movía su brazo para llamar su atención.

—Ehh, —secó las lágrimas que caían por sus mejillas, ni siquiera se había dado cuenta—. Estaba recordando a mi madre – les contó —. Perdonadme, necesito estar a solas —se levantó de la mesa y salió de la cocina. Subió las escaleras y se encerró en su habitación entre amargas lágrimas.

Su madre había sido quemada por brujería, ahora lo recordaba. Había revivido el momento. A ella la habían acusado de ser una bruja.

¿Lo habría sido de verdad?

¿Y ella?

El llanto había cesado, el miedo ocupó su lugar. Había oído muchas cosas sobre las brujas; que producían impotencia en los hombres, entonces recordó las veces que Rowland había intentado violarla y jamás consiguió que su miembro se irguiera para penetrarla. Las palizas que eso le había costado. También había oído que conseguían cualquier cosa de los hombres con hechizos, ¿sería eso lo que había sucedido con Lucien? Él se lo había dado todo sin motivo ni explicación.

Lo había hechizado, esa era la explicación a todo. Era una bruja, igual que su madre.

Había cesado su paseo por la habitación. Su mirada había quedado atrapada en el balanceo de las llamas de la chimenea. Quizá su efecto hipnótico hubiese detenido sus pensamientos, o tal vez los hubiese llevado por el camino apropiado. El fuego, las llamas habían devorado el cuerpo de su madre y el suyo casi corre la misma suerte si no hubiese sido por Lucien.

¿Qué había llevado a Lucien hasta allí?

¿Magia, embrujos, hechizos?

Tenía que salir de allí, alejarse de él. Miró a su alrededor, nada de lo que había era suyo, nada podía llevarse consigo. Lucien le había provisto de un guardarropa envidiable, las mejores telas, las mejores modistas, pero se llevaría solo el vestido que llevaba puesto, el resto lo dejaría en la casa, alguna otra mujer podría utilizarlos, alguna que levantase el interés de Lucien sin mediar la brujería.

Alguna otra mujer, repitió Thara. Lucien miraría a otra mujer,

sus labios besarían otros labios, sus manos tocarían otro cuerpo y arrancaría de ella gritos de placer como había hecho con ella. Una punzada de dolor atravesó su cuerpo como si la hubiesen golpeado. Dolor por dejar a Lucien, celos por que otra mujer ocupara su lugar. Por primera vez, lo vio todo claro, se había enamorado de Lucien.

Sacudió la cabeza desechando la idea, no, solo era parte del hechizo y sin embargo cada paso que daba para alejarse de él le hacía más daño, hasta que al llegar a la planta baja ya no podía respirar.

14

—Lucien, te has parado a pensar en la reputación de Thara. ¿Qué dirá la sociedad cuando sepa que duerme bajo el mismo techo que un hombre? —preguntó Marcus mientras deambulaba por la cueva.

—Al cuerno con la sociedad —exclamó Lucien.

—Eso piensas tú, pero tal vez a ella en algún momento le preocupe. Después de todo es una doncella casadera.

—¡Qué estas insinuando! A dónde quieres llegar con esta cháchara.

—Digo que en algún momento tendrá que hacer vida social y ya sabes lo que pueden hacer las malas lenguas. Pueden incluso estropear un buen matrimonio.

Lucien no entendía a dónde quería llegar su hermano, o no quería entenderlo pero el rumbo que estaba tomando la conversación le crispaba los nervios.

—Aquí está a salvo de las viperinas lenguas de esta sociedad londinense.

—Pero aquí no va a estar siempre…o ¿si?

—¿Dónde quieres que vaya? La persiguen los punzadores —Lucien hizo una pausa antes de continuar —. Y ahora tiene mi sangre.

—No puede vivir así —las pupilas de Marcus se dilataron hasta casi explotar. Había percibido los pensamientos de su hermano—. Lucien no puedes pensar así. No puedes mantenerla encerrada.

—Pero tiene mi sangre, ahora es como nosotros.

—A nosotros no nos encerraron, no éramos prisioneros de nadie.

—Nadie sabía qué éramos.

—Pero tú no puedes hacer eso. Para eso haberla dejado morir en la cueva, ahora, morirá en vida. Ella no eligió. La condenaste el día que salvaste su vida. Tiene derecho a vivir una vida normal como hicimos tú y yo.

«*Y una vida muy larga*» pensó Marcus. Una mujer que iba a vivir tanto como ellos, la idea bien merecía la pena considerarla.

—Eso jamás —fue lo último que escuchó Marcus antes de recibir un potente golpe mental.

No debió pensar eso, pero el empujón sirvió para verificar lo que había estado pensando. Marcus cerró su mente. Su hermano sentía

algo más por Thara que simple preocupación por su magia y una atracción por su sangre. Cosa que conociendo a Lucien le iba a costar mucho reconocer. Quizá él necesitara un empujón de otro tipo.

No podía, no podía, su hermano no podía ocupar su lugar, pensó Lucien.

Thara era suya.

Debía estar furioso ante la idea, Marcus le había desafiado, y aunque lo estaba en parte, sentía miedo. Ahora lo podía ver muy claro, tenía miedo a perderla. La angustia oprimía su corazón, sus ojos se empapaban en lágrimas, no en sangre. Tenía miedo a perderla, a que ella rechazara lo que era, lo que le había salvado, que pudiera rechazar su elección. Después de todo, rogó la muerte.

Algo del exterior llamó su atención.

—Mis protecciones, alguien intenta atravesarlas. Thara intenta salir de la casa —le respondió Lucien—. Tengo que subir.

Se materializó en lo alto de la escalera y su hermano lo hizo junto a él, atravesaron la pared y volvieron a materializarse en la puerta.

Ambos hermanos se miraron con cara de desconcierto, ella no estaba allí. No estaba saliendo por la puerta principal. Lucien se desplazó hasta la puerta del servicio, pero no se hizo visible. Marcus tardó unos segundos en seguir su rastro, pero ella tampoco estaba allí.

—Intenta escapar —afirmó Marcus.

—Pero, ¿por qué? —Lucien aceptó el hecho de que si ella no intentaba huir por una de las puertas, Marcus estaba en lo cierto, intentaba escapar.

—¿Puedes localizarla? —preguntó Marcus.

Lucien guardó silencio, mientras la buscaba por la casa. Sabía que no había salido, su protección mágica no la dejaría poner un pie fuera de la casa.

—El salón de baile —afirmó.

Actuar y luego pensar, así era Lucien Laverty, pensó Marcus cuando se materializó en la sala de baile tras él. ¿Qué diría Thara si lo viera aparecer?

Por suerte para los dos, Thara no los vio llegar, lloraba sentada en el suelo.

«No hay problema, busca a Edward, él te ayudará en lo que desees, y ya sabes dónde está tu habitación» le dijo a su hermano.

«Me estas echando por lo que veo», se rió Marcus mientras se marchaba.

Lucien se acercó despacio y sin pronunciar palabra, la reacción de Thara fue gritarle y golpear el pecho de él con sus puños.

—¡No puedo salir! —le gritó entre lagrimas—. Estoy prisionera en esta casa y ni siquiera puedo evitarlo. No sé cómo deshacerlo.

—Calma, Thara. Tranquilízate —Lucien intentó tranquilizarla. La acercó hacia él, pero ella seguía frenética, golpeando su pecho.

—Estamos atrapados aquí —volvió a gritarle.

—Nadie está atrapado, mira —Lucien tomó su mano y caminó con ella hacia el ventanal, traspasaron la barrera de protección que ella no había podido penetrar.

Thara miró hacia el jardín y de nuevo hacia el salón de baile. Estaban fuera. Pero ella no había podido salir, estaba segura de que algo invisible la había detenido. Volvió a mirar horrorizada hacia Lucien y de nuevo hacia la casa. Estaban fuera. Se soltó de la mano de Lucien y volvió a la casa, dejando fuera a Lucien. Desde el interior volvió a mirarle y después, caminó con recelo hacia él. Vio a Lucien extender las manos para recibirla y ella estiró sus manos esperando que en el siguiente paso pudiera tocarlas.

Lucien con los brazos extendidos, pronunció en susurros las palabras que deshacían los hechizos que protegían la casa, necesitaba demostrar a Thara que todo estaba bien, que solo habían sido imaginaciones suyas. No era momento de explicaciones.

«¿Cuándo lo será?»

—Pero antes… —comenzó a decir Thara cuando llegó a sus brazos—. Yo no pude salir —su llanto volvió a interrumpir sus palabras.

—Cálmate, Thara. Ya ves que todo está bien. Ahora dime, ¿por qué estabas huyendo?

—Yo no que... quería… mi madre… yo… una bruja…

—Thara, mírame — Lucien tomó su rostro entre sus manos y aunque ella luchaba por no enfrentarse a él, Lucien la obligó a mirarle—. No eres una bruja, ni tampoco lo fue tu madre. Aquellos hombres se equivocaron, como sucedió contigo.

—¿Tú sabes lo que pasó con mi madre? ¿Tú sabes lo que pasó conmigo? —preguntó Thara asombrada. De golpe algo empezaba a aclararse en su mente, recuerdos que no había sido capaz de esclarecer, escenas que no tenían sentido cobraban ahora fuerza y se hacían un lugar en su mente. Él nunca le había dicho que supiera de su juicio por brujería. Ella jamás le había hablado de su madre. De pronto, su llanto cesó y la dejó muy lúcida. Lucien le había mentido—. ¡Me has mentido! ¿Cuántas cosas más no me has contado? Habla, Lucien, quiero respuestas. ¿Quién diablos eres tú y

por qué estoy yo aquí? Me golpearon, me cortaron, casi me descuartizan, ¿donde están esas heridas? ¿Dónde esas cicatrices? —Thara golpeaba con fuerza el pecho de Lucien mientras hablaba, intentando descargar su furia.

Lucien permaneció en silencio, mientras la observaba. No podía contestar a sus preguntas lo que hizo que Thara se pusiera aún más histérica prueba de ello era sus golpes cada vez más duros.

—Maldita sea, Lucien háblame y no te quedes ahí callado como un pasmarote.

—Esto… —las mentiras tienen las patas cortitas y siempre terminan pillándolas, se dijo Lucien. ¿Cómo iba a salir ahora de aquel embrollo?

«*Quizá haya llegado el momento de aclarar las cosas»* le dijo Marcus.

«*No ahora, no así.»*

Una carcajada sonó en su mente, Lucien giró paso a paso sobre sí mismo, buscaba al dueño de esa risa tan sobrecogedora.

«*Los de nuestra raza no aman a los mortales»* las palabras rebotaron en la sala como si las hubiese pronunciado el eco.

Lucien rechinó los dientes. Ahora no…

—Padre… — saludó sin separar sus dientes. Sabía que era él, lo sabía.

Aquella risa volvió a brotar, llenando la sala. Thara dejó de llorar y miró a Lucien, esperaba que tuviera una explicación para aquello.

El príncipe Nuada apareció la primera vez cuando él tenía cien años, para informarle que tenía dos hermanos gemelos y hacer un breve resumen sobre lo que eran. Lucien jamás sintió tanto odio en su vida como en aquel momento, y su padre se encargó de alimentarlo. Aún recordaba aquella visita, después de tantos años y una infancia demasiado dura, su padre aparecía para aclarar algunos detalles. Detalles que aumentaron el odio que ya sentía por aquel individuo que los abandonó. Saber que su madre no significó nada para él, sino un solo medio para conseguir engendrar una nueva raza. Lucien recordó la de problemas que tuvo su madre para sacar a delante a dos niños tan diferentes como ellos. Tan solo el apoyo de su abuelo materno, el primer conde de Barlay, ayudó a superar sus dificultades, cuanto había llegado a amar Lucien a ese anciano.

Nuada se rió de esos sentimientos, y se enfureció por ello. Sus hijos debían odiar a los humanos, no amarlos.

«*Mi madre era mortal, mi abuelo era mortal, por mis venas además*

de tu sangre inmortal corre los sentimientos de los mortales» le dijo en su mente. Tal vez se fuera.

De nuevo aquella risa.

«*Con el tiempo llegarás a odiarlos. Los de nuestra raza no aman a los mortales.»*

Thara miraba asustada a un lado y a otro para después volver a Lucien, sin entender qué pasaba, qué decía aquella voz y quién era.

Ahora, doscientos años después, Lucien tenía que reconocer que hubo ocasiones en las que odió a los humanos y su debilidad, la muerte. Se dejó dominar por la magia negra por su culpa, por el odio hacia ellos. Ahora eso se unía a las razones por las que ya odiaba a su padre.

Lucien no podía sentir más que odio hacia él. Casi tanto odio como Nuada sentía hacia los mortales por enviarlo bajo tierra, al reino de los sidhes.

—¿Así me recibes? —preguntó Nuada cuando su figura se materializó frente a Lucien.

Thara retrocedió. Su cuerpo temblaba ante la visión de aquella imagen que había surgido de la nada.

«*Nuada»* Lucien dejó las palabras en la mente de Marcus.

La aparición le hizo retroceder, no esperaba verlo. El silencio se hizo entre ellos. Lucien observó a su padre, parecía el reflejo de su imagen en un espejo. Parecía estar viendo a Marcus frente a él, pero con la piel blanquecina, como si hubiese estado eternamente oculto del sol y el cabello más largo y sin color. Sus ojos, Lucien miró sus ojos, eran del color de la sangre.

—Lucien —llamó Marcus al materializarse. Miró a su hermano, miró a su padre y en el camino su mirada se topó con Thara, ¡Oh! Ella le había visto materializarse, tremendo fallo. Nada bueno iba a salir de aquello.

Thara vio a Marcus aparecer donde antes había un vacio igual que había hecho aquel espectro al que Lucien mirada tan con detenimiento. Por unos momentos pensó que Lucien estaba tan sorprendido como ella pues ni se movía ni hablaba, pero el espectro se encargó de desvelar el misterio.

—¡Qué sorpresa! Mis primogénitos juntos —exclamó Nuada.

Nadie contestó, no hubo saludos cordiales.

—Veo que nadie me va a dar la bienvenida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Marcus.

—He esperado trescientos años a que mis planes se hicieran realidad. No pienso esperar más. Tenéis una misión aquí —estalló Nuada.

—En tu última visita creí dejarte las cosas bien claras. Por mis venas no solo corre tu sangre inmortal, también corre los sentimientos de mi madre mortal.

—Hablas tú, que has destrozado vidas humanas, tú que has mandado matar a decenas de mujeres.

Los ojos de Thara se dilataron por la sorpresa que las palabras de Nuada habían producido en ella.

—He aprendido de mis errores.

—Y ha pagado por ellos —añadió Marcus.

—Lucien —llamó Thara.

Lucien la miró despavorido, cielos había olvidado que estaba allí.

—Duerme.

—Ella—Nuada se volvió hacia Thara. Su rostro reflejaba no solo su odio hacia los mortales, sino también y en especial el odio hacia ella, la culpable de que Lucien hubiese vuelto al buen camino—. ¿Crees que tu corazón podrá amarla alguna vez? Los de nuestra raza no aman. Es una insignificante mortal, morirá. Úsala y deshazte de ella.

Thara quedó paralizada por la expresión de esos ojos, de esa piel blanquecina, muerta.

—Déjala. Ni se te ocurra tocarla —exclamó Lucien. No se había dormido como él le ordenó, Thara lo presenciaba todo.

—Ella —Nuada tan solo repetía esa palabra. Sus ojos fijos en Thara mientras absorbía toda la información que la rodeaba. Su aura le decía a Nuada muchas cosas pero sobre todo, estaba viendo la marca de Danu en ella.

—No te acerques a ella —amenazó Lucien.

Marcus saltó junto a Lucien formando una barrera entre Nuada y Thara.

—¿Puedes olerlo? —preguntó Marcus olfateando el aire.

—Miedo —contestó Lucien.

Lucien olfateó el aire, ese miedo no provenía de ella. Ella estaba confusa, pero no tenía miedo, se sentía protegida por ellos.

—Le tiene miedo a ella —afirmó Marcus.

Tan solo se oyó un gruñido, un estallido de rabia y Nuada dejó de ser una figura visible para ser una explosión de energía y magia antes de desaparecer.

—Ella representa su derrota —Marcus se volvió hacia Thara—. Como Danu dijo, ella representa su derrota.

—Lucien.

Lucien no oyó el ruego de Thara, ni las explicaciones de su

hermano. Las palabras de Nuada llenaban su mente.

«*¿Crees que tu corazón podrá amarla alguna vez? Los de nuestra raza no aman. Es una insignificante mortal, morirá.*»

En eso último se equivocaba, ella ya no era mortal. Ahora era como ellos, era parte de su raza. ¡Op! ¿Significaba eso que ella no le amaría jamás?

«Los de nuestra raza no aman.»

No amaba él, no amaría ella.

¿Porqué le dolía tanto pensar que ella no podría amarle?

—Lucien… — de nuevo el ruego de Thara.

Sus lágrimas perforaron el corazón de Lucien. Un corazón que no debería sentir.

—Duerme —ordenó Lucien, después se apartó de Thara–. ¡¡Grrr!! – gruñó. Se sentía igual que un animal furioso.

Thara oyó a Lucien dar la orden y miró a Marcus confusa. ¿Qué había pasado? Había visto a Marcus desaparecer dos veces, había visto un fantasma hablar con ellos. ¿Era Lucien un brujo como ella?

«*Lucien, no funciona. No due*rme» le dijo Marcus sin dejar de mirar a Thara.

Thara miraba la ancha espalda de Lucien que se expandía aún más, si ello era posible, con cada respiración que hacía.

Lucien.

Lucien.

Lucien no era como los demás. Recordó las palabras del… ¡padre de Lucien! Eso tampoco podía pasarlo por alto.

«*Los de nuestra raza no aman.*»

¿Los de nuestra raza? ¿Qué era Lucien?

Los minutos pasaban y el silencio reinaba en la sala, tan solo roto por la exaltada respiración de Lucien.

Thara observaba los puños de Lucien que se abrían y se cerraban con fuerza.

«*Lucien, cálmate*» le pidió Marcus.

¿Habría olvidado que ella estaba allí?

No lo había olvidado, es que no debía estar allí, debía de estar dormida. *«¿Por qué no estaba dormida*? se preguntó Lucien al volverse y encontrársela de frente y con miedo en la mirada.

—No voy a dormir —gritó Thara mientras se alejaba de él caminando hacia atrás sin dejar de observarle.

«*Había oído sus pensamientos. Eso no era bueno*» había ocurrido antes, pero ahora era tan claro.

Los pensamientos de Thara no ayudaban a calmarse a Lucien. Había descubierto su secreto y eso no era bueno en ese momento.

Ella había puesto en peligro su vida por querer huir de él.

—Lucien… ¿Qué eres?

«*Cálmate*» se decía Lucien.

—¿Por qué tienes que calmarte? ¿Por qué estoy oyéndote si no estás hablando? – Thara gritaba confusa.

—Duerme —ordenó Lucien.

—Duerme —ordenó Marcus.

—¡¡No!! —gritó Thara—. No me vais a hacer dormir, ya no más. ¿Cuántas veces me has hecho eso? ¿Qué más me has hecho sin saberlo? —gritaba Thara mientras intentaba alejarse del Lucien que se le acercaba. Sus ojos eran negros por completo, su mirada despedía fuego.

—Thara.

Su nombre sonó gutural en la voz de Lucien, apenas podía controlarse, su mano ya casi cubría el rostro de ella.

—¡¡No!! —volvió a gritar Thara justo cuando caía sobre el sillón. Sus ojos se movieron rápidamente de Lucien, a varios metros de ella, y el sillón donde estaba sentada.

¿Cómo había llegado a parar allí?

—Maldita sea —exclamó Lucien volviéndose hacia ella. La transportación de Thara le había cogido desprevenido, no era fácil acostumbrarse a su magia—. No vuelvas a hacer eso —exigió a gritos.

—Yo no… —Thara quería disculparse aunque estaba tan sorprendida como él, pero en cuanto se dio cuenta de que Lucien se acercaba y tuvo la certeza de que seguía con intención dormirla, sacó coraje del fondo de su rabia y se enfrentó a él—. No volverás a dormirme. No sé como lo haces, pero no volverás a hacerlo.

Thara —un ruego en una palabra.

—Lucien, no… – gritó mientras subía los pies al sillón, quería alejarse de él ya que Lucien no parecía moverse.

—Thara, no puedo enfrentarme a esto. No ahora —respondió Lucien con la última gota de control que le quedaba—. Marcus, ¡llévatela! —ordenó Lucien. Sus ojos tornaban del negro al rojo de la sangre.

Marcus dio un paso hacia ella pero sus pies no se movían. Estiró de su cuerpo hacia adelante y no pudo moverse. Estaba clavado en el suelo.

—No… —la frase quedó en la garganta de Marcus. No podía moverse ni tampoco hablar. No podía intervenir. Por unos segundos pensó en que era su hermano el que lo paralizó pero él estaba demasiado atareado con Thara y Nuada como para centrarse en él.

Aquello no era magia de su hermano, era más fuerte. Luego pensó en su Nuada, tal vez su padre no quisiese que interviniera y sin embargo, no creía que e fuera más poderoso que ellos o ya estaría fuera del submundo.

—¿Y cuándo entonces? —sabía que provocarle era lo último que tenía que estar haciendo en ese momento, pero sus palabras salían sin más—.¿Qué eres? ¿Los de tu raza? Marcus, tú, ¿qué sois?

Thara estaba furiosa exigía explicaciones y en lo único que podía pensar él era en lo que su padre había dicho. De todo, eso era lo que más le estaba enfureciendo, a parte de las preguntas de Thara, lo que más le dolía era…¡No poder amarla!

—Thara —con su nombre en los labios, Thara vio explotar a Lucien. Su silueta se desfiguró como si fuese a desaparecer, como si un tornado saliese de su cuerpo. Su cabello se elevó atrapado en el huracán que salía de su interior le daba una apariencia aún más sobrenatural. Sus ojos eran ya pura sangre.

—¿Quieres saber qué soy? —la voz de Lucien asustó a Thara todavía más que su visión — ¡¡Esto soy!!

Marcus supo que su hermano había perdido la batalla cuando le vio saltar.

Thara no podía dar crédito a sus ojos, antes de que pudiera ver la espada que adornaba la pared volar por los aires, Lucien atravesaba con ella su cuerpo. El rostro de Thara se desfiguró a causa del terror y Lucien no parecía inmutarse. Empuñando la misma espada, Lucien cortó la carne de su antebrazo. Ni una sola gota de sangre brotó de la herida y apenas la afilada hoja hubo cortado, la carne volvía a cerrarse sin dejar rastro del corte.

—¡¡Y esto!! —gritó Lucien en su mente, agarró con fuerza la muñeca de Thara y tiró de ella.

El frío de la noche golpeó su cuerpo cuando en un abrir y cerrar de ojos Lucien la sacó de la casa. Tubo apenas un segundo para darse cuenta de que estaban en una colina, después sus pies sintieron el agua, estaban a orillas del mar.

Las lágrimas ardían en los ojos de Thara, su pecho estaba oprimido por el dolor pero no era el suyo. Permaneció callada, absorbiendo la rabia de Lucien. Sentía su dolor, y un miedo por encima de toda aquella cólera que le estaba consumiendo. Podía sentir claramente todo lo que sentía Lucien, estaba en su mente, en su corazón.

Tenía miedo por ella.

—¡¡Y esto!! —un torrente de imágenes asaltaron su mente. Podía ver a muchas mujeres desnudas y en el centro estaba Lucien.

Durante unos segundos le vio copular con una mujer sin prestarle la menor atención, sus cuidados iban hacia otra mujer que reclamaba su atención, y otra y otra, una orgía. Recuerdos de su infancia que tomaron forma, podía ver a su madre en la hoguera, oía sus gritos. Se veía a ella en el suelo llorando y a un hombre que la levantó del suelo, con indiferencia, con maldad.

Lucien.

La miró y pudo sentir algo estallar en su interior, algo que se agitó clamaba liberación.

No pudo resistir nada más. Estaba al límite de su fuerza. Sus ojos miraron a su alrededor, habían vuelto a la sala y Lucien tenía en la mano la misma espada con la que se había herido. Ahora la blandía frente a ella.

—Y sabes lo más irónico. ¡¡Mi sangre te salvó para convertirte en lo mismo!! —sus palabras fueron acompañadas de una estocada…al aire.

15

Cayó sobre la cama, como si la hubieran tirado desde lo alto. El colchón de heno la recibió con un crujido.

Thara miró a su alrededor, no estaba con Lucien, no estaba en la sala. Retrocedió sobre el lecho hasta pegar la espalda contra la pared. Conocía ese lugar, conocía esa habitación, aunque durante unos segundos no supo ubicarlo.

Estaba de vuelta en la misma cama de la que se la llevaron. Las lágrimas rodaron por sus mejillas sin poder evitarlo. Estaba aturdida, no sabía cómo había llegado allí. El recuerdo de la espada hacia su brazo la sobresaltó. Inspeccionó su piel para comprobar con alivio que estaba bien, la hoja no había llegado a ella. Las últimas escenas junto a Lucien desfilaron por su mente aterrándola aún más, hasta el punto de casi perder la cordura. Había saltado con Lucien de un lugar a otro igual que ahora. Buscó a Lucien en la habitación, era la única solución para haber llegado allí, pero estaba sola. Aquello era de locos.

La última frase de Lucien le golpeó.

¡¡Mi sangre te salvó para convertirte en lo mismo!!

Él se había cortado con la espada y su piel se había cerrado al momento. Sus ojos se abrieron sorprendidos, recordó la tortura a manos de ese hombre y sin embargo ella no tenía cicatrices… como él.

¡¡Ella era como él!! Ella era… ¿qué? ¿Qué era Lucien?

Confundida, aturdida, Thara rompió a llorar en aquella pequeña habitación igual que otras tantas veces en el último año. Con cada lágrima derramada, con cada gemido de dolor, a su mente volvieron recuerdos que por algún motivo había olvidado. Las palizas del señor cuando la señora de la casa murió. Las veces que había intentado violarla y su miembro no se erguía, siempre la había culpado a ella, lo que conllevaba que la golpeara con lo primero que tuviera a mano. Después llegaron esos monjes que se la llevaron acusándola de brujería.

—Como su madre —había dicho el viejo señor—. Ella me ha hechizado. No puedo cumplir como hombre —gritaba mientras se la llevaban.

Un grito desgarrador salió de su boca cuando volvió a sentir el látigo caer sobre su piel.

Su trasero dio de lleno con algo duro. Estaba oscuro, casi no

podía ver nada, pero de una cosa estaba segura, ya no estaba en la casa. Olor a humo, a algo quemado llegó hasta ella, un olor que se hacía cada vez más penetrante, más insoportable. Entre sollozos tocó la superficie sobre la que había caído, tierra. Estaba en el suelo de algún sitio. Ella había llegado hasta allí sola.

—Lucien —balbuceó.

El silencio le respondió. Después sus lamentos resonaron por todos lados. Estaba aterrada, quería salir de allí, aquello era de locos. Estaba loca, pero eso no demostraba que estuviera yendo de un lugar a otro sin moverse. Quería salir de allí.

El dolor en las piernas la sobresaltó tanto como el lugar que apareció ante ella. Sus piernas habían dado con la piedra de unas escaleras. La gente pasaba junto a ella sin prestarle atención. Ahora estaba en una plaza. Su corazón dio un vuelco cuando la reconoció. En esa plaza quemaron a su madre por brujería. Ella no era más que una niña cuando ocurrió y sin embargo ahora, lo recordaba todo. En esos mismos escalones había llorado la suerte de su madre, pero no era eso lo que ahora llenaba su mente. Allí había visto por primera vez a Lucien. Él la levantó del suelo y la mandó callar. Hacía de aquello más de una década y él estaba igual. No había envejecido.

Él no era mortal, no era mortal.

Lucien tenía los ojos fijos donde debería estar Thara. Aún tenía en sus manos la espada con la que quería demostrar quién era ella. ¿Cómo había podido hacer eso?

Marcus trastabilló. Durante un rato intentó mover sus pies, dar un paso hacia su hermano, hacia Thara y no había conseguido levantar ni un solo dedo. Estaba pegado al suelo. Cuando Thara desapareció, el hechizo lo hizo también y sus pies se movieron de golpe.

—¡Ah! —gritó por fin Marcus—. ¿Cómo has podido hacer eso? —Marcus golpeó el pecho de su hermano—. Casi la matas del susto. ¿A dónde ha ido?

Lucien no oía las acusaciones de su hermano, estaba absorto en sus propias cavilaciones. Estaba furioso con Thara por escapar y con él mismo por su comportamiento. Él era el culpable de que ella escapara pero darse cuenta de eso no hizo que estuviera menos enfadado con ella. ¡Se había escapado!

La había perdido. La había perdido.

«*Los de nuestra raza no aman. Nunca podrás amarla.*»

¿Y ahora por qué se acordaba de eso? Thara sacudió la cabeza.

No debería importarle eso, él… él… él la había rescatado de

aquel infierno en el que la dejaron para que muriera. Él… él había hecho todo lo posible por salvarla. Él…él le había dado su sangre para que viviera. Se había preocupado por ella, algo que no había hecho nadie en toda su vida. No le importaron los medios, solo hechos, solo los resultados. Su vida ante todo… Él…él tan solo quiso salvarle la vida. Él…

Milord, milord —llamó Jason a la puerta con voz apremiante.

—Pasa —contestó Marcus.

—Milord, Leslie ha vuelto de llevar la comida a Jimmy… — empezó el joven.

—Y el muchacho no ha aparecido, milord —interrumpió Leslie apartando a Jason de su camino.

—No es el mejor momento para eso. Se ha podido retrasar — intervino Marcus.

—Milord —Leslie quería hablar con su señor pero Lucien no parecía prestarle atención—. En las últimas semanas no ha fallado ni una sola vez, ya estaba allí ansioso cuando yo dejaba el carruaje en la esquina. Incluso he conocido al pequeño Luc —. Lucien no contestó, entonces el cochero se dirigió a Marcus—. Perdone milord, pero he estado esperando dos horas y le aseguro que Jimmy no se retrasa.

«Gracias Danu» susurró Lucien.

—Será un ladronzuelo pero la puntualidad es muy importante para él —afirmó Lucien.

El susurro no pasó desapercibido para Marcus, así como el alivio que ahora sentía el cuerpo de su hermano.

Leslie sonrió al oír a Lucien.

—Antes de venirme decidí dar una vuelta por si veía a algún jovenzuelo a quien preguntar si andaba en apuros o estaba enfermo, y no había ni un solo niño en la calle. Los barrios bajos de Londres están desiertos, milord —aseguró Leslie.

—Maldita sea, todo se tiene que complicar ahora. Tendré que ir a echar un vistazo — repuso Lucien.

—Voy contigo —lo último que Marcus iba a hacer en este momento era dejarlo solo.

—Tú no vas a ninguna parte —ordenó Lucien a su hermano—. Esto es asunto mío.

—Era asunto tuyo hace un siglo, aunque nunca debió de serlo. Ahora es asunto de los dos —le contestó Marcus con decisión.

—Marcus, esto tengo que arreglarlo yo.

—Todo crees tener que arreglarlo tú.

Marcus, creo que no es el mejor momento.

—Me da igual, voy y punto. Te prometo que no me inmiscuiré en tus decisiones, pero te acompañaré.

«Lucien ¿y ella?¿Puedes sentirla?¿Estará bien?» preguntó Marcus en la mente de su hermano.

«En su habitación» respondió Lucien sin querer darle importancia al asunto. O por lo menos no quería dársela ante Marcus, por dentro estaba destrozado. No obstante, le daría tiempo, podía saber dónde estaba en cualquier momento, podía saltar a su lado, así que no había problema. Esperaría…

—Marcus, esa ropa es mía —ahora había reparado en la indumentaria de su hermano cuando éste pasó ante él hacia el exterior. Ya no llevaba puesto su kilt escocés, el pantalón, la chaqueta negra y la blusa blanca era suya.

—No esperaras que utilice la mía, tiene más de un siglo —se defendió Marcus—. ¿Por qué la guardas?

—Mañana irás por tu propia ropa —le ordenó Lucien.

Los hermanos Laverty desaparecieron de la visión de los londinenses y continuaron su incursión entre los barriles y los desperdicios acumulados en los callejones de los barrios bajos de Londres.

—Lucien, ¿lo hueles? —preguntó Marcus olfateando el aire.

Lucien olisqueó el aire. El ambiente estaba impregnado de miedo, lo había estado en Essex cuando encontró a Thara. Giró en dirección al callejón que había junto a la taberna, normalmente atestado de borrachos, y en esos momentos, vacio.

—Nunca había visto esta parte de Londres tan vacía – añadió Marcus mientras seguía a su hermano.

Los sollozos de un niño llegaron a sus oídos, un susurro oculto entre la basura. El crío apenas tenía cinco años y estaba muy sucio. Se mecía agarrado a sus rodillas y balbuceaba algunas palabras entre llantos.

—¿Pequeño, estas bien? —Lucien utilizó su voz más suave para dirigirse al chico.

Marcus prefirió permanecer oculto y observaba a su hermano tratar con el niño.

Con cuidado y despacio, fue acercando su mano hacia la cabeza del infante que no paraba de llorar y no había contestado a su pregunta. Parecía no haberse dado cuenta ni siquiera de su presencia.

Lucien sintió la mano de su hermano en el hombro antes de que la suya tocara la húmeda cabeza del niño. El tropel de imágenes asaltó a los gemelos.

El niño había corrido mucho huyendo de algún sitio, se lo habían llevado con su madre. Cuando el carruaje en el que fueron transportados junto a otras tres mujeres llegó a algún sitio lo separaron a golpes de su madre y arrojaron su pequeño cuerpo a un lado del camino. Esperó mucho tiempo sobre la fría tierra hasta que Jimmy llegó a su encuentro. Pasaron toda la noche escondidos junto a una casa, en cuanto amaneció Jimmy le obligó a volver a Londres asegurándole que él sacaría de allí a su madre.

Lucien sonrió, apenas era un mocoso de cuánto, nueve, diez años. Todo un héroe diminuto. Sin embargo, su alegría duró poco tiempo, la idea de que fueran punzadores se coló en su mente.

«*¿Cómo vas a encontrarlos?*» preguntó Marcus en la mente de su hermano.

—Marcus, vuelve a casa —le respondió sin apartar la vista del niño que seguía balanceándose, no quería que su hermano viera su rostro.

—Me quedo —le respondió Marcus decidido.

—Bien, pero permaceras al margen.

Lucien no esperó respuesta. Tomó en sus brazos al gazal y comenzó a caminar por el callejón ignorando la presencia de su hermano que caminaba invisible a su espalda.

Marcus vio el motivo en la mente de su hermano, estaba furioso y dispuesto a emplear todo su poder para encontrar a los culpables de aquello. Se paró, todo su poder era algo más que su magia natural. Magia negra estaba llegando hasta él. Lucien acumulaba magia negra a su alrededor, por eso quería que se fuera. El caldero de Dagda le había mostrado esa escena. No era parte del pasado sino del futuro, como siempre.

«*Permaneceré a tu lado*» le dijo, colocando su mano sobre el hombro derecho de su hermano, mostrándole todo su apoyo a pesar de la magia negra que emanaba de él. La respuesta de Lucien fue un simple gesto de asentimiento con la cabeza y siguió su camino.

Lucien andaba despacio, sus pies eran los del niño. Sus pasos eran cortos, recorrían una distancia ridícula en cada tramo y aún así, corrían.

El pequeño había corrido como perseguido por el diablo por entre aquellos callejones.

Marcus permaneció en todo momento junto a su hermano, sintiéndole ejercer un poder enorme, tan enorme como peligroso. Nunca había visto tanta fuerza en la persona de su gemelo. La magia negra era una supremacía extraña, lo sentía. Igual que podía sentir la enorme fuerza que ejercía su hermano para no sucumbir al

dominio de esa magia negra que le llamaba hacia el otro lado. Jamás hubiera imaginado hasta dónde había llegado Lucien en los territorios de esa oscuridad. Ahora, el Lucien que caminaba apenas unos metros por delante de él, nada tenía que ver con el gemelo que dejó hacía más de un siglo. Casi parecía un extraño. Su aura era ahora oscura, sus palabras y sus cánticos casi primitivos y diabólicos.

Con cada paso que daba, Marcus sabía que perdía un poco más a su gemelo a favor del mal. Tan solo le quedaba la esperanza de que no tuvieran que ir muy lejos. Él lo traería de vuelta, aunque le llevara su vida en el intento. Sabía que su hermano contaba con él y no iba a defraudarle.

El niño que Lucien llevaba en sus brazos apenas respiraba. Estaba por completo bajo el control mental de su porteador. De todas formas, su mente ya era un caos antes de que Lucien se adueñara de él y ahora la magia extraía todo, sin importar su bienestar. Iba a costar mucho reparar el daño causado en aquel indefenso pequeñajo, pero ahora mismo, no podía mostrar debilidad por su situación, necesitaba toda su concentración, por aquellos niños y por él mismo.

Seguía la estela de terror que el niño había dejado al escapar de su prisión, como un sabueso seguía el olor de su presa. Extraía de su mente cada paso, cada recuerdo, controlaba su cuerpo para mantenerlo inmóvil y callado. Su grito, su llanto no podían distraerlo.

Lucien sintió el poder negro fluir por sus venas, la fuerza que eso significaba y al mismo tiempo la tentación que eso implicaba. Cada célula de su cuerpo reconocía aquel poder que un día estuvo en él, que un día dominó su espíritu y le dio la bienvenida de nuevo.

Ambos eran conscientes de que sin aquella fuerza nunca hubiera podido ejercer tanto control y durante tanto tiempo sobre una persona. Solo con hechizos oscuros pudo seguir la estela de terror, pues el mal se alimentaba del miedo y la maldad y en sus brazos llevaba una fuente inmensa de miedo. Hasta su propio odio estaba alimentando a la sombra oscura que se erguía en su interior, amenazante.

Hubo otro momento en el que también llevó a alguien con mucho miedo, aquel cuerpo tampoco pesaba aunque era algo mayor. El recuerdo de Thara entre sus brazos apartó de golpe la magia oscura de su mente que rugió cual bestia que apalean y apartan.

Un intenso alivio inundó el cuerpo de Marcus cuando sintió la

oscuridad retirarse tan rauda de su hermano. Aquella mujer tenía un gran control sobre su hermano y eso era tan agradable en esos momentos. Ya eran dos veces las que ella había hecho retroceder la bestia del interior de Lucien.

Lucien cerró su mente a los recuerdos y a las emociones. Concentró de nuevo toda su energía en la mente del niño y dejó el camino abierto para la oscuridad y su magia.

Volvieron a andar, entre calles oscuras y caminos que se alejaban de Londres. Aunque Lucien no sabía hacia dónde iban, su vista estaba centrada en una estela oscura que marcaba el camino sin ver nada más a su alrededor. Sin distinguir casas o árboles.

—Lucien, ¿todo va bien? —preguntó Marcus con la su mano sobre el hombro derecho de su hermano.

No hubo respuesta.

Lucien se detuvo junto a una pared de piedra. Una casa en las afueras de Londres. Marcus miró a ambos lados, la casa parecía abandonada y sin embargo su hermano se había detenido frente a ella.

—Lucien —volvió a llamar.

El silencio volvió a ser su respuesta.

Intentó penetrar en la mente de su hermano pero la encontró cerrada. Y no cerrada por Lucien, sino por la magia negra que se hallaba en su interior. Intentaba mantener el control sobre él. Apartaba a Lucien del exterior.

Marcus olfateó el aire. Extendió sus sentidos mágicos hasta localizar a varias auras totalmente asustadas, eran mujeres. Habían llegado.

Ahora solo necesitaba conectar con su hermano y sacarlo del dominio de esa esencia oscura.

Marcus se materializó frente a Lucien y tomó de sus manos al pequeño. Sintió crujir la unión entre su hermano, o su parte oscura, y el niño. Comenzó a pronunciar un hechizo que partiera del todo esa unión. Durante los minutos siguientes, las magias de ambos forcejearon por el niño, pero fue Marcus quien se hizo con el crío al sentir la intervención de su hermano para calmar a la oscuridad que lo retenía.

Una vez tuvo en sus manos al niño, le ordenó dormir y le acostó con cuidado entre unos setos, lo ocultó de la vista de posibles visitantes indeseados con un hechizo de invisibilidad. Hubiera querido poder alejarlo de aquel lugar pero no se atrevía a dejar a Lucien ni un segundo a solas en manos de aquella bestia negra, hambrienta de venganza.

—Juntos podemos. No estás solo en esto —Marcus tomó las manos de su hermano y juntó sus palmas a las de Lucien. Imágenes de Thara resbalaron por esas manos hasta llegar a las manos de su gemelo, quería que su hermano tocara a Thara. Tocara su cintura mientras bailaban, sintiera la calidez de ese cuerpo y lo que ello le había hecho sentir.

Pero ella no quería saber nada de él, lo había estropeado todo, ella había huido de él. Eso era lo que Lucien pensaba. Lo único en lo que podía pensar.

Marcus sintió a su hermano revolverse en el interior, y también a la bestia apretar aún más el nudo con el que estrangulaba a Lucien.

—Perdóname… —Marcus pidió disculpas por lo que iba a hace —.¿Quieres que esas manos negras toquen su cuerpo, se deslicen por el interior de sus muslos? No, Lucien. Tú quieres que ella te ame por ti, no por el control de esa magia negra. Sabes que ella te ama, vas a dejar que sea el pelele de esa cosa. —Marcus sentía a su hermano luchar con fuerza por liberarse—. Quieres sentir el placer en su piel, las vibraciones de su cuerpo y sabes que esa cosa no siente placer, solo toma.

Aquello fue el detonante de la explosión, Lucien no iba a dejar que su lado oscuro se acercara a Thara, a ella no.

Gritó, para liberar su energía. Clamaba su libertad.

—¿Todo bien? —preguntó Marcus.

—Todo bien —respondió Lucien con una sonrisa. Esa pregunta de su hermano se había convertido en algo cotidiano, su forma de saber si su mente estaba bien sin pedir explicaciones.

Lucien podía sentir aún la magia negra latir en su interior, esperando una nueva oportunidad para hacerse con el control, pero no quiso alarmar a su hermano. Podía controlarlo.

—Bueno, creo que tenemos que rescatar a esas mujeres. ¿Cómo entramos? —preguntó Marcus.

—Como lo que somos —la contestación vino acompañada de la desaparición de Lucien.

Ocultos por los hechizos de invisibilidad, bordearon la casa en busca de una entrada algo más grande que el agujero en la valla por la que había salido el niño. En el otro lado encontraron una puerta cerrada con llave que no opuso mucha resistencia a la mano de Marcus. Lucien no acompañó a su hermano al interior, bordeó la casa por la izquierda.

«*Lucien…*» Marcus llamó a su hermano al no verle detrás, pero no le siguió.

«*Un momento, he encontrado a Jimmy.*»

Lucien se acercó al niño. Agazapado entre los arbustos, asomado a una pequeña ventana o más bien un respiradero.

—Jimmy —susurró Lucien mientras se hacía visible de nuevo.

El niño se asustó por la voz que le llamaba y retrocedió sobre sus manos, se acercó a la pared, buscando un refugio que no había.

—¡Señor Lucien…! —gritó Jimmy en cuanto su cerebro se recobró del susto y reconoció la voz.

—Shh —le silenció Lucien llevándose el dedo índice a la boca—. ¿Qué haces aquí?

—Señor, los punzadores se llevaron a la madre de Emmet y a otras tres mujeres. Las tienen ahí dentro, las he oído gritar.

—Yo me encargaré de ello. Entre aquellos setos está Emmet, nos ha traído hasta aquí. Ve junto a él y espera allí —Lucien le señaló el lugar donde Marcus había dejado al pequeño y aprovecho para levantar el hechizo de su hermano.

—Sí, señor.

Acató la orden y Jimmy se alejó de su escondite y se dirigió hacia Emmet.

Lucien volvió junto a su hermano que esperaba en la entrada de la casa.

El interior estaba muy oscuro, las cortinas estaban cerradas para evitar la entrada de la luz o las miradas de los curiosos.

«*No hay nadie dentro» informó Marcus*

«Maldita sea, esperaba diversión.»

«Mentiría si te dijera que yo no.»

El pasillo que se extendía ante ellos carecía de decoración, como sospechaba la casa estaba abandonada. Sin mucha demora, se dirigieron hacia el interior, siguiendo el pasillo de entrada.

«*Están bajo nuestros pies»* informó Lucien. Jimmy las había oído desde el pequeño agujero en el suelo.

«Buscaremos la entrada.»

—No hace falta —exclamó Lucien con una idea clara en su mente.

—No puedes hacer eso. ¿Qué pensaran cuando vean el techo abrirse sobre ellas?

—Poco importará cuando estén libres.

Marcus asintió, aceptando la respuesta de su hermano.

Juntos abrieron la tierra bajo la cual se podía oír los sollozos. La tierra dejó una abertura tan ancha como para que los dos entraran al mismo tiempo.

Sus pies tocaron el suelo. Sus cuerpos erguidos y poderosos se

pusieron en alerta.

La bestia oscura se estremeció en el interior de Lucien al sentir tanto dolor y tanto miedo a su alrededor. Ese era un sitio peligroso para él, podía sentir a la oscuridad llenarse con cada bocanada de aire que sus pulmones inhalaba. Lucien luchaba no solo por mantenerla a raya sino también porque su hermano no notara la batalla que se fraguaba en su interior.

No hubo ningún movimiento en respuesta a su entrada, la oscuridad reinante en la cueva no había alertado a las mujeres de su presencia. Y sus llantos habían amortiguado el ruido de su entrada.

«*Luz*» ordenó Marcus en la mente de su hermano.

Lucien escondió sus manos tras su espalda y empezó a hacer brotar una pequeña bola de fuego en la palma de su mano que fue iluminando la estancia.

Las mujeres cesaron su llanto y centraron su atención en la figura de los dos hombres.

Marcus miró horrorizado la escena que la luz de la mano de Lucien mostraba: tres mujeres desnudas colgaban de grilletes, a dos de ellas les habían cortado el cabello que se esparcía por el suelo bajo sus pies. Regueros de sangre caían por sus cuerpos, procedente de pequeños agujeros, Marcus no podían creer que fueran pinchazos, a una de ellas la habían azotado varias veces.

—¡Qué horror! —exclamó Marcus. Miró a su hermano que permanecía inmóvil en el lugar donde cayó—. Lucien —le llamó, pero no hubo respuesta ni movimiento. Marcus buscó en su mente, estaba revivía el momento en que encontró a Thara, su cuerpo se negaba a tocar a las mujeres.

—¡No! ¡No! Por favor, otra vez no – gritó desconsolada una mujer, mientras luchaba por deshacerse de las ataduras que la mantenían pegada a la pared.

—¿Por qué hacen esto? —preguntó otra mujer.

—Señoras, hemos venido a sacarlas de aquí —informó Marcus mientras caminaba despacio hacia una de ellas.

Ninguna contestó nada, se miraron entre ellas y después rompieron a llorar. Los hermanos Laverty sintieron el llanto de la alegría en el corazón de las mujeres.

—Todo irá bien. Tenemos que salir de aquí.

—Gracias, señor, muchísimas gracias.

—Que dios se lo pague, señor.

Las muestras de agradecimiento estremecieron a Marcus, de alegría y emoción y a la bestia de Lucien de rabia.

Con disimulo, Marcus miró hacia su hermano inquieto, después

se acercó despacio a una de las mujeres, preparado para experimentar en su piel la descarga que Thara transmitió a su hermano.

Mientras su mano se elevaba por encima de la mujer para tocar la piel del antebrazo tentó la mente de su hermano y sabía que estaba alerta, esperando. Su mano tocó a la mujer en un brazo. Su cuerpo se tensó ante la expectativa, pero nada sucedió. El suspiro de alivio de Marcus hizo reír a Lucien. Ambos se habían asustado. Una carcajada se extendió por la cueva. ¡Asustados de un simple roce!

Marcus abrió con sus manos los grilletes de una de las mujeres como si estuvieran hechos de hilo de algodón. La mujer se desplomó en sus brazos, Marcus la tomó con cuidado y le ayudó a sentarse en el suelo. Después se acercó a la segunda mujer con los mismos recelos que con la primera.

Lucien caminó hacia la última mujer. Aquello era ya tan cotidiano que sintió ganas de vomitar. Otra cacería, otras víctimas inocentes masacradas por monstruos lascivos y deprimentes. Allí no había religión sino una simple forma de obtener placer en el sufrimiento ajeno. La sombra de su interior se expandió por su cuerpo al tomar fuerza la rabia que sentía ante aquellas escenas de dolor. Un intenso calor recorría sus venas y calentaba con más intensidad su interior.

La espalda de la mujer estaba marcada por el látigo, sabía que aquello no había hecho más que empezar. Conocía a la perfección cómo quedaba una espalda después de todo el proceso. No quedaba piel para cicatrizar, no quedaba nada que sanar.

Thara. Con ella si acabaron, la dieron por muerta.

Miró a la mujer y por unos segundos vio la cara de Thara, el cuerpo de ella colgado en aquella cueva y una extraña sensación recorrió su cuerpo, una sensación que le produjo más miedo, más dolor y rabia que la bestia que se ocultaba en él.

Miedo a perderla, miedo a que sufriese aquello de nuevo. Dolor por ella, por lo que había pasado, por el sufrimiento que tuvo que soportar. No pudo, no pudo aguantar la situación y estalló en un grito sobrecogedor. Un alarido de dolor y furia que estremeció todo cuanto le rodeaba.

Marcus se volvió hacia su hermano, sobresaltado por el sufrimiento que transmitía ese aullido. Le había sentido combatir ante una multitud de sentimientos pero no esperó el estallido. Tenía que actuar con rapidez, sabía lo que se avecinaba. Tenía que sacar de allí a las mujeres.

Ya no hubo tiempo para la cautela, tomó a una mujer en cada

brazo y salió de la cueva por el mismo agujero por el que habían entrado. Dió el salto de un animal con su presa en los brazos. Los cuerpos de las mujeres no suponía, ninguna carga para él y corrió a esconderlas donde estaban los niños.

—¿Señor, qué ha sido ese grito? —preguntó asustado Jimmy cuando le vio llegar.

Marcus no contestó, no tenía tiempo para explicaciones. Desapareció para reaparecer ante Lucien que sostenía en sus manos el cuerpo de la mujer azotada.

Los ojos de Lucien ya eran del color de la sangre, con la intensidad del fuego ardían en su interior. Apretaba con fuerza el cuerpo de la mujer contra su pecho y respiraba con mucha dificultad.

16

Tan solo había deseado volver y allí estaba, sentada sobre su cama en Laverty House. Se había movido igual que Lucien. ¡Era como él! Él lo había dicho. Quizá fuese hora de asumirlo.

¡¡Mi sangre te salvó para convertirte en lo mismo!!, recordó.

Para convertirla, ¿en qué?

En un segundo ya no le importó la respuesta. Su pecho se oprimió de angustia

Thara continuó dando vueltas por la habitación durante un buen rato más. Algo no marchaba bien, podía sentirlo. Sospechas de que algo andaba mal con Lucien habían apartado de su pensamiento su propia situación. Se llevó las manos a las sienes y se las frotó en un intento de aliviar la presión. Una sensación de ahogo, de ansiedad se apoderaba de ella. Tenía miedo, Lucien estaba en peligro, podía sentirlo.

Desesperada, bajó las escaleras al galope en busca de alguna información de hacia dónde había ido Lucien o que estaba haciendo. Quizá así pudiese calmar un poco su inquietud. Tenía que saber de Lucien.

—Señor Stone… Mary… Jason —gritaba mientras corría por el pasillo hacia la cocina.

—Señorita… ¿sucede algo…? — preguntó Jason al acudir a la llamada.

—¿Dónde está Lucien? ¿Dónde ha ido? —preguntó sofocada por la carrera y muy angustiada.

—Señorita Davenport, ¿se encuentra bien? —preguntó el anciano mayordomo cuando su hijo y Thara entraron en la cocina.

—Yo estoy bien, es Lucien. Algo no va bien —les contestó. No sabía cómo explicarlo.

La familia Stone se miró entre ellos, en otro momento, en otra situación, hubiesen ignorado lo que Thara les decía pero en aquella casa, esas cosas tenidas muy en cuenta.

—Cálmese, milady. Cuénteme, ¿qué pasa? —pidió Mary para calmar a Thara que se mostraba más nerviosa por momentos.

—¿Dónde está Lucien? —volvió a preguntar Thara.

Jason intentó que se sentara pero ella rechazó la silla con un violento empujón. Thara no se dio cuenta pero no había tocado la silla y sin embargo cayó al suelo. Los Stone, volvieron a mirarse al percatarse de la situación. Era un mal momento para luchar con la

magia de ella. Thara podía ser muy imprevisible.

—Tiene que calmarse, milady —Jason intentó de nuevo tranquilizarla pero esta vez mantuvo las distancias. Podía esperar cualquier cosa de su estado de ánimo. Sabían por experiencia cuantas cosas podían volar por los aires en un altercado con alguien como Lucien.

—No quiero calmarme, quiero saber dónde está Lucien —exigió Thara. Sus manos sacudieron el aire y un remolido de aire se produjo a su alrededor. Estaba tan furiosa que no se daba cuenta de las cosas que sucedían.

—No se preocupe, está con su hermano. Él sabrá cuidarle —le contestó Edward. Ante todo tenían que conseguir que Thara se calmara.

Eso debería de suponer un alivio pero por alguna razón no lo era. Thara sentía a Lucien en peligro.

—¿Dónde fueron? – preguntó al sentarse en la silla que Jason había vuelto a colocar bien. Bebió del agua que Mary le puso en la mano.

—Había problemas con el pequeño Jimmy y fueron a indagar un poco —explicaba Jason para restar importancia al asunto.

Iba a ser algo sin importancia, pero Thara ya les había preocupado un poco. Lucien había traspasado parte de su sangre a Thara, y con ella su magia, podían haber establecido un vínculo especial entre los dos. Después de cincuenta años al servicio de Lucien aún tenían cosas nuevas que aprender, pensó Edward. En todas las generaciones de Stone que estuvieron al servicio de los Laverty, jamás hubo una mujer. Nunca hubo un intercambio de sangre, nunca hubo nada de lo que había acontecido en aquella casa en las últimas semanas.

—Señorita Davenport, créame, los señores Laverty saben cuidarse muy bien. No habrá nada de que preocuparse —Edward intentaba transmitir tranquilidad, tanto a Thara como a su familia e incluso a sí mismo.

—¿Está seguro, Edward? —preguntó Thara con la angustia en sus ojos.

Quería estarlo, se dijo, pero el retraso en contestar confirmó las dudas de Thara.

—No puedes darme seguridad, Edward. —Thara se volvió hacia Mary—. Tu rostro ya muestra preocupación. Jason, como hombre ya me deberías haber dicho que solo lo estoy imaginando y sin embargo me estas creyendo, sin pruebas. ¿Qué está pasando? Me estáis mintiendo —Thara estiró su mano y sujetó el antebrazo de

Mary, en un intento desesperado de llamar su atención, de recibir una respuesta, pero jamás pensó que la respuesta llegaría así.

«*El señor no puede morir, nada puede matarle. Marcus está con él, ellos no pueden morir y sin embargo, Thara está tan segura. ¿Podrá ella sentir algo?*»

Thara escuchó la voz de la anciana en su cabeza, sus palabras no habían salido de su boca pero ella la había escuchado con mucha claridad. Había oído sus pensamientos.

El silencio resultaba embarazoso, pensó Jason. Thara se había quedado tan callada. ¿Se había rendido? Hubiera sido tan fácil decirle que el señor no podía morir como ellos, bueno como ellos no, ella ya no era como los demás, ahora era igual que Lucien.

Los ojos de Jason se abrieron de pronto, ella era igual que Lucien, se volvió a repetir y sus ojos desorbitados por la evidente sorpresa miraron la mano de Thara que tocaba a su madre, después, miraron hacia el rostro de Thara, su ceño estaba arrugado, confuso. Sus ojos volvieron a mirar el lugar donde las dos mujeres se tocaban y ante la perplejidad de su madre y su padre, apartó de un tirón la mano de Thara.

—¡Jason! —gritó su madre para llamarle la atención por su brusquedad.

—Lo siento madre, pero era necesario… ella… —se disculpó el joven ayuda de cámara. Podía estar equivocado, pero era mejor no correr el riesgo de que ella leyese el pensamiento de su madre y averiguara más de lo que ellos debían contarle.

—Jason, le debes una disculpa a milady —ordenó Edward a su hijo, inclinó la cabeza hacia Thara, y mostró así su arrepentimiento por el comportamiento de su hijo.

—Lo siento, milady – sus palabras eran solo pura cortesía.

Thara le miró desconcertada, sería posible que él supiese lo que hacía ella. Intentó buscar de nuevo el contacto con la anciana pero Jason se interpuso entre ambas. Tal vez, podría tocarle a él. Con disimulo, Thara intentó alargar la mano para tocarle en el hombro, pero el joven parecía estar muy concentrado en evitar el contacto a toda costa lo cual hizo sospechar aún más a Thara.

—Vosotros sabeis… —¿cómo expresarlo sin parecer loca?— ¿Qué es Lucien?

Los presentes se miraron sorprendidos. ¡Lo había averiguado!

Los rostros desencajados de Jason y sus padres dieron la respuesta a Thara.

—Ustedes saben… que yo…

Jason asintió

—Entonces…

Las palabras de Thara quedaron interrumpidas cuando la puerta trasera de la cocina se cerró con un fuerte golpe.

«Thara… Thara.»

Thara se volvió, hubiera asegurado que alguien la llamaba. Abrió la puerta.

«Thara…Thara.»

Corrió escaleras arriba hasta la habitación de Lucien. ¿Habría vuelto? Podía haberla llamado a su paso por la puerta, impaciente golpeó la puerta con los nudillos. Su estomago se llenó de mariposas ante la expectativa de volver a verle. Sonrió feliz al darse cuenta de que no le importaba quién era, solo quería verlo sano y salvo. No hubo respuesta desde la habitación. Por unos momentos pensó que él podía haber contestado y ella en su ensimismamiento no le hubiera oído. Empujó la puerta despacio tan solo unos centímetros, lo suficiente para poder oír la respuesta de Lucien y volvió a llamarle.

—Lucien, ¿estas ahí?

Su respuesta fue el mismo silencio. Abrió del todo la puerta y comprobó que la alcoba estaba desierta.

No había estado allí desde… ahora recordaba haber estado allí cuando estuvo herida. Multitud de imágenes desfilaron por su cabeza. Imágenes de Lucien lavando su cuerpo con una esponja, con delicadeza. Podía ver el dolor en su rostro, como si el pasar la esponja por la piel ensangrentada de ella le produjerao más dolor a él que a ella. Había lavado una y otra vez su cuerpo. Había curado y untado de ungüentos sus heridas tantas veces. Nunca supo cuantos días en realidad estuvo inconsciente. Pero ahora sabía que Lucien había estado en todo momento a su lado. Ese era un tema del que nunca habían hablado. En realidad habían hablado tan poco. Lucien parecía evitar a toda costa estar cerca de ella. Pero en sus recuerdos parecía tan preocupado, tan inquieto por su estado.

Recordaba haber estado abrazada a él, mientras un reguero de fuego recorría su cuerpo. Sus brazos la apretaban con fuerza junto a su pecho. Podía sentir el calor que le producía su abrazo, su cuerpo luchaba por apartarse de Lucien y él la apretaba con más fuerza impidiendo que se retirara. ¿Por qué había hecho aquello si estar en sus brazos era tan reconfortante? Después, Lucien aflojó el abrazo y cayó hacia un lado, dormido.

El siguiente abrazo vino de Mary, lloraba a su lado mientras mecía su cuerpo. Podía oír el lamento de otra persona pero no le veía el rostro. ¿Tal vez Lucien?

De pronto recordaba muchas cosas. Su mente le mostraba cosas que no creía haber vivido.

Sus pensamientos se desviaron hacia otra dirección. Abajo en la cocina había oído la voz de Mary en su mente. Había oído sus pensamientos. También estaba esa extraña sensación de desasosiego que se negaba a abandonarla. Algo no andaba bien, de eso estaba segura, vinieran de donde vinieran sus recuerdos, sus pensamientos, su inquietud era constante, algo no andaba bien.

«Te necesito»

La voz sobresaltó a Thara. Lucien, era Lucien. Podía identificar esa voz, esa frase en cualquier sitio. Miró hacia todos lados, pero la habitación estaba vacía y en silencio.

—Lucien. Lucien —una súplica de algo que ni siquiera sabía.

«Te necesito»

—Dime qué puedo hacer para ayudarte —preguntó suplicando una respuesta.

La última vez que aquella magia oscura habitó en él, la dejó moverse a sus anchas. Disfrutó del enorme poder que le brindaba y de las cosas que podía hacer más allá de su propia existencia. En aquella época todo le parecía insuficiente y aquella oscuridad era tan insaciable como él. Había sido capaz de dominar las mentes de casi una docena de mujeres y de hacer con ellas cuanto le vino en gana. No fue muy diferente de aquellos monstruos a los que ahora combatía.

El haber tenido a aquella mujer entre sus brazos, casi desangrada y moribunda, igual que hacía no mucho había estado Thara hizo que una irrefrenable rabia se extendiese por sus venas. La sangre del antiguo guerrero berserker hirvió en su cuerpo, le permitió oír el carruaje que se acercaba aún antes de que llegara a oídos de su hermano. Se dejó llevar por la venganza y el berserker hizo el resto. Sin embargo, no fue lo bastante rápido y sus perversos pensamientos invadieron la mente de Lucien y despertaron a la oscuridad que ahora era tan fuerte que lo dominaba todo y él no era más que una gota en medio de una tormenta.

«*Marcus*» un grito desgarrador enviado a la mente de su hermano.

Era prisionero de su propio cuerpo, de su propio poder. Dividido entre la venganza y la culpa. Mientras no consiguiese limpiar su mente no podría enfrentarse a su parte oscura y en aquel momento no podía luchar, ganaba la venganza.

En su mente se formó la imagen de Thara, estaba tan preciosa. Sus manos habían tocado esa piel aterciopelada, se habían perdido

en su interior…

«*Thara. Thara*» su nombre brotó de su corazón. Un corazón que se encogió de dolor al darse cuenta de lo que había hecho.

Ahora esa oscuridad solo quería una mujer y él no estaba dispuesto a dársela, antes la muerte, se juró.

«*Algo no va bien, preciosa…*» le advirtió desde lo más profundo de su ser.

Como una despedida miró a su hermano, estaba dispuesto a acabar con aquello antes que hicieran daño a los dos seres que más quería en esta vida. Pero su mirada se topó con el cuerpo de Thara frente a él. La oscuridad la había traído justo hasta allí.

«*Ayúdame hermano*» suplicó Lucien con el último vestigio de su esencia que le quedaba. Ahora todo estaba en manos de su hermano. Su última esperanza estaba puesta en que Marcus fuese capaz de entender lo que le había transmitido. Piezas de un puzle que tenía que montar. No podía darle más o la sombra negra que lo dominaba averiguaría su plan y entonces, no solo él estaba en peligro sino también Marcus y Thara.

Lucien respiró hondo y se sintió poderoso cuando Thara se materializó ante él. Una carcajada profunda y lúgubre brotó de su garganta ante el triunfo de su poder.

—Ven a mí, mujer – le ordenó Lucien.

—No, Thara – le gritó Marcus. La agarró con fuerza y tiró de ella hacia atrás para impedir que diera un solo paso en busca de Lucien.

—Pero me necesita — suplicó Thara.

—Él no, Thara. El Lucien que ves no te necesita, te desea. Tenemos que llegar al Lucien que está dentro, atrapado y hechizado por esa cosa oscura y malvada.

Thara se volvió hacia Marcus, no entendía lo que estaba pasando. ¿Cómo había llegado hasta allí? Miró a Lucien, de pie ante ella, a tan solo unos pasos. Extendiendo las manos para recibirla; fue entonces cuando reparó en sus ojos: llamaradas de fuego ardían en su interior. Tenía una apariencia tenebrosa, tal como Marcus había dicho, oscura y malvada.

Marcus estaba tan sorprendido que durante unos segundos se quedó petrificado al observar a Thara a su lado y frente a su hermano. Todo había sucedido tan rápido que no tuvo tiempo de reaccionar.

El antiguo guerrero berserker había empezado a tomar control de su hermano cuando aún tenía en brazos a la última mujer, lo pudo ver en sus ojos y en su sofocada respiración. El recuerdo de lo que le habían hecho a Thara fue suficiente para reavivar la llama de

la furia y la rabia. Para dar poder a la magia negra que habitaba en Lucien.

Tampoco pudo detenerlo cuando se abalanzó sobre el carruaje que se acercaba a la casa. Él ni siquiera lo había escuchado. Había estado tan concentrado en intentar penetrar en la mente de Lucien que no prestó atención al exterior. Para cuando Marcus llegó al carruaje, el vehículo solo era un montón de astillas de madera repartidas por el suelo al igual que lo estaban las personas que viajaban en él. Miró horrorizado a su alrededor, restos de carne esparcidos por la tierra, miembros humanos desperdigados por todas partes. Lucien había destrozado los cuerpos con sus propias manos. En tan solo unos segundos había acabado con la vida de aquellos humanos, la velocidad de sus movimientos era increíble hasta para él.

Aquel no era su hermano. Tal vez lo hubiese perdido del todo.

Había intentado entrar en la mente de Lucien una y otra vez, para encontrarla cerrada, impenetrable. En su interior, se negaba a creer que todo estaba perdido, sabía que Lucien intentaría encontrar un resquicio, una grieta para comunicarse con él, pero lo único que recibía una y otra vez era la imagen de Thara. Sabía que ella era la única posibilidad que le quedaba. Sabía lo que ella representaba para su hermano aunque él no quisiera admitirlo, pero no podía traerla allí. Tenía que ir en persona por ella, no tenía suficiente poder para transportarla y no estaba dispuesto a dejarlo solo.

Y de pronto allí estaba ella. La parte oscura de Lucien si tenía poder suficiente para traerla y lo había hecho.

Marcus miró a su hermano a los ojos, ojos dorados que por unos segundos le miraron cargados de dolor. Segundos después, el rojo volvía a teñir su mirada.

¡Eso era lo que su hermano intentaba decirle! Le advertía de las intenciones de lo oscuro. Lágrimas de dolor acudieron a sus ojos, su hermano no le pedía ayuda para él: se había rendido. Quería que la ayudara a ella, que no la dejara en manos de su lado malvado.

Una parte de Lucien se hinchaba de poder, se consideraba más poderoso que nadie, podía tener cuanto quisiera y lo había demostrado al atraer a Thara hasta allí. La otra parte lloraba por verla cerca. Su preciosa Thara en manos de aquel animal oscuro, un escalofrió de dolor que recorrió su cuerpo. La bestia rio fuertemente.

Sin mucho tiempo para pensar ni para explicaciones, Marcus se dejó llevar por sus instintos.

«Perdóname, hermano.»

Se acercó a Lucien con Thara de la mano. La colocó frente a él para que la viera bien.

—Primero yo tomaré un poco y después te la doy – le dijo Marcus, para provocarle.

Thara observó confundida a Marcus que le apretaba con fuerza la muñeca y le rehuyó la mirada. Después, miró a Lucien, que la miraba con un extraño brillo en los ojos. El miedo recorrió su cuerpo, ella había visto esa mirada antes. Era lujuria. Dió un paso hacia atrás pero Marcus tiró de nuevo de ella hacia él.

Marcus tomó entre sus manos el rostro de Thara y acercó su boca a la de ella.

«*Thara, confía en mí.»* Marcus utilizó el contacto carnal para hablarle a Thara en su mente. Mientras extraía los recuerdos de ella que le permitieran saber cuánto le importaba Lucien.

Si asombrada se había quedado cuando oyó a Marcus en su mente como había pasado con Mary en la cocina, más asombrada se quedó cuando Marcus la besó.

«*Marcus, déjame por favor»* suplicó Thara con sus labios aprisionados contra los de él. Sus palabras fueron seguidas de un empujón de sus manos sobre el pecho masculino, pero al igual que su hermano, era un pecho fuerte y musculoso cual muro de granito y no se movió.

Marcus continuó sus besos. Mientras mantuviese a Lucien pendiente de eso, no notaría el contacto mental.

«Créeme, lo haría si pudiera, pero necesito ayudar a mi hermano. Confía en mí.»

«Explícame…»

« En poco tiempo Lucien estallará y no sé de qué es capaz. Ese hombre que ves está dominado por la magia negra, necesitamos hacer que mi hermano luche por ti y rompa el hechizo. Confía en mí. Jamás le haría esto a mi hermano.»

Sus palabras quedaron escondidas por los gestos.

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó Lucien con voz aguda y siniestra. Sus ojos se habían intensificado al ver como Marcus besaba a Thara y ella respondía.

—Lo mismo que vas a hacer tú, disfrutar de este precioso cuerpo —le contestó Marcus tomando en sus manos un pecho de Thara.

«*Marcus…»* el lamento de Lucien traspasó la coraza de la magia negra.

«*Lucha, hermano.»*

Por puro instinto, Thara empujó a Marcus, intentó deshacerse de sus manos. Otras imágenes inundaron su mente. Su piel desnuda y

ensangrentada, le dolía todo, pero sabía que no podía demostrarlo. El dolor le impedía respirar, casi no podía mantenerse consciente, quería desmayarse, pero no podía dejarse llevar por sus necesidades, permanecer despierta era su mayor prioridad. Mientras, esas manos recorrían su cuerpo y se mezclaban con la sangre de sus propias heridas. Sintió su piel abrirse de nuevo bajo la afilada hoja de un cuchillo y todo se oscureció. Sin embargo aún podía sentir esas asquerosas manos sobre su piel.

Un grito despavorido devolvió a Thara a la realidad, fue entonces cuando se dio cuenta de que el grito salía de su boca y las manos eran las de Marcus.

Su cuerpo temblaba de miedo y gritaba sin poder detenerse. Así no iba a poder ayudar a Lucien. Darse cuenta de aquello no ayudó mucho y su alarido se volvió más desesperado.

«*Thara, lo siento. Thara, ¿qué te ocurre?*» Marcus tomó la mano de Thara para poder hablarle e intentar tranquilizarla, pero solo la tuvo en su poder unos segundos, después se la arrebataron de un tirón.

Un exterior en calma, tranquilo, calculador, frío, escondía al Lucien que hervía, que se consumía por la rabia y la impotencia, tanto como por el dolor. El interior de Lucien sabía lo que Thara estaba recordaba, al exterior no le importaba en absoluto.

Dentro de la parte oscura, Lucien se agitaba, por la escena que había acontecido ante él.

¿Qué estaba haciendo su hermano? ¿Se suponía que tenía que proteger a Thara?

Y después, su parte oscura había reclamado el cuerpo de ella sin tener en cuenta el miedo que ella sentía. Sin conocer los recuerdos que Marcus había despertado, él los había apartado, los había escondido para evitarle el sufrimiento y ahora estaban de nuevo allí. Lucien quería calmarla, abrazarla y decirle que todo iría bien, pero aquellos labios que la besaban no eran los suyos, aquellas manos sucias de sangre la manoseaban, no la acariciaban. Desnudaba a Thara, sin importarle que su hermano estuviera presente. Aquella parte oscura no tenía miramientos, tan solo quería arrebatarle su virtud igual que había hecho con otras tantas mujeres.

Otras mujeres, si, pero no a la mujer que amaba, a ella no.

A la mujer que amaba, Lucien ni siquiera se dio cuenta de que había pronunciado esas palabras hasta que las oyó salir de su corazón.

Amaba a Thara y aquellas manos sucias tocaban la delicada piel

de su amada y él estaba encerrado en una prisión hecha de carne, de su propio cuerpo. Atrapado por la misma magia negra que un día invocó buscando poder, un poder que otra vez se había vuelto en su contra.

—Lucien, puedes hacerlo —animó Marcus al acercarse a su hermano. No le importó que besara a Thara, era indiferente a la escena. No quiso pensar en lo que sucedía, no quería lamentar lo ocurrido. Aunque tampoco podía evitarlo, no tenía poder suficiente para enfrentarse a su hermano. Su única solución seguía siendo esa —. Lucien, hermano, lucha por la mujer que amas. Solo tú puedes hacerlo.

Thara recibió los labios de Lucien como había hecho aquella mañana, con excitación, sabía lo que esa boca prometía. Pero todo era tan distinto ahora. Abrió los ojos y miró a Lucien mientras seguía besándola. Unos ojos rojos y llameantes la miraban. Thara sintió miedo, un miedo que borró todo rastro de pasión, mas aún así, no podía separarse de él, su cuerpo no se movía, se negaba a abandonar aquellas caricias.

—Darius, Iam, acudid a mi llamada. Que los elementos mágicos acudan a mi llamada. Que la magia ancestral guardada por ellos acudan a mi llamada —Marcus pronunciaba sus hechizos en voz alta, sin importar lo que Thara viera o pensara.

Thara vio a Marcus caminar en círculos, sabía que hablaba pero no llegaba a entenderle muy bien, palabras sueltas se mezclaban en su mente con el murmullo de una súplica, de un ruego o tal vez una disculpa. Estiró el brazo hasta tocarlo. Marcus detuvo su siniestra danza alrededor de los amantes y miró a Thara.

«*Aguanta un poco más, por favor*» le pidió Marcus.

«*No me dejes. Ayúdanos*» le rogó Thara.

Marcus se estremeció. No le pedía ayuda solo para ella sino también para su hermano. Hubiera llorado si su corazón no estuviera petrificado. Tan solo pudo darle un apretón de manos antes de retirar el contacto.

—Darius, Iam, acudid a mi llamada. Que los elementos mágicos acudan a mi llamada. Que la magia ancestral guardada por ellos acudan a mi llamada. Convoco a los poderes ancestrales a acudir en mi ayuda.

Las manos de Lucien acariciaban los pechos desnudos de Thara. Manos sucias, cubiertas de sangre. Unas manos que arrancaron y destrozaron el vestido de ella, un vestido que él había escogido.

El interior de Thara quiso gritar de miedo y de dolor, gritar de repulsa. Su boca gritó de placer cuando los labios masculinos se

apoderó de uno de sus pechos. Quería apartarse, quería empujarlo y luchar. Su mente quería apartarse, pero su cuerpo no tenía la más mínima intención de hacerlo. Sus manos sujetaron la cabeza de Lucien y la apretaron contra su pecho.

—Eso es pequeña zorra, yo te daré lo que quieres —le dijo Lucien.

La contestación de Thara salió sin ella poder detenerla.

—Siii —gimió Thara.

El interior de Lucien era ya un volcán a punto de erupcionar cuando tendió a Thara en el suelo. Y cuando sus manos tocaron la unión de los muslos…

Lucien dio un salto y se alejó de ella en el mismo momento en que Thara saltó para retirarse de él.

Marcus vio a su hermano saltar por encima de su cabeza y alejarse de ella justo cuando él ya se había cansado de esperar a que reaccionara. No estaba dispuesto a dejar que la oscuridad de Lucien avanzara más en su seducción de Thara y decidió actuar. Con el temor de que no funcionara, de que Lucien la tuviese tan cautivada que no pudiera transportarla, tan solo la tocó un segundo, el tiempo necesario para alejarla unos metros de Lucien.

Thara permaneció tendida en el suelo apartada de su oscuro amante.

—¡Llévatela! —ordenó Lucien.

—No sin ti —contestó Marcus.

—¡Llévatela! No dejes que estas manos, manchadas con la sangre de la muerte, vuelvan a tocarla —gritó Lucien mostrando a su hermano las manchas de sangre, ya secas, restos de la masacre que había cometido.

—No me iré sin tí —volvió a repetir Marcus. Sus pies avanzaban hacia su hermano, su rostro se volvió hacia Thara para comprobar que se hallaba bien, que su rescate de manos de Lucien no le había hecho daño —Thara…

Ella necesitó tiempo para responder. Su cuerpo estaba adormecido, su mente muy confusa, creía estar en su habitación y ahora se hallaba en medio de algún sitio, en plena naturaleza, de noche y desnuda. La última revelación la sobresaltó.

—He estado peor —informó. Despacio, se incorporó y buscó algo de ropa con lo que cubrirse. A unos metros de ella encontró su vestido, con el corpiño desagarrado y su falda hecha girones, como si una bestia se lo hubiese quitado—. ¿Y ahora cuál es tu siguiente plan? —le preguntó a Marcus, cuando llegó junto a los hermanos.

Para Lucien ya había sido un autentico logro haber conseguido

el suficiente poder como para que su cuerpo se separase de Thara. Una batalla ganada. Pero su alegría duró poco cuando su hermano se negó a marcharse llevándose a Thara. ¿Cuánto tiempo tardaría la magia oscura en volver a reclamar a su presa?

Ambos estaban ahora de pie, a poco distancia de Lucien, observaban como su cuerpo convulsionaba en una frenética lucha por vencer a la magia negra.

—Marcus ¿Qué está ocurriendo? —preguntó Darius, su voz sonó en la oscura noche proveniente de algún lugar inconcreto.

—No tengo tiempo para explicaciones detalladas, la magia negra controla a mi hermano, necesito más poder del que ella tiene para luchar por Lucien.

—Estamos a ello —respondió Darius.

Thara miró a todos lados y no consiguió encontrar la procedencia de la voz masculina, pero ya nada le sorprendía.

—Thara, proyecta hacia mi hermano los momentos buenos que hayáis compartido.

—Pero…

—Si mi hermano va a salir de ahí es por ti. Vamos, puedes hacerlo. Solo piénsalo.

Pensar en las cosas buenas después de lo ocurrido no iba a ser nada fácil. Miró a Lucien, su cuerpo se retorcía como si estuviese hecho de goma. Un cuerpo humano no era capaz de aguantar aquella violencia, sus huesos debían romperse en mil pedazos cada vez que era elevado y dejado caer de nuevo sobre el duro suelo. Thara observó atónita cómo era subido por encima de su cabeza y arrojado al suelo de nuevo. Miró a Marcus, ¿no iba a hacer nada? Extendió su brazo y le tocó.

«*Marcus, haz algo»* le pidió. Hablar de aquella forma ya era algo normal.

«*Ya lo estoy haciendo. Ayúdame como te he dicho.»*

Thara retiró su mano pero Marcus se la detuvo para que oyese sus cánticos, sus hechizos de protección. Los suyos y los de Iam y Darius.

Cogida de la mano de Marcus, Thara cerró los ojos. Oía gruñir a Lucien pero no se atrevía a abrir los párpados, los apretó con fuerza para vencer la tentación de ver que sucedía y pensó en la noche en que él le llevó las rosas, un hermoso detalle. Recordó sus baños para limpiarla, su preocupación por ella. La alegría que sintió cuando abrió el baúl de su nueva ropa, todo escogido por él, para ella. Y aquella mañana cuando alcanzó el clímax en manos de Lucien. Quizá aquello no debería pensarlo dadas las circunstancias pero

quería que supiese que le pareció maravilloso.

«Te amo Lucien Laverty, te amo» ¿Había algo más bueno que el amor?

Repitió sus últimas palabras una y otra vez hasta que se confundieron con los cánticos de Marcus, con los ecos lejanos de otras voces, como si sus palabras fueran ahora cantadas.

Lucien sintió la energía llegar hasta su cuerpo. El canto de amor de Thara y los hechizos de Marcus y los demás traspasaban las barreras de la magia negra. Thara abría la puerta y ellos unían su poder al de Lucien para una lucha invisible contra el mal que lo dominaba.

El cuerpo de Lucien se elevó de nuevo por encima de sus cabezas pero no cayó. Flotaba como si un huracán lo mantuviese suspendido. Sus cabellos volaban, sus ropas se bamboleaban al viento que no se movía más allá de él.

—No pares, lo estamos consiguiendo —le dijo Marcus a Thara al ver que se había callado asustada por la escena.

Thara repetía ahora las mismas palabras que Marcus y en el mismo tono. Un hechizo de protección, de unión. ¿De dónde había aprendido ella eso? Alguien tendría que explicarle luego muchas cosas.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando el cuerpo de Lucien cayó al suelo casi sin vida. Corrieron hacia él y Thara tomó su cabeza entre sus manos mientras Marcus examinaba su cuerpo.

—Lo peor ya ha pasado, ahora necesita recuperar fuerzas. Quédate con él, ahora vuelvo.

Marcus no esperó respuesta, saltó cerca del matorral donde había escondido a las mujeres.

—Jimmy —llamó mientras caminaba hacia él.

—Señor, ¿qué ha pasado?

Marcus sabía que el niño lo confundía con su hermano pero no lo sacó de su error.

—Todo ha pasado. Mi hermano ha resultado herido y tengo que llevarlo a casa. ¿Puedes encargarte de las mujeres? Necesito que las cuides hasta que llegue el carruaje que las lleve a Londres.

—Por supuesto, señor – contestó el niño.

—Intentaré volver lo antes posible.

Jimmy se volvió hacia el lugar donde había sucedió todo y volvió a mirar a Marcus.

—Nadie os va a seguir, todo ha acabado. Necesito que hagas esto por mí, necesito ocuparme de mi hermano, está muy herido.

—No se preocupe, yo cuidaré de ellas hasta que usted vuelva.

Marcus alborotó los cabellos del pequeño y se alejó.

—Thara, voy a llevar a mi hermano a un lugar seguro, enseguida vuelvo.

—Marcus, no me dejes—. Thara se agarró a Marcus asustada. La idea de quedarse allí sola la aterrorizó.

—Solo serán unos segundos, te lo prometo. No puedo llevar a los dos.

—Marcus… —Thara no pudo contener las lágrimas.

—Confía en mí.

Tardaría menos en hacerlo que en dar explicaciones. Tan solo necesitaría un salto o dos para llevar a Lucien a la cueva y luego volvería por ella.

—No me dejará entrar —susurró Lucien. La cueva no le dejaría entrar con la magia negra todavía en su él—. No lo hizo en medio siglo.

—Maldita sea —exclamó Marcus enojado. Eso no lo sabía—. Pero a mí sí.

Y tras esas palabras agarró a su hermano por el antebrazo y saltó hacia la cueva con la esperanza de que ésta lo recibiera. Necesitaba esa energía para acabar de sanar.

17

El suelo estaba ahora caliente. Ya no sentía tierra bajo sus piernas. Tampoco corría aire, estaba todo tan oscuro. Tocó el suelo con una de sus manos, estaba sentada sobre una especie de piel.

—Marcus — llamó Thara intentando averiguar qué había pasado.

—Debí suponerlo —contestó Marcus. Él había materializado a su hermano en la biblioteca y Lucien se había traído a Thara. Marcus sonrió resignado.

No había podido saltar al interior de la cueva, no pudo traspasar las barreras.

—Estamos en la biblioteca —dijo Thara al conocer el lugar.

—No donde yo quería, pero estamos a salvo.

—Sube a tu habitación y duerme lo que queda de noche, mañana hablaremos.

—No voy a dejar a Lucien —le contestó sin ni siquiera moverse.

—Ya no puedes hacer nada aquí.

—He dicho que no me muevo —se reafirmó Thara.

—Lo siento —susurró Marcus—. Duerme…

Cuando Thara cayó dormida sobre el cuerpo de Lucien, Marcus la tomó en brazos y la llevó al sillón.

—Chica testaruda —le dijo. Sonrió mientras la accomodaba.

Después, Marcus se acercó a su hermano y le ayudó a levantarse. El cuerpo de Lucien caía, sin fuerzas.

—Convoco a las fuerzas de la cueva, a la magia que protege a mi hermano, a las fuerzas ancestrales de la espada de la luz que lo custodia. Convoco al poder ancestral para que me ayude a cruzar esta puerta y a llevar a mi hermano hasta las profundidades de la cueva mágica, donde su espíritu pertenece.

Marcus esperó. Nada ocurrió en la puerta, pero en su hermano algo se movía. Los restos de la magia negra se revelaban.

—Convoco al poder de la espada de la luz que custodia Lucien, convoco a su poder para salvar a mi hermano. Tú que un día traspasaste mi sangre hasta su corazón, ayúdame a limpiarlo de la magia negra que recorre su cuerpo. Magia ancestral y pura que reposa en la cueva que un día eligió a mi hermano, ayúdame en mi tarea de salvar su vida. Mi hermano os necesita, responded a mi súplica.

El silencio fue la única respuesta para Marcus. Desalentado se

dejó caer al suelo hasta sentarse junto con Lucien. Si la cueva no lo dejaba entrar no sabía cómo ayudar a su hermano. Tal vez con su caldero, pero estaba tan lejos de su cueva.

Marcus tocó a su hermano, la magia oscura se reavivaba como el viento revive las ascuas de un fuego.

En la mente de Lucien se sucedían las imágenes de lo que había hecho con Thara en el bosque, de lo que le había hecho en la sala de baile, ella le odiaría todo su vida, le odiaría toda la eternidad.

«*Odiaran la inmortalidad que les has dado»* las últimas palabras de la maldición cobraron sentido para él. Odiaría la inmortalidad si Thara no estaba a su lado.

«*Los de nuestra raza no aman.»*

Odiaría la inmortalidad sino pudiera amar a Thara, si ella no le amaba.

—Ayudadme — rogó Lucien—. Convoco al poder de la espada para que limpie mi cuerpo… o termine con mi vida.

—¡Nooo! —gritó Marcus. No podía creer lo que su hermano había pedido y la suplica ya estaba hecha, nada podía hacerse para parar la decisión que tomase la espada. No cuando las palabras habían salido del dueño de ese acero.

Una decisión que no se hizo esperar, la espada atravesó la pared de libros de la biblioteca y se clavó sobre el corazón de Lucien. Marcus fue lanzado lejos del cuerpo inmóvil de su gemelo. Tan solo pudo observar como todo sucedía ante sus ojos.

Un halo de energía envolvió a Lucien que comenzó a convulsionarse otra vez.

¿Estaría muriéndose?

Pero no sentía muerte, esa era su única esperanza igual que lo había sido en el siglo que no consiguió conectar con Lucien, estaba convencido de que si su hermano moría, de alguna forma él lo sabría.

La puerta de la cueva se abrió y el cuerpo de Lucien fue tragado por ella aún con la espada clavada. Marcus quedó fuera con muchas preguntas. Permaneció sentado en el suelo por un largo tiempo y esperó ver reaparecer a su hermano, pero no lo hizo.

«Ahora la cueva cuidará de él» se dijo y por fin se levantó. Tenía que volver por las mujeres.

Tomó la botella de whisky que había sobre la mesilla de los licores, ni se molestó en llenar un vaso, bebió de la botella y se la llevó consigo. Necesitaba un trago, más de un trago, se dijo cuando volvió a beber.

Amanecía cuando salió de la biblioteca.

—¿Milord…? —preguntó Edward cuando vio entrar a Marcus, sin saber si era su señor o su hermano.

—Marcus —se identificó—. Necesito un carruaje.

—Milord, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está mi señor?

—Lucien está en la cueva. Luego os explico qué ha pasado, ahora necesito un carruaje. Jimmy y tres mujeres me esperan en algún lugar de las afueras.

—¿Dónde?

—Eso no lo sé. El carruaje, por favor.

—Sí, por supuesto —Edward se dirigió hacia la puerta trasera y gritó— Leslie, el carruaje.

No tuvieron que esperar mucho, los caballos relincharon al poco rato frente a cocina.

—Edward ¿quién sabe lo de mi hermano? ¿El cochero?

—No – respondió Jason que entraba por la puerta.

—Solo mi familia —contestó Edward.

—Pues te ha tocado —le dijo Marcus a Jason—. Andando, tenemos algo de prisa.

Jason contó a Leslie que él llevaría al señor Marcus a su destino. Y montó en el pescante. Marcus le hizo compañía.

—En marcha, tenemos prisa —apremió Marcus.

El carruaje emprendió viaje, Marcus arreó a los caballos sin conocer bien hacia donde iban, tan solo seguía el camino de su hermano. Ojalá hubiera estado allí Iam.

—Hemos llegado —anunció Marcus al detener el carruaje—. Jimmy.

—Sí, señor —contestó Jimmy saliendo de los matorrales.— Ha tardado un poco en volver señor, pero no me ha importado, aunque las mujeres aún no se han despertado.

Ni lo iban a hacer si él no daba la orden, pensó Marcus.

—No importa, nosotros las llevaremos al carruaje. Jason, ayúdame.

Marcus acompañó a Jason hasta los matorrales por donde había salido el niño.

—Dios mío, ¿esto fue lo que ocurrió con la señorita Thara? —preguntó Jason asombrado.

—Créeme, lo suyo fue peor. Necesitamos llevar estas mujeres a un médico.

—No creo que ninguna se salve, milord.

—Pero aún así, tenemos que hacerlo.

Marcus y Jason llevaron a las mujeres y los niños al carruaje, cuando Jason volvió a sentarse en el pescante, Marcus se quedó en

el suelo.

—Ahora lleva estas mujeres a un médico. Toma —Marcus sacó dinero del bolsillo y se lo entregó a Jason—. Con esto deberías tener suficiente. De todas formas si hace falta más hazle saber al médico que correremos con los gastos.

—Sí, milord. ¿Usted no viene, milord?

—Vuelvo a casa.

Pero antes de marcharse debía hacer una última cosa. Abrió la puerta del carruaje y colocó su mano sobre las cabezas de las mujeres.

—Volveréis a despertad cuando el carruaje se detenga —ordenó, después cerró la puerta y le advirtió—: No pares bajo ningún concepto o no podrás soportar los gritos de dolor de las mujeres.

—Si, milord.

—Señor, ¿su hermano está bien? —preguntó Jimmy asomando la cabecita por la ventanilla del carruaje.

—No lo sé, aunque espero que sí, muchacho.

La respuesta evasiva de Marcus dejó preocupado no solo al niño sino también a Jason.

Cuando el carruaje desapareció por el camino, Marcus se desmaterializó para llegar a la biblioteca de su hermano. Esperaba encontrarlo de regreso, pero no fue así. Intentó traspasar la entrada, solo era una pared de libros. Tentó la mente de su hermano, sabía que estaba ahí, pero no recibió pensamiento o sentimiento alguno. Desalentado en un principio por no hallarlo de vuelta, aunque alentado por otro lado, pues tenía la certeza de que la cueva le sanaría del todo, Quizá ella fuese capaz de liberar a Lucien del yugo de la magia oscura.

Se sentó junto a Thara y colocó sus manos sobre la cabeza de ella, si encontraba donde estaba cuando la magia oscura se la llevó, podría hacerla volver al mismo lugar e intentar hacer que creyese que todo había sido un sueño. Él no era el más adecuado para dar explicaciones.

Marcus encontró el momento justo en que ella desapareció de la casa. Tan solo tendría que retornarla a su habitación y que creyese que todo lo acontecido desde que creyó oír la voz de su hermano llamándola era parte del sueño. Que las explicaciones las diese su hermano.

Sí salía de allí, se dijo.

—Marcus… —Iam llamó su atención.

Marcus sonrió, se había olvidado de ellos con tanto jaleo.

—Lo siento, solo cabe esperar.

—¿Qué diablos ha pasado? —inquirió Darius.
—Que mi mente sea tu mente, que te muestre mis recuerdos.

18

—¿Qué diablos ha pasado? —preguntó Rowland furioso. Sus manos agarraron con fuerza los hombros del hombre que tenía delante y lo sacudieron intentando sacarle una respuesta.

—No… no lo sé —balbuceó el hombrecillo muy asustado.

—Rowland, suéltalo. Si sigues asustándolo así, jamás obtendremos una respuesta.

Taylor apoyó una mano sobre el hombro de Rowland para relajar a su compañero. Lo primordial ahora era enterarse de lo que había sucedido, luego ya buscarían culpables.

Rowland soltó de malas maneras al hombre, que cayó al suelo dando traspiés. Se volvió y le dió la espalda para caminar hacia la mesa de los licores situada al fondo de su despacho. Con aparente calma se sirvió un vaso de licor y lo vació de golpe. El líquido quemó su garganta para alivió la quemazón de la rabia contraída. Una sonora respiración apaciguó la tensión. Taylor le quitó el segundo vaso de las manos y se lo entregó al hombre.

—Bebe, templará tus nervios.

El hombre apuró de un trago el líquido lo que le produjo una tos algo incómoda.

—¿Para templar mis nervios …? Por lo que vi, hará falta toda su bodega —le dijo en un intento de controlar la tos y sus palabras.

—Ahora cuéntame qué pasó.

—Volvimos, como ustedes dijeron, para sacar de allí los cuerpos. John, Billy y Wolf iban en el carruaje, yo les acompañaría luego en mi caballo. Tenía cosas que atender después y no iba a volver con ellos —contaba aún asustado.

—No me interesan tus asuntos, ve al grano —apremió Rowland.

—Juro que no tardé en llegar más que unos minutos y doy gracias a Dios por esos minutos o no estaría aquí para contarlo. A veinte metros de la casa encontré el carruaje destrozado cual restos de un huracán. Pero un huracán no destroza los cuerpos. Estaban repartidos por el suelo, como si las bestias se hubiesen hecho cargo de ellos. Encontré a mis pies la cabeza de John, ¡arrancada! —gritó el hombre, enfatizando la última palabra.

Taylor volvió a darle el vaso lleno, el recuerdo de la cabeza a sus pies hizo que su respiración volviese a ser dificultosa.

—Oí voces y me acerqué a escondidas. Estaba muy asustado y

no quería acabar como ellos, así que no me aproximé mucho, pero sí lo suficiente para ver al mismísimo diablo. Se elevaba en el aire y bailaba. El diablo… ¡yo lo vi! Era el diablo, él vino a castigarnos. El diablo… ¡yo lo vi!

—Ha perdido la cabeza —Rowland cogió la botella y bebió de ella, después llenó un vaso y se lo entregó a Taylor —. Ve y comprueba lo que dice este imbécil.

—¿No vienes? —preguntó Taylor tras apurar su vaso.

—Estás loco, no quiero que me vean por allí —Rowland volvió a beber de la botella, esperando que Taylor no notase su nerviosismo —. Llévate a éste de aquí y asegúrate de que no hable.

—Ha perdido la cabeza, ¿Quién le va a creer? Está loco.

El relato del hombrecillo que tenía delante le había puesto de los nervios. Ahora empezaba a replantearse su actuación. Tenía que haber esperado a que el sacerdote le avisase de que tenían las mujeres, pero no pudo esperar y se anticipó. Había aprovechado la aparición de los cazadores para reclamar algunas mujeres y obtener su placer con ellas amparado en los papeles que el sacerdote le dio. Se había excitado demasiado con el recuerdo de su intervención en Essex y no pudo esperar. No vio nada de malo en tomar algunas mujeres por su cuenta. Había hecho lo mismo que hicieron la vez anterior, la única diferencia era que aquí no existía orden de enjuiciamiento por los cazadores. ¿Sería aquello un castigo?

—Rowland, ¿hay algún problema? Nadie te va a relacionar con aquello, yo me encargaré de que este estúpido no hable —Taylor se apresuró a calmar a Rowland, no quería perder su relación con él, había mucho dinero de por medio y ahora él necesitaba ese dinero.

—Sal de aquí, tengo que pensar. Y no olvides dar una vuelta por allí, este imbécil no vio a las mujeres y no quiero que estén allí cuando el sacerdote aparezca —se dirigió hacia la mesa y sacó una bolsita en la que sonaron monedas—. Límpialo todo, que no quede rastro —dijo y le arrojó el dinero a las manos.

Taylor se apresuró a recoger la bolsa antes de que cayera al suelo, su rostro mostró la felicidad cuando sopesó la cantidad de la bolsa.

—Déjalo todo en mis manos. —Agarró al hombre por el abrigo y lo arrastró fuera del despacho.

Rowland esperó hasta oír la puerta principal cerrarse para expresar su rabia. Entonces estrelló el vaso contra la chimenea y el licor hizo crepitar las llamas.

19

Al caer la noche, los nervios de Marcus ya estaban crispados, ya no podía ocultar su furia. Había pasado el día entero paseando por la casa, iba y venía de la biblioteca. Esperaba ver aparecer a su hermano y cada vez volvía solo y un poco más frustrado e impaciente. La cueva aún le retenía y y a él le nagaba la entrada, si por lo menos pudiera verlo. Tentaba su mente, pero no había respuesta.

—¿Qué diablos está pasando ahí dentro? Maldita sea, Lucien. Como se te ocurra dejarme, te traeré de la muerte para que veas cómo me quedo con Thara, te lo juro— maldijo Marcus y arrojó la botella de brandy, ya vacía, a la puerta impenetrable de la cueva.

—Milord… —preguntó Edward mientras asomaba la cabeza por la puerta de la biblioteca. Su llamada había coincidido con el estallido de la botella y preocupado abrió un poco la puerta.

—No hay respuesta —contestó Marcus enojado.

—Verá, milord. Nos preguntábamos si tampoco bajará a cenar milady —Edward pensó que tal vez debería haber formulado la pregunta de otra forma, pero ya estaba hecho. En la cocina todos estaban preocupados por la señorita.

El vaso que Marcus tenía en la mano corrió la misma suerte que la botella. El ruido asustó al anciano que trastabilló hacia atrás.

—Maldita puerta —exclamó Marcus—. No quiero verla, no estoy de humor para dar explicaciones.

—Bien, milord —Edward se dispuso a marcharse sin saber con exactitud si esa respuesta implicaba un sí o un no, pero no volvería a preguntar.

Durante la mañana, había pensado varias veces en despertarla pero el hecho de que tendría que dar explicaciones por lo ocurrido le hacía arrepentirse y posponer un poco más la hora de levantar el hechizo del sueño. Durante la tarde, ya ni siquiera se acordó de ella. Estaba tan rabioso con la cueva que su pensamiento se centraba solo en maldecir a la puerta y a su hermano. Incluso había arrojado su furia contra Darius cuando preguntó por Lucien. Ahora mismo, tampoco estaba de humor para recibir a los gemelos Blackstone y no tardarían mucho en aparecer.

—Despierta —la voz de Marcus fue, durante unos segundos, todo lo melodiosa y suave que el hechizo requería, después volvió a lanzar maldiciones.

Poco a poco, Thara fue abriendo los ojos y se estiró, tenía la

sensación de que había dormido demasiado. Cuando los últimos vestigios de sueño la hubieron abandonado se sentó en la cama. Por unos segundos estuvo confusa, tenía su camisón de dormir, pero no recordaba habérselo puesto, es más, lo último que recordaba era que había hablado con Jason, no, pensado en Jason, en su extraño comportamiento. En su madre, en Lucien…

Lucien.

Su corazón dejó de latir, Lucien estaba en peligro. Se levantó de la cama y buscó algo con que vestirse, necesitaba hablar con Lucien. Estaba abriendo el armario para coger un vestido cuando un nuevo recuerdo vino a su mente. Había visto a Lucien volar por los aires, como si estuviese poseído, Marcus dijo que estaba bajo la magia negra. Ellos habían pronunciado hechizos…

Thara se dejó caer sobre la alfombra, y se sentó en el suelo.

Había sido un sueño.

Eso no sucede en la vida real. Se había dormido pensando en su madre y en su juicio por brujería y eso había hecho que soñara esas cosas.

Pero todo había sido tan real.

Estaba muy confusa, miró el fuego, intentaba calmar su mente, pero el balanceo de las llamas no conseguía más que confundirla cada vez más. Tal vez si bajaba y buscaba a Lucien.

—Milady, me alegro de verla —saludó Mary cuando Thara atravesó la puerta de la cocina. Después miró a su marido y suspiró aliviada.

—Milady, ¿se encuentra bien? —preguntó Edward sonriendo. Marcus la había despertado, ahora solo tenían que mantenerla lejos de la biblioteca y de Marcus.

—Edward, ¿dónde está el señor? —preguntó Thara.

—Está fuera, milady. Cenará en el club.

—¡Oh! Claro, no lo había pensado —contestó Thara, la desilusión se instaló en su corazón.

—Milady, ¿quiere cenar? —preguntó Mary para animarla, había notado su desilusión.

—Primero quisiera dar un paseo por el jardín, necesito tomar el aire.

—Llamaré a Meg para que traiga su abrigo, hace frio fuera — Mary se levantó de la mesa y salió de la cocina.

Thara miró a Edward, el hombre bajó la cabeza y evitó su mirada, no estaba seguro de poder mantener la mentira si ella le miraba tan apesadumbrada.

—Edward, perdone, quisiera saber…

Edward levantó la mirada esperaba oírla, dispuesto a contar todo cuanto sabía. Después de todo el día en tensión, no creía poder aguantar un interrogatorio mucho tiempo.

—Suele Lucien, esto… Tiene Lucien… —Thara no sabía cómo formular la pregunta, o tal vez no quisiese oír la respuesta.

—¿Milady?

—Tiene Lucien… alguna mujer…

Por el rubor que tiñó las mejillas de Thara y la forma en que apretaba la falda del camisón entre sus manos, Edward supo la pregunta que ella quería hacer.

—Milady, no creo que yo deba contestar a esa pregunta.

—Pero… por favor Edward.

El anciano miró a Thara y se conmocionó con su mirada, su rostro era tan inocente, por lo menos no tendría que mentirle.

—Que esto quede entre nosotros, ¿eh? —le pidió Edward con una sonrisa de complicidad—. Mentiría si le dijera que no ha habido mujeres en la vida del señor, pero puedo decirle que ya hace décadas…quiero decir, años —se apresuró a corregir el anciano— que mi señor no tiene a ninguna mujer.

Quizá pudiera ser ella esa mujer aunque fuese en concepto de concubina, se sobresaltó al darse cuenta de lo rápido que había aceptado la idea de ser la amante de Lucien. En aquellos momentos cualquier cosa le servía con tal de que no la casase con nadie.

Su cabeza volvía a divagar, estaría perdiendo la cordura. Sueños que parecían realidad, frases que oía sin que nadie hablase, necesitaba centrarse.

Thara se despidió del anciano y se dirigió hacia los jardines, tal vez el aire fresco de la noche aclarase sus ideas.

Se suponía que tenía que mantener a Thara alejada de Marcus, pero como iba a conseguirlo si él no se quedaba en la biblioteca, pensaba Edward mientras se dirigía a atender la llamada de la puerta y vio a Marcus caminar hacia allí también.

—Buenas noches, caballero, ¿puedo ayudarle en algo? —preguntó Edward cuando abrió la puerta.

—¿El señor Laverty? —preguntaron.

—Darius, me alegro de verte —saludó Marcus apartando al viejo mayordomo.

—Marcus —respondió el hombre de la puerta.

Edward permaneció callado junto a Marcus, esperó que el hermano de su señor le informase de algo cuando terminaran los efusivas muestras de alegrías.

—Edward, permíteme presentarte a Darius Blackstone. Darius,

Edward, el mayordomo de mi hermano.

—Edward, es un placer conocerle.

—Créame, el placer es mío —Edward hizo una pequeña inclinación de cabeza saludando a Darius.

—Llego tarde —preguntó un segundo hombre que se acercaba por la espalda de Darius.

—Iam, hermano mío.

No hacía falta asegurar que los dos recién llegados eran hermano, eran tan idénticos entre sí como lo eran Marcus y Lucien.

Edward se llevó la mano a los cabellos y pasó sus dedos entre ellos, alucinado. Ver dos hombres iguales era algo raro, pero ver dos parejas de gemelos, eso era aún peor. No pudo evitar preguntarse si serían como los hermanos Laverty.

Darius abrazó a su hermano, después Iam se acercó a Marcus y le palmeó la espalda.

—¿Cómo va eso, Marcus? ¿Sabemos algo más de Lucien?

—Nada nuevo.

—Edward, perdone que le dé tanto trabajo pero puede preparar una habitación para los hermanos Blackstone, se quedaran con nosotros algunos días.

—Por supuesto milord, en seguida estarán listas. Mientras, puedo ordenar que les preparen unos aperitivos.

—Gracias, Edward. Que los lleven a la biblioteca —pidió Marcus mientras hacía pasar a sus nuevos invitados al interior de la casa.

—Edward, perdone las molestias que podamos ocasionarles —se disculpó Darius.

—No tiene que disculparse, lord Blackstone.

Marcus acompañó a los recién llegados hasta la biblioteca y Edward caminó hacia la cocina.

—Edward, han llamado a la puerta, ¿eran ellos? —preguntó Thara. Había querido ir a su encuentro pero Mary le había pedido que esperara el retorno de su esposo.

—No, milady. Milord no ha vuelto. Mary, tenemos dos invitados. Lord Laverty dice que se quedaran unos días, ordena que preparen dos habitaciones, las del fondo del pasillo estarán bien.

—Bien —aceptó Mary.

—Pero, ha dicho que Lucien no ha vuelto. ¿Cómo van a quedarse esos hombres y quiénes son? – preguntó Thara con mucha inquietud.

—Milady suba a su habitación, por favor.

—Edward, ¿qué me está ocultando? ¿Dónde está Lucien? —Thara se impacientaba cada vez más.

—Milady, por favor —pidió Edward.

—Edward… —Thara tomó la mano del anciano, suplicó una respuesta.

Una respuesta que llegó por otro lado. El contacto, que apenas duró unos segundos antes de que Edward retirara la mano, le transmitió a Thara un sinfín de emociones del anciano mayordomo, la preocupación por el estado de su señor, por cómo mantenerla a ella lejos de Marcus, inquietud por esos extraños que acababan de llegar aun a pesar de que Marcus los conocía bien, la certeza de que los recién llegados eran como Lucien. Edward estaba agotado emocionalmente.

—Que me lleven algo de cenar a mi habitación, no creo que deba estar por aquí con esos extraños en casa. Cuando vuelva Lucien, háganle saber que quiero verle —Thara habló despacio, controlaba cada palabra que salía de su boca, quería ser convincente y que la dejaran marchar sola.

—En seguida subirá Meg con su cena, milady —aseguró Edward.

Thara le dio las gracias a Edward, las buenas noches a Mary y salió de la cocina. Ya en el pasillo caminó decidida hacia la escalera que la conducía a su habitación. Pero no miraba la escalera, su vista estaba clavada en la puerta de la biblioteca que se encontraba apenas unos pasos más allá. Sus pies se detuvieron en el primer escalón y miró hacia atrás, nadie la había seguido desde la cocina. Se acercó a la puerta cerrada de la biblioteca y agudizó su oído.

—Ya lo he intentado, pero parecer haber cortado el vínculo —decía alguien, la voz le resultaba familiar.

—¿Crees que podrías verlo con el caldero? —preguntó otra voz masculina, pero no la reconocía, tenía un extraño acento norteño.

—No pienso volver a mi cueva y dejarlo solo —contestó enfurecido la primera voz.

Dentro…

—¿Y vamos a dejarlo ahí dentro? —gritó Iam— Esto es absurdo, puede estar ahí una eternidad.

—Si se te ocurre alguna idea, estoy dispuesto a llevarla a cabo —le aseguró Marcus que ya había agotado por si solo todas las posibilidades que se le habían ocurrido a lo largo del día.

—Debe de haber alguna forma de que la cueva nos reconozca. Deberíamos poder verle —se quejó Darius.

—¿Habéis pensado que tal vez la cueva no nos quiera dentro? —concretó Marcus. Volvió a llenar el vaso de licor, deseaba emborracharse con aquel licor y olvidar por un rato la impotencia de no poder ni siquiera ver a su hermano.

—Nos consolaremos pensando que al menos no está muerto —calmó Darius.

—Maldita sea, quién te dice que no lo está. Marcus vio la espada de la luz clavarse en su pecho —estalló Iam.

—¿Una espada…? —gritó Thara. No había abierto la puerta pero ésta se abrió de golpe y ella entró corriendo presa del pánico. Sus pasos se detuvieron ante dos hombres totalmente iguales.

—Thara —la llamó Marcus al ver la expresión de terror en su rostro al verse atrapada entre Iam y Darius.

Thara se volvió hacia la voz que la llamaba, la había oído en la conversación. Sus ojos se abrieron de golpe cuando vio a Lucien. Sin embargo, su sorpresa duró apenas unos segundos, su mente le había jugado una mala pasada.

—¿Dónde está Lucien? —le preguntó al acercarse a Marcus. Escenas de su pesadilla de aquella noche la hicieron sentirse a gusto con Marcus, le dieron confianza en él. Sentía que a falta de Lucien, podía confiar en su protección.

—Thara, no deberías estar aquí —le contestó Marcus. Evitaba su pregunta.

—Eso es lo mismo que pensaba Edward, lo leí en su mente —lo había dicho como si fuese algo de lo más normal. Iam y Darius la miraron incrédulos.

—¿Y quién es esta preciosidad? —preguntó Iam. Sintió su cuerpo reaccionar ante ella. Sus ojos la recorrieron sin contemplaciones de arriba abajo, desde su cabello color ocre, apenas recogido que dejaban libre todos sus bucles, sus ojos verdes cristalinos como la hierba bañada por el rocío, sus pechos ni grandes ni pequeños, perfectos para su mano y prometían salirse del vestido si ella seguía respirando tan acalorada. Podría rodear su pequeña cintura con ambas manos y subirla sobre su miembro sin ningún problema. Se embriagó de su perfume de lavanda y…el olor que ella desprendió al girarse para encararlo contestó su pregunta. —¡Es ella! ¿Verdad?

—Thara… —Marcus comenzó las presentaciones mientras asentía con la cabeza respondiendo a Iam—. Permíteme presentarte a los hermanos Blackstone, Iam y Darius —había acompañado sus nombres con una indicación de mano.

Thara observó por primera vez con detenimiento a los dos hombres. Eran tan idénticos entre sí como lo eran Lucien y Marcus, tantos gemelos juntos era extraño. Tenían el mismo cabello negro intenso que Lucien y la misma construcción musculosa que parecía tener a su ropa en tensión, que amenazaba con romperse si se

movían. Thara elevó sus ojos con curiosidad hasta encontrar los de Iam, después, se volvió hacia Darius, los mismos ojos dorados, aunque los de ellos tenían un borde oscuro, casi ocre. Su mirada volvió a Marcus, había mucho parecido entre ellos.

—Es un placer, caballeros —dijo por fin— ¿También son hermanos de Lucien?

Darius elevó sus cejas sorprendido, nunca pensó que su parecido con Marcus fuera tan evidente.

—Tenemos el mismo padre, milady —contestó Iam que se inclinó para coger su mano y besarla.

—Iam —Marcus le llamó la atención antes de que tomase su mano y leyera la mente de Thara.

Iam elevó sus brazos y dio un paso atrás en señal de renuncia. Una sonrisa pícara se dibujó en sus labios, había sido descubierto.

—El placer en nuestro, señorita —saludó Darius que se limitó a hacer una pequeña inclinación de cabeza antes de que Marcus le llamara también la atención por intentar tocarla.

«*Has tenido la misma reacción que yo, ¿verdad*?» preguntó Iam en la mente de su hermano.

Darius se limitó a reír abiertamente.

—Lo sabía —exclamó Iam.

«*Pero será a ti a quien mate Lucien cuando llegue a enterarse de lo duro que te has puesto al mirar a su hembra.*»

«*Maldita sea, no he podido evitarlo, ese olor es el afrodisiaco más potente que he visto*.»

«*Pues contrólate, no quiero verte en la situación de Lucien, con una espada en el corazón.*»

Los gritos de Thara les sacaron de su conversación privada.

—¿Dónde está Lucien? —volvió a preguntar, no iba a dejar que tanto espécimen masculino impresionante la apartaran de su interrogatorio y Marcus parecía más interesado en las risas de Darius que en responder a sus preguntas.

—Solo podemos decirte que está bien. —Marcus intentó tranquilizarla, pues se había alterado más de lo que ya estaba, mientras él prestaba atención a las risas de Darius y al silencio de ambos hermanos que seguro mantenían una conversación mental. El motivo sin embargo no era difícil de averiguar, Iam y Darius se habían sentido tan atraídos hacia Thara como lo había hecho él la primera vez que la vio, por suerte, él supo controlarse más de lo que lo había hecho Iam. Si bien su control se debió en parte a que tenía delante a su hermano. Iam había caído preso de sus encantos sin tener a nadie que le parara los pies.

—No soy tonta. Os he oído hablar antes de entrar y no estáis seguro de ello. Y sin embargo, sabéis donde está.

—Thara no podemos hacer nada por él, solo esperar – intervino Darius.

—Está en buenas manos – añadió Iam.

—¿Le habéis visto? Quiero verlo —ordenó Thara a la vez que sujetaba la mano de Iam.

«*Nosotros también*» pensó Iam.

—Te he oído —acusó Thara —Si no le habéis visto cómo sabes que está bien.

—¿Hasta dónde llega esta mujer? —preguntó Darius alucinado.

—Hasta donde puedas llegar tú, así que protégete —contestó Marcus.

—¡Santo cielo! Es alucinante— exclamó Iam emocionado.

—Dejaros de estupideces y contestad de una maldita vez — Thara golpeó a Iam en el pecho con una fuerza que no hubiera querido emplear pero que salió sin más. Tenía que reconocer que no era un comportamiento muy femenino pero su paciencia llegaba a su límite.

El golpe cogió a Iam desprevenido y le hizo retroceder unos centímetros.

—¡Guau! —exclamó— ¿Habéis visto esa fuerza?

—Dejad de burlaros —gritó Thara con la voz cortada por la rabia.

Thara se sentía furiosa, esos hombres se burlaban de ella, ninguno iba a decirle donde estaba Lucien. Sus ojos se llenaban de lágrimas y no se sentía con ganas de luchar por contenerlas. Sus sueños la habían alterado mucho y su necesidad de ver a Lucien agotaba su control. Un sollozo escapó, necesitaba ver a Lucien, aquella necesidad la estaba ahogando y dolía tanto como habían dolido aquellos latigazos, aquellos cortes. Su cabeza se empeñaba en hacerle recordar cosas que ya no sabían si eran ciertas o imaginaciones y sueños. Estaba perdiendo la cordura y ellos no ayudaban mucho. Sorbió por la nariz y volvió a sollozar. No quería llorar ante aquellos hombres, no les daría la satisfacción de ver que se hundía ante sus bromas.

Marcus miró a Thara y sintió una inmensa pena por ella. Hacía ya tanto tiempo que no se emocionaba por algo que aquel sentimiento le sobrecogió.

—Thara, mírame —se había acercado a ella y tomó sus manos entre las suyas—. Confía en mí, como lo hiciste antes. Lucien está bien.

«*¿Cómo lo hiciste antes?*» pensó Thara. En su sueño, Marcus le pedía que confiara en él para salvar a Lucien. Sacudió la cabeza para centrarse en la realidad.

—Intentas creértelo, pero tampoco estas seguro.

—Te ha pillado, tío —se burló Iam.

—Cállate, Iam —le reprendió Darius.

—Thara créeme si pudiera darte una prueba de que Lucien está bien, te la daría, pero solo tengo mi seguridad y no es algo tangible. Lo siento aquí —se llevó la mano femenina hasta su corazón.

—Sé que lo crees pero yo siento algo distinto. Sé que me necesita. Estoy tan segura de mis sensaciones como tú de las tuyas —Thara hizo el mismo gesto que Marcus y se llevó la mano masculina a su corazón.

Con la mano bajo el pecho de Thara, sintió su corazón latir muy lento, como si estuviera adormecido y en cambio ella estaba muy alterada. Aquel ritmo no correspondía a su estado. Marcus miró a los hermanos Blackstone con una pregunta en sus ojos.

¿Percibiría ella a Lucien?

La misma sangre recorría ambos cuerpos, Quizá también la misma magia. Ella había sido creada para Lucien. Aceptó su sangre cuando ninguna gota había abandonado jamás un cuerpo inmortal. Estaba claro que algo especial les unía, ella había buscado a Lucien como Lucien la buscó a ella anoche, ambos eran la salvación del otro. Sin ella, anoche Quizá no hubiese podido salvar a su hermano.

—Duerme.

Iam pronunció el hechizo del sueño. Era la mejor forma de poder hablar sin que ella se enterase.

—Dadme un descanso, no creía poder aguantar tanto.

—No te preocupes, todos hemos caído en lo mismo. Habéis descubierto en vuestras propias carnes lo que sienten las mujeres hacia vosotros —dijo Marcus riéndose de la situación que ahora vivían los hermanos.

—Me vas a decir que también tú lo has sentido —preguntó incrédulo Iam. Marcus atraído por la hembra de su hermano.

—Solo que yo tenía a Lucien controlándome cuando la conocí. Pero te juro que fue asombroso.

—No nos dejemos llevar por la atracción hacia una hembra y centrémonos en lo nuestro —les reprendió Darius.

—No pensé que con la sangre se traspasasen los poderes —admitió Iam.

—Ninguno lo pensamos. Ni siquiera Lucien lo hizo, su única preocupación era salvarla —Marcus miró el cuerpo de Thara que

aún sostenía entre sus brazos—. Me pregunto si la maldición les unió en todo. Si eso habrá creado un vínculo más estrecho entre ellos, tal vez ella pueda cruzar la cueva.

—No sé lo que siente Lucien por ella, lo que sí sé en cuanto lo ama ella. Me sorprendió más el golpe de sentimientos que su fuerza.

—Lucien está tan enamorado de ella como ella de él, solo cabe esperar que no tarden mucho en darse cuenta —confesó Marcus.

—Supongo que es la maldición de Danu lo que ha hecho que estén tan vinculados —agregó Iam.

—Pero ¿tienes idea lo que pasará cuando ella lo vea con la espada atravesando su cuerpo?

—No lo verá— aclaró Marcus—. No la despertaremos.

Con Thara en sus brazos, caminó hacia la pared. Rogando a Danu en silencio que le dejase ver a su hermano. Avanzó un pie despacio, esperando no toparse con la puerta cerrada. Marcus respiró aliviado cuando su pie desapareció al otro lado. La cueva estaba aceptando a Thara, incluso se había iluminado con la misma luz blanca plateada de Lucien, de la espada de la luz.

Marcus vio a su hermano tumbado sobre el suelo de la cueva y la espada seguía en el mismo lugar, clavada en su pecho, directa a su corazón. Con Thara en sus brazos, descendió la escalera hasta llegar a los pies de su hermano.

Observó a Lucien, estaba tan tranquilo, como si de verdad estuviera muerto, sin embargo él lo sentía vivo. Un halo de luz plateada envolvía la espada y su cuerpo, formando un todo.

Durante unos momentos miró el cuerpo de Lucien, inerte. Y hubiera permanecido allí quieto, tan solo mirando, si el cuerpo de Thara no se hubiese movido tanto. Como si aún en sus sueños, ella estuviese despierta y quisiese acercarse, quisiese tocarlo. Marcus descendió hasta colocar a la mujer que llevaba en brazos en el suelo, junto a su hermano. Se lo debía, se dijo. Ella le había llevado allí. Colocó su mano sobre el corazón de Lucien. Si su parte mágica podía sentirlo, que notara que latía, aunque tan despacio como el suyo. El frío de la afilada hoja de acero quedó apagado cuando el calor procedente del cuerpo masculino subió por el brazo femenino. La esencia de Lucien reconoció de inmediato la mano que lo tocaba y se volvió más brillante.

«*Todo irá bien. Todo está bien*» —le dijo Thara. Marcus pudo sentirlo en su mente—. «*Ya estoy aquí. Ahora todo irá bien, yo te ayudaré igual que tú lo hiciste conmigo*.»

Una sonrisa se dibujó en sus labios. La magia iba mucho más allá en aquella pareja. Incluso dormida, Thara podía sentir a su

hermano y Lucien la estaba sentía a ella.

20

«… O termine con mi vida.»

Esas habían sido las últimas palabras de Lucien. Casi no oyó el grito desgarrador de su hermano cuando el significado de aquellas palabras se hizo evidente para él. No estaba dispuesto a vivir con aquello en su cuerpo, esperaba cualquier descuido para tomar el control y destrozar todo cuanto tuviera a su lado. Había tomado una decisión, no iba a permitir que aquellas manos volvieran a tocar a Thara, ella se merecía algo más, aunque ello significase que lo encontrara con otro.

Así no se vive…

Hubiera querido que su hermano entendiera sus motivos pero no hubo tiempo para conversaciones. La espada de la luz se clavó directa al corazón, a su alma, a su esencia mágica, a su esencia vital.

Pudo sentir el frío acero hundirse en su corazón, después simplemente… vacío. No bombeaba, su sangre no salía, la herida no estaba destinada a acabar con su vida, debió de sentirse bien, pero no fue así.

Su cuerpo fue elevado y transportado hasta la cueva. Aquella magia le depositó con cuidado sobre el helado suelo. Tierra y roca bajo él. Sintió la espada hincarse aún más, traspasó por entero su cuerpo y se clavó sobre la roca bajo él.

Volvió a convulsionarse, como tantas veces lo había hecho en el bosque, su cuerpo se dobló sobre sí mismo todo lo que la espada le permitió. Todo en él se desató, su magia, su esencia, su sangre, su inmortalidad, sacudiéndole. Su esencia vibrada, buscando la vida; su sangre recorría su cuerpo a una velocidad anormal, podía sentirla atravesar el frio metal de la espada como si ésta hiciese de filtro. Su inmortalidad, aún latente en él, reclamó la sangre. Su magia… su magia se dividía y eso era lo que tanto trastorno le producía. La oscura se negaba a separarse de la suya por nacimiento, luchaba por no ser atraída a la espada, quería expulsar la esencia mágica.

Durante un tiempo, Lucien pensó que no soportaría aquello, que su cuerpo estallaría en mil pedazos y se abatía a la espera de un final, pero entonces, la cueva dejó de ser la estancia hermética que había sido durante siglos y los gritos y las maldiciones de su hermano empezaron a llegar hasta sus oídos. Lucien sonreía al verlo

luchar tanto por su vida. Cuando Marcus se callaba, dejaba paso a un aroma a lavanda y a un halo de magia femenina, era capaz de reconocer ese olor en cualquier sitio y momento… Thara.

Después, volvió a quedar sumido en el silencio y todo volvió a empezar. Su sangre hervía, en sus venas y su velocidad, recorría su interior, le hacía tener la sensación de que iba a explotar. Su espalda se arqueó y atravesó la afilada hoja de acero de la espada de casi un metro de longitud. Su pecho tocó la empuñadura y volvió a caer hasta dar con sus huesos en el suelo. Seguía clavado a la tierra por aquel acero ancestral y poderoso. Se desvaneció.

El vacío lo llenaba ahora todo. Le habían arrancado la esencia de la vida, aquello que recorría su cuerpo, ni siquiera quedó sitio para la indiferencia, solo vacio.

Entonces, sintió el calor de una mano sobre su corazón, que le transmitía energía, era una esencia femenina, su esencia. La sintió alejarse y con ella su percepción del mundo. Se desmayó de nuevo.

Volvió a despertar, durante unos segundos, aquella inmensa calma le desorientó. ¿Cuánto tiempo llevaba abajo? O lo que era más importante ¿cuánto tiempo estaría allí?

Había soñado, no, había repasado tantos recuerdos, sus orgías en el bosque, sus ansias de poder. Vio a Iam materializarse en su puerta, esperando. También Darius había venido, pero él no había sentido a ninguno de los dos. Cuántas cosas más habían sucedido a su alrededor sin él saberlo.

«Lucien… Lucien…»

La había oído llamarlo mientras su lucha interna tomaba de nuevo las riendas de su cuerpo, pero ahora camino de la supervivencia, lucharía por volver a verla. Lucharía por ella.

Esta vez, cuando todo acabó, no quedó sumido en el letargo. Movió sus manos, extendidas a lo largo de su cuerpo, comprobó que tenía control sobre ellas. Tocó la espada clavada en su pecho y una inmensa luz plateada iluminó la cueva. Lucien cerró los ojos y desvió la cabeza. Todavía con los ojos cerrados, sintió la espada salir, dejarlo libre de su cautiverio. Cuando estuvo seguro de que ya no estaba clavado al suelo, giró sobre sí mismo alejándose del lugar. Al abrir los ojos, Lucien pudo comprobar que la espada estaba de nuevo en su pedestal de roca.

Su mirada fue atraída por una esfera negra que flotaba en el centro de la cueva, como una bola de cristal que contenía una especie de humo negro. Alargó la mano para tocarla, la espada se removió en la roca y la esfera se alejó, repelida por su mano.

—Mi magia negra —afirmó. Su parte oscura había sido

atrapada. Incapaz de destruirla, la cueva la había encerrado allí. Un recuerdo, un aviso o una advertencia al alcance de la mano.

Lucien dio unos pasos hacia atrás y la bola volvió a su lugar. No volvería a caer de nuevo bajo su control.

Con firmeza y determinación caminó hacia la escalera. Su deseo de ver a Thara era tan urgente que le oprimía su recién estrenado corazón. Ya al pie de la escalera volvió a detenerse. Recordaba vagamente haber visto a Thara junto a su cuerpo en las afueras de la casa donde rescataron a las mujeres.

La había sentido en la casa mientras estuvo atravesado por la espada pero ahora la cueva volvía a ser hermética. ¿Estaría aún ella allí? Miró la espada, esperaba una respuesta.

Ahora tenía miedo, el miedo a perderla y el deseo de verla luchaban en su interior. Su cuerpo se había convertido en un campo de batalla permanente. Una dolorosa lucha entre hacer que Lucien avanzara escaleras arriba para correr a su lado o detenerlo para no averiguar su paradero.

«*Las manos de Lucien acariciaban los pechos desnudos de Thara, manos sucias, cubiertas de sangre. Unas manos que arrancaron y destrozaron el vestido de ella.*

El interior de Thara quiso gritar de miedo y de dolor, gritar de repulsa, su boca gritó de placer cuando la boca masculina se apoderó de uno de sus pechos. Quería apartarse, quería empujarlo y luchar. Su mente quería alejarse, pero su cuerpo no tenía la más mínima intención de apartarse. Sus manos sujetaron la cabeza de Lucien y la apretaron contra su pecho.

—Eso es pequeña zorra, yo te daré lo que quieres — le había dicho Lucien.

La contestación de Thara salió sin ella poder detenerla.

—Siii — gimió Thara.»

Mientras aquella escena se desarrollaba en su mente, Lucien corrió escaleras arriba.

«*Odiaran la inmortalidad que les has dado*» la amenaza de Danu era ahora su único castigo.

«Los de nuestra raza no aman» la sentencia de su padre.

Pero él sí amaba, él la amaba a ella de eso estaba ahora seguro. Había tenido que estar a las puertas de la muerte para darse cuenta de ello pero no le importaba, tenía toda la inmortalidad para conquistarla de nuevo.

Ahora lo único que quedaba era una acuciante necesidad de verla. Una necesidad que dolía en todo el cuerpo. Todo en él clamaba por ella. Haría cualquier cosa por demostrarle que no era

el monstruo que ella había visto.

21

—Señor, un sacerdote está esperándole en la puerta de entrada —le informó su mayordomo.

Rowland apretó el vaso del que estaba bebiendo. ¿Qué hacía ese hombre allí?

Demoró su respuesta demasiado tiempo y no quería impacientar al sacerdote.

—Hazle pasar a la biblioteca. Enseguida voy.

Nada más salir su mayordomo ya se había arrepentido de su respuesta. Debió decirle que no podía verle, podía haber fingido indisposición. No estaba de humor para atenderle en estos momentos. Todavía intentaba digerir las noticias de Taylor sobre lo acontecido en la casa. Cómo podía ser que los cuerpos hubieran desaparecido, ¿Dónde diablos habían ido esas mujeres? Tampoco había rastro de sus secuaces, tan solo el carruaje destrozado.

«—Podría decirse que ha sido un accidente —le había dicho Taylor — pero no tiene pinta de eso. Más bien parecía que habían sido atacados por una bestia. Tampoco hay restos de los cuerpos, aunque he encontrado algo de sangre. Tal vez en el fondo sí hayan sido atacados por animales y se han comido sus cuerpos.

—Eres imbécil, en Londres hay muchos zorros, eso no destroza un carruaje – Rowland había empezado a perder los nervios. Empezaba a sentir miedo en sus huesos y eso lo estaba poniendo de muy mal genio.

—Entonces cual es su teoría. ¿No irá a creer que el diablo los mató?

—Márchate —le gritó —y no vuelvas hasta que no te reclame.

Taylor no pudo evitar reírse, aunque se abstuvo de que Rowland le viera, realmente ese hombre estaba asustado, creía que el diablo existía. Se limitó a retirarse, no convenía contradecir a un hombre que pagaba tan bien por cualquier servicio.»

El sacerdote estaba ya en la biblioteca cuando él llegó, y a decir verdad, algo nervioso. Deambulaba por la sala con un vaso de jerez en la mano que el mayordomo le había ofrecido para templar sus nervios. Se paró en seco cuando la puerta se abrió.

—No va a creer las noticias que le traigo —le asaltó nada más entrar Rowland—. Se nos han adelantado. Impostores.

—Cálmese —le pidió Rowland con la mano le indicó que tomara siento junto al escritorio. Luego caminó despacio y tomó asiento al otro lado.

—Han torturado a unas mujeres haciéndose pasar por sacerdotes

en un falso juicio por brujería —las palabras salieron en tropel de la boca del sacerdote.

—¿Dónde ha oído eso? —preguntó Rowland, sus nervios empezaban a calmarse, aquel hombre no sabía nada de que él hubiera sido uno de ellos.

—Alguien vino a buscarme para que diera la extremaunción a una mujer. Cuando llegué a la consulta del médico lo vi —el anciano hizo una pausa para beber el licor. Rowland se levantó para llenar el vaso de nuevo—. Tres mujeres descuartizadas a latigazos. Una de ellas aseguraba que las habían acusado de brujería y torturado por ello. Pero yo no he abierto ningún caso. Soy el encargado de la iglesia para los casos de brujería – el sacerdote enfatizó sus últimas palabras dándole importancia al hecho.

—Londres es una ciudad que esconde muchos depravados — Rowland casi rompe a carcajadas por su respuesta.

—Serán encontrados y llevados ante la justicia —el hombre de la iglesia volvió a vaciar el vaso—. El médico identificó el emblema del carruaje que se las llevó.

—¿Está seguro? —preguntó Rowland sorprendido, asustado aunque estaba seguro de haber alquilado un carruaje para ir allí.

—El carruaje llevaba el emblema Laverty —informó el sacerdote.

—¿El conde de Barlay?

Rowland detuvo su respiración. Lucien había hallado a las mujeres. ¿Cómo?

—Traigo una orden de su majestad el rey para que detener a ese hombre.

—A Lucien Laverty, conde de Barlay. Eso no es tarea fácil, ese hombre tiene mucho poder. —Rowland estaba más asustado por cada minuto que pasaba. No sería él quien fuera a casa de Barlay a detenerlo.

22

La campanilla de la puerta atrajo la atención de Thara. Su sonido la sobresaltó cuando se dirigía a la cocina. En los últimos días sus nervios estaban demasiado alterados. Marcus y los gemelos no salían de la biblioteca y ninguno le decía dónde estaba Lucien. Cada vez que se acercaba y le preguntaba por él, ellos le daban evasivas o la mandaban a dormir. Estaba perdiendo la noción del tiempo con tanto sueño. Ya había descubierto que eso que ellos le hacían no era normal pero casi se había acostumbrado. No obstante ya no sabía si era de noche o de día. Por suerte, la despertaban cerca de las comidas. Y eso era lo que iba a hacer, comer y conversar un poco con alguien.

La campanilla volvió a sonar y esta vez con más insistencia. Thara miró hacia la puerta y luego hacia la cocina por donde Edward debía venir. Nadie acudía a la llamada.

¿Dónde estaba Edward?

La llamada a la puerta se repitió. Debía ser importante si no desistían, pensó y miró de nuevo hacia la puerta y hacia la cocina, dudosa. Tomó la decisión de abrir ella misma.

—Lady Barlay, tenemos una orden de arresto de su majestad el rey contra la persona de su esposo, Lord Barlay, acusado de traición y herejía —le soltaron de improvisto nada más abrir la puerta. Mientras el hombre hablaba, Thara se fue fijando en los cinco hombres que había delante de ella vestidos con el emblema de la casa real.

—¿Cómo? Se han equivocado…yo no… ¿De arresto?¿Por qué? —Thara no podía dar crédito a las palabras que le habían dicho, aunque las entendía perfectamente. Se le acusaba de herejía, ¿por ella? Y de traición ¿por darle cobijo? Su semblante perdió todo el color y se tornó blanco.

—¿Lady Barlay? —la pregunta vino de un hombre oculto entre el escudo humano que formaban los soldados.

—No… Thara Davenport —contestó aturdida aún por la orden del rey.

—¿Thara… Davenport? —aquellas palabras no eran una repetición de su nombre, ni una confirmación de que no era la esposa del conde, era una sentencia.

Thara reconoció aquella voz incluso antes de ver al hombre que se abrió paso entre la guardia real. Cada poro de su piel se erizó de

temor. Ni siquiera podía huir, sus piernas se habían quedado paralizadas de miedo.

—Tú… aquí —murmuró asombrado Rowland mientras se acercaba a ella—. Me alegro mucho de volver a verte… Thara.

No pudo abrir la boca, el miedo se había tragado sus palabras.

Mientras tanto, en la biblioteca…

—Demasiada gente a mi funeral —exclamó Lucien cuando al entrar en la sala encontró reunidos a su hermano, a los gemelos Blackstone, su viejo mayordomo y su joven ayuda de cámara.

—Lucien… —gritaron al unísono.

En tropel, abandonaron la mesa en la que se había servido el desayuno y corrieron a su lado.

El abrazo de Marcus fue tan efusivo que casi le asfixia.

—Bueno, bueno, chico —le calmó Lucien intentando que su voz no mostrara la emoción que aquel abrazo le había producido.

—Ya sabía yo que bicho malo nunca muere —bromeó Iam.

—Ni la muerte lo quiere —se burló Darius, palmeando su espalda.

—Milord, no se imagina cuánto me alegro de verle —le saludó Edward mientras limpiaba sus lágrimas.

Lucien pasó su mirada por la sala, después se quedó quieto.

—Está arriba. Ha estado algo indispuesta… —contestó Marcus, no podía explicarle lo que había pasado con ella. Marcus contuvo la respiración unos segundos y después suspiró aliviado. Si Lucien no había protestado es que no había leído su mente.

—¿Cuánto tiempo llevo fuera?

—Unos días —contestó Darius.

En la puerta…

—Jamás olvidaré tu piel en mis manos, tu sangre resbalando por ellas —le susurró Rowland al oído. —El recuerdo del miedo y la suplica en tus ojos todavía me hace estremecer de placer —el escalofrío que recorrió el cuerpo de Rowland fue visible hasta para Thara que intentó escapar pero sus espalda dio con la pared. Rowland agarró la mano de Thara y se la llevó a la entrepierna aprovechando que ahora estaba de espaldas a los soldados y nadie vería nada—. Mira como me pone solo el recuerdo…

—Rowland —le llamaron a su espalda.

El deber le reclamaba, sin embargo se regocijó en pensar que pronto volvería a ser suya.

—Ella es la prueba viviente de la traición de Barlay —gritó apartándose de ella para que los soldados la vieran.

Thara no tuvo tiempo de defenderse, la mano masculina sujetó

el escote de su vestido y tiró de él hacia abajo, rompiendo a girones la tela. Sus hombros y sus pechos quedaron al descubierto.

La mente de Thara se había trasladado a otro lugar, a otro tiempo.

«*— Disfrutaré como nunca con este precioso cuerpo —le dijo al oído mientras sus manos apretaban con demasiada fuerza sus pechos desnudos.*

Thara luchó por zafarse de aquellas manos pero no podía hacer nada, tenía las manos atadas al techo y las piernas inmovilizadas por grilletes.

Aquel hombre la rodeó y tomó entre las manos sus nalgas. Ella quería gritar pero sus labios se negaban a dejar salir ningún sonido. El terror había paralizado todo el cuerpo.»

Rowland la giró con fuerza para mostrar a los hombres que esperaban en la calle, el hombro derecha y la marca de la cruz grabada en ella.

Mientras en la biblioteca…

Tanto tiempo, a él le había parecido apenas unas horas. Miró hacia arriba, podía sentirla en la casa pero su mente estaba bloqueada, como también lo estaba la de Marcus.

—¿Qué le habéis dicho?

—No ha sido fácil… —comenzó a decir Darius.

—Ella no nos cree. Le hemos asegurado mil veces que estas bien y que volverás, pero ella no nos cree …—siguió explicando Iam.

—Cree que le hemos mentido y que estás muerto —añadió su hermano.

Los ojos de Lucien se abrieron desmesuradamente.

—Ella lloraba y lloraba y nosotros…

—¡Qué le habéis hecho! —al terminar la pregunta, de Lucien solo quedaba el eco de sus palabras.

En la puerta…

—Yo mismo la juzgué —gritó Rowland a los soldados—. Aguantaste muy bien, me hiciste disfrutar más que ninguna— susurró para Thara.

«*Un grito escapó de su garganta cuando la hoja del cuchillo cortó su piel en el interior del muslo. La expresión de placer del hombre que la había cortado la dejó sin aliento. Vio las manos masculinas llena de sangre y las sintió manosear de nuevo sus pechos y los manchó de sangre.»*

El grito de asombro de los hombres del rey se confundió con la suplica de Thara.

«Con sus manos manchadas de sangre acarició el desnudo cuerpo de

la joven. Manosearon los delicados pechos. El rostro de Rowland mostraba placer, el de ella estaba desfigurado por el miedo, la furia y la repulsión. Rowland tomó en sus manos hebras del cabello de la mujer, tiñó su ocre con el rojo de la sangre. Thara levantó la cabeza y le miró horrorizada. Sus ojos miraron directamente a Lucien.»

—Lucien… —consiguió articular aunque no estaba segura de haber pronunciado sonido alguno.

El cuerpo de Lucien apareció junto a Thara. Sus ojos miraron a Rowland sin percatarse del estado de ella. Tan solo importaba Rowland.

—Laverty, he de admitir que tienes buen gusto con las mujeres —le saludó Rowland sonriendo—. ¿Es tan fiera contigo como lo fue conmigo?

Si la sola presencia de Rowland ya había vuelto los ojos de Lucien rojos de furia, aquellas palabras desataron del todo su cólera. Su cabeza giró para enfrentar a Rowland. Sus ojos brillaban con el rojo de la sangre en ellos, su rostro se desfiguró cuando el poder del berserker se desató en su interior.

—No… lo quiero para mí – se dijo Lucien a sí mismo. Intentó calmar al guerrero que luchaba por ver la luz y acabar con el individuo que tenía enfrente.

Thara observaba aterrorizada no solo a Rowland sino también a Lucien que respiraba fuerte y resoplaba.

Toda la magia, todo el poder de Lucien se estaba concentrando en él. La rabia, la furia estaban alimentándolo.

—Thara… vete de aquí —ordenó Lucien.

Los soldados del rey congregados en la puerta se colocaron en posición de combate.

Rowland intentó resguardarse entre ellos.

Lucien soltó una carcajada al conocer las intenciones de Rowland.

—Ni lo sueñes – le advirtió—. Llevo una eternidad esperando tenerte en mis manos. El resto para ustedes —les indicó a sus hermanos al sentir su presencia a la espalda.

—Los soldados son míos —señaló Iam.

—¿Todos? —preguntó Marcus.

—No sabéis de lo que soy capaz —se rió Iam y extendió la mano hacia ellos, los soldados se movieron hacia Iam.

Edward le echó el brazo por encima a Thara mientras la acompañaba lejos de los hombres. Thara se refugió en el anciano mayordomo y rompió a llorar.

Lucien levantó a Rowland del suelo sin ni siquiera acercarse.

Rowland pataleaba asustado mientras permanecía suspendido en el aire. Nadie le estaba tocando y sin embargo sentía que le estrangulaban. El hombre se llevó las manos al cuello, quería apartar aquello que le cerraba la garganta impidiéndole respirar. Manoteaba el aire y se rasgaba su yugular sin conseguir nada.

Lucien permanecía impasible, sereno, mientras mentalmente estaba estrangulando a Rowland, pero no lo mataría así. Tenía que sufrir más. Cesó su apretón, en el último momento y permitió a Rowland volver a respirar por tan solo unos instantes antes de que su mente volviese a cortarle la respiración apretando su corazón.

—Ahora soy yo el que siente placer con tu dolor. ¿No te gusta estar del otro lado, Rowland? —le dijo acercándose a su oído—. Dime, ¿no compartes mis gustos? ¿Qué se siente cuando te torturan para obtener placer?

Aquellas palabras trajeron a la mente de Rowland el recuerdo de Thara. Lucien gruñó.

—Darius, llévate sus recuerdos de Thara. No quiero que los conserve ni aún cuando esté muerto —lo de Lucien no era una petición. Solo Darius era capaz de absorber recuerdos y enterrarlos bajo tierra.

Darius cercó con sus manos la cabeza de Rowland y sin ningún cuidado por su cordura, buscó los recuerdos. Su semblante se contrajó con cada escena que extraía, horrorizado por los actos y los sentimientos de ese hombre. Durante todo el proceso, Lucien mantuvo a su cautivo suspendido y al borde de la muerte.

Rowland intentaba hablar pero no podía, su boca se abría y se cerraba sin poder siquiera coger aire. Sus ojos se salían de sus órbitas debido a la presión que ejercía sobre su corazón.

—Ahora termina —le dijo Marcus cuando Darius se hubo retirado.

Lucien apretó los dientes y sus dedos se curvaron en garras mortíferas, muy a su pesar, acabaría con aquel monstruo pronto. El gruñido de irritación que escapó de sus labios indicó a su hermano que no aprobaba aquello y desapareció ante Marcus llevándose a Rowland. Tenía en mente el lugar perfecto para acabar con ese miserable.

Le tiró como la basura que era en cuanto se materializaron en la cueva. La luz brotó de sus manos para mostrarle donde estaban.

—¿Conoces el lugar? —preguntó Lucien.

—Esto… yo no… ¿Dónde? —balbuceó aterrado Rowland mientras se alejaba de Lucien arrastrándose por el suelo. La visión de su enemigo con las manos envueltas en llamas y los ojos

refulgiendo fuego no presagiaba un buen final.

—No, claro, ya no conoces este lugar. Darius se encargó de ello —se burló Lucien.

—Barlay… —suplicó Rowland.

—Yo haré que lo recuerdes como el lugar de tu muerte.

—No, te lo ruego, Barlay… Hablaré con el rey…

—La última vez que estuviste aquí, disfrutabas con los ruegos de ella…

—Te estas equivocando… yo no…

Rowland seguía retrocedía sobre las cenizas del suelo, Lucien avanzaba sobre las huellas de lo que dejó allí.

—Buscabas brujas y has hallado un brujo. ¿Qué pasa, no te gusta el cambio?

—¿Tú? Tu eres el diablo… — acusó Rowland en un último intento de defenderse.

—Para ti lo seré.

Y el diablo arrojó fuego de sus manos hacia su víctima y esperó impasible hasta que los gritos cesaron y las llamas consumieron hasta la huella.

—Lucien, ¿Y Rowland? —preguntó Marcus cuando su hermano apareció en la casa.

—Donde nunca debió estar. ¿Y los soldados?

—Iam se ha encargado de ellos. Vinieron porque el médico identificó tu emblema en el carruaje que llevó a las mujeres…

—¿Marcus? — interrumpió Lucien a Darius—. ¿Cómo fuiste tan descuidado?

—No estaba en mi mejor momento, una espada había atravesado el corazón de mi hermano ante mis narices.

—Iam ha implantado el recuerdo de otro emblema.

—Bien, entonces solo me resta una cosa, comprobar si odiaré la inmortalidad que me han dado por estar condenado a amarla toda la eternidad.

—¿Estás seguro de ello? —preguntó Marcus.

—No, pero creo que ha llegado el momento de poner fin a esto.

—Hace poco que te conoce, puede que sus sentimientos cambien.

—Gracias, Darius por tu palabras de consuelo pero no crees que primero tendremos que saber su respuesta.

—Sí, por supuesto. Yo solo…

—No me esperéis de pie…— se despidió Lucien.

Caminó hacia la cocina, esta vez no se desmaterializó, caminó como un mortal. No era un buen lugar para una conversación tan

importante, pero allí estaba ella y no le iba a exigir ir a otro lado. Empujó la puerta…

—Milord.

—¡Quítamela! ¡Quítamela! —le exigió Thara nada más entrar. El saludo de Edward quedó en el aire. Thara había corrido hacia él, enseñándole la marca del juicio, como si él nunca hubiese visto esa endiablada cruz—. ¡Quítamela, Lucien! —le gritaba furiosa—. Tú borraste las demás cicatrices de mi cuerpo, ¿por qué dejaste esa?

Thara le acusaba sin dejarle explicarse.

—¿Por qué esa no? —las palabras de Thara fueron acompañadas de puñetazos contra su pecho. Golpes que no hubieran dolido más si hubieran sido puñaladas en el corazón.

—Ya había cicatrizado cuando te encontré —se explicó Lucien.

Thara se movió deprisa y la manta con la que se tapaba cayó al suelo. Su vestido desgarrado quedó al descubierto así como parte de sus pechos. ¡Rowland había hecho aquello! Hubiera vuelto a matar a ese maldito en esos momentos.

—Entonces toma, quítamela —ordenó Thara mientras blandía ante él un cuchillo.

¿Qué cortara su piel? Ella no sabía lo que le estaba pidiendo.

—¡Sé lo que pido! —le gritó, dando contestación a sus pensamientos—. Te estoy pidiendo que me quites esa marca. No quiero estar marcada toda mi vida.

Toda la eternidad.

Thara esta histérica, furiosa y asustada. El encuentro con Rowland la había aterrado y saber que todo el mundo identificaría la marca era saber que siempre sabrían qué era ella: una acusada por brujería.

Lucien no soportaba el dolor de esos recuerdos. El cuchillo voló de las manos de Thara mientras la abrazaba.

—No me pidas que corte tu piel, eso no —le rogó pegado a sus cabellos.

Thara elevó su rostro para mirarle, entonces se dio cuenta de que no estaban en la cocina sino en la habitación de Lucien. Había hecho eso de nuevo. Lloró con fuerza. Ella podía haber hecho eso también y huir de Rowland y en cambio se quedó inmóvil dejando que la mostrara desnuda al mundo.

Lucien tomó en sus manos el rostro de Thara y la obligó a mirarlo.

—Aprenderás con el tiempo. A eso y a otras muchas cosas.

—Pero esa marca estará siempre ahí.

—Thara no puedo hacer lo que me pides. Thara se apretó contra

él. Estaba asustada. Rowland la encontraría de nuevo y esa marca sería su prueba.

—Ese hombre no volverá a tocarte más. Ya no.

Lucien no lo dijo pero Thara supo que estaba muerto. Se estrechó un poco más a Lucien agradecida y se escondió entre sus brazos.

—Pero otros lo sabrán —le dijo llorando.

—Thara no puedes pedirme que corte tu piel, eso no —le dijo Lucien con la voz quebrada por el dolor. Ni una sola gota de sangre abandonaría su cuerpo y en cambio, sus lágrimas eran sangre que amenazan con derramarse.

«Te amo demasiado para hacerte eso.»

—Repite eso.

—Que no me pidas…

—Eso no. Lo que has dicho en tu cabeza. ¿Olvidas lo que hiciste conmigo?

Lucien sonrió, cómo iba a olvidar eso, cómo iba a olvidar que le había dado su sangre.

—Sigo oyéndote. Dímelo de tus labios. Quiero oírlo de tu voz.

—Te amo, Thara, te amo.

—Pero… él dijo… que los de tu raza… no amabais —Thara rompió a llorar y sin embargo su corazón estaba rebosante de alegría.

—¿Él?... ¿Mi padre?... Pues se equivocaba. Te amo desde el mismo momento en que te tuve en mis brazos en aquella cueva. —Las lágrimas abandonaron su refugio, la sangre abandonó su cuerpo. —Te amo… incluso antes de que me condenaran a hacerlo. Amarte es la más maravillosa de las condenas.

Thara borró con sus manos las lágrimas de sangre que recorrían el rostro de Lucien. Era especial hasta para llorar, se dijo.

—Tan especial como tú —las palabras de Thara llenaron a Lucien más que ninguna otra cosa. No le temía, no le odiaba—. Puedo oírte, ¿lo olvidas?

Lucien tomó sus labios con la misma fuerza y la misma desesperación con que la amaba.

«*Te amo.*»

Las palabras salieron de la mente de Thara pero él no iba a parar para hacerlas decir de su boca. Sus labios ya le dicían suficiente.

Thara rompió a llorar de nuevo. Las manos de Lucien habían bajado por su espalda, sobre aquella marca. Llevaría la marca de Rowland toda la vida sobre su piel, le recordaría lo que le hizo.

—¡Eso nunca! —gritó Lucien furioso—. Duerme…

Thara cayó en sus brazos dormida. Aquellas palabras habían taladrado el corazón de Lucien. No llevaría esa marca por toda la eternidad.

Abrazado a ella, hizo surgir fuego en su mano y colocó la mano sobre el hombro derecho de Thara y fundió la piel bajo ella.

El grito de Thara llenó la casa. Las lágrimas de Lucien quemaron más que sus manos.

—Lucien — le llamó Marcus desde el otro lado de la puerta.

—Todo está bien.

Permaneció con ella en brazos, en medio de la habitación esperando que la magia sellase la herida. Ahora con el tiempo borrarían esos recuerdos igual que su fuego había borrado la última huella de aquella tortura.

—Te amo —susurró Thara.

«Pero ellos no tienen la culpa de haber nacido así y ellas curaran sus corazones rotos para que se puedan amar por toda la eternidad.»

La voz de Danu se oyó en la mente de los cuatro inmortales y una sonrisa esperanzadora se dibujó sus rostros.

Bajo la maldición
de
Danu
Hijos de Nuada 2
Dolores Domínguez

Bajo la maldición de Danu

Autor: Dolores Domínguez

«Nacida para mí», palabras arrancadas de una maldición que le auguraba dolor y angustia. Sin embargo, Marcus McLavert estaba ansioso por encontrar a la mujer nacida para él. Para Marcus, una esperanza de vida y felicidad, para Morganne, una sentencia.

1

Escocia. 1530

—Mae… Maaae… ven a mí.

La anciana despertó sobresaltada, algo había interrumpido su sueño. Escuchó con atención esperaba encontrar el motivo, pero nada era distinto en los sonidos que la rodeaban. El ulular del búho a lo lejos, el viento agitaba las ramas de los árboles: el bosque estaba vivo como cada noche, pero eso era todo.

—Mae… Maaae… ven a mí.

Había vuelto a cerrar los ojos cuando los abrió de golpe. La llamaban. Era distante, apenas un susurro. Se incorporó en la cama y bajó los pies al suelo, giró la cabeza hacia un lado y hacia el otro, esperabaoír de nuevo la llamada. El búho ululó algo más cerca, pero no hablaba ni la llamaba—.Ven a mí…

Por unos momentos pensó que algún aldeano había ido a buscarla. Un escalofrío estremeció su cuerpo cuando la oyó de nuevo. Esa voz no era humana.

—Mae… Maaae… ven a mí…

Aquello no era una llamada, era una orden. Podía oír el rugido de las olas que se rompían contra las rocas. Sin embargo el mar estaba lejos de su bosque. Ya no era un susurro, ahora estaba alto y claro. El mar la reclamaba. Un escalofrió recorrió su cuerpo y le dejó una extraña sensación de desconcierto.

El reclamo se repetía una y otra vez con apremio. Nunca se había acercado al océano, el ruido del agua que se estrellaba contra las rocas del acantilado siempre le había dado miedo;ella prefería la tranquilidad del bosque. Pero aquella noche, el mar la convocaba. Repetía su nombre y nada iba a impedir que atendiese la orden.Sus pies se pusieron en movimiento, tras calzarse sus viejos zapatos, dispuestos a obedecer. Caía en alguna especie de encantamiento, de hipnosis. Tomó su candil de la mesa y lo prendió, después,echó sobre sus hombros su grueso chal de lana y caminó hacia el exterior. Arrastraba los pies en un intento por demorarse, pero no servía de nada; aquellas palabras encerraban algún hechizo que la obligaban a avanzar.

Conocía lo que esa llamada representaba. A otra persona quizás la hubiese asustado, pero ella sabía lo que tenía que hacer. Había dedicado su vida a la magia y los conjuros; su madre fue hechicera y curandera, así como su abuela y su bisabuela, ahora ella había tomado el relevo. Invocaba a las fuerzas de la naturaleza y a los

ancestros para dar fuerza a los hechizos. Conocía la magia que envolvía las highlands y sabía que aquella voz era parte de esa magia.

Durante horas caminó entre los árboles, sin más compañía que aquella señalarmoniosa que la apuraba y con la esperanza de que la dirigiera hacia el lugar correcto, pues ella no estaba muy segura de hacia dóndeir. Envuelta en su ropa de abrigo, caminó con la tranquilidad de quien da un paseo aunque por dentro su corazón estuviese desbocado.

Anduvo durante horas, sin un rumbo conocido, guiada por la melodía de una llamadaque ahora identificaba femenina. La anciana jamás se había alejado tanto del bosque, sus piernas no estaban acostumbradas a tan largo trayecto.Los pies le llevaron hasta el borde del acantilado, pero no se detuvieron allí como hubiera querido, aquella voz la quería aún más cerca. Sintió miedo cuando se dio cuenta de que iba al agua. Jamás había visto la senda que descendía entre las rocas,en sus casi cincuenta años solo había estado por allí un par de veces, tres a lo sumo. Tuvo miedo de caer y sin embargo continuó bajando. Se guiabatan solo por el musicaltono femenino que pronunciaba su nombre y la atraía hasta el mar embravecido.

—Mae… Mae… Mae… ven a mí… Mae… ven…

Nunca su nombre le había parecido tan melódico. Sonaba como un canto en boca de aquel ser del mar.

En una ocasión, su madre le había hablado de las criaturas que habitaban en el océano y de la poderosa magia de la que eran capaces. Aquella noche ella la sentía en sus huesos; de otro modo, no se hubiese arriesgado a bajar a la orilla, ni de noche, ni de día.

El ruido de las olas se había calmado y ahora la arrullaban como una canción de cuna. No pudo reprimir un temblor cuando el frio del agua tocó sus pies.

—Mae… Gracias por venir.

—No me has dejado opción—farfulló la anciana.

— Supongo —contestó sonriendo la voz.

—A todo esto, ¿quién habla? —preguntó la anciana que no acertaba a ver ni un palmo más allá de su nariz.

Ni una sola palabra salió de su boca cuando a unos metros de ella emergió el torso desnudo de una mujer. Casi no podía verla, el mar estaba tan oscuro como la noche. Elevó un poco la mano que sostenía el candil e iluminó la figura que se alzaba ante ella. Un cabello plateado, brillante como la luna, colgaba a los lados de las caderas y flotaba alrededor del agua. Pudo ver sus pechos desnudos

y sobre ellos, un bebé.

—Tengo que pedirte que críes a mi hija en tierra. Prometí alejarla del mar cuando la engendré. Te necesito para cumplir mi promesa—la mujer extendió sus brazos hasta el agua.

—¿Pero…? —el bebé llegó a su lado mecido por las olas. Mae lo tomó y por instinto lo acunó.

—Críala en tierra.Ella pertenece a tu mundo. Ha nacido con un propósito.

—Pero…—hizo una pausa y miró al bebé—yo no…

—Puedes, Mae. No puedo criarlo en el mar. Ella pertenece a la tierra.

Mae no pudo ver el rostro de la mujer que le entregó el bebé, pero las lágrimas que derramó brillaron en la noche cual diamantes al sol.

—No te olvides de mí—le gritó antes desaparecer.

Durante un buen rato, permaneció de pie, meciendo al bebé en sus brazos. A lo lejos, los truenos comenzaron a rugir y sus relámpagos iluminaron el cielo. Mae observó una silueta adentrarse en el mar, sirena, selkie, o simplemente su imaginación, pero aún podía ver el brillo de las lágrimas que caían de sus ojos cuando emergía para volver a zambullirse.Un trueno estalló tan fuerte que asustó al bebé. Tenía que marcharse de allí antes de que la tormenta se desatara.Envolvió con cuidado al retoñocon su chal y comenzó a subir por el rocoso sendero, ya no tenía la voz mágica para guiarla y sus manos estaban ocupadas sosteniendo al recién nacido y el candil. No podía agarrarse para asegurar su paso. El pánico se adueñó de ella, si resbalaba, caería y arrastraría con ella a la criatura. En silencio, pidió ayuda a la mujer que se lo había entregado para que le permitiera llegar a su casa. No podría criar a su hijo si moría antes de salir de allí.

Un nuevo trueno rugió, la tormenta se acercaba y ella tenía que alejarse de allí. Sus movimientos se hicieron torpes a causa del miedo y la prisa, lo cual la llevó a tener más miedo.

—Mujer, ¿estás loca? Te vas a caer —le gritaron desde lo alto.

—Ayúdeme—gritó, sin mirar siquiera hacia arriba por miedo a resbalar.

Alargó la mano y buscó en la oscuridad un lugar donde agarrarse para asegurar el paso. Su muñeca fue sujetada con fuerza, Mae levantó la cabeza alarmada, no había esperado que bajaran tan pronto en su ayuda.

—Deme su carga y agárrese con fuerza.

La anciana miró lo que él había llamado su carga, se refería a su

bebé.

—Solo para subir —afirmó como si diera explicaciones por entregar «su carga»

Extendió el bulto y cuando el hombre la hubo tomado sintió como la rodeaban por la cintura y tiraban de ella para subirla. Su cuerpo ya no era esbelto, los años la habían vuelto una mujer regordeta,e incluso así, ese hombre la llevaba como a una moza. Ella había tardado mucho en bajar y él había subido en dos pasos mientras cargaba con ellas.

—¿Qué hacía allí abajo? Se avecina tormenta. Podía haber muerto —la amonestó el extraño nada más depositarla en el suelo.

Mae no contestó, no podía decirle para qué había ido allí. Extendió los brazos y esperó a que le devolvieran el motivo de haber puesto en peligro su vida. Levantó la cabeza cuanto pudo para mirarle, pero aun así, sus ojos se toparon con un amplio pecho. Tuvo que separarse unos metros para poder verle los ojos. Unos ojos rojos como la misma sangre.

Arrancó el pequeño bulto de las manos del hombre y corrió hacia el bosque todo lo rápido que sus viejas y doloridas piernas le permitieron; ya había tenido suficiente ración de cosas extrañas por una noche.

Cerró la puerta de la cabaña de un portazo y apoyó la espalda contra la madera. Agudizó su oído y esperó.Cuando el silencio se hizo, se dio cuenta de que había huido del hombre que la había ayudado y se sintió avergonzada.

El bulto que aún apretaba contra su pecho balbuceó y llamó su atención. Se acercó a la cama y depositó el pequeño saco sobre el colchón de lana. Unas manitas se agitaron y le arrancaron una sonrisa.

No sabía por qué le habían dado aquel bebé, porque aquella mujer le había entregado a su propia hija a pesar del evidente dolor que eso le producía.

Mae miró al bebé que jugueteaba con el aire, estaba tan ajeno al cambio que se había producido en su existencia. Respiró resignada, su vida también había dado un giro de ciento ochenta grados.

Un bebé. Un suspiró escapó de su boca, ya había perdido la esperanza de encontrar marido y tener una familia. Se acostumbró a la idea de estar sola. Hubo un tiempo en que deseó tener a alguien a quien trasmitir sus conocimientos y con quien compartir su tiempo, pero la naturaleza se lo negó. En esa época, siempre que algún aldeano se le insinuaba, ella se dejada seducir, con la idea de concebir. Pero ya era una mujer entrada en años, ¿cómo se había

dejado convencer? En realidad no le habían pedido permiso, se la habían endosado sin más. Se alejó de ella para reavivar el fuego que casi se había consumido en el hogar.

—Un bebé —le dijo al fuego—. ¿Qué voy a hacer con un bebé? Ya ha pasado mi tiempo —atizó un poco más los leños que crepitaron como si le respondieran—. Un bebé. Tengo un hijo, bueno, una hija. Si ni siquiera puedo con mi cuerpo —se quejó al tener que apoyarse en una silla para levantarse—. ¿Cómo voy a cuidarte? Mírame, soy una vieja, ¿qué pasará contigo si me muero? —le dijo a la niña.

—Un be…—sus palabras quedaron ahogadas por una oleada de tranquilidad que disipó todos sus temores. La inmensa calma que sigue a la tormenta, eso fue lo que la anciana sintió cuando su dedo índice quedó atrapado entre los deditos de la pequeña.

—Todo saldrá bien —las palabras salieron de su boca como si expresaran los pensamientos de la niña. Mae sonrió—. Había olvidado de dónde vienes. Sí, pequeña, todo nos irá bien. Saldremos adelante.

Y tomó en sus brazos aquel diminuto cuerpecito. Abrazarla, llenó su corazón de felicidad, de paz, de la magia de aquel ser del mar. Olía a sal, sus ojos tenían el color del océano, del cielo y las hebras de su corto cabello el brillo de la luna.

—Morganne, Morganne, la que viene del mar—le dijo.

2

Tierras Altas, Escocia, 1547

Los gritos despertaron a la anciana, aunque ya no la asustaban como antes; casi podía decir que se había acostumbrado a ellos. Aquella noche, la luna iluminaba la estancia lo suficiente como para no tener que encender la vela que dejaba sobre la mesilla, sabiendo de antemano que la necesitaría.

Se acercó a la cama que había en el otro extremo de la cabaña y se sentó junto a la almohada.

—Morganne, despierta pequeña —pronunció casi en un susurro mientras apartaba los cabellos mojados que se habían pegado a su rostro debido al sudor frio que la envolvía—. Morganne, ni niña.

Un sueño que ya no solo atormentaba a su hija sino también a ella.

La anciana observó el delicado cuerpo agitarse bajo las mantas. A su mente acudieron los recuerdos de las veces que se acurrucó a su lado en la noche cuando era pequeña.

Un nuevo grito escapó de su garganta antes de abrir los ojos de golpe.

—Todo ha pasado —consoló a su hija—. Por esta noche—se dijo.

Morganne miró a la anciana que le hablaba antes de abrazarla llorando.

—Mae, ese hombre me quiere llevar —sollozó la muchacha.

—¿Por qué eso te produce tanto miedo? —preguntó la anciana —. ¿Acaso te golpea? Morganne negaba con la cabeza apoyada en el pecho de su madre. Habían hablado del tema muchas veces y algunas ni siquiera ella era capaz de decir porque ese hombre que aparecía en sus sueños le producía tanto terror.

Hacía años que soñaba con ese extraño. Casi había crecido con esa visión. Al principio solo era alguien que le daba la mano y la subía a un corcel negro para después galopar. En una ocasión surgió del agua y le tendió la mano. Una mano que ella no pudo llegar a agarrar pues sus pies se había paralizado ante la hermosura de aquel cuerpo masculino. Fue la primera vez que despertaba agitada por aquellas fantasías. Entonces, no pudo decirle a Mae qué era lo que le había perturbado tanto, quizás por el simple hecho de que tampoco lo sabía. Sin embargo su interior se había estremecido ante

aquel varón.

Durante días había esperado que surgiera su Adonis particular en el único lago que había en los alrededores de su cabaña. Había pasado los días enteros sentada en la orilla, mas nadie emergió de aquellas aguas.

Tuvo que conformarse con verlo en sus noches, pero desde entonces sus sueños se estaban volviendo cada vez más profundos, más intensos, hasta llegar a darle miedo soñar con él.

—Ese hombre viene a llevarme. Me dice que soy suya y nadie podrá evitar que me lleve.

Mae escuchó los temores de su hija, recelos que se hicieron suyos desde el momento mismo en que se los confesó. Su hija estaba destinada a algo, eso lo sabía bien desde su nacimiento y ahora que estaba ligada a ese hombre. Las cosas estaban escritas para su hija y se desplegaban ante ellas sin contar con su permiso.

—Morganne, naciste en el mar, hija de un ser mágico, que por una razón que desconozco te entregó a mí para que te criara en la tierra firme, lejos del mar.

—Pero Mae…

—Te he querido como una madre, aunque no te parí. Lo cual quizás me hizo quererte más. Llegaste a mí como un regalo del cielo, cuando ya había perdido las esperanzas de ser madre. Pero no podemos negar tu destino, pues ya está escrito en las estrellas: eres digna de algo importante.

—¿Ese hombre de mis sueños?

—Eso no me fue revelado. No sé qué es lo que te espera.

Mae había llevado a Morganne al mar el mismo día cada año. Durante los primeros años, Mae había bajado con la niña hasta la orilla del agua, por la misma senda que casi las ve morir. Después, encendían varias antorchas y se sentaban en la arena durante unas horas. Nunca vieron a nadie acercarse, pero Mae sabía que a lo lejos, ella las miraba. O tal vez solo fuese su imaginación. Quería creer que hacía feliz a esa mujer trayéndole a su hija una vez al año, como si celebrasen su cumpleaños y ese fuese su regalo. Un regalo que solo podía ver y jamás tocar, pero podría verla crecer.

Así, la niña le contaba al viento, a la oscuridad y al agua, lo que le había acontecido durante ese año. En los últimos siete años, Morganne bajaba sola a la orilla y Mae permanecía en lo alto del acantilado, sus piernas no aguantaban mucho más que la larga caminata. Incluso habían hablado de que la próxima vez, iría sola, cosa que a la anciana Mae no le hacía mucha gracia.

3

Marcus McLavert desmontó a Furia, su enorme corcel negro y miró el océano que se extendía a los pies del acantilado. Ya habían pasado dos años desde que abandonó la casa de su hermano en Londres para volver a su amaba Escocia.

¡Qué largo se le había hecho ese tiempo!

Y no era porque echara de menos a su hermano, después de todo había pasado su vida alejado de él.

«Ven a mí» le susurró al viento.

Jamás pensó que unas palabras pudieran encerrar tanto dolor.

En alguna parte había una mujer nacida para él. La certeza de esas palabras era tan palpable como su impotencia y su impaciencia.

«Cuando alguno de tus hijos cruce la línea del odio a los mortales, haré nacer cuatro mujeres. Con ellas, tus hijos conocerán el dolor físico que se siente cuando un corazón se rompe. Conocerán el dolor del alma provocado por la angustia. Conocerán el dolor de la necesidad. Y odiaran la inmortalidad que les has dado.»

Había repetido aquellas palabras una infinidad de veces y las habían analizado otras tantas. Una maldición lanzada sobre él y sus hermanos. Una sentencia que les aseguraba dolor y angustia y que había cambiado sus vidas desde aquel momento.

Marcus suspiró, la maldición tenía final feliz. Su hermano Lucien, estaba felizmente casado. Thara era una de esas cuatro mujeres anunciadas por la diosa y si bien todo había empezado como auguraba, con dolor y sufrimiento, ahora les esperaba toda una eternidad de amor.

Apretó los puños, quería esa felicidad para él. Pero la maldición también les aseguraba que nada podía hacer por hallar a esa mujer, que llegado el momento, ella le encontraría. Thara había encontrado a Lucien, en contra de todas las leyes de la lógica, ella se abrió paso hasta la mente de Lucien aún a pesar de ser tanta la distancia física entre ellos.

«Búscame» imploró Marcus.

Furia que se había alejado, giró la cabeza para mirarlo, como si hubiera entendido las palabras, Marcus ni siquiera se percató de la atención que le prestaba su caballo, y el corcel de guerra siguió mordisqueando la hierba.

Nada podía hacer él por acelerar el encuentro y eso era lo que lo consumía. Hacía más de un siglo que había dejado de tener sentimientos tan profundos. Con el paso de los años, su corazón se había petrificado y sin embargo ahora, albergaba tanta ansiedad, tanta desesperación que le asfixiaba y consumía. Llevaba unos meses fuera de sí, irascible e intratable, había llegado a obsesionarse tanto con ella que ya ocupaba todo su tiempo.

Por eso estaba allí aquella tarde. Se había enfrascado tan acaloradamente en una discusión con James, su mejor amigo, que hasta le empujó con la mente, cosa que él no había hecho en su larga vida. Jamás había usado su magia contra un compañero, pero aquella noche no pudo controlarse, como tampoco había podido hacerlo en los últimos meses. James se lo recordaba cuando le atacó.

No esperó la reacción de su amigo, salió del hall y le dejó allí, tendido en el suelo. Nadie en el salón había visto lo ocurrido, estaban demasiado ocupados con la fiesta que se celebraba como para prestar atención a una discusión entre ellos; algo que ya se había vuelto cotidiano.

Marcus estiró los brazos al viento que se levantaba del mar y acariciaba su rostro. Le daba la bienvenida mientras recogía la energía que el océano le transmitía.

Esa había sido una de las cosas que más había echado de menos cuando estuvo con su hermano, su mar del norte. La magia que se respiraba en aquellas aguas, la inmensa fuerza que le transmitía.

El movimiento a su derecha fue apenas perceptible pero rompió la concentración de Marcus. Alguien se acercaba. Volvió a mirar el mar, James tardaría aún unos minutos en llegar.

—¿Vienes buscando una disculpa? —le preguntó Marcus incluso antes de que James se apeara del caballo.

—Jamás te pediría una disculpa por algo que sé que no has hecho adrede.

—Bien.

—Lo que sí quiero es un motivo para no mandar a alguien en busca de tu hermano—James se mantuvo junto a su caballo.

—¿Que no lo encontraras?

—Darius, Iam, alguno habrá que pueda acudir en tu ayuda dado que yo no puedo hacer nada—James esperó una respuesta que no llegó—. Marcus…

—Ninguno puede ayudarme. Quizás Iam y Darius se encuentren en la misma situación.

James le observó en silencio, había nacido junto a él y nunca le

había visto tan abatido, ni siquiera cuando su hermano Lucien estuvo tantos años sin dar señales de vida. Algo preocupaba a su amigo y no tenía ni idea del motivo. Tampoco Marcus estaba dispuesto a decírselo.

—Alguien habrá que pueda ayudarte. Esto va a peor, puedo notarlo.—James se acercó a Marcus y colocó una mano sobre su hombro—. Vamos, Marcus…

—Nadie puede ayudarme —admitió apesadumbrado—.Tengo que reconocer que esto se me ha ido de las manos, amigo mío, pero ahora no hay vuelta atrás hasta llegar al final—. Hizo una pausa y miró a James—.La maldición me está consumiendo.

—¿De qué diablos estás hablando? ¿Vas a morir? —James sacudió por los hombros a Marcus, o esa fue su intención, porque el enorme cuerpo ni siquiera se movió. La naturaleza había dotado a James con la corpulencia de un guerrero highlander pero no era suficiente para zarandear a Marcus.

—No, sabes que eso no puede ocurrir —contestó Marcus—. «*Odiaran lainmortalidad que les has dado*» —pronunció parte de la maldición con la solemnidad que requería la frase, para comprobar que comenzaba a cumplirse.

—Marcus, por favor, llevo meses bastante preocupado por esta situación. Te he visto desaparecer durante días, semanas, en la cueva y cada vez te cuesta más ocultar qué eres. Dime qué está pasando.

—He descubierto que pesa sobre nosotros una maldición que nos condena a sufrir dolor, angustia, necesidad… hasta querer morir por ello.

—Buscaremos una bruja —dijo James muy seguro de sí mismo.

—Ella nada podrá hacer, la sentencia fue hecha por una diosa del mundo de mi padre para condenarle.

—Y os hace sufrir a vosotros, bonito castigo para alguien que no se ha dignado veros en… ¿cuánto?... ¿Trescientos años?

Marcus sonrió ante la ocurrencia de su amigo. Visto desde ese punto de vista, ¿no debería sufrir su padre? Su risa se hizo aún más fuerte, pero estaba muy lejos de ser de felicidad.

—Pensé que ocurriría de distinta forma, que todo sucedería como con Lucien, pero esto es distinto. Mi hermano no empezó a sufrir hasta encontrar a Thara, yo ya me consumo y aún no la he conocido. El dolor por su ausencia —puntualizó Marcus e hizo una pausa—. Tal vez, todo sea distinto para cada uno.

—¿A quién tienes que conocer?—preguntó James confundido por la explicación de Marcus.

—Hace veinte años mi hermano quiso matar a todos los mortales, para ello sucumbió a la magia oscura y poderosa que se adueñó de él. Ese era el propósito de mi padre. La diosa Danu quiso advertirle de que eso no ocurriría y aprovechó el amor de humanos que recorre nuestro corazón, regalo de nuestra madre mortal para hacernos amar. Cuando Lucien cruzó la línea del odio y la muerte, ella hizo nacer cuatro mujeres, una para cada uno. Por ellas debemos sufrir dolores insoportables y sufrimientos inimaginables.

—¿Y no es mejor separarse de ellas? —le interrumpió James.

—Eso pensó Darius, pero dime, ¿te separarías de una mujer a quien amarías el resto de tu vida? ¿De alguien que compartirá contigo la inmortalidad?

—Visto así, el dolor puede ser pasajero y está claro que no te va a matar.

—Esa es la cuestión. Ese es el problema, la recompensa es buena si todo sale bien. Quiero la felicidad que tiene mi hermano. Quiero amar a alguien que no va a envejecer. Estoy cansado de estar solo.

—¿Y cómo la buscamos?

—No podemos, aunque la tenga delante no lo sabré. Ella tiene que buscarme. Así está escrito. Lo único que sé, es que Lucien sintió un inmenso dolor la primera vez que tocó a Thara…

Las carcajadas de James cortaron su explicación.

—Ahora entiendo porque tocas a todas las mujeres —se burló James.

—Ni siquiera me he dado cuenta que lo hacía, hasta ayer.

James volvió a reír, recordaba el bofetón que la mujer de uno de sus guerreros le propinó cuando Marcus le cogió un pecho en mitad del salón.

—Ya pedí disculpas a la mujer y a Ralf.

—Entonces, solo nos queda esperar.

—Una espera angustiosa.

—¿Has preguntado al caldero?

—Sí, y solo me muestra el mar.—Marcus se volvió dándole la espalda y encaró el océano—. A veces en calma, a veces embravecido, pero siempre, y solo, el mar.

—Tengo que darte la razón, nadie puede ayudarte —añadió James después de unos minutos de silencio.

Nadie podía acelerar su espera. Tendría que aguardar hasta que ella estuviese en peligro y le llamase como había hecho Thara. Pero ¿y si entonces llegaba tarde? ¿Cuánto de desesperada podía estar ella? Las preguntas se amontonaban en su mente, preguntas que solo hacían aumentar su desasosiego por momentos.

—Puedes marcharte, James. Estaré bien.

—No tardes en volver, ¿vale?

—Sí, madre—se burló Marcus.

Se quedó solo, después de todo ése era su destino, estar solo. Ni siquiera tenía cerca a su hermano. Hasta ellos estaban sentenciados a vivir separados para poder conservar su inmortalidad y su magia.

El relincho de *Furia* atrajo su atención. Miró al caballo;*Furia*… *Furia* ¿qué? Era el décimo o el vigésimo caballo al que llamaba *Furia*.

—Vamos, daremos un último paseo antes de volver —le dijo al animal mientras montaba de un salto y lo espoleaba para que galopara, rápido, veloz como el viento. A Lucien le gustaba dar saltos, una forma de desplazarse de un lugar a otro en la que eran capaces de recoger millas en un solo salto. A él le gustaba cabalgar, sentir el viento en su rostro, recoger millas a lomos de su corcel, sin detenerse, era lo único que lo despejaba un poco. Cabalgó sin rumbo establecido, tierra adentro, para perderse entre la maleza del bosque y alejarse del mar que tanto le alteraba su interior.

No sabía cuánto tiempo llevaba a lomos del animal, pero el caballo había cambiado el ritmo de su respiración. Tiró de las riendas y le ordenó detenerse.

—Descansa —le dijo y palmeó su lomo.

Dejó al caballo libre y se alejó de él. Estiró las piernas y los brazos para desentumecerlos. El tiempo se le había ido, debía haber cabalgado, no, huido, durante bastante tiempo. Su boca se torció en un gesto de burla, comenzaba a caer el sol, James se volvería a enfadar. El muchacho tenía razón, en los últimos días el tiempo se le iba de las manos. Tenía a todos un poco abandonados, pero gracias al cielo, contaba con un buen brazo derecho, James. Era no solo el mejor amigo que tenía, sino también su ayuda en los asuntos del clan. Ahora eran más de cien personas las que habitaban bajo la protección McLavert, o sea, bajo su protección. Sonrió, y pensar que se establecieron en aquella tierra gracias a la elección de la magia. Levantaron el castillo sobre la cueva que le eligió y situaron allí su territorio. No sin antes luchar por esas tierras con los clanes vecinos. Aquellas batallas le dieron el nombre por el que aún hoy se le conoce, Marcus, el inmortal, el diablo McLavert. En las *Highlands*, la magia lo rodeaba todo, allí no tenía que esconderse tanto como Lucien. El rumor de que había sido bendecido por la tierra se extendió por los territorios vecinos. Se contaron historias sobre él, y sobre su fuerza, así como sobre su inmortalidad. Nadie preguntó nunca por qué no envejecía, todos lo dieron por normal.

Estaba perdido en sus recuerdos y descansaba, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en un árbol, cuando una risa se mezcló en sus pensamientos. Se puso de pie y extendió sus sentidos. El alegre ruido no sonaba lejos, pero al mismo tiempo era incapaz de ubicarla. Caminó despacio hacia el bosque, el sonido volvió a llenar el aire y Marcus se detuvo.

Como una visión etérea, del agua emergió el cuerpo desnudo de una mujer. El cabello mojado quedó pegado a su cuerpo y ocultó su desnudez. Marcaba las nalgas, aunque las mantenía cubiertas por aquellos hilos de oro que brillaban al ocaso. El sol pareció despedirse de ella, iluminó y acarició su piel con los últimos rayos para darle una apariencia sobrenatural.

Volvió a reír y su sonido hechizó a Marcus como el canto de una sirena atrapa a los marineros. Hipnotizado por aquella visión, siguió los movimientos de la joven mientras ella trenzaba su cabello y dejaba al descubierto su cuerpo.

Estaba atrapado con aquella imagen, pero a Furia no le afectaba y le empujó con el hocico, después pateó el suelo impaciente. Marcus miró al caballo y palmeó su cuello para tranquilizarlo. Cuando volvió la mirada de nuevo al lago, estaba desierto.

Caminó hacia el borde del agua con la esperanza de que se hubiese sumergido de nuevo. Hasta el lugar parecía tan inverosímil como ella. Era un lago pequeño entre rocas pero no se veía ningún rio que lo alimentase. Tocó el agua, estaba helada, cómo había podido bañarse allí.

Los minutos pasaron y nadie emergía del agua. Miró al caballo enfadado, la había asustado y se había marchado. Furia volvió a relinchar lo que agravó el enojo de Marcus.

—Solo unos minutos más —le pidió y desapareció. Realizó varios saltos en distintas direcciones, esperaba hallar a la muchacha, pero no encontró nada.

—¿Y tu caballo? —le preguntó James cuando le vio materializarse al pie de la escalera, llevando consigo el manto McLavert y sus alforjas.

—No lo sé. En algún lugar del bosque —fue la escueta respuesta antes de tirar sobre la mesa su equipaje y sentarse a comer un bocado de carne, restándole importancia al hecho.

—¿Marcus?

—No lo quiero—contestó tajante—.Después de lo de hoy, no quiero llevarlo de nuevo conmigo.

—Eso me recuerda que se suponía que volverías pronto y has estado el día fuera.

—Y hubiese estado la noche entera si ese maldito caballo no la hubiera espantado. —La expresión de Marcus era fría, controlada, aunque por dentro deseaba poner sus manos sobre el cuello del animal.

—¿Una mujer?—exclamó James. ¿Cómo podía mostrarse Marcus tan tranquilo? Hacía años que no mostraba interés en una. La expresión de James cambió por completo—. ¿Ella?

—Cómo voy a saberlo si ese maldito jamelgo la asustó —bramó Marcus golpeando la mesa.

—Bebe… —James empujó la mano que agarraba la jarra de cerveza y le miró a los ojos.

Marcus tomó la jarra y bebió un buen trago, después respiró profundo para calmar su furia. Sabía por el gesto de James que sus ojos se tornaban rojos. Hecho que ocurría cada vez que la rabia se apoderaba de él y ya parecía bastantes veces un demonio, no hacía falta que sus pupilas también lo anunciaran.

—Mañana saldremos a cabalgar, ya buscaremos un nuevo caballo—sugirió James.

El resto de la comida prosiguió sin volver a mencionar al corcel o a la mujer. Aunque se moría de ganas de saber qué había pasado, James prefirió esperar.

Marcus siguió sentado, presidía la mesa como jefe del clan. Había sido así durante los últimos ciento cincuenta años. Nadie le miraba con rareza porque el tiempo no pasaba para él. Ya era un hecho, era el muro de piedra que le faltaba a Caldestone, conocida por ello como la fortaleza sin piedra. Todos los castillos estaban rodeados de un enorme muro que aseguraba la protección de sus miembros en caso de guerra, Caldestone era distinta a todas, sus dominios estaban abiertos, era su señor quien protegía a su clan. Todo tipo de leyendas se extendían por las *Highlands*, historias que hablaban sobre un poder sobrenatural en Marcus. Le apodaban «*el eterno*», «*el invencible*» a veces hasta «*el diablo*». Lucir los colores del clan McLavert era amparo seguro, nadie provocaría la ira del eterno.

Sin embargo su mente no estaba en aquella mesa, ni en las conversaciones de sus guerreros. Estaba lejos de allí, a casi un día a caballo; estaba en un bosque, a orillas de un lago, perdido en la imagen de una mujer que se bañaba en aquellas frías aguas. Parecía tenerla delante, casi estaba seguro de poder tocarla si estiraba la mano. Quería tocarla…

—¡Marcus! —James tuvo que sacudir con fuerza el brazo que su amigo tenía extendido para llamar su atención—. ¿Pasa algo? —

inquirió James, ahora en voz baja para evitar atraer aún más las miradas de los hombres que estaban en la mesa a su lado. Aunque fue en vano ya que las miradas ya se habían centrado en ellos, después de la primera sacudida.

Marcus miró a ambos lados, confundido.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar James.

El jefe McLavert se levantó bruscamente. La silla cayó hacia atrás, estaba desorientado. De pronto había aparecido ante él todo el clan cuando él creía encontrarse en el bosque, o eso hubiese jurado. Recorrió con la mirada el salón, ¿qué ocurría allí? Se llevó las manos a la cabeza y se alborotó el cabello. Había perdido la noción del tiempo, había perdido la conciencia. Aquella visión le había hechizado, se había embelesado con su recuerdo.

Sin contestar a James, se marchó de la mesa. Pero si esperaba dejar allí a su amigo estaba muy equivocado, James corrió tras él.

—Marcus, creo que deberías saber que la gente empieza a murmurar—comentó James cuando le dio alcance.

—¿Olvidas quién soy?—le gritó a su amigo—. Sé lo que dice la gente sobre mí.

Marcus continuó caminando por el ancho pasillo que le llevaba hasta su habitación. Había logrado evitar a su acompañante en las escaleras, ganó terreno al subir los peldaños de tres en tres, pero no iba a lograr deshacerse de él.

—Hablan de que me he vuelto loco —le contó Marcus había disminuido su paso y controlado su enojo—.Dicen que la eternidad te hace perder el juicio. Algunos aseguran que me han embrujado o maldecido, esos no se alejan mucho de la verdad.—Hasta se permitió hacer bromas.

El silencio se hizo entre ellos. Marcus entró en la alcoba y cerró la puerta tras de sí. La hoja de madera no llegó ni a moverse, James la detuvo con el pie.

—No tienes nada que hacer.

—Sí, ¿averiguar qué ha pasado? —James no prestó atención a las miradas de reproche que su amigo le lanzaba, y como si aquella fuese su habitación, se preparó un whisky y se acercó al hogar, que como era costumbre a aquella hora, ya estaba encendido.

—Me espantó un plan formidable para esta noche —tomó el vaso de la mano de James y se lo bebió de un trago—. Nunca me gustó ese caballo.

James asintió con la cabeza antes de decir.

—Nunca llegaste a congeniar con él. —Tomó la botella y caminó hasta el borde de la chimenea—.Podríamos ir a buscar otro.

Marcus cogió de nuevo el vaso de James y sus manos se tocaron durante un segundo.

—Te veo las intenciones. —Bebió—. Quieres alejarme de Caldestone.

—A mí me parece una buena idea. —James se encogió de hombros con fingida inocencia—.No tienes nada mejor que hacer dado que tu caballo te estropeó tu plan para esta noche.

—James, no me provoques…

—¿Me abandonaras como al caballo?

—James… —la advertencia quedó flotando en el aire, su amigo no estaba dispuesto a dejarse intimidar—. Iremos a Lochan en busca de un caballo pero no mañana.

—¡Quieres volver allí! —Interrumpió James que le miró incrédulo.

—Necesito hacerlo.—Imploró Marcus—. Ella era…

Era…

Casi podía tocarla de nuevo. Evocar su recuerdo era como tenerla delante y eso que tan solo la había visto durante unos segundos. Aún no podía ponerle rostro, tan solo había visto su espalda, sus nalgas, su largo cabello dorado como el sol. Era como una visión y necesitaba saber que no era una ilusión. Que no se la había inventado. Ansiaba poner rostro a esa ninfa del bosque. No quería que fuera una quimera, una locura. Ella había hecho que olvidara la maldición, la angustia y el sufrimiento. Aunque tan solo fuera por lo cautivado que se quedó, por lo fascinado que estaba y el misterio que la envolvía. Tenía que verla de nuevo y con suerte tal vez no tuviera que ir en busca de un caballo para distraerse. Ella bien podía distraerle un par de días.

—Veo por la sonrisa tonta de tu rostro que piensas con la entrepierna —se burló James—.

—Mi entrepierna es más lista que mi cerebro. No se lía tanto y se distrae con cosas más placenteras —se rió Marcus.

4

—Morganne, Morganne —ya se oían los gritos y aún no veía al jinete, aunque no necesitaba verle para reconocer la voz.

Morganne tiró al suelo la labor que tenía en el regazo y corrió para recibir al visitante.

—Madre, Neill viene a vernos —gritóMorganne mientras salía de la casa.

—Ya le oigo, hija mía —le contestó a su hija, y añadió en un tono más bajo—: Yo y todos los habitantes del bosque.

La mujer mayor se levantó despacio, ella no tenía prisa por ver al hombre, no le hacía gracia esa compañía. La forma en que Neill miraba a su hija, había cambiado mucho. La experiencia le decía a Mae que Neill ya no veía a Morganne como una niña.

Miró por la ventana, afuera, ella esperaba impaciente la llegada de su joven amigo. En el último año, Morganne había dejado de ser una cría para ser una mujer, sus curvas se habían moldeado, aunque ella se comportaba como una chiquilla, a sus diecisiete años muchas muchachas ya estaban casadas y con hijos.

El jinete llegó al galope y detuvo el caballo con maestría junto a ella. Como siempre, se apeó y elevó a su amiga, la giró en el aire, provocando en la muchacha una alegre risotada.

—Me alegro de verte, Neill—saludó Morganne cuando sus pies tocaron tierra.

—Yo también me alegro. Te he echado mucho de menos. Pero déjame verte… —alejó los manos para contemplarla—. Estas preciosa —Neill arrastró las palabras mientras tomaba las manos femeninas y se las llevaba a la boca.

—Joven Neill… —saludó Mae, para llamar la atención del muchacho.

—Señora Mae—contestó y soltó las manos de Morganne molesto por la interrupción—. Me alegro de verla.

—Yo en cambio no—murmuró la anciana más para sí que como contestación.

Dentro tenía muchas cosas que hacer, con el viaje tan cerca; tenía que preparar muchas pociones y remedios caseros para los aldeanos. No obstante, no quería perder de vista a la pareja, así que se sentó junto a la puerta. Se recostó y se relajó, pensaba que disfrutaría un rato si ponía nervioso al joven.

Y lo conseguía, Neill dirigió varias veces los ojos hacia la mujer antes de decidirse por cambiar la postura y ponerse de espaldas a la

casa y con ello ocultarse de los ojos protectores de la anciana.

—Morganne, crees que podríamos tener un poco más de intimidad. Tengo cosas que hablar contigo —pidió Neill que no conseguía tranquilizarse para hablar con ella del tema que le había traído hasta allí.

—Madre, voy a dar un paseo —informó Morganne mientras andaba.

—Morganne —el tono de voz de la anciana llevaba una clara advertencia.

—Sí, Mae —concedió la muchacha que captaba el aviso. Durante los últimos meses le había repetido demasiado a menudo el cambio que su cuerpo experimentaba y cuan deseable se podía ver a los ojos de los hombres; hombres entre los que se encontraba Neill aunque ella lo veía como un amigo nada más.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Neill, no podía creer que hubiese sido tan fácil deshacerse de la vieja. Alcanzó a Morganne y comenzó a andar con intención de alejarse lo más posible de la casa. Aquello funcionaba mejor de lo que había pensado. Esta vez estaba dispuesto a arriesgarlo todo para conseguir su propósito.

—Morganne, te he dicho que estas preciosa. —Adularla sería un buen comienzo, pensó el joven.

—Me lo dices siempre.

Aunque con ella todo lo que se dijese sería poco. Era con diferencia la muchacha más hermosa que había visto en su vida. Su cuerpo se había formado en los sitios perfectos: unos pechos generosos, una cintura diminuta y unas caderas preciosas que moldeaban unas nalgas demasiado tentadoras. Aún con ese vestido marrón que siempre llevaba, se la veía hermosa. Neill tomó en sus manos el extremo de la larga trenza en la que Morganne recogía sus cabellos dorados, se inclinó para hacerlo y le dio un pequeño tirón. Morganne se detuvo y le miró. Neill pasó de contemplar el cabello a ella, a sus ojos azules como el mar tranquilo o como el cielo despejado que les cubría, a sus labios. Se acercó un paso y rodeó la cintura femenina antes de apoderarse de su boca.

Morganne se quedó inmóvil por unos segundos. La reacción de Neill le había cogido desprevenida. Le daban su primer beso y no le gustaba en absoluto: demasiado violento. Aquellos labios le hacían daño, y… esas manos. Luchó por deshacerse de los brazos que la sujetaban con fuerza contra su cuerpo y le manoseaban la nalgas.

—Neill, quieto —gritó.

—Lo siento, no era mi intención asustarte —se disculpó Neill

avergonzado de su comportamiento; se había dejado llevar. Esos labios lo habían cautivado y le arrancaron todo su control—. ¡Espera! —le dijo mientras la agarraba por la mano para impedir que se fuera—.Te quiero, quiero casarme contigo.

—¡Neill! —Morganne miró al joven. Había crecido con él, era su mejor amigo, si bien era el único. Era más alto que ella y tenía un cuerpo musculoso, sin lugar a dudas por el trabajo en la herrería de su padre. Podía decir que era hermoso, aunque para ser honesta, ella no había visto muchos hombres en su vida. Vivía siempre en el bosque con su madre y tan solo tenía contacto con Neill y una vez al año con los aldeanos que hallaban en su viaje—. Yo…—le quería sí, pero no como él deseaba sino como a un hermano. Ella siempre había pensado que el día que recibiera su primer beso se sentiría transportada a las nubes, entonces sabría que eso era amor. Había soñado con…Su corazón se detuvo, había soñado con…

Con enamorarse del hombre de sus sueños, ese sí era un hombre apuesto y fuerte. Estaba segura de que sus besos la llevarían de las nubes al fondo del mar.

—Neill, yo también te quiero —le dijo al fin.

—Morganne—el rostro de Neill se iluminó—. Nos casaremos pronto. No puedo esperar para poseerte.

Los brazos intentaron atraerla de nuevo pero esta vez estaba preparada y dio un paso atrás.

«*Poseerte*» aquella palabra la hizo ponerse a la defensiva.

—No lo entiendes, yo te quiero… pero como a un hermano —le dijo—. Nos hemos criado juntos.

Morganne retrocedía y él se acercaba.

—Pero yo no quiero que me veas como un hermano, te deseo como mujer— intentaba hacerla entender con la esperanza de que cambiara de opinión.

—Neill… no puedo.

—¡Puedes! Nos casaremos y con el tiempo aprenderás a amarme.

—Espera, yo no quiero casarme.

—¡Maldita sea, Morganne! No puedo esperar más. Mi padre desea que me case con la hija de Mcfherson.

—Será una buena esposa —dijo Morgannepara suavizar el momento— ¡Ahh! —gritó cuando el joven la agarró con fuerza —.Neill, me haces daño.

—Nunca te haría daño, seré un buen esposo —intentaba apaciguar con palabras lo que sus manos hacían pues apretaba el brazo femenino mientras ella forcejeaba para soltarse.

—Por favor, me haces daño.

—Tú me haces daño con tu negativa. ¿Por qué crees que he venido tanto? Te he visto crecer, te he visto convertirte en mujer y quiero ese cuerpo para mí.

Aquellas palabras hirieron tanto a Morganne que no vio como Neill se abalanzaba sobre ella hasta tenderla en el suelo. Su boca volvió a devorarla y la dañaron tanto como sus palabras. Luchó con fuerza por deshacerse de la molestia que suponía el cuerpo masculino. La asfixiaba con su peso y su boca.

—Morganne—la voz de Mae hizo a Neill bajar la guardia, temía verse sorprendido en sus fechorías. Morganne aprovechó para empujarlo y correr.

Neill perdió unos segundos preciosos para averiguar si la anciana estaba allí. Para cuando comprobó que no, ella huía hacia la casa.

—¡Morganne! —gritó.

Tan solo llegó a ver a la vieja entrando en la cabaña tras su amada.

—Mi niña, ¿qué te ha hecho ese bruto? —Mae recibió con gusto y alivio el abrazo de su hija.

—Madre, Neill no me quiere… —sollozaba escondida en el pecho de su madre—.Bueno sí me quiere, pero no como yo a él.

—Lo sé pequeña, hace tiempo que me di cuenta de eso. Por eso te prohibí alejarte con él.

—Madre, ¿todos los hombres son iguales? ¿Todos querrán poseerme?

—Mi niña, me temo que sí, todos querrán poseerte.

—Mae…—sollozó Morganne.

—Pero uno te querrá tanto que esperaba a que tú te entregues. A que tú quieras darle ese regalo.

—Madre.

Esperaría, el hombre que la amase, esperaría a que ella estuviese lista, pero ¿estaría ella preparada algún día? No quería lo que Neill le había dado. Su mejor y único amigo le había hecho mucho daño. Neill no la quería a ella, solo a su cuerpo.

Aquella noche, Morganne volvió a tener su sueño pero no le provocó miedo. Por primera vez supo que él la protegería de todo, como haría su madre.

«Le vio venir desde la nada, como si hubiese aparecido ante ella. Corría por la orilla del mar hacia ella. Le veía acercarse y no sentía miedo, le esperaba. De pronto él se detuvo antes de llegar a ella.

—¡No! —gritó al tiempo que extendía los brazos hacia ella. Intentaba alejarla.

Morganne se llevó las manos a la boca para reprimir un grito. Los ojos del hombre estaban teñidos de sangre y su rostro mostraba miedo, miedo de ella. Le vio retroceder.

—¡No me toques! —le advirtió frenético.

Pero ella quería hacerlo, sus manos se estiraron para tocarle. Su pecho desnudo mostraba sus músculos contraídos. Por alguna razón ella ansiaba tocarlo. Dio un paso hacia él aunque no quería hacerlo. Quería obedecer pero no podía, necesitaba tocarlo, poner sus dedos en ese torso desnudo.»

—Madre, ¿podrá hacer el viaje? —preguntó Morganne aquella mañana mientras ordeñaba.

Aquel año pensaban hacer el viaje a caballo, Mae no estaba ya para caminar todo un día y Neill se había ofrecido para prestarles dos monturas ya que Mae se había negado a que les acompañara. Sin embargo, dado los últimos acontecimientos, tendrían que hacer el camino a pie: como cada año desde hacía diecisiete.

—Ya lo hemos hablado —contestó la anciana sin mirarla, recogía los huevos de las gallinas.

En aquel pequeño corral tenían casi todos sus bienes. La anciana no pudo evitar pensar en Neill, había sido una gran ayuda desde que apareció en sus vidas. Él había construido el corral para las ovejas que su padre le regaló a Mae por asistir al parto de su mujer. Después de una esposa y un hijo muerto, el señor ya no confiaba en las comadronas. Qué duro había sido aquel año. Por aquel entonces, Morganne llevaba ya con ella dos inviernos, correteaba tras Mae con pasitos pequeñitos y graciosos. Era la alegría de una mujer que empezaba a envejecer en soledad.

Una noche de tormenta, de las peores que recordaba, el señor más rico de la aldea apareció en su puerta y la aporreó con fuerza.

«—Mae, Mae —gritaba, sus palabras se apagaban con los golpes—. Mi mujer está de parto.

—¿Has llamado a la comadrona? —le contestó la anciana sin abrir la puerta.

—Sabes que ella no hará nada. Tienes que venir.

—Callum, no puedo salir ahora. ¿Has visto cómo está la noche? —le hablaba a través de la puerta cerrada.

—Mujer, no puedes dejarla sola, morirá y lo sabes.

Lo sabía, Mae cerró los ojos y respiró hondo, lo sabía. Si no asistía ese parto la mujer del señor moriría como había pasado con la anterior esposa. Abrió y se alejó, el hombre quedó en el vano de la puerta; su robustez llenaba el hueco, su ropa goteaba en la entrada.

—Mae, te lo ruego, ven. Sabes que sabré recompensarte, siempre me

he portado bien contigo y juró que esta vez seré más generoso aún.

Aquellas palabras penetraron en la mente de la mujer. Siempre había pagado bien por sus servicios. Miró hacia la cama donde dormía su hija, el invierno era duro y esa ayuda sería buena para ellas, sin embargo no podía arriesgarse a llevarla, enfermaría.

—Si te preocupa la niña… —le dijo el hombre. No se le había pasado la mirada de Mae a su hija—. He traído a Neill conmigo. Él cuidará de ella. Después de todo duerme, no tiene ni que enterarse de que faltaste.

Mae guardó silencio cuando el niño se asomó a la puerta. Sopesaba las ventajas y los inconvenientes, solo que de estos últimos ya se había encargado su señor.

El parto estaba ya muy adelantado cuando ellos llegaron junto a la futura madre. El niño tenía un pie fuera y no la cabeza como era lo normal. Costó mucho trabajo y dolor para la madre volver a introducir el pie y dar la vuelta al niño. Las pócimas que Mae administró a la parturienta calmaron algo los dolores pero aún así, los gritos llenaron el aire durante toda la noche.

Despuntaba el alba cuando el llanto del bebé sustituyó al de su madre. La parturienta estaba muy cansada y dolorida, pero viva. Dejó brebajes para la infección, la fiebre y el dolor, se despidió de la mujer y pidió que la llevaran de regreso a su casa. Callum intentó disuadirla pero no pudo insistir demasiado, no le negaría nada. Mandó ensillar sus dos mejores caballos y ordenó que llenaran un gran saco con comida.

—Mae te estaré eternamente agradecido —Callum tomó las manos de la mujer y las apretó emocionado, sabía que de no ser por ella, su mujer hubiera muerto como ocurrió con la madre de Neill—. Cuando cese la tormenta te llevaré tu pago.

Aunque era de día, el cielo estaba tan cubierto que apenas se veía. Durante el camino, el hombre que la acompañaba no paraba de maldecir su suerte y ella de pensar en su hija, que ya se habría despertado, y tendría hambre.

—Neill —gritó el soldado cuando llegaron a la puerta de la casa. Tiró al suelo el saco con las provisiones de Mae y la bajó del caballo.

La tormenta se había tomado un descanso y no estaba dispuesto a desaprovecharlo. El niño corrió fuera de la casa y se paró junto a Mae:

—Está comiendo y no ha llorado —le informó el pequeño antes de que le elevaran y lo colocaran sobre el caballo.

A Mae solo le dio tiempo a asentir, los jinetes se alejaron al galope igual que habían llegado.

Cuando entró en la casa. La niña estaba sentada en la cama, cogía con las manos algo de un cuenco y se lo llevaba a la boca. Se acercó a

ella y la pequeña la recibió con una gran sonrisa.

—Maaae —balbuceó mientras extendía los bracitos para que la cogieran.

La mujer ya no sentía ni el frio ni las ropas mojadas. La sonrisa y las palabras de su hija le hicieron olvidar todo y estiró los brazos para cogerla. El agua se deslizó por su mano.

—Lo siento, mi niña. No te puedo coger si no me cambio de ropa —fue entonces cuando vio que Neill había mojado en leche un mendrugo de pan duro para que Morganne se lo pudiera comer.

La siguiente vez que vio a Neill fue unas semanas más tarde cuando llegó con su padre a traer el pago: tres gallinas, un gallo, dos ovejas, un carnero y un saco de harina.

—Espero sea de tu agrado, mujer —le dijo Callum.

—Has sido más que generoso, señor—contestó Mae muy contenta. Acarició el lomo de las ovejas, ahora no faltaría comida en su mesa.

—La vida de mi hijo y de mi esposa valen mucho más mujer.

Desde entonces, Neill siguió viniendo y ayudaba en todo. Se encariñó con la niña, y ahora, veía que demasiado.

Aún a pesar de todo, iba a echar de menos su ayuda. Apretó los labios, y admitió que también le echaría de menos a él.

—Madre… Mae, no has contestado a mi pregunta —le reprendió su hija que esperaba en la puerta del corral con el cubo de la leche en la mano.

—¿Eh?.. ¡Ah, sí! He pensado que podríamos salir un día antes y hacer el viaje más lento.

—Me parece buena idea.

Mae permaneció en el corral aunque ya no tenía nada que hacer allí. Pensaba que ese año harían el viaje así, pero ¿y el siguiente? No podría ir muchas más veces a ese encuentro. Sin embargo no podía separar a esa mujer de Morganne. Tan solo era una noche, cada año. Eso era lo único que el ser del mar tenía de ella, no podía quitárselo. Tendría que buscar a alguien que acompañase a su hija aunque eso supusiese revelar quién era.

Morganne llevó la leche a la cocina. No podría hacer la mantequilla al día siguiente, tal vez pudieran llevar leche fresca para el viaje, le preguntaría a Mae.

El viaje le hizo acordarse de Neill. Se llevó los dedos a los labios, ya no le dolían. Le habían dado su primer beso y lo único que recordaba era el dolor de un colmillo clavado en sus labios. No había sentido mariposas revolotear en su estómago, ni sus pies se habían elevado del suelo como había soñado. Debería haber sentido eso con Neill, le conocía de toda la vida, siempre había sido bueno

con ella, debería haberse enamorado de él. Eso hubiese hecho las cosas más fáciles. Podría haber tenido un esposo e hijos. Ahora no tendría otra oportunidad. Respiró hondo, y aceptó sus pensamientos. Si Neill volvía a verla después del viaje y le pedía matrimonio de nuevo, aceptaría. Un extraño escalofrío recorrió su cuerpo, un presentimiento le hizo erizar la piel.

—Madre, si mi voz llega al mar y tus manos se extienden más allá de esas aguas, te ruego nos protejas. Presiento que este viaje va a ser distinto y de un final incierto. Tengo miedo. No quiero decirle nada a Mae, no quiero preocuparla con algo que a lo mejor son imaginaciones mías.

5

—¿Estás seguro de que éste es el sitio? —preguntó James mientras se tumbaba sobre la hierba. Llevaban allí más de una hora y Marcus ni siquiera había encontrado el lago.

—Sí. ¿Cómo puedes creer que me voy a perder? —le gritó Marcus desde lo alto de una roca.

Hubiera jurado que era la misma roca desde la que se tendió, mirándola. Habían llegado en un salto, no podía equivocarse. Tan solo tenía que desear ir a un sitio en el que ya hubiera estado y aparecía allí. Eso había sido así siempre, ¿cómo podía haber fallado?

Sin decirle nada a James, ya había ido y venido de Caldestone varias veces, desde que estaban allí, esperaba hallar el camino y siempre aparecía en el mismo lugar. Allí. Pero allí no había ningún lago. Habían recorrido los alrededores durante una hora y no habían hallado ni una gota de agua.

Si hubiesen venido a caballo, podría haberse equivocado en un camino, en un cruce, pero como no estaba seguro de por donde había cabalgado el día anterior, no pudo llegar allí a lomos de una montura. La única forma de hacerlo era si utilizaba la magia, agarró a James de la mano y aparecieron en el claro donde había dejado a Furia el día anterior.Era así de fácil. Siempre había sido así de fácil, siempre… hasta ahora.

Allí no había agua. Volvió a mirar hacia donde ella emergió. Estaban los árboles, las mismas rocas, podía compararlo con la imagen que tenía en su mente: ese era el lugar.

Pero sin agua, sin lago y sin ella.

—Puede que el lago, se haya secado —le dijo James.

—¿En una noche? Ayer tenía agua como para cubrirle las piernas—le contestó Marcus. Más que sentarse, se tiró al suelo sobre la roca, sin perder de vista el hueco vacío del lago.

—¿Era muy alta? Lo digo porque si era bajita, no era mucha agua.

—James, eres imbécil —amonestó Marcus con una mirada iracunda.

—Sí, me siento imbécil. Esperamos que aparezca una ninfa de los bosques.

Una ninfa. ¿Sería eso ella?¿Una ninfa, una ilusión, un sueño?

Una visión provocada por su locura.

—Volvamos a casa —Marcus se acercó a James. No podía ocultar la desilusión que mostraba su corazón. Puso su mano sobre el hombro de su amigo con intención de volver…—.¡Ja, ja, ja! —se rió—. Me conoces demasiado bien.

El contacto necesario para transportarlo de vuelta había trasmitido a Marcus los pensamientos de James. Otro de los dones de su insólita existencia.

—Crees que soy tan tonto como para no darme cuenta de que en cuanto me dejes en Caldestone, volverásaquí —le acusó al ponerse de pie para enfrentarle.

—Necesito verla. Ella era… Era así… —el rostro de Marcus se iluminó, podía mostrarle lo que había visto.

Podía hacer que la viera, Marcus McLavert podía hacer eso. Formaba parte de su magia. Era el único de los cuatro que podía formar imágenes visibles con recuerdos. Extendió la mano despacio, volvió la palma hacia arriba y estiró los dedos. En el centro comenzó a formarse una pequeña esfera de luz azulada que crecía y se volvía menos densa. Ahora sobresalía de la mano, aunque se mantenía sobre ella. La luz, el aire, formó una imagen, unas rocas, unos árboles y agua. James miró asombrado como la efigie se hacía más nítida, hasta parecer real, sobre la palma de Marcus.

La mujer era hermosa, bueno su cuerpo pues tan solo la veían por detrás, el perfil de un pecho hizo enloquecer a Marcus. La vieron flexionar las rodillas y cubrirse de agua hasta los hombros para luego elevarse y dejar el agua rozar sus nalgas. El líquido transparente se derramó por ella. El cabello dorado se pegó a su piel como un vestido perfecto.

De pronto, Marcus cerró el puño y la imagen se evaporó, se esfumó en el aire. Un nuevo sentimiento le recorría cada célula de su cuerpo; llenaba de rabia un corazón petrificado hacía siglos. Su puño que estaba blanco de tanto apretarlo, no sentía el dolor que sus uñas provocaban en su piel. Pequeñas gotas de sangre asomaban para luego volver a su interior. Su respiración se agitaba y sabía que sus ojos tornaban del color de la sangre.

¿Qué le estaba pasando? En trescientos años de vida, jamás se había alterado de ese modo. Se sentía furioso, muy furioso.

—Entiendo que hayas perdido la cabeza por un cuerpo así –bromeó James–. Yo también lo quisiera en mi cama.

Sus últimas palabras quedaron acalladas por un rugido animal que atravesó el bosque en un eco sobrenatural.

James giró la cabeza hacia los árboles, buscando a la bestia pero

no vio nada. Fue entonces cuando se percató del sonido de una respiración agitada. Volvió despacio la cabeza hacia Marcus, su cuerpo se movía entero. Sus ojos se clavaron en él, ojos que brillaban de cólera, ojos ensangrentados. James retrocedió unos pasos, asustado.

—¿Marcus?—James parecía dudar de que el hombre que tenía ante sí fuera el mismo con el que había llegado allí. Su rostro estaba desfigurado en una mueca que horrorizaba y nada dejaba de los rasgos de su amigo. Sus pupilas se habían vuelto rojos por completo, James no recordaba haber visto nunca una mirada tan endiablada. Unamirada que le enfocaban y brillaban por la ira. Incluso parecía más alto de lo que ya era a pesar de estar algo encorvado. James dio varios pasos atrás, la idea de huir pasó por su mente durante unos segundos.

«Marcus… Marcus… ¿qué está pasando?» aquella voz solo sonó en la mente de la bestia. *«Marcus, ¿lo has invocado tú?»* la respuesta no llegó y eso preocupó aún más a Lucien Laverty. Una señal de alerta saltó en su mente. El guerrero berserker dominaba a su hermano. Una historia que se repetía a la inversa.

» *Marcus… escucha mi voz»* aquella ya no era la misma voz, su tono se había vuelto extraño, arrastraba las palabras, palabras que se asemejaban a un cántico.

El canto hechizado de Lucien abrió mecha en la mente de su gemelo, llegó a la esencia misma de su ser. Marcus recibió a su hermano y se dejó envolver con la magia. Una marea que le mecía y le acunaba hasta quedar inmerso en una enorme paz.

Desde fuera, James vio su rostro relajarse, sus ojos tornarse dorados y hasta juraría que encoger.

Un sonoro suspiro escapó de los labios de Marcus, única evidencia de lo ocurrido en su interior.

—¿Has visto un fantasma?—le preguntó a James con una media sonrisa en sus labios.

«Te ha visto a ti que es peor. ¿Qué ha pasado?»

«Lucien, me alegro de oírte.»

« Quisiera poder decir lo mismo pero el motivo no me ha gustado».

—Lo siento. No sé qué ha pasado —una respuesta dada en voz alta para ambos.

«Casi te engulle el berserker, y no sabes qué ha pasado.»

Marcus se llevó las manos a la cabeza en un intento de acallar los gritos de su hermano. Tarea inútil.

—Cálmate que estas gritando en mi mente —le reprendió

Marcus–. Me vas a volver loco.

—¿Qué dices? —preguntó confundido James, pero él solo halló la respuesta—. ¿Lucien? ¿Tu hermano está aquí? Perfecto, así podrás contarle lo que pasa.

«Marcus, de qué habla ese chaval»

—¿Chaval? —Marcus rompió a carcajadas—. Lucien, este chaval tiene veintiséis años y se llama James.

—Me ha llamado chaval —los ojos de James se abrieron sorprendidos—. Bueno, a su lado debo serlo.

«¿Me ha llamado viejo?» preguntó indignado Lucien.

—Estáis empatados.

«Bien, dejémoslo así. Ahora habla, ¿qué tienes que contarme?»

—¿A dónde vas? —preguntó James al agarrar por el brazo a Marcus que intentaba alejarse de él—. Puede que no vaya a oír a tu hermano, pero quiero oírte a ti.

Marcus le miró y entornó los ojos, ¿qué se proponía su amigo?

—Me has dado un susto de muerte hace un momento —explicó James con burla—. Solo lo hago para proteger mi salud, viejo.

La risa de Lucien resonó fuerte en la mente de Marcus.

«¿Y tú de qué diantres te ríes?» preguntó a su hermano.

—Marcus, —reprendió de nuevo James—. Tu silencio me dice que hablas con tu hermano y yo no te oigo.

—Le preguntaba a mi hermano de que se reía –respondió Marcus de mala gana.

«Testarudo el chaval.» Lucien se burló.

«Calla» gritó Marcus.

«Realmente lo dice en serio, lo hace por su salud. Tiene suerte de estar vivo.»

—Mi hermano dice que tienes suerte de estar vivo —Marcus cerró la boca al terminar de hablar, no debería haber dicho eso.

—¿Me habrías matado? —saltó James.

—Mi hermano exagera —exclamó Marcus. Intentaba restar importancia al asunto pues Lucien proyectaba en su mente la imagen de Marcus consumido por el antiguo guerrero, un demonio dispuesto a atacar y su presa era James.

«Mejor que no lo sepa» pidió Marcus arrepentido por los hechos.

«Dime qué está pasando» el tono de voz de Lucien volvió a la seriedad propia de la preocupación.

—¡Marcus! —James estaba decidido a participar en la confesión.

—Que mi mente sea tu mente…

Durante unos momentos el silencio se hizo en lamente de Marcus. Sentía el tiento de su hermano, sentía a su gemelo buscar

entre los recuerdos y como poco a poco su ánimo se venía abajo.

«¡*Los celos han llamado al guerrero*!» Exclamó asombrado Lucien, los celos provocados por una ilusión habían convocado al antiguo y estaba dispuesto a matar a James. Pero pronto, la pena surgió al entender algo más. «¿Crees *que ha comenzado?»*

—Eso parece—respondió Marcus con tanto pesar como su hermano. Era una etapa de su vida que aunque esperada, no dejaba de ser preocupante para ambos.

«Pero, ¿no la has encontrado?»

—No, no la he encontrado, sin embargo sé que el momento está cerca. Todo me lo dice.

«¿Crees que ella puede ser la mujer del lago?»

—Ni siquiera puedo asegurar que ella exista.

James observaba a Marcus mantener la conversación. Aunque tan solo oía la voz de su amigo era fácil poner palabras a la voz de Laverty.

«Marcus, no puedo hacer nada por ti.» Tuvo que admitir Lucien con pesar.

—Intenté advertir a James que en esto nadie puede ayudar. Que tengo que pasar por esto yo solo.

—No estás solo – aseguró James.

Marcus sonrió y agradeció el apoyo de James. Si supiera lo cerca que había estado de la muerte. ¿Cómo iba a tenerlo a su lado si ni siquiera podía asegurar su vida?

«No creo que le vayas a hacer daño.»

«Hace un momento no decías eso.»

«Marcus, tan solo puedo estar alerta por si necesitas mi ayuda. Por lo demás, estas solo en esto»

—Lo sé, el camino debo recorrerlo yo. Gracias.

«No dudes en buscarme, aunque solo sea para preguntar. No cometas mis errores»

—No lo haré hermano. Sé que no estoy solo. Cosa que tú no quisiste comprender. Besa a Thara de mi parte.

«Mejor no.»

Marcus rompió a carcajadas, su hermano siempre tan posesivo con ella. Por su mente pasó el recuerdo de la vez que la besó para despertar al Lucien engullido por la magia negra.

«Debí borrar ese recuerdo de tu memoria» gruñó Lucien.

Las risas de su hermano se perdieron en el espacio mientras se alejaba de él.

Lucien subió despacio las escaleras de la cueva. Recordaba cómo había sido su camino hacia la felicidad, ansiaba que su hermano

llegara a ella. Cada uno de los cuatro se merecía esa dichanegada durante siglos. Sin embargo no todo era alegría en la mente de Lucien, la sombra del miedo la empañaba. Sabía que a su hermano le esperaba un largo y difícil trayecto hasta llegar al final, un final que nada aseguraba que fuera a ser bueno.

«Con ellas, tus hijos conocerán el dolor físico que se siente cuando un corazón se rompe. Conocerán el dolor del alma provocado por la angustia y la culpa. Conocerán el dolor de la necesidad… Y odiaran la inmortalidad que les has dado.»

Lucien recordó el inmenso dolor que atravesó su cuerpo la primera vez que tocó aThara, el dolor de la angustia por el miedo a perderla era tan grande como la culpa por saber que él era el causante de todo lo que le pasaba. Conoció la necesidad de tenerla cerca, una sonrisa curvó sus labios, esa aún no había pasado. Odiar la inmortalidad que su padre Nuada les había dado era algo que él había hecho antes de conocer a Thara. Lucien inclinó la cabeza y entornó los ojos, la maldición no seguía una pauta, no podían esperar que las cosas sucedieran en un orden. Marcus ya sentía la necesidad de tenerla cerca y aún, ni siquiera la conocía.

—Lucien, ¿va todo bien? —preguntó Thara. Se levantó del sillón en el que se había quedado a la espera cuando su esposo entró en la cueva. No necesitaba la respuesta, ahora compartía con Lucien el mismo vinculo mental que los hermanos Laverty, y sabía lo que había pasado—. No puedes hacer nada. Tiene que pasar por esto —señaló. Esperaba consolar a Lucien aunque ya sabía que eso no era posible. Los recuerdos de su paso por aquella maldición estaban aún tan recientes en su mente que ninguno podía evitar la preocupación por Marcus.

Lucien se limitó a abrazar a su esposa. En sus brazos se sentía tan feliz, tan completo que deseaba lo mismo para Marcus y sus hermanastros, Iam y Darius.

—Todo irá bien —cuanto quería creer en esas palabras.

Thara rogó a Danu por Marcus.

6

Aún no podía verlo pero ya lo olía. Morganne sabía que ya estaba cerca. Un poco más y estarían al borde del acantilado.

Aquel aroma penetró en su cuerpo con un revuelo de emociones. Respiró hondo y dejó que el aire recorriera su interior: el mar estaba cerca. No solo podía olerlo, su cuerpo empezaba a reconocerlo y a darle aquel extraño recibimiento. Notaba el cambio producirse en ella. Oía el trinar de los pájaros, las olas del mar; su oído se agudizaba a cada paso que daba hacia las aguas. Se sentía tan distinta envuelta en algo misteriosos y mágico y sin embargo, familiar.

Observó a Mae, que caminaba en silencio a su lado, nunca se había dado cuenta del cambio que experimentaba al hallarse cerca del mar. Envuelta en su viejo chal de lana, agotaba sus últimas fuerzas al intentar llegar al borde del acantilado. El viaje había sido tranquilo después de todo. Sus presentimientos se habían quedado en eso, vanos presentimientos. Ahora se sentía como una tonta por haberse preocupado tanto, por suerte no le había contado nada a Mae.

—Vamos, Mae. Ya queda poco—animó Morganne. La tomó del brazo y la ayudó a caminar.

—Gracias, hija mía —agradeció Mae que sentía como el contacto le devolvía las fuerzas perdidas en el viaje. En aquel último tramo, el mar ejercía demasiada influencia sobre su hija. Morganne nunca habló de ello y ella nunca preguntó.

Se detuvieron al borde mismo de la tierra, más abajo, el mar le daba la bienvenida. Las olas se elevaron varios metros por lo alto, queriendo llegar hasta ella, después se estrellaba contra las rocas con fuerza. Mae pensó que con rabia por no poder alcanzarla. Siempre le había dado miedo ese lugar. Miedo en la misma proporción que felicidad a su hija y ella sentía mucha felicidad. En esos momentos nunca podría negar que pertenecía al mar.

—Aún es de día, ¿crees que podremos encontrar un buen camino para bajar?

Mae agradeció la preocupación de su hija con una sonrisa.

—Baja tú a la playa y dime si ves algún otro sendero.

Morganne asintió con la cabeza y corrió por el camino de

siempre.

—Ten cuidado —gritó Mae asustada por la velocidad con que bajaba por aquella escarpadapendiente.

Morganne sonrió ante la advertencia de su madre. Si supiera que sus pies avanzaban solos, atraídos por el mar. Que la magia de aquella inmensidad de agua ya corría por sus venas a más velocidad de la que ella descendía. No necesitaba fijar sus ojos en el suelo, sus pies parecían apañárselas muy bien, así que ella miraba aquel azul que se extendía hasta perderse en el horizonte. Hasta hacer imposible identificar donde terminaba el agua y donde empezaba el cielo.

Las olas acariciaron sus pies descalzos y un escalofrío recorrió su cuerpo. Se agachó y deslizó la mano sobre la superficie para devolverle la caricia.

—Aún no —susurró, mientras se levantaba y caminaba por la playa.

Anduvo un buen trecho hacia ambos lados, sin hallar ningún otro pasaje, tan solo aquel abrupto sendero entre las rocas.

Mae la vio andar y desandar el camino. Sabía que no encontraría un nuevo lugar por el que bajar y sin embargo no se apenó. Aquella noche, Morganne, no era su hija. Durante trescientos sesenta y cuatro días al año, la tenía. Aquella noche, ella pertenecía a su madre del mar. Mae exhaló el aire con resignación, esperaría al nuevo amanecer y entonces, abandonaría de nuevo aquel lugar y se llevaría a su hija quizás para siempre. La idea no la reconfortaba del todo, no podía dejar de pensar en aquel ser, privada de su hija, a la que tan solo veía una noche. Encontraría una solución.

Colocó la vieja manta sobre el suelo y se arropó con el abrigo de Morganne. Una brisa rozó su arrugada mejilla, Mae sonrió a lasuave caricia. El viento se volvería caluroso aquella noche, el mar la protegería del frío en compensación por traerla hasta allí.

Morganne volvió al agua después de comunicarle a Mae que no había otra forma de bajar. Se sintió culpable por tener que dejarla sola allí arriba, no obstante, la culpa le duró el tiempo de sentir el océano en sus pies.

El mar murmuraba, reía para ella y la llenaba de alegría. Era su momento, ahora era distinta, si la noche ya la volvía diferente, cambiando sus cabellos y sus ojos del color plateado de la luna, aquellas aguas la transformaban aún más.

El sol había caído sobre el horizonte y lo envolvió todo con el oscuro manto de la noche y aún así, Morganne veía el resplandor de la espuma a sus pies.

Se alejó y se deshizo de su vestido, lo necesitaría seco por la mañana. Anduvo despacio, el agua cubrió sus largas piernas y saltó para tocar un poco más. La fina tela de algodón de su camisola se pegó al cuerpo y delineó sus curvas. Su pelo se deshacía de la trenza con cada embestida del mar, como un amante que la desnuda y la acaricia.

El mar arremetió de nuevo contra ella, la fuerza la hizo tambalear.

—Mi niña… hija mía…

Morganne se sobresaltó al oír aquella voz.

—Mi niña… aléjate del mar. Te reclamará y tú perteneces a la tierra —unos ojos brillaron en la oscuridad de la noche.

El mar arremetió contra su cuerpo, y le hizo perder el equilibrio. Era la primera vez que se mostraba tan violento. Morganne sintió miedo y dio un paso atrás. Una ola le salpicó la boca. Escupió el agua. Ya no la acariciaba ni jugueteaba con su cabello, quería llevarla adentro. El miedo creció, no quería morir ahogada. ¿Así reclamaría el mar su cuerpo? ¿Muerto? Retrocedió despacio, aseguraba cada paso en la arena y esperaba la ola hasta que estuvo fuera de su alcance. Podía sentir la furia del agua cuando sus virulentas lenguas se estrellaban contra las rocas que había un poco más abajo, donde apenas había arena. La forma de luna creciente de la playa la mantenía en el centro alejada del mar y su fuerza.

—¿Madre? —sollozó Morganne.

El silencio fue la única respuesta a su llamada. Tal vez lo había imaginado. Su madre marina nunca le había hablado antes, Mae aseguraba que estaba allí y ella creía sentirla pero nunca dio señales de su existencia.

—Hija mía.

—¿Madre? —preguntó Morganne. Había oído de nuevo ese susurro proveniente del mar. Dio un paso hacia la orilla para luego detenerse en seco. Quizás no era más que una trampa para atraerla de nuevo al agua. Dio ese mismo paso hacia atrás y se sentó en la arena abrazada a sus rodillas. Su cabello, ahora plateado, se extendía como una capa de plata a su alrededor, reflejando la luz de la luna que no era más que una diminuta línea en el cielo.

—Mi niña… eres preciosa.

Morganne levantó la mirada. En el mar, unos metros adentro, emergió una mujer de cabellos plateados como los suyos. ¡Pero era tan joven como ella!

—¿Madre? —inquirió con timidez y se acercó un poco, todo lo que le permitía el no poder tocar el agua.

—No toques el agua, hija mía. Te reclamará para sus profundidades.

—¿Mi madre?… pero eres tan joven —Morganne extendió los brazos, quería tocarla, abrazarla. La mujer permaneció quieta, cubierta hasta la cintura por el agua. Bajo ella no se veía el resto del cuerpo.

—¡Vuelve al mar! ¡Ven a mí! – gritó de repente su madre.

Morganne no había oído gritar a Mae pero para el ser del mar nada pasó desapercibido. Ni la llamada de Mae ni las sombras que se arrastraban por la arenahacia su hija.

—¿Pero dijiste que no debía? —exclamó confundida Morganne.

—Olvida lo que te dije, entra en el mar. Ahí no podré protegerte…

No pudo hacer entender a Morganne el peligro que la acechaba.

—¡¡Ahh!! —el grito quedó ahogado por la arena de la playa. No llegó a comprender el significado de las palabras de su madre a tiempo de impedir que la tiraran al suelo. Dos hombres salidos de la nada se abalanzaron sobre ella y la dejaron con la cabeza aplastada contra la tierra. Presa del pánico, Morganne movía con frenesí los brazos y las piernas para deshacerse de la opresión que la mantenía pegada al suelo.

—Estate quieta, no queremos hacerte daño —le dijo una voz de hombre al oído. Si intentaba tranquilizarla estaba muy lejos de lograrlo.

Morganne intentó moverla cabeza, quería ver que sucedía, pero sobre todo quería respirar. Lo único que consiguió fue llenarse la boca de sus cabellos.

Sintió como le retorcían las manos hacia la espalda y se las amarraban con fuerza. La cuerda le dañaba la piel. Le dieron la vuelta pero seguía sin ver nada, sus cabellos estaban enredados sobre su cabeza. Una mano pareció leer sus pensamientos pues los apartó bruscamente.

Morganne deseó que no lo hubieran hecho, era preferible no ver la cara del hombre que estaba sobre ella. Tenía el pelo largo y pegado, la barba ocultaba parte de su rostro pero no lo suficiente como para esconder la lascivia de sus ojos, ni la sonrisa perversa de sus labios.

—Neill no dijo que fuera tan bella.

¿Neill?Morganne dejó de luchar al oír ese nombre.

No sintió las manos que apretaron sus pechos hasta que el otro hombre le dio un manotazo al barbudo y apartó la mano que la acariciaba.

—No la toques.

—Vamos, Seling, no voy a hacerle daño, solo quiero tocar un poco —el extraño acompañó sus palabras de un apretón que estrujó sus pechos.

—A Neill no le gustara que la toques —le advirtió el hombre al que había llamado Seling.

«Ayúdame»

La suplica no salió de los labios de Morganne aunque fue pronunciada con mucha intensidad.

7

Había conseguido escaparse de James. Desde la conversación con su hermano se había vuelto aún más su sombra si es que eso era posible. Respiró hondo, y dejó que el olor del mar le llenase los pulmones. Siempre había encontrado en aquel acantilado un lugar especial, un lugar que le llenaba de paz. Estaba seguro o quería estarlo, de que el mar que el caldero le mostraba era ese trozo, con su playa en forma de media luna, donde las olas se empeñaban en golpear una marea tras otra como si quisiera penetrar más en la tierra y ganarle sitio.

Podía pasar horas enteras con solo mirar el ir y venir de aquellas mareas.

Un ruido cerca hizo a Marcus ponerse alerta y buscar su procedencia. El mar, alguien estaba en el agua.

Los ojos de Marcus se abrieron sorprendidos. ¿De dónde había salido aquella mujer? Estaba claro que su mente se empeñaba en hacerle perder al juicio y por Danu que si seguía por ese camino lo iba a conseguir muy pronto.

Era ella. La misma mujer que había visto unos días antes en el bosque bañándose en el lago.

No, se detuvo unos segundos. Se le parecía, pero no era ella. El cabello era ¿gris, blanco? A pesar de ser pálido, tenía un brillo sorprendente como… ¡hilos de plata! Que cubrían su cuerpo y flotaban en el agua a su alrededor formando un aro de luz plateada. Como si fuese el reflejo de la luna que aquella noche no había.

Marcus permaneció tan quieto como la vez anterior. En su mente, tenía tan presente la imagen de la ninfa en el bosque que hubiese jurado que era ella. Las mismas curvas, las mismas nalgas, si bien, su cabello era distinto.

Decidido a ver algo más que su espalda y esas deliciosas curvas de las caderas que le enloquecieron con unas nalgas tan perfectas, Marcus dio un paso adelante, esta vez no se le escaparía, esta vez…

—¡¡Tú!!Pero no puede ser.

La voz a sus espaldas hizo a Marcus salir de su hipnosis. Dejó de mirar a la muchacha que se bañaba en el mar para mirar a la mujer que le hablaba junto a él. No obstante, siguió tan sorprendido como antes. Una anciana le señalaba con el dedo. Su rostro mostraba tanto asombro como el suyo.

Marcus sometió a la mujer a un detallado examen. Su cabello blanco por las canas estaba recogido en la nuca. Sus ojos negros le miraban atentos. De baja estatura y de compleción robusta. Estaba envuelta en un viejo chal de lana que marcaba aún más la curvatura de su espalda.

La anciana parecía estar haciéndole el mismo examen.

La boca de Marcus se abrió. Ante sus ojos, la mujer se volvió diecisiete años más joven. El cabello negro estaba trenzado en un lado, robusta sí, pero erguida y el mismo viejo chal enrollado bajo el brazo. El mismo lugar, la misma noche…

—¡¡Tú!! —exclamaron al unisonó.

Mae miró anonadada al hombre que estaba frente a ella. Lo había visto antes, pero hacía mucho tiempo de ello y sin embargo parecía el mismo. Ella había envejecido, su «carga» era ahora una muchacha y él era el mismo joven.

¿Qué hacía de nuevo allí?

Marcus miraba a la mujer en silencio. No podía hablar, las palabras se amontonaban por salir pero ninguna hallaba la puerta. Esa mujer, o una versión más joven, era la misma que el caldero le había mostrado una y otra vez en los últimos días, pero no podía ser la mujer nacida para él. Ahora que la tenía delante sabía que la conocía, la ayudó a subir por el camino una noche de tormenta porque se empeñaba en cargar con un bulto que le dificultaba el ascenso; casi muere por no tirar lo que portaba. ¿Acaso aquello era más importante que su vida?

¿Qué hacía de nuevo allí?

—No has envejecido —dijo la mujer.

—En cambio tú sí —señaló Marcus. En aquel momento recordó a la muchacha y se volvió hacia el mar.

El gesto no pasó desapercibido para Mae que enseguida comprendió que ese hombre miraba a su hija.

—Morganne—gritó Mae que comprobó demasiado tarde que había sido un error. Un afán de protección que quizás fuese su perdición.

El grito hizo girarse a Marcus para encarar a la anciana. Sus grandes manos agarraron a Mae apretando los brazos de la mujer junto a su propio cuerpo, la apresó y le impidió el movimiento. El contacto le hizo llegar a la mente la imagen de la joven del mar, del bosque. ¡¡Era real!!

«Ayúdame»

Un grito desgarrador estalló en la mente de Marcus. El grito no provenía de la anciana, la mujer lo observaba con una mezcla de

miedo y de asombro en los ojos. Marcus elevó la cabeza al cielo. En la noche aparecieron unos ojos plateados que le miraron y rogaron…

«Ayúdame»

Esa petición era solo para él. Nadie más lo oiría aunque lo hubiesen gritado a los cuatro vientos. Le pedían ayuda a él en concreto, hubieran traspasado cielo y montaña para hallarle. Había llegado el momento.

Marcus soltó a la mujer con una violencia no deseada pero estaba demasiado alterado, la anciana cayó al suelo. Sabía lo que aquello representaba y tenía que estar preparado para lo que aconteciera después. Elevó los brazos al cielo con fuerza.

—Diosa Danu, ha llegado mi momento. Oye su llamada y conduce mis pasos hacia ella —gritó a todo pulmón.

En su mente ya no había lugar para la anciana que aún permanecía en el suelo, ni para la muchacha de sus fantasías. Marcus cerró los ojos y despejó su mente de todo cuanto no fuera aquella llamada de auxilio. Dio impulso a su magia y desapareció ante los ojos desorbitados de la anciana.

En la fracción de segundo que duró su salto, Marcus puso en alerta todos los sentidos. No sabía dónde iba a aparecer, ni contra qué o quienes tendría que enfrentarse, pero una cosa tenía muy clara, tenía que tratar a toda costa de que ella no le tocara o acabaría de rodillas en el suelo y sin poder ayudarla.

Marcus fijó los pies en el suelo tras el salto, en una milésima de segundo, sus ojos examinaron todo alrededor. El mar estaba más embravecido, las olas se estrellaban con fuerza sobre la arena de la playa. Unos ojos lo miraban bajo las aguas. Pero lo que atrajo su atención fueron las risotadas de dos hombres que sostenían un manojo de color plateado aplastado bajo sus cuerpos.

Los ojos de Marcus se abrieron de golpe, unos pies se movían con fuerza bajo la manta plateada. Su visión se centró en esos diminutos pies defendiéndose por salir de allí. El corazón de Marcus se paralizó al distinguir una enorme mano que se escondían por las piernas femeninas. La sangre ardió en sus venas, podía sentirla hervir en su interior y como empujaba por salir. Sus ojos mostraron la fuerza de su sangre inmortal y brillaron con un rojo tan vivo que despedían llamas.

El corazón del berserker latió con la fuerza ancestral en su pecho, reclamaba atención, y libertad.

Marcus cerró los parpados y respiró, el olor del mar extendió su bálsamo sobre el guerrero.

Los gritos de miedo de la muchacha resonaban en su mente y volvieron a alimentar a la bestia.

En todo aquel caos, una cosa tenía segura, la escena de su hermano convertido en el berserker y la destrucción que provocó en aquella cueva. El antiguo no podía surgir, su sed de venganza podía dañarla y también estaba la cuestión del choque energético, no podía entrar en contacto con ella.

Morganne luchaba por liberarse de la opresión de los dos hombres. Sentía aquellas manos subir por sus piernas y se movióapara impedir quela tocaran. Hubiera querido gritar pero tan solo conseguía llenarse la boca su propio cabello y la arena que lo envolvía. Debía habérselo cortado, si salía con vida de aquello se lo cortaría, no volvería a verse prisionera con él como si de una fuerte cuerda se tratase.

Marcus se endureció, cada nervio, cada fibra de su cuerpo se crispó de furia. El antiguo guerrero berserker palpitaba en su interior exigiendo la libertad que el humano se negaba a darle, dispuesto a luchar por él. Intentó sosegarle, la bestia no pensaba y él necesitaba hacerlo. El recuerdo de la masacre de Lucien seguía muy presente en él. Mientras los gritos de ella perforaban sus tímpanos aun a pesar de no estar oyéndolos, sabía que le gritaba a la tierra, que su rostro estaba aplastado contra la arena.

Marcus apareció aún más cerca de ellos y de un manotazo apartó al que la manoseaba. Ni siquiera le vio venir, sus risotadas quedaron silenciadas por la arena de la playa.

—¿Qué diablos te crees que haces? —gritó enfurecido el otro hombre mientras se ponía de pie para enfrentarse al gigante que les amenazaba.

La respuesta de Marcus fue un empujón que le lanzó a varios metros de ella.

Libre de la fuerza de los hombres, Morganne se arrastró y se alejó del lugar. No podía ver nada, sus cabellos estaban sueltos y revueltos entre sus brazos; en aquellos momentos eran una cuerda que la ataba. Intentó ponerse de pie pero tropezó con su melena y volvió a caer. Asustada, lloraba desesperada. Apartó hacia un lado su cabello, para ver qué había pasado.

Marcus vio alejarse de él la manta plateada. La vio levantarse y volver a caer. Por instinto, estiró el brazo para ayudarla, pero lo retiró con rapidez. No podía tocarla.

El corazón de Morganne se detuvo cuando sus ojos vieron a través de su cabello y reconoció al hombre que tenía frente a ella. Se llevó las manos a la boca para reprimir un grito, sus pupilas eran

rojas como la sangre y su rostro mostraba miedo. Sabía que tenía miedo de ella, lo había soñado. Revivía su sueño.

—No me toques… —le advirtió el hombre pero sus palabras no correspondían al paso que dio hacia ella. La orden fue pronunciada por la lógica, nada tenía que ver con su corazón que quería latir lleno de sentimientos; con su cuerpo que quería abrazarla y sentirla, con su alma que quería tenerla—. No me toques… —volvió a ordenarle al mismo tiempo que caminaba hacia ella. De nuevo se contradecía.

Sabía que no podían tocarse y sin embargo todo en él clamaba a gritos ese contacto. La enorme energía que le llegó a través de su hermano no era ni la decima parte de lo que le llegaría a él si la tocaba. No soportaría el dolor y aún así, no era suficiente para detener sus pasos. Anhelaba ese contacto.

Morganne le miraba aterrada. Se sentía indefensa y al mismo tiempo protegida. Había sido rescatada de unos bandidos para caer en las manos de un demonio. En sus sueños nunca se mostró así. Sus ojos, no podía dejar de mirarlos; estaba atrapada en aquellos iris del color de la sangre. Retrocedía y se arrastraba por suelo, presa aún de su cabellomientras él se acercaba. Sintió la fría piedra del acantilado a su espalda y apoyada en ella consiguió ponerse de pie. Al mismo tiempo que le repetía que no le tocara y poco a poco se acercaba más aún.

Tal vez solo fuese su orden; el hecho de conseguir lo prohibido pero luchaba contra el miedo, dispuesta a tocarlo. A sentir bajo la mano el calor de su piel, el latir de su corazón. Durante años, él no había sido más que una imagen en sus sueños y ahora estaba frente a ella. Tan cerca que podía olerle.

Se había acercado demasiado. No había provocado el salto y sin embargo se había producido. La tenía tan cerca que percibía su aroma a mar pero también a bosque y flores. Tan solo tenía que mover un brazo, ni siquiera tenía que estirarlo para rozarla. Su mirada la recorrió de arriba abajo. No podía distinguir su cuerpo, envuelto en aquella manta, tan solo el oscuro de sus ojos. Oscuros como la noche más cerrada y sin embargo brillando con las estrellas. Ante él pasó su mano derecha.

¡¡Se estaba moviendo sola!! ¡¡Buscaba el contacto!!

Su brazo se extendía sin pedir permiso. Estaba escrito. Sonrió con una mueca de sarcasmo, no podríaimpedirlo. Qué tonto había sido al pensarlo. No podía cambiar el destino, había llegado el momento. La miró por última vez, mientras tensaba su cuerpo a la espera del encuentro. Como si del reflejo de la luna en el mar se

tratase sus ojos oscurosbrillaban. Hubiera querido apartar su melena para verle con claridad el rostro. Sonrió asombrado, no estaba envuelta en una manta, era su cabello.

La muchacha del mar…

Demasiado tarde, se dio cuenta de ello. Demasiado tarde.

Ni siquiera había sentido los dedos de ella cuando el dolor estalló en su cuerpo y lo atravesó desde los donde tocaba la mano de ella hasta los pies para volver a subir y alojarse en su corazón. Pudo sentir la energía recorrer sus venas y sus células una a una. El rostro se encogió en una horrenda mueca de sufrimiento antes de que el grito escapase de sus labios sin poder contenerlo. Un grito sobrecogedor, desgarrador y al mismo tiempo, lleno de felicidad inundó el aire. Intentó con todas sus fuerzas soportarlo, mantenerse de pie, aunque su cuerpo ya se doblegaba. Sus rodillas perdieron el equilibrio y se precipitaron hasta tocar la tierra. Se separó de ella por la caída, en un lento descender.

«Sentirán el dolor de un corazón que se rompe en mil pedazos»

Y aún con la amenaza de Danu y su maldición que comenzaba, Marcus estaba pletórico.

La oscuridad no había podido ocultar el rostro desfigurado por el dolor del hombre y Morganne observó despavorida como se desplomaba.

«No me toques»

Morganne recordó aterradala advertencia de él. No había podido impedirlo, aún así deseaba hacerlo, sus manos se movieron en busca del cuerpo masculino.

¿Había hecho ella aquello?

El espantoso grito volvió a su mente como la respuesta de un eco.

¿Lo había matado?

Allí estaba. Lo había esperado, se había preparado, y sin embargo no pudo soportarlo. Jamás en sus trescientos años sintió un dolor tan profundo, tan intenso. Acabaría, de eso estaba seguro, pero en esos instantes no creía que fuera a hacerlo. No podía ver, la oscuridad se había extendido ante sus ojos y sabía que los tenía abiertos. No podía oír, estaba envuelto en un eco, un zumbido; en la nada. Tan solo aquel dolor, sordo, frío y por el momento, insoportable era cuanto podía sentir.

Apenas se había inclinado para comprobar que aún vivía, que no lo había matado ella misma, cuando tiraron de su cinturay la alejaron de aquel cuerpo que todavía se retorcía por el dolor. Confundida se giró para pedir que la dejaran ayudarlo. Sus ojos se

abrieron horrorizados: eran de nuevo los hombres que intentaron raptarla. Quiso soltarse, luchaba por deshacerse de sus atacantes, por acercarse al hombre cuyo daño había provocado.

—¡Dejadme! —gritó desesperaba—. Se muere.

Tiró con fuerza, no quería huir de ellos, quería ayudar al hombre de sus sueños. Ni siquiera sabía quién era, ni su nombre. En aquel momento no pensaba en el riesgo que corría su vida, sino en la de él.

—Yo le ayudaré… a morir.

El alivio que sintió con las primeras palabras, desapareció con las últimas y casi muere ella cuando el hombre barbudo elevó su arma y la dejó caer con fuerza sobre la espalda de Marcus.

Morganne se estremeció, el hacha pareció haber caído sobre ella. El sordo chasquido de los huesos de Marcus la hizo enloquecer y corrió hacia él, para proteger al desconocido con su cuerpo. El rugido rompió la noche y a ahogó el sonido del hacha al estrellarse de nuevo, pero esta vez sí sobre el cuerpo femenino. El atacante la había visto llegar demasiado tarde, la mortífera arma ya descendía y tan solo pudo desviarla un poco. El acero desgarró el costado de Morganne.

— ¡Morganne! —gritó Mae, mientras corría hacia ella.

8

No tuvo tiempo de dar explicaciones, que ella las tomara por el camino, pensó Lucien Laverty cuando tomó de la mano a su esposa y la sacó de la pista de baile dejando a su acompañante plantado en mitad de la sala. Necesitaba salir de allí y llegar lo antes posible a su casa, a su cueva. Arrastró a su esposa hasta la puerta más cercana que era justo la que daba al jardín y una vez allí se desmaterializaron.

Cuando su esposo la tomó de la mano, Thara Barlay recibió de golpe todas las emociones de Lucien, era un vínculo que se había creado entre ellos desde que se unieron. Supo que había sentido la descarga de energía que su hermano Marcus había recibido al encontrar a la mujer nacida para él y que por eso la arrastraban a través del espacio hasta Laverty House.

—¡Marcus!

El grito atravesó la noche londinense. Lucien se sentía pletórico. Su hermano la había encontrado. Había estado muy preocupado por él en las últimas semanas y aún más en los últimos días, desde que habló con él.

—Me alegro por los dos —dijo Thara abrazando a su esposo. Sabía lo importante que era para ellos ese encuentro. Ella había conocido la maldición de primera mano. Sin embargo, Lucien no sentía toda la alegría que debiera sentir en esos momentos.

—Algo no va bien —le respondió—.El dolor aún está en él. Bajemos a la cueva.

Lucien caminó hacia la pared de libros que había tras el escritorio. Si no lo supiera, Thara pensaría que se iba a pegar de lleno contra ella, pero ese secreto también era ahora de ella. Atravesaron la pared, como si fuera aire y tras ella se abría una enorme cueva.Laverty la dejó sola en las escaleras y saltó al suelo. Thara bajó despacio, aún le costaba acostumbrarse a los cambios que su cuerpo y su vida habían dado después de que la convirtiera en inmortal al traspasar su sangre al cuerpo de ella.

Laverty colocó las manos en la empuñadura de la espada que clavada en el suelo, presidia la cueva. Aquel acero era su objeto mágico.

—Convoco a los poderes de la espada de la luz para que me comuniquen con mi hermano. Marcus oye mi voz. Espada de la luz,

llévame con mi hermano de sangre.

La orden fue pronunciada con frialdad, no esperaba negativa. Sintió su cuerpo dividirse, su espíritu se unió a la espada y viajó por el espacio, atrapado en un torbellino que le llevaba hacia Marcus. Hacía siglos que no utilizaba aquello. La espada trasportaría su imagen, sería un fantasma al lado de su gemelo, no podría tocarlo, tan solo hablarle; pero era la única forma que tenía de saber qué pasaba. Si no podía comunicarse con él, no podía establecer la unión que le consentía ver por sus ojos. Su vínculo de sangre le permitía tentar la mente de su hermano y saber qué pensaba, qué le ocurría y ahora sabía que algo no iba bien. Podía sentir el dolor atravesar el cuerpo de Marcus, podía…

Podía ver a Marcus tirado en el suelo y conocía el porqué. Igual que él, no pudo soportar el dolor y había dado con sus rodillas y sus manos en el suelo. Vio el hacha atravesar su espalda… el impacto le devolvió a la cueva.

Sus manos se separaron de la espada y cayó al suelo. Thara se arrodilló junto a él, suponía que el esfuerzo le había debilitado pero se llevó un tremendo susto cuando las imágenes del encuentro le asaltaron.

—Darius… —el nombre fue apenas un susurro. Volvió a ponerse de pie y a tomar de nuevo la espada en sus manos—. Convoco el poder ancestral de la espada, para que me comunique con la piedra de Fal. Convoco al vínculo de comunicación por la sangre inmortal que recorre mis venas. Por él, Darius, oye mi voz.

No tuvo que esperar mucho, apenas unos segundos, antes de que una voz respondiera en su mente.

«*Lucien, ¿me invocas? ¿Qué ocurre?*»

Darius se sorprendió, Laverty jamás le había invocado.

«Mi hermano está en peligro. Ayúdalo.»

«Que mi mente sea tu mente…»

«Que mis ojos sean tus ojos…»

Lucien bajó la mano que había extendido para recibir la de Darius y establecer el contacto para que ambossupieran en todo momento que hacía el otro.

—¿**N**o podemos ir nosotros? —preguntó Thara, la preocupación teñía su voz.

—Tardaríamos horas en llegar. Darius está a tan solo unos segundos. Él se encargará de todo hasta que lleguemos.

Thara asintió como toda respuesta.

—¿Necesitas preparar algo para partir? —preguntó Lucien.

—Tu mano, no sé hacerlo sola.

Lucien le dedicó una sonrisa y la estrechó contra su pecho. Algún día, todos estarían igual de felices que él. Algún día, los descendientes del rey Nuada, estarían unidos a las mujeres nacidas para ellos. Algún día…

El salto llevó a Darius hasta el mar, a una playa al pie de un acantilado. Una ola le golpeó con fuerza en las piernas.

Darius se arrodilló y colocó ambas manos abiertas sobre la tierra para escuchar con su magia. El mar estaba embravecido, furioso por lo que allí había pasado. Oyó los pasos de una mujer alejarse, entre el estallido de las olas se oían sus lamentos.

Buscó a Marcus extendiendo sus poderes sobre aquella arena mojada. Podía sentir a su hermano, débil, lejano y aún con dolor.

Los ojos de Darius volvieron a enfocar a la anciana. A duras penas podía mantenerse de pie, el mar golpeaba sus faldas mientras ella intentaba alejarse.

—Aléjalo del mar.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó sorprendido Darius. ¿De dónde había salido esa voz? Femenina, sensual, extraña.

—Aléjalo del mar. El agua se lleva su sangre.

Darius se giró frenético. Juraría que el mar hablaba con voz de mujer. Se volteó hacia la anciana, que se había detenido y miraba el mar. ¿Había oído la voz?

—¡Qué se pudra en tus aguas! —gritó la anciana enfurecida.

Darius la miró, parecía haber contestado al mar.

—Aléjalo del mar. Aléjalo,aléjalo.

Mae resopló, eso se merecía para ella el ruego del mar. Pero no podía ignorar sus palabras. A regañadientes, alejaría al demonio del agua.

—¡Allí! —gritó Darius mientras su cuerpo se deshacía.

Marcus estaba tendido sobre la arena, el mar se estrellaba contra su cuerpo con fuerza. Darius se arrodilló a su lado y le tocó.

Vivía, pero el brazo salió disparada, un simple hecho de protección ante el inmenso dolor que sintió. Darius se miró la mano, confundido, después, la alargó despacio para tocarlo de nuevo.

El mar se retiró y dejó al descubierto la herida de Marcus.

—Por Danu ¿qué ha pasado aquí? —gritó Darius, sus manos arañaron la arena al apartarse de la atrocidad que las aguas le ofrecían: su hermanastro muerto.

—Lo mataron los mismos que mataron a mi hija.

Darius miró a la mujer que se le había acercado.

Mae observó asustada al hombre arrodillado junto al demonio,

debía de ser pariente suyo, pues se le parecía en demasía.

—Tenemos que alejarlo del agua o el mar se llevara su cuerpo –le explicó Mae al desconocido y tiró del cuerpo aunque ni siquiera se movió, aquel demonio pesaba demasiado.

Darius miró incrédulo a la anciana, eso había dicho el mar.

—Yo me lo llevaré—ofreció Darius y apartó la mano de la anciana.

—Nooo.

Darius se estremeció ante la fuerza de aquella negación que, aunque apenas se había oído, llevaba en sí toda la energía de la magia y la determinación de Marcus.

Debía de tocarle para llevarlo a Caldestone, pero el dolor traspasado del cuerpo herido aún hormigueaba en su mano. Apenas le quedaban fuerzas, quizás unos segundos más. Si no le llevaba pronto a su cueva, donde la energía del caldero y su magia curasen esa herida, Marcus sufriría durante horas su agónica recuperación.

—Necesitas recuperarte, puedo sentir el dolor que estas soportando.

—¿Quién… te ha dicho… que quiera… hacerlo? —preguntó Marcus casi al borde del colapso. Cada palabra iba seguida de una pausa para controlar el dolor. Cada músculo de su cuerpo gritaba de sufrimiento. No quedaba nada ajeno a aquella agonía. La misma respiración era en sí, un hecho insoportable.

Ni siquiera podía levantarse. El hacha había roto los huesos de su espalda. Tendría que esperar a que se soldasen antes de poder ponerse de pie y con la pérdida de sangre, eso iba a tardar horas. Podía sentir la debilidad de su sangre, el mar se había llevado mucha. El daño del contacto se había convertido ahora en el de la herida. ¿O era el dolor de la pérdida? A su mente vino el recuerdo de lo ocurrido. Ella se había interpuesto entre el hacha y su cuerpo. La había oído gritar cuando el acero golpeó su costado. Se puso rígido por la rabia y el calvario se intensificó tanto que le hizo perder el conocimiento.

Darius percibió la negativa de Marcus no solo a ir con él, sino también a vivir.

«Llévalo…» gritaron con fuerza en su mente.

«Marcus, tienes que recuperarte.» Le ordenó su hermano.

«¿Para qué?» preguntó desolado. Su cuerpo yacía inmóvil, su mente envuelta en un caos destructivo.

—Para vengar su muerte —comentó Darius.

«Aparta… esa mano.» Ordenó Marcus. Sabía que había visto sus recuerdos y eso le enfureció.

«Marcus…» suplicó Lucien en su mente. «No lo hagas…»

«¿Escu…chaste… tú?» preguntó Marcus.

Lucien calló. Eso había sido un golpe bajo, tampoco él había escuchado las suplicas de su hermano cuando entregó su vida al juicio de la espada. No tenía derecho a suplicar.

Marcus sabía que a pesar de que se había retirado, su hermano seguía con él. Podía sentirle, así como de nuevo podía ver la arena y la noche a su alrededor.

—¿Dónde… está… ella? —preguntó Marcus. El dolor se mostraba en cada gesto de su rostro. Hubiera querido levantarse, buscarla él mismo. Encontrar al menos su cuerpo.

—En la playa solo hay una anciana.

—La muchacha, ¿dónde está? —gritó furioso. ¿Cómo no podía verla? Su cuerpo debía estar cerca de él. Maldijo la herida que no le dejaba levantarse. Observó a Darius colocar las manos en la tierra y esperó su respuesta.

—No hay nadie más —respondió Darius. No podía mentirle aunque lo quisiera.

—No puede ser… Su cuerpo …debe estar aquí. ¿Se lo han llevado ellos?

Marcus estaba cada vez más furioso. La herida nublaba su vista y la rabia se encargaba de borrarlo todo. En un acto sobrehumano rodó sobre su cuerpo hasta tener la espalda en contacto con la arena. La impotencia de no poder comprobarlo él mismo, unida al dolor que atravesaba elalma, estaba acabando con su control. El guerrero luchaba en su interior y cada vez estaba más cerca de ver la luz.

—La anciana.—Darius corrió hasta ella y la agarró por la muñeca.

Mae se volvió al sentir aquella garra sobre su brazo. Le miró sorprendida, el extraño no le dijo nada. La observaba con aquello ojos rojos que tanta rabia encerraban. Tan solo la tuvo sujeta unos segundos, después, la soltó con la misma brusquedad con que la había detenido y volvió junto al demonio. Mae lo contempló durante un buen rato más.

—Lo siento, Marcus—La mujer había visto el hacha caer sobre el cuerpo de la muchacha—.El mar se ha llevado su cuerpo.

—¡Noo! Ni siquiera me han dejado verla.

—Yo puedo darte cuantas mujeres desees.

Marcus cerró los ojos, al propietario de esa voz era a la última persona a quien quería ver en esos momentos. ¿No podría desmayarse de nuevo?

—¿Puedes dármela a ella? —Marcus apretó los labios, esas palabras nunca debieron salir de su boca.

Una carcajada satánica retumbó en el aire. Darius buscó por todos lados.

—¿Marcus? —preguntó confundido Darius al no hallar a nadie.

—¿Ella?¡Si ni siquiera sabes su nombre! —gritó la voz—. Ni siquiera la has conocido.

Marcus ignoró las palabras que llegaban a sus oídos, ya les había prestado más atención de la que se merecían unas frases sin cuerpo. Una voz de ultratumba.

—Puedo darte mil mujeres —repitió la voz.

Marcus resopló furioso. No tenía bastante con el sufrimiento para encima tener que protegerse de su padre. No podía perder el tiempo con su palabrería.

—¿La quieres a ella? —insistió la voz.

Aquellas palabras le hicieron girar la cabeza y enfocar su vista en el lugar de la voz. Tremendo error fue aquello. Su padre había conseguido llamar su atención y eso era algo que estaba seguro lamentaría después.

—Hijos míos.

Darius y Marcus miraron aquella figura sin consistencia que apareció frente a ellos. Era el cuerpo de una persona a la que no le había dado el sol en muchos siglos. Su piel gris, mortecina. Su cabello blanco y sus ojos, que no solo habían perdido el color pues debían de ser dorados como los de ellos, sino también la vida. Una mano esquelética se alzó ante él para tocarle.

—Darius, sácame de aquí —ordenó Marcus.

Darius no se hizo esperar. Avanzó hasta su hermanastro y se lo llevó en tan solo unos segundos, dejaba así a su padre atrás.

La antesala de la cueva apareció alrededor de ellos. Una habitación con paredes de piedra presidida por una mesa larga con sillas. Colgado en la pared, el enorme escudo de los Laverty, una espada clavada en un caldero. Enfrente, en un tapiz negro, las letras doradas dejaban leer su emblema «La fuerza y poder de la sangre» .No había nada más en aquella sala.

Marcus seguía tirado en el suelo y Darius arrodillado a su lado.

—Marcus, no puedes andar.

—Que mi mente sea tu mente… —no podía estirar la mano para completar el vínculo así que Darius tuvo que poner su mano sobre la de Marcus, atrapada bajo su cuerpo.

—Que quede cerrado el vínculo —completó Darius. Un nuevo salto le llevó al suelo de la cueva.

—Necesito estar solo —pidió Marcus. No había cambiado de postura, seguía tumbado, como lo había estado en la playa.

—Déjame llevarte hasta el caldero, no podrás llegar.

Marcus intentó moverse por su propio pie. Ni siquiera consiguió enderezarse, el punzante dolor le curvó hacia el suelo.

Darius le cogió por los brazos y le ayudó a levantarse. El contacto le trasmitió de nuevo el dolor que Marcus soportaba. Apretó los dientes para aguantar la parte que le llegaba. La espalda se tensó con la postura y la piel se abrió mostrando los huesos; pero ni una sola gota de sangre salió de la herida. Con cuidado y cautela, Darius le acercó al borde del caldero.

—¿Marcus? —Darius estaba confundido, el caldero estaba vacío. Esa reliquia curaba cualquier herida si se bebía de él. Pero beber ¿de qué?, si estaba vacío.

—Yo… invoco… —apenas podía respirar, ¿cómo iba a pronunciar el hechizo?— la magia… del caldero... por mí… llénate.

A las palabras apenas audibles de Marcus, un líquido comenzó a brotar. Darius observó el hecho con asombro, nunca había visto al *coire dagdae*ejerciendo su magia. Estaba ahí, se invocaba su poder pero nunca había tenido ocasión, ni necesidad de ver aquello. Extendió la mano para tocar el brebaje transparente que se vertía de su interior, lo veía y sin embargo, no se podía tocar. Tampoco mojaba y se derramaba ya por el borde de la mesa.

Sintió el impulso de Marcus para acercase y fue entonces cuando reaccionó. Debía beber de ese fluido.

—Ahora solo necesito descansar un poco —le dijo Marcus después de tragar un poco.

Ya notabala magia correr por su cuerpo, formar parte de su sangre. Se sentía poderoso con la energía ancestral del caldero en su interior que invadía poco a poco su herida y ejercía su curación allí donde se requería. Pronto estaría bien, al menos en lo físico, se compadeció.

Darius le miró, de la comisura de su boca pendían unas gotas del líquido. Él lo había tocado y no había quedado rastro de su presencia y sin embargo, ahora manchaba los labios de su medio hermano.

—Estaré fuera.

—Gracias.

Darius sabía que no le estaba agradecido por ayudarle, no quería su ayuda. Le agradecía que hubiera acudido.

—Tu hermano me avisó.

Mae se sentó sobre una roca, al pie del acantilado. Estaba

entumecida por el frío que la ropa mojada le provocaba. Sus dientes castañeaban y su cuerpo tiritaba, pero no tenía ninguna intención de abandonar aquel lugar; esperaría el tiempo que hiciese falta. El tiempo que el mar estimase oportuno, tan solo rezaba para que no muriese congelada antes, admitió con pesar.

Miraba el mar, estaba tan calmado. Nadie diría que unos minutos antes, había estado tan embravecido que las olas salpicaron el borde del acantilado en su lucha por llevarse el cuerpo de Morganne.

Cerró los ojos con fuerza, el recuerdo de lo ocurrido volvió a ella: aquella hacha cayendo sobre el demonio, no debió importarle y sin embargo la paralizó el miedo. Después, el arma volvió a caer, el golpe iba dirigido de nuevo al cuerpo del laird escoces. ¿Por qué su hija corrió a interponerse? ¿Quiso salvar la vida del demonio? Pero si el primer golpe ya lo debió matar. ¿Quiso ella acabar con su vida?

Movió la cabeza para apartar los aterradores momentos y sus lágrimas salpicaron el aire. Los recuerdos y las preguntas sin respuestas siguieron amontonados en su mente.

—Vuelve pronto —susurró desesperada.

Sabía que su hija volvería, el mar no la dejaría morir.

Volvería.

Estaba tan segura de ello que ni lo dudó por un segundo. Tan solo tenía que esperar, el problema era que tampoco sabía cuánto tiempo pasaría. Se acurrucó un poco más paraconseguir algo de calor. Entonces, recordó al demonio y su pariente. Habían desaparecido, ¿se los llevaría también el mar? Todo era tan extraño.

La cueva, aquella estancia cerrada e impenetrable, no había podido aislar a Marcus del dolor de ella. Aún la oía gritar, aunque ya no sabía si era su llanto o el aullido era de su corazón. Ignoraba cuánto tiempo llevaba allí, inconsciente, pero debía de ser mucho, pues sus huesos habían sanado. Se incorporó despacio y con cautela. Necesitaría sangre, no obstante, su magia estaba al cien por cien gracias al caldero. Como también lo estaba su percepción de la realidad. Todo en él dolía, si bien, no existían heridas. Ya debería haber pasado el dolor del encuentro, en Lucien no duró tanto. ¿Qué iba a hacer ahora? Ella había muerto, no había podido ayudarla. Había fracasado en la tarea más importante de su vida. No merecía vivir. Debería morir con ella.

«Odiaran la inmortalidad que les has dado»

Cuanta verdad encerraban ahora esas palabras. Estaría solo por toda la eternidad y eso era mucho tiempo. Desalentado se dejó caer

al suelo, hasta quedar tendido de nuevo sobre la fría piedra.

Estiró la palma de la mano despacio, notando el dolor en cada músculo. Enfocó sobre ella sus recuerdos y formó la imagen de la muchacha del mar, con la línea del agua donde terminaban las nalgas, escondiendo sus piernas. Sonrió con tristeza. Su cabello plateado flotaba en el agua cuando debería hundirse, asemejanza de la luna. Era como ver su reflejo en el agua, pero el cielo no tenía luna. Después, la vio asustada, acurrucada contra la pared del acantilado. Su acantilado.

Sus ojos teñidos de miedo, asomaron entre su cabello plateado que la envolvía por completo. Las lágrimas rodaron por su rostro, sorprendido Marcus se las tocó con los dedos: lloraba.

Lloraba. Y se dejó envolver por el manto de la pena, del sufrimiento, del dolor.

Un resplandor le hizo abrir los párpados: el caldero brillaba. Marcus intentó concentrar su mirada en él pero sus ojos empapados en lágrimas no le dejaron ver. Se levantó para buscar en su interior y comprobó asombrado que sus músculos ya no dolían. ¿Cuánto tiempo había pasado sumido en la desolación? Importaba eso, se dijo, cuando tenía toda la eternidad para seguir así.

Marcus golpeó con fuerza la reliquia. Otra vez le mostraba el mar. Un mar sosegado.

—¡Deja de jugar conmigo! —le gritó enfurecido—. El mar, ese maldito mar. Ese maldito acantilado. ¿Cuánto tiempo llevo yendo allí? Sabías que ella aparecería allí y aún así no pudiste avisarme con tiempo.

El *coire dagdae* intensificó su brillo por unos segundos resaltando la imagen que mostraba.

—¡El mar!¿Esperabas que entendiera eso?¡Maldita sea! —bramó Marcus. Había pasado de estar sumido en la pena a consumirse por la rabia.

Volvió a brillar, insistente. El agua comenzó a salir de su interior, pero no mojaba. La cueva se llenó de esa especie de fluido azul.

—¿Quieres que vaya al mar? ¡No volveré a pisar ese sitio! —gritó y elevó los brazos para mostrar toda su ira al caldero mágico. El nivel del agua seguía subiendo—. ¿Quieres ahogarme? Si pudieras hacerlo te juro que no te lo impediría. ¡¡Basta!! —rugió Marcus al ver que proseguía el vertido. ¡Qué diantres quería decirle!

El mar… el mar en calma, como estaba aquella simulación. Agua tranquila que le cubría. Durante los últimos meses el caldero le había mostrado la playa de la luna. Unas veces embravecido y otras

en calma. Ahora estaba en calma. ¿Significaba algo?

Tal vez no debiera tomar tan a la ligera los mensajes de su reliquia. Al fin y al cabo ya le avisó antes y él no fue capaz de comprenderle.

Había llegado el momento de pedir ayuda. Si había alguna forma de solucionar lo ocurrido lo intentaría, fuese como fuese.

Las últimas palabras de su padre se colaron en sus pensamientos.

9

—No debiste romper el vínculo —reprendió Lucien a Darius.

—¡Se rompió al salir de la cueva! —se defendió Darius. No le dio opción, la cueva no le dio alternativa. Ahora nadie podía entrar.

—Lucien, cálmate —Thara intentaba tranquilizar a su esposo. Llevaba horas que ya no ocultaba su enfado. Había golpeado varias veces la entrada a la cueva, maldiciendo la protección que tenía.

Habían llegado al caer la tarde, se materializaron en una sala rodeada de piedra donde encontraron a Darius abatido. Iam apareció un poco después.

Tras los saludos iníciales, Darius contó a Lucien lo ocurrido y la impotencia de no poder entrar en la cueva, de no poder ver a Marcus ya alteraba a los dos. Iam parecía ser el único tranquilo en aquella situación.

—¿La viste, Darius? —preguntó Thara.

—No. Tan solo tengo una imagen de la anciana que observaba como el mar se llevaba un cuerpo. Supuse que si allí no había nadie más, ese cuerpo debía de ser el de ella.

—¿Pero no la viste? —insistió Thara.

Darius guardó silencio unos segundos antes de responder.

—He de confesar que estaba más preocupado por el estado de Marcus que en el de ella.

—¿Puedo ir allí? —preguntó su esposo—. Aquí no puedo hacer nada. Quiero saber que pasó. Hallar a la anciana.

—¿Darius puedes llevarla a la playa? —no era una pregunta que esperara respuesta.

—Necesitarás esto —le dijo Iam y le colocó sobre los hombros su abrigo de piel. Lo hizo tan despacio y con tanto cuidado que recibió un gruñido de Lucien en agradecimiento por su preocupación.

—Gracias, Iam. Salimos tan deprisa que olvidé recoger mi capa de la fiesta —le contestó Thara que ignoró por completo los ruidos de desagrado de su esposo.

Iam se apartó de ella y volvió a la silla.

Los ojos de Lucien se adornaron con hilos de sangre que intensificaron su mirada, aún posada en Iam. Llamaradas de fuego aparecieron en sus ojos.

Aquel cambio no pasó desapercibido para Thara, podía notar la rabia que desprendía su esposo. Estaba celoso y eso le hizo sentirse muy feliz. Se acercó demasiado al pasar en dirección a Darius y rozó su trasero con las caderas de su esposo, acaparando toda su atención.

Lucien la hizo girar y le plantó un beso en los labios de lo más posesivo, mientras sus ojos estaban fijos en Iam, dejándole bien claro de quien era ella.

Sus miradas se cruzaron solo un segundo, pero fue suficiente.

«*Aún te atrae*» las palabras sonaron en la mente de Iam.

«*No*» le respondió a su hermano, demasiado rápido para su pesar.

«No intentes ocultarlo, yo tampoco soy inmune. Aunque está claro que lo llevo mejor.»

No quería reprender a su Darius por su intromisión, aunque el saber que no era el único en sentirse atraído por Thara era un alivio. Dado el caso, podía explicarle a Lucien que era algo inevitable y que les sucedía a todos. Pero sería mejor no tener que llegar a dar explicaciones. Tal vez no tuviera tiempo para ello si Laverty enfurecía de celos. Inconvenientes de la magia, se dijo a modo de consuelo.

Darius tomó a Thara de la mano y se desmaterializaron juntos. Aquello dejó a Lucien y a Iam solos en la misma sala. El silenciono tardó mucho en hacerse incómodo para ambos.

—Creo que deberíamos hacer algo con las protecciones de las cuevas —dijo Iam, para romper el hielo. Mejor hablar sobre algo que les mantuviera ocupados y sobre lo que descargar su rabia. Guardó silencio y esperó que Lucien añadiera algo.

—Aún quedáis dos —afirmó Lucien.

—¿Crees que mi hermano y yo encontraremos también a esas mujeres nacidas para nosotros?

—No lo dudo —le aseguró Lucien sin volverse, seguía con la mirada fija en la entrada de la cueva—. Danu nos ha maldecido a los cuatro.

Era la primera vez que Lucien mostraba cierto agrado con sus hermanastros. Iam no supo que responder. Se hubiera sentido feliz si pudiese albergar ese sentimiento. En cierto modo, se sentía identificado con Lucien. Ambos eran la parte solitaria de los gemelos. Al contrario que Marcus y Darius, que al no poder pasar

mucho tiempo junto a sus respectivos hermanos, habían mantenido contacto, creando así un lazo especial entre ellos. Lucien y él, habían vivido aislados de todo el mundo. Iam sonrió, él ni siquiera tenía aún su casa sobre el terreno de la cueva.

Darius y Thara aparecieron en uno de los extremos de la cala con su forma de media luna. El mar se había retirado mucho con la marea baja y dejó una gran playa entre su orilla y el acantilado. A primera vista, parecía desierta y muy grande. Darius había visto a la anciana dirigirse hacia el acantilado, recordaba un pequeño sendero entre las rocas. Tal vez había subido por allí.

—Espera —y se agachó para escuchar.

Era la primera vez que Thara veía ejercer su poder a Darius. Colocó la mano abierta sobre la tierra y permaneció en silencio. Un resplandor color ocre envolvió al gemelo Blackstone, un halo que aumentaba a medida que pasaba el tiempo, indicio de que la magia crecía.

—Está junto al acantilado —le dijo incorporándose—.Al pie… no ha subido. ¿Estás segura de que quieres quedarte?

—Sí. Puedo volver sola.

—Pero no conoces el lugar, Lucien me matará si te sucede algo.

—Puedo volver a cualquier lugar donde este mi esposo. Además, mi mente está conectada siempre con él. Puedo decirte que se siente bastante incómodo a solas con tu hermano.

Darius sonrió, sabía a qué era debida esa tensión.

—No temas, estaré bien —le calmó acompañando sus palabras de una palmada en la espalda masculina—. Vuelve, tal vez te necesiten, eres el respaldo de Iam. Además será solo un momento.

Darius la miró sorprendido, por unos segundos dudó del significado de las palabras de ella pero en cuanto reparó en la mano femenina en la espalda lo supo: le había cogido con la guardia baja. No estaba acostumbrado a protegerse de nadie.

—Lo siento, es inevitable —se disculpó.

—Lo sé.

Darius inclinó la cabeza antes de desaparecer.

Una vez a solas, Thara miró hacia el acantilado, a un lugar en concreto. Los poderes eran aún nuevos para ella y tal vez por eso les prestaba demasiada atención. Todo era tan distinto ahora. Sus oídos escuchaban cosas que antes no podían y ahora estaba oyendo un suave lamento.Podía sentir su dolor en el aire, como si fuera un perfume mezclado con el olor a sal del mar. Caminó despacio, sus pequeños zapatos de piel de cabritilla eran muy bonitos y cómodos para un baile, pero allí se habían mojado por completo y se hundían

en la arena. El bajo de su vestido también se había empapado y ahora pesaba con la carga de la arena que se había adherido a él.

El borde del acantilado estaba a unos metros de la orilla. Comenzaba a amanecer pero el sol tardaría algunas horas más en llevarse las sombras dela pared rocosa que se erguía ante ella. Los lamentos se oían cada vez más claros a medida que se alejaba del mar.

De pronto la vio, acurrucada en un chal, tiritaba de frío. El ruido de sus dientes al castañear era ahora más fuerte que sus lamentos. Se acercó a ella y la mujer no se movió. Se agachó a su lado y la tocó para leer su mente. Tenía mucho frio y estaba al borde de la muerte pero aún así, no pensaba alejarse del mar.

—Señora, puedo llevarla a un lugar caliente.

—Gracias hija mía, pero debo esperarla aquí —le contestó la mujer con mucha dificultad.

Thara se puso de pie y dio un paso para alejarse de ella.

«Lucien…necesito mantas y vino»

«Un momento, preciosa.» le contestó su esposo.

—Toma—le dijo unos segundos después—. ¿Estás bien?

—Sí, he encontrado a la mujer. Ahora vete.

—Como usted mande, preciosa —y se marchótras darle un beso.

La risa de su esposo rebotó en su mente.

Thara envolvió a la mujer con las dos mantas que Lucien le había dado y frotó su espalda con las manos para que entrara en calor.

—Beba un poco, esto la hará sentirse mejor—Thara acercó la botella a sus labios. La anciana bebió a duras penas, pues no podía parar el tiritar de sus dientes.

—Gra…ciass—tartamudeó la anciana.

Thara volvió a frotarlas mantas en la espalda y en sus brazos ateridos de frío de la mujer.

Con las friegas y el licor, Mae recuperó parte del calor y sus dientes dejaron de castañear.

—Dígame, ¿por qué no ha querido abandonar este lugar? Aquí hace mucho frio y está usted mojada.

—No puedo, mi hija no sabrá volver sola a casa. Tengo que esperar.

Thara dejó las friegas y se sentó a su lado confundida por la explicación de la mujer.

—¿Dónde está su hija? —preguntó Thara.

—En el mar —contestó Mae con tranquilidad. No sabía de dónde había salido esa muchacha, ni que hacía allí, pero su voz sonaba tan

melodiosa a pesar de su sorpresa.

—¿Su hija?¿Está en el mar?—Thara levantó sus ojos, todo estaba tan oscuro que ni siquiera veía el agua. Pero ella no había visto a nadie cuando llegó. Tal vez no fuera la mujer que buscaba—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Desde el anochecer.

Las respuestas de la mujer cada vez dejaban más confundida a Thara. Solo tenía una alternativa.

—¿Me da sus manos? —le preguntó con cautela. Tal vez pudiese hacer lo mismo que su esposo y buscar en su mente. Sabía absorberlos recuerdos recientes, pero no rescatar sucesos.

Extendió un poco sus brazos para no sacarlos del todo del calor de las mantas. Sintió como la muchacha le tomaba las manos y cerraba los ojos. Una extraña sensación la envolvió, como si la abrazara. Después comenzó a recordar todo lo ocurrido aquella noche hasta el momento en que el hacha golpeó el cuerpo de su hija. Entonces, sus manos se separaron con brusquedad.

«*Thara*» la llamada apremiante de Lucien la hizo reaccionar.

«*Todo está bien, mi amor*» le calmó. La violencia de los hechos la asustaron tanto que no pudo evitar sobresaltar a su esposo.

—Su hija… está muerta —señaló Thara con un nudo en la garganta.

—No, el mar no la dejará morir.

Era asombrosa la confianza que la anciana tenía en esas palabras incluso a pesar de no tener sentido.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Thara.

—Porque el mar no la dejará morir. Vino de él y volverá.

No era una respuesta, era nuevamente esa convicción.

10

—Debemos dejar de reunirnos así —exclamó al atravesar la puerta de la cueva.

—¡Marcus! —un grito de tres voces.

—Lo dicho, esto hay que dejar de hacerlo —recalcó.

—¡Marcus! —exclamó Lucien antes de estrecharlo entre sus brazos. Jamás en su vida se había alegrado tanto de ver a su hermano.

—Vale, vale, me vas a romper los huesos… otra vez.

—Me alegro de verte… vivo —puntualizó Darius.

—Creo que eso te lo debo a ti—le dijo a Darius—.Aunque no sé si agradecértelo—el dolor tiñó sus palabras— pero no me abraces, no creo que mi débil cuerpo aguante otro apretón —añadió intentando restar importancia a sus palabras.

—El caldero curó tus heridas, ahora necesitas sangre. Se te ve pálido – intervino Iam.

—Tal vez pueda devolverte la que me diste —bromeó Lucien.

«¿Cómo estás?» le preguntó Lucien.

«No lo sé. Pregúntamelo de nuevo cuando asimile todo esto.»

—Tan débil estas que no me vas a dar un abrazo.

Marcus miró a Thara que se había materializado junto a Lucien y le extendía los brazos para darle la bienvenida. Ni siquiera se movió cuando ella ya lo tenía sujeto por la cintura y apretaba sus doloridas costillas en un fuerte abrazo. Lucien volvió a gruñir lo que provocó una carcajada en Iam.

—¿Vas a estar siempre gruñendo? —bromeó Iam golpeándole el hombro amistosamente. Resultaba gracioso no ser el único en recibir las quejas de Lucien.

La palmada en el hombro le hizo llegar a Lucien los pensamientos de Iam. Tenía razón, no podía estar celoso de cualquiera que tocase a su esposa. Ellos eran sus hermanos.

—¿Dónde estabas? ¿No me digas que mi hermano te ha dejado atrás?

—No, tenía algo que hacer.

La anciana, el mar… el mar no la dejara morir. Retazos de la conversación penetraron en la mente de Marcus con el abrazo de Thara.

—¿Has hablado con la anciana? —Marcus tomó a Thara por los

brazos y la retiró con fuerza.

—¡Marcus! —gritó Lucien, mientras apretaba el brazo de su hermano en una clara advertencia.

—Lo siento, Thara —se disculpó Marcus.

—Hablé con ella. Está al pie del acantilado, esperando que su hija vuelva… del mar —explicó Thara con énfasisen sus últimas palabras.

—Pero está muerta, yo la vi morir —gritó Marcus cada vez más alterado.

—Esa anciana delira —señaló Darius.

—El dolor de la pérdida ha debido volverla loca —añadió Iam.

—Escúchame —Thara tomó entre sus manos el rostro de Marcus. Sus dedos tocaron sus lágrimas. Su pecho se encogió ante la intensidad del dolor que la atravesó—. Ella está convencida de ello. Se muere de frío pero sigue allí. Esa idea la mantiene con vida.

—Thara me estás diciendo que la crees. Puedo sentir tu confianza en sus palabras —ahora era Marcus quien enmarcaba con sus manos el rostro femenino.

Lucien gruñía ante la escena. Iam reía por el comportamiento de Laverty. Darius escuchaba la conversación; él había sentido la misma fuerza en la anciana.

—Vosotros sois la prueba viviente de que pueden suceder cosas sobrenaturales. Yo soy la evidencia de que se puede contradecir las leyes de la lógica y la razón. Tú mismo deberías de estar muerto y aún así, estas aquí. Quién te dice que ella no puede salir caminado del mar. Ella, yo, somos frutos de una maldición. Llevamos la magia en nuestro nacimiento. Otórgale el derecho de la duda. Otórgale la esperanza que has perdido.

El silencio se volvió sobrecogedor.

Solo una oportunidad, Thara pedía una oportunidad. Él había prometido hacer cualquier cosa que estuviese en su mano, pero no podía agarrarse a la esperanza de poder solucionar aquello. En esos momentos lo único que su corazón era capaz de albergar eran sentimientos violentos: rabia, furia, dolor, sufrimiento, agonía, necesidad. Entre ellos no cabía la esperanza por mucho que quisiese. Y lo quería, pero era una gota de agua en su mano y se le escapaba entre los dedos.

Ninguno de los presentes dijo nada. El silencio dominaba la estancia, pero no las mentes.

Lucien tentó la de su hermano. Un suave resoplido escapó de sus fosas nasales. Como un iluso esperó encontrarla abierta. Marcus no quería compañía en esos momentos. Y era comprensible, nadie

desearía a alguien paseándose a sus anchas por unos sentimientos tan ardientes.

Recordó su desesperación cuando Thara estaba a las puertas de la muerte, en aquella cama cubierta de la sangre de sus heridas. En esos momentos, nada le importaba, excepto la urgente necesidad de salvarla. Y ella estaba viva, la mujer nacida para Marcus estaba muerta.

Darius observaba la amplia espalda de McLavert. Tan solo el desgarro de la blusa blanca evidenciaba lo ocurrido. Ni siquiera estaba manchada, no quedaba sangre fuera del cuerpo. En el ambiente casi se podía respirar el dolor mezclado con la rabia a partes iguales. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de lo real e inevitable que era la maldición. Los miembros de su extraña familia caerían de uno a uno, sin poder evitarlo. Si aquello iba a suceder por orden de nacimiento, como parecía ser, el siguiente sería él.

Iam seguía recostado en su silla, con las piernas estiradas y los tobillos cruzados. En una aptitud tan desenfadada que nadie diría que los que estaban allí eran su única familia. Parecía indiferente al sufrimiento de Marcus, a la preocupación de Darius, a la impotencia de Lucien y a Thara… no, a ella no era indiferente. Era incapaz de quitársela de la cabeza. Estaba tan preciosa con ese vestido de terciopelo verde, ajustado en los pechos, en la cintura. Sintió envidia del abrigo que él mismo le había dado y que aún llevaba sobre los hombros. Pero Thara le estaba prohibida. En algún lugar, había una mujer nacida tan solo para él, que despertaría en él sentimientos aún más fuertes de los que ahora sentía por la esposa de su hermanastro. Con esa mujer sería capaz de sentir algo más que la lujuria que ahora palpitaba en su entrepierna: amaría. De su boca escapó un bufido. Iam Blackstone no amaba, descruzó las piernas para aliviar la tensión de su miembro. En fin…

«¡*No quisiera estar en su pellejo*!»

Una exclamación de tres mentes.

«*Ni siquiera sabes su nombre*.»

Las escalofriantes palabras de su padre volvieron a su mente. En algún lugar del inframundo, el rey Nuada se regocijaba de la duda que había sembrado en su hijo. Hasta podía jurar que aún oía su siniestra carcajada.

—¡Morganne! —gritó Marcus lleno de júbilo en medio de aquel silencio—. La anciana la llamó Morganne —explicó sin dirigirse a nadie en concreto, o por lo menos esa era la impresión que daba a los presentes.

Iam y Lucien le miraron tan confusos como preocupados. ¿Había perdido Marcus la cordura? Pero Darius sabía que no era así. El miedo se reflejaba en su rostro, dio un paso hacia Lucien y le sujetó por el hombro.

«*Nuada vino a verle*.» Palabras en el silencio de la mente.

Lucien se volvió y encaró a Darius. Sus ojos ya no mostraban confusión, sino sorpresa y la preocupación había sido sustituida por la rabia. Iam se levantó de golpe al ver el rostro de Lucien. Instinto de protección hacia su hermano de sangre. La silla en la que estaba sentado golpeó el suelo. Ya no se movió más. Su hermano le mandó detenerse con un solo movimiento de su mano.

«¿*Cuánnndo*?»gritó en la mente de Darius con palabras arrastradas por la ira.

«*En la playa*.» Tenía que habérselo dicho antes, pero con tanta confusión lo había olvidado. Sabía que Lucien no perdonaría una equivocación así, lo que le hizo sentirse todavíamás molesto consigo mismo. Debió hacer algo para evitarlo, para ayudar a Marcus. Debió acordarse antes.

«*Maldito bastardo*» maldijo lleno de furia y respiró hondo antes de dirigirse a Darius. «*Nada podías haber hecho para evitarlo. Te agradezco tu ayuda en todo esto. Nunca lo dudes*.»

«*Pero estuvo tan cerca de escucharle*…»

«*Eso es algo que debe decidir él. Por mucho que nos duela verle así, no podemos decidir por él*.»

Iam se acercó a Darius para darle su apoyo. Había escuchado la conversación mental entre ambos, agradecía a Lucien el apoyo a su hermano. Tenía que admitir que el hombre que tenía ante él no parecía el mismo Lucien de los años atrás.

—Marcus, ven. Debes reponer tu sangre —tal vez con el intercambio de sangre pudiese devolver a Marcus su cordura.

—Morganne —repitió Marcus mientras se acercaba a su hermano. Sus pies se movían hacia Lucien pero su mente estaba en algún otro sitio. Incluso su mirada, ahora fija en su gemelo, parecía estar ausente.

De la mano de Marcus, como mandaba la cueva, atravesaron la pared de roca. Pero éste se detuvo al otro lado y Lucien no pudo dar ni un paso más. Llenó sus pulmones intentando digerir el enorme dolor que su hermano le había trasmitido en el contacto. Su pecho estaba tan oprimido que casi no podía respirar.

—Morganne, se llama, Morganne.

—Marcus, escúchame. La cueva es impenetrable, nadie puede pasar a ella sin ti. Nadie.

Lucien enfatizó la última palabra. Marcus le miró.

—La cueva me cierra el paso hasta a mí. Él no va a entrar, aquí no te atormentará.

Marcus tan solo le miraba.

—Estamos solos. Haremos lo que podamos para solucionar esto. No le necesitamos —Lucien vio las lágrimasrodar por las mejillas de su hermano y su corazón se encogió de dolor—. Invocaremos a Danu —las palabras casi no salían de su boca—. Ella sabrá que hacer.

El dueño de la cueva seguía callado, las lágrimas caían de sus ojos y él parecía no notarlo. Lucien dio un paso hacia él con recelo. Ya había desaparecido la huella del dolor de Marcus y sabía que volvería a sentirlo.

Como si no supiera lo que tenía que hacer, Marcus permaneció en lo alto de la escalera, inmóvil; esperando que su hermano actuase por él. Su mente estaba muy confusa. Era incapaz de pensar con claridad, de expresar un pensamiento coherente. Como un eco, la frase de su padre lo llenaba todo.

«*Ni siquiera conoces su nombre*.»

Y su voz se empeñaba en contestar a las malvadas palabras.

—Morganne.

«¿En eso había quedado toda su razón, en repetir un nombre? » pensó Lucien cuando volvió a tomar de la mano a su hermano y su confusión mental le asaltó, tan de lleno como el dolor de su corazón. Su pensamiento no estaba allí, no estaba en ningún lado, parecía perdido en la inmensidad. Tenía que ayudarle. Con determinación saltó al suelo de la cueva arrastrando con él a Marcus, para llevarlo junto al caldero.

No debía intervenir, le recordó una voz en su interior. Eso le había dicho a Darius, pero él no era su medio hermano y haría todo lo posible por ayudarle.

No le hizo partícipe de sus actos, tomó la daga que Marcus tenía en su bota, le hizo un corte profundo en la palma de la mano y estiró de ella para meterla en el caldero antes de que la herida cicatrizase.

El *coire dagdae* se iluminó al recibir la sangre antigua, la magia ancestral. Su luz cubrió la mano de Marcus hasta hacerla casi inmaterial. Lucien se hizo un corte semejante en su mano derecha y estrechó con fuerza la de su hermano, dentro del caldero.

Podía sentir cómo la sangre salía de su cuerpo, envolvía ambas manos y entraba en el cuerpo de Marcus a través de la brecha aún abierta. No era herida contra herida a pesar de que entre las manos

no había espacio ni para el aire, ni sangre saliendo y entrando a pesar de la fuerza con que Lucien apretaba la mano de su hermano, era algo místico mezclándose con la magia del caldero y de los hermanos antes de llegar al cuerpo de Marcus. Sangre mágica e inmortal. Sangre ancestral y poderosa.

El poder de la magia se intensificó en Lucien. Cada célula de su cuerpo parecía aún más fuerte. La misma energía que cuando Marcus traspasó su sangre a través de la espada de la luz: fuerza y energía en estado puro.

Fue Marcus el primero en reaccionar en cuanto hubo recibido suficiente sangre. Retiró su mano de la unión y colocó ambas alrededor del caldero.

—Por el poder que me ha sido entregado por nacimiento. Por el poder que me ha sido otorgado por el caldero de Dagda. Por el poder que me confiere mi sangre inmortal… yo invoco a los poderes ancestrales del caldero para que me muestren el camino.

El silencio se hizo en la sala. Marcus esperó algo que no ocurrió.

—Por el poder que me ha sido entregado por nacimiento. Por el poder que me ha sido otorgado por el caldero de Dagda. Por el poder que me confiere mi sangre inmortal… Diosa Danu, oye mi voz… escucha el dolor de mi corazón y muéstrame el camino.

El silencio ya se estaba haciendo demasiado latente en aquella situación. A todo, el silencio era la respuesta, pero eso no iba a rendirles.

—Marcus, ve a buscarlos —pidió Lucien sin volverse a mirarle. No había suficiente poder en aquella cueva para invocar a la diosa del inframundo.

Apenas unos segundos más tarde, un coro de manos entrelazadas rodeaban a Marcus y al caldero mágico.

—Por el poder que me ha sido entregado por nacimiento. Por el poder que me ha sido otorgado por la espada de la luz. Por el poder que me confiere mi sangre inmortal… Diosa Danu te invocamos a escuchar la voz de Marcus —pronunció Lucien.

A su derecha, Darius pronunció el mismo cántico invocando el poder de la piedra de Fal. Siguió Iam y la lanza de Lugh.

—¿Me invocáis al mundo de los mortales? —tras aquellas palabras, una inmensa luz emergió del caldero mostrando el rostro etéreo de la diosa—. Tu osadía merece castigo —la diosa clavó su mirada en Marcus.

—Diosa Danu… —la disculpa de Marcus apenas fue un susurro mientras que las palabras de la diosa sonaban en toda la cueva.

—¿Cómo puedes pensar que un mortal puede romper mi

maldición?

Las miradas de desconcierto se sucedieron a la espalda de Marcus mientras él seguía fijo en la diosa.

—Poderosas fuerzas ajenas a mí gobiernan este mundo de mortales, pero ninguna alteraran el curso de mi maldición —la imagen de la diosa se alargó hasta quedar a unos milímetros del rostro de Lucien—.Cuídate de intervenir —le advirtió antes de volver a su posición inicial—. Y contigo, —le dijo a Marcus— voy a ser paciente, el dolor que siente y sentirá tu corazón será suficiente castigo por tu osadía, pero no me provoques.

Marcus miró perplejo como el caldero absorbía toda la luz hasta quedar de nuevo vacío.

Los pensamientos sobre lo ocurrido pasaron de unos a otros por la unión de las manos y por fin a Marcus por la mente de Lucien. La confusión de Darius, la burla de Iam por la advertencia de la diosa hacia Laverty, la preocupación de su hermano y la seguridad de Thara que abrazaba a su esposo. Los ojos de Marcus brillaron con fuerza cuando se posaron en ella,Thara sonrió, ella creía a la anciana y ahora la diosa había confirmado sus sospechas. Marcus le devolvió la sonrisa antes de esfumarse.

Sin el portador del caldero en ella, la cueva expulsó a los demás y los transportó a la antesala.

11

—Tú… de nuevo —las últimas palabras apenas se oyeron, tan solo fueron una resignación—. No sé por qué, pero no me sorprende verte en pie y con vida.

La anciana le miró tan solo unos segundos, después se apretó un poco más en el manto que la cubría.

Marcus simplemente se encogió de hombros. La única sorpresa se la llevó al ver el manto que la anciana cerraba sobre su cuerpo.

—Ese tartán… es de mi clan.

Mae miró la tela, sabía que los colores identificaban a los clanes pero a ella eso no le importaba, ella no pertenecía a ninguno.

—Me lo trajo una joven… —por qué estaba dándole explicaciones a un extraño, a ese extraño.

—Thara, la esposa de mi hermano.

¿Por qué estaban manteniendo aquella conversación tan trivial? ¿A dónde había ido a parar su rabia y su desesperación?

—Me recuerdas, ¿verdad? —la pregunta de la anciana interrumpió sus pensamientos.

—Sí —Marcus hizo una pausa antes de proseguir—. Hace diecisiete años te ayudé a subir por el sendero. Llevabas un bulto que entorpecía tu camino; casi te cuesta la vida.

—No has envejecido —no era una observación sino un hecho obvio.

Marcus volvió a encogerse de hombros.

—Ese bulto… era Morganne.

Marcus se sobresaltó. La sola mención de ese nombre hizo que una corriente de electricidad recorriera su cuerpo, inundándolo de algo extraño y diferente.

—Morganne —repitió.

Ahora entendía porque el caldero se empeñaba en mostrarle a la anciana y aquella noche. No había sido capaz de entender sus mensajes. Se sentía estúpido, trescientos años y aún no había aprendido a interpretarlo.

Había tenido contacto con ella antes de ahora. Ayudo a mantenerla con vida. Había tenido bajo el brazo su diminuto cuerpo. En su mente se formó con total claridad aquella noche. Se estremeció al recordar con qué poco cuidado trató el bulto. Hubiera podido hacerle daño. Se miró las manos. Sus enormes manos de

guerrero la habían sujetado como a un desecho. ¡Ella no se movió! Nadie se lo dijo, cómo iba a saber que era un bebé. Debió haberla sentido. Los de su especie leían la mente por el contacto. ¿En qué piensa un bebé? ¿Qué le iba a trasmitir un bebé? De todos modos, de qué iba a servir saberlo, no conocía la maldición. No sabía que ella había nacido para él, aunque se hubieran encontrado antes, no habría sentido nada; la maldición tenía un comienzo para cada uno y el suyo había ocurrido unas horas antes.

Se llevó la mano al pecho, al lugar donde estaba su corazón. Ahora lo sentía bombear o era el dolor lo que latía. Ya no sabía cuándo el dolor del contacto había pasado a ser el dolor de la pérdida.

¿Cómo podía doler tanto perder a alguien a quien ni siquiera conocía?

Estiró la mano hacia la anciana, necesitada obtener respuestas.

«El dolor oprimía su corazón. El miedo le dio fuerzas para acercarse. Corrió hacia ella. Yacía sobre la arena, junto al cuerpo del demonio. La sangre salía a borbotones de su costado. Apretó sus manos contra la herida, pero no pudo contener la hemorragia.

—Morganne, hija mía… —gritó, presa de tanto dolor como miedo y rabia.

Había muerto por culpa de aquel demonio. Pateó el cuerpo masculino caído a su lado. Tiró de Morganne y la abrazó con fuerza. Sentía la sangre traspasar su ropa, llegar fría hasta su piel. Estaba muerta. No respiraba. Los brazos le caían inerte a los lados.»

—¡No me toques! —exclamó la anciana apretándose un poco más contra la pared del acantilado para huir de él.

Estaba muerta. Su madre había llorado su muerte. Se había desangrado junto a su cuerpo y él no pudo hacer nada para impedirlo. No había podido moverse. Ni magia, ni poder, ni inmortalidad le sirvieron para salvar su vida. Saltó delante de la mujer y se elevó por encima de ella, más allá del acantilado, en busca de soledad.

—¡Aaahh! —el grito escapó de su garganta, de su alma y su corazón. Cayó al suelo. Las rodillas dobladas, las manos arañaron la tierra y lloró; dejando libre su dolor.

La anciana oyó el grito de agonía y supo sin lugar a dudas de quién era: el demonio. Lo que la sorprendió fue darse cuenta de que lloraba por Morganne.

El mar se embraveció en un momento, sus olas crecieron tanto que aún en marea baja llegaron hasta el pie del acantilado y Mae tuvo que subir la misma cuesta que horas antes había bajado.

En la lejanía, Lucien y Thara le miraban desconsolados.

«*Búscala, Lucien. Sé que vive. Búscala*.» Rogaba Thara, abrazada a su esposo. Las lágrimas mojaron la chaqueta de Lucien.

«*No puedo hacer nada, preciosa. Ya oíste a la diosa. Esto es cosa de Marcus*.»

«*Marcus Laverty McLavert, llorando. ¿Quién lo diría*?»

«*Tengo que reconocer que esto me da miedo. Pensar que tengo… tenemos que pasar por esto… Puedo luchar contra hombres, animales… pero no mepuedo defender ante esto… No me gusta nada.*» Confesaba Darius a su hermano, ocultos bajo un hechizo de invisibilidad.

«*¿Te quedaras por aquí*?» preguntó Darius.

«*No*»—la respuesta sonó demasiado fuerte. No podía quedarse cerca de Thara—. «*Nos vemos*»—le dijo a su hermano y desapareció.

Darius permaneció durante unos segundos más mirando a Marcus, aún arrodillado en el suelo. Iam era su hermano de sangre, pero hacia ese gemelo Laverty sentía un cariño especial. Había pasado mucho tiempo con él. La condición de su nacimiento les hacía estar separados de su gemelos, por ello se habían acercado mucho. Había buscado en él el apoyo de un padre en su juventud y el de un amigo después. Y el verle ahora así, sufriendo tanto sin poder ayudarlo; tal vez debería irse como había hecho su hermano. Una sonrisa se dibujó en sus labios. El motivo por el que ese Blackstone se había marchado no era McLavert, sino Thara. Permanecer al lado de ella ponía en peligro su vida. Si Lucien se daba cuenta de lo que sentía por ella, dudaba mucho de que Iam conservase su cabeza.

Por fin, abandonó el lugar y se materializó en Caldestone. Lucien y Thara necesitarían un lugar para dormir y a falta de su dueño, él tendría que encargarse de ello.

—¡Crawford! —gritó al salir de la antesala de la cueva.

El joven James casi se lo come. Llevaba parte de la noche apostado en la pared de la antesala, esperando que su amigo saliera.

—Blackstone, ¿qué haces tú aquí? ¿Y Marcus?—la cara de sorpresa de James pasó en un segundo a estar blanca.

—Es largo de explicar. Baste decir que no está en condiciones de atender a sus invitados.

—¿Qué invitados? —interrumpió James.

—Su hermano Lucien y su esposa están aquí. Por mí, no te lo pediría, por Lucien tampoco, pero la dama necesitará un lugar donde dormir. La noche ha sido larga.

—Si todos estáis aquí…

—Marcus está bien —Darius torció la boca—, dentro de lo que

cabe. Ordena que preparen una habitación y vuelve aquí.

James salió corriendo sin hacer esperar a Darius. Estaba ansioso por saber qué había pasado.

—Señora Hazel—gritaba mientras se perdía de la vista al atravesar la puerta a las cocinas.

Thara tiró del brazo de Lucien para llamar su atención. Marcus se había incorporado un poco. Seguía arrodillado pero ahora el torso estaba erguido y la cabeza elevada.

—Parece que habla con alguien. ¿La diosa?—preguntó Thara al percatarse de que la anciana se había alejado de Marcus asustada por su grito.

—No. —Un monosílabo con mucha rabia contenida—.Thara vuelve a Caldestone—le ordenó, para después suavizar la voz y explicarle—: los gemelos Blackstone estarán allí, ellos cuidaran de ti.

—Lucien… —si después de mostrarse tan arisco con sus hermanastros, la ponía bajo su protección era indicio de que algo no iba bien.

—Yo tengo algo que hacer. Darius te cuidará.

—Amor mío, la diosa te prohibió intervenir.

—Pero no se lo prohibió a mi padre—exclamó Lucien apretando los dientes, después, tomó entre sus manos el rostro de Thara y le habló con todo la ternura que su creciente cólera le permitió—. Vete de aquí, por favor.

Thara besó la mano de su esposo y desapareció entre ellas.

—Me parte el corazón ver a un hijo mío llorar de esa forma —Marcus elevó su mirada. Conocía aquella voz pero no las palabras que oía—, por algo tan estúpido.

Eso sí era propio de su padre, menospreciar cualquier sentimiento humano.

—Acepta mi ayuda y te liberaré de ese dolor.

Marcus no contestó. Apretó la mandíbula y guardó silencio. Debería salir de allí, alejarse de Nuada pero sus palabras eran tan tentadoras.

—Muéstrate cobarde —exigió Lucien cuando se materializó junto a su hermano. No le hacía falta verlo para saber que estaba allí.

Marcus le miró sorprendido, no obstante su sorpresa duró milésimas de segundo, debió de comprender que su gemelo no estaría muy lejos de él.

—Por el poder de la espada de la luz, yo te ordeno que te muestres ante mí.

Una carcajada precedió la aparición de Nuada.

—Atado al poder de mi propia espada —se rió con sarcasmo.

Las llamas ardieron en los ojos de Lucien.

—Lucien, ¿dónde está esa preciosa mujer que defendías la última vez que nos vimos?

Laverty dio un paso hacia su padre consumido por la rabia.

—No merece la pena entrar en su juego —le dijo Marcus mientras le retenía por un brazo.

—Piensa mi ofrecimiento. Puedo darte mil mujeres.

Las últimas palabras quedaron en el aire antes de que Nuada volviera a desaparecer.

—Marcus, ¿por qué no le plantaste cara? —preguntó Lucien desconcertado.

—Porque temía abrir la boca y que las palabras que salieran no fueran las de la razón sino las de mi corazón. En estos momentos no puedo plantarle cara, su ofrecimiento es demasiado tentador.

—Marcus… no puedes pensar eso. Él no es bueno. Nunca dará nada sin llevarse mucho a cambio.

—Crees que no lo sé. Pero…

12

Morganne abrió los ojos desorientada. Se había quedado dormida sobre la arena, fue lo primero que pensó. Sintió como las olas tocaban con delicadeza sus pies, como si quisieran despertarla. Se incorporó un poco, hasta quedar sentada y miró hacia el mar. Se sentía extraña. Había tenido una pesadilla que después se había convertido en un sueño muy agradable en el que había conocido a su madre.

Bostezó y sus ojos se abrieron de golpe. Algo frío había rebotado en su pecho. Se llevó las manos al cuello y sus dedos tocaron el collar de cuentas marinas que su madre le había entregado en el sueño. Deslizó sus dedos entre los cabellos y se toparon con los diminutos cristales que ella le había trenzado. Se levantó, ¡no había sido un sueño! Tentó su costado y buscó la herida. Nada. Giró hacia el acantilado presa del miedo, ¿dónde estaba el hombre que la había salvado? ¿Muerto?

Corrió hacia el lugar. ¿Dónde ocurrió? No había rastro de él, ni una gota de sangre en la arena. Corrió unos metros hacía la derecha y buscó de nuevo. Había visto el hacha caer sobre su espalda, se había desplomado antes de que la hoja le golpeara a ella. No, ya estaba en el suelo cuando el acero le hirió, recordó; pero entonces, ¿dónde estaba la sangre?

Buscó hacia un lado y hacia otro, sin encontrar nada. Tenía el collar de su madre, sus lágrimas adornaban ahora su cabello, no había sido un sueño, luego él había muerto. Y a ella, la habían matado. Había sentido la sangre salir sin poder remediarlo. Oyó a Mae llorar y gritar junto a ella. El mar lo cubrió todo y arrastró su cuerpo. Primero flotaba, después se fue hundiendo, poco a poco; suave como el movimiento de una pluma que mece la brisa. Unas manos detuvieron su descenso. Muchas manos, recordó concretamente. Lloraban, pero sus lágrimas no eran agua sino pequeños cristales. Morganne se llevó las manos a la cabeza, sus dedos tocaron esas lágrimas cristalizadas.

El recuerdo era tan borroso. Su madre, su padre, su hermano habían estado allí. Les había oído cantar mientras su madre le explicaba algunas cosas que ahora no recordaba. Todo estaba tan confuso.

Miró el cielo. Amanecía. Mae… ¿dónde estaba Mae? ¿Había

vuelto a casa? Su corazón se encogió al mismo tiempo que su respiración se volvía tan agitada que casi no entraba aire en sus pulmones. ¿La habrían matado?

—¡Maae! —gritó a todo pulmón—.Maae…

—¡Morganne! —la anciana apenas podía creerlo. Se levantó sobresaltada, había oído a su hija, la llamaba. Veía a su hija, había vuelto—. Aquí… hija mía, aquí.

Madre e hija se abrazaron entre lágrimas, sollozos y gritos de felicidad.

La mujer la apartó un poco para poder verla mejor. Después, la giró buscando su herida. Tan solo la tela de su vestido daba muestra de lo ocurrido. Su piel ni siquiera tenía cicatriz. Volvió a abrazarla mientras las lágrimas bañaban su rostro. Había llorado durante dos días enteros la muerte de su hija, ahora bien podía llorar su regreso.

—Mae, ¿dónde está él? —preguntó reticente Morganne, con la cabeza aún escondida en su madre.

—Se lo llevaron —contestó con sequedad.

—Era el hombre con el que yo había soñado.

Mae la separó sorprendida por su información.

—¿Ese demonio?

Era lo que faltaba, su hija estaba ligada por el destino a ese demonio.

—¿Murió?

Mae miró el mar. Pensó decirle que estaba muerto, después de todo era eso lo que debía haber ocurrido, no obstante, eso no haría que ella dejase de soñar con él.

—No lo sé —la respuesta salió antes de pensarlo, por lo menos lo intentaría—. Se lo llevaron.

Morganne bajó la mirada apenada. Una punzada de dolor atravesó su corazón. Jamás llegaría a conocerlo. Las lágrimas escaparon de sus ojos a raudales sin poder evitarlo.

Ya estaba en el suelo incluso antes de que el hacha le golpeara ¿Cómo iba a vivir? El no tenía una madre especial que le devolviera la vida. Había muerto.

—Mae, vámonos a casa —consiguió decir a duras penas, su voz estaba presa del sufrimiento.

Había soñado con él toda su vida. Había vivido temiéndole y él le salvó la vida. Recordó con el cuidado y el recelo que extendió su mano para tocarla. La electricidad que recorrió su cuerpo cuando sus dedos se rozaron. Cómo su rostro se torció en una mueca de dolor y cayó al suelo. Volvió a sentir el acero golpear su espalda, cortar cada músculo, como si se lo hicieran de nuevo. Estaba

muerto. Nunca llegaría a conocerlo.

El recuerdo nubló sus ojos, sus rodillas temblaron y se fue desplomando poco a poco sobre el cuerpo de su madre que la sujetaba confundida.

—Pobrecilla, está débil —se dijo a si misma Mae, mientras la depositaba sobre la arena—. Descansaremos un poco antes de marcharnos —le dijo a su hija mientras le acariciaba la cabeza. Sus dedos encontraron los pequeños cristales que adornaban su cabello y sus ojos se cerraron confundida.

Mae miró el mar, a pesar del miedo que le tenía, siempre se había sentido atraída por aquella inmensidad de agua. Caminó hacia su orilla, tenía algo que hacer antes de abandonar aquel lugar. Esta vez no huiría. Una mueca burlona se dibujó en sus labios, ni la tormenta ni el demonio la asustarían.

Llevaba dos días allí, sentada a los pies del acantilado. Había sido el viaje más largo de cuantos había hecho a esa playa. Ellas solían llegar con el atardecer y partir al amanecer, siempre había sido así; pero aquel año, todo había sido tan diferente. Morganne había muerto para volver a nacer. El mar había engullido su cuerpo para luego volver a dárselo como lo hizo la primeravez. Durante aquellos dos días, con cada hora que transcurría sin verla, la idea de que el mar había reclamado para siempre a Morganne fue arraigando cada vez más en su corazón. Se había dicho decenas de veces que Morganne no le pertenecía. La había tenido con ella durante muchos años, debía de sentirse agradecida por ello. Tal vez era ya momento de que volviese al mar.

El agua mojó sus pies en la siguiente ola. Entonces, se arrodilló y el mar casi la engulle. Después, se retiró y la dejó sentada en la playa.

—Gracias por devolvérmela. Gracias por salvar su vida—Mae tomó agua en sus manos y se las llevó al pecho, junto a su corazón —. La edad no perdona, me hago vieja, tal vez ya no pueda cuidar de ella como antes, pero lo intentaré. Sabes que daría mi vida por ella.

Esperó en silencio, una respuesta quizás, pero ¿quién iba a responderle a plena luz del día?

—Nunca te di las gracias por dármela hace diecisiete años y está vez no quiero dejarla pasar sin agradecerte desde lo más hondo de mi corazón que me escogieras para criarla. Gracias.

—No tienes que agradecer nada —la voz del mar se oyó con claridad a pesar del rugir de las olas.

Mae miró hacia el horizonte. Una figura femenina emergió del

agua, más tarde, un hombre apareció junto a ella.

—Nosotros estaremos siempre agradecidos contigo por traerla cada año. Eso no se paga más que con devolvértela con vida—le habló la mujer.

—Cuidaos mucho—gritó el hombre y tomó la mano de la mujer alentándola a volver al agua.

—¿Volveréis? —preguntó la mujer con el miedo reflejado en su voz. El hombre tiró de ella pero no consiguió moverla, se negaba a marcharse sin una respuesta

—Cada año, señora, cada año —contestó Mae.

La mujer sonrió y dejó que el hombre la arrastrara hasta las profundidades del océano. Diminutas gotas brillaron con los rayos del sol y salpicaron al caer al agua como cristales desprendidos. Mae sonrió, eran las cuentas que Morganne tenía prendidas de su cabello.

—Las lágrimas de felicidad de los seres marinos se cristalizan y forman piedras de mucho valor —explicó Morganne a sus espaldas.

—¿Nos vamos, hija mía? —preguntó Mae ya de pie.

—Sí.

El tiempo cerraría la herida del corazón. Su madre marina se había encargado de la herida física, del dolor de la perdida se encargaría el tiempo; pensaba Morganne mientras caminaba tras su madre. No había pronunciado palabra desde que subieron por el empinado camino del acantilado. Necesitaba asimilar todo lo ocurrido. Con el paso de los días podría poner orden en sus pensamientos y recordar lo que su madre le había contado. Ahora lo transcurrido bajo el mar no era más que una nube borrosa en su mente.

Mae andaba delante de ella.De vez en cuando, volvía la cabeza y la miraba. Solo la miraba, sin pronunciar palabra. Estaba preocupada por ella pero no encontraba las frases adecuadas para consolarla. El remordimiento le corroía las entrañas. ¿Estaría así por el demonio? Debería haberle dicho que estaba vivo, que había vuelto curado como ella. Tan solo le había mentido en parte. No le dijo que estuviera muerto, solo que se lo habían llevado.

Miró hacia atrás, Morganne tenía la cabeza inclinada, sus ojos fijos en sus pies. Quizás, cuando llegaran a casa…

El sol se reflejó en los pequeños cristales que adornaban su cabello, adora dorado como el sol.

«*Mis lágrimas no se harán cristales preciosos, madre, son el reflejo del dolor. Duele, duele saber que no podré verle nunca. Tal vez, ni siquiera sueñe de nuevo con él. Le he visto, le he tocado. La electricidad*

recorrió mi cuerpo. Fue como tocar un relámpago.» Con su pulgar tocó el resto de los dedos de la mano que le había acariciado, aún sentía un hormigueo, una agradable sensación.

Un quejido paralizó a Mae. Sabía que Morganne lloraba. Durante unos instantes dudó en volverse. No quería comprobar que lloraba por su culpa, sin embargo, se giró y abrazó a su hija.

—¿Lloras… por él?

Morganne asintió.

—No lo conoces, solo has soñado con él. No le llores, no merece la pena.

—Sí… le conozco… —afirmó entre sollozos—. Llevo soñando con él toda mi vida —le refutó con firmeza.

—Puede que no haya muerto —sabía que lamentaría esas palabras, pero ledolía verla así.

Morganne la miró perpleja.

—Tampoco tú lo has hecho —señaló su madre como si el hecho no tuviera importancia.

¿Podía no haber muerto? Eso era imposible, quién iba a cuidar de él. ¿Su madre?

Le buscaría. Ahora sabía que existía, que no era un sueño. Le conocía muy bien, llevaba su imagen grabada en su mente.

—Le buscaré —aseguró—. Le buscaré —repitió aún más fuerte.

Mae sintió miedo ante esa determinación.

13

—¡Neill! —exclamó Morganne llevándose la mano a los labios para ocultar su voz.

Apenas habían entrado en el claro del bosque donde se encontraba la cabaña cuando vio un caballo amarrado a un árbol, conocía el corcel de su amigo.

Aquella visión la paralizó por completo. Había olvidado a Neill. No solo eso, había olvidado el secuestro y que su único amigo quiso hacerle. Que los hombres que había mandado a hacerlo, casi la forzaron. Lo había olvidado todo, todo lo que no fuera el encuentro con su madre y con aquel misterioso hombre de sus sueños.

—Morganne —Mae sacudió a su hija. Se había quedado clavada en el suelo y con el rostro pálido, como si hubiese visto un fantasma. No corría a su encuentro como cada año después del viaje para contarle todo lo ocurrido. Miró hacia la cabaña y luego a su hija, la vio dar un paso atrás, la vio morderse el labio inferior que… ¡le temblaba! ¡Tenía miedo! ¡Miedo de Neill! —. ¿Morganne?

Su hija se alejó del camino, arrastrando los pies.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mae. Veía el terror en sus ojos, en el blanco de su rostro y en el temblar de sus labios y de sus manos.

—Que no nos vea —consiguió decir mientras se volvía para esconderse en el bosque.

—Morganne, ¿qué sucede? —volvió a preguntar su madre confundida y asustada. Asustada del temor de su hija.

—Quiso secuestrarme en la playa.

—¿Cómo? —la interrumpió su madre. No podía creer lo que su hija le contaba. ¡No había mencionado nada durante el camino!—. ¿Por qué no lo has dicho?

—Lo había olvidado, han ocurrido demasiadas cosas —se estaba disculpando, ¡no tenía que disculparse! —. ¡He estado muerta! —gritó.

—Lo siento hija. Lo siento.

—¿Morganne? —la voz de Neill sonó ante ellas.

Apenas pudo verle cuando se abalanzó sobre ella y la apretó tan fuerte contra su pecho que casi no podía respirar.

Estaba viva, pensó Neill. Nunca creyó la historia de sus hombres cuando le contaron que había muerto, que un desconocido la había matado.

— ¿Dónde habéis estado? Nunca habíais tardado tanto, estaba

preocupado.

—Suéltala—ordenó Mae pero el joven hizo oídos sordos a sus palabras y la apretó con fuerza mientras sus manos le recorrían la espalda.

—Suéltame. Me haces daño— le ordenóMorganne. Tal vez Neill no hubiera tenido nada que ver con aquel encuentro, después de todo había muchos Neill por la comarca. ¿Cuántos Neill que supieran que ibas a estar allí? Le dijo una vocecita en su interior.

—Perdón. ¿Todo ha ido bien? —preguntó dubitativo.

Morganne y Mae se miraron antes de contestar.

—Sí —respondió Morganne—. Vamos a casa, Mae debe estar cansada.

—Entonces, ¿por qué habéis tardado tanto? Tres días.

—Mis piernas ya no son las de antes —contestó Mae en un intento de restarle importancia al hecho.

Tal vez los idiotas que mandó a hacer el trabajo se hubieran equivocado de lugar y de mujer. Todo era costa en aquella zona, quizás confundieron la playa. Eso era lo que había pasado. Dijeron que estaba sola, nunca vieron a Mae y si ella estaba muerta, miró a Mae, esa vieja nunca hubiera dejado sola a su hija.

Morganne empezó a caminar hacia la casa pero se detuvo de golpe atrapada por la mano de su amigo.

Neill apretó el agarre, no tenía intención de soltarla.

—Deja que Mae descanse, nosotros podemos hablar un rato.

—Neill, por favor. Estoy cansada, ha sido un largo viaje, quiero descansar.

—Llevó dos días esperando en esta maldita casa —Neill tiró y laacercó a él.

—Neill, por favor —rogó Morganne. Tenía que deshacerse de él. Le temblaban las piernas, apenas podía mantener la compostura y estaba a punto de echarse a llorar.

—Vuelve luego. Es un mal momento —intervino Mae.

Neill empujó a la anciana que cayó y agarró a Morganne.

—Mae —sollozó Morganne.

Intentó mantenerse bajo control. Llevaba dos días esperando. Creía que estaba muerta y eso lo había hecho enfurecer. Cuando los dos hombres que mandó a la playa volvieron enloquecidos y dijeron que un demonio había matado a su amada, casi pierde la razón y acaba con ellos con sus propias manos. Le costó mucho tranquilizarse lo suficiente como para formularle algunas preguntas y entonces ató cabos: les mandó buscar a una joven de cabello dorado y ellos encontraron a una de cabello blanco, que estaba

acompañada de una anciana y la que ellos vieron morir estaba sola en la playa y medio desnuda. Debía de ser alguna mujer de la calle. No era ella. Llegó a la conclusión de que los imbéciles habían bebido demasiado y se habían equivocado de playa. No obstante, el haber fallado en su intento de secuestro había frustrado sus planes y eso le hizo ponerse muy furioso. Hecho que no mejoró al no encontrarlas allí el primer día, volvió a su casa y regresó al día siguiente, con las mismas consecuencias. Era ya la tercera vez que hacía ese viaje y estaba que trinaba.

—He esperado—estalló Neill—. He aguantado a esta vieja bruja. Te he dado tiempo, te he cortejado durante años. Esperaba para hacerte mía y tú… tú solo me has visto como un hermano. Serás mía, ya no puedo esperar más.

Morganne forcejeó para soltarse del brazo que la aferraba cada vez con más fuerza. Mae se abalanzó sobre Neill, que simplemente estiró el brazo y se deshizo de ella.

—No le hagas daño —sollozó Morganne.

—Aparta, vieja —gritó enfurecido.

Mae cayó contra el árbol y su hija observó atónita como no se movióno se movió.

—Morganne… —le dijo Neill mientras la acercaba aún más contra él. Su boca buscó la de ella. Morganne se resistía… Neill le sostuvo la cara con la otra mano, los dedos se clavaron en la barbilla para mantenerla quieta; después la besó.

La lengua de Neill le produjo arqueadas cuando presionó sus dientes para abrirse paso. Ni siquiera notó que le había soltado el brazo hasta que sintió la mano masculina presionar sus nalgas. La fuerza de la erección le hizo estremecerse.

Neill tomó de buen grado el escalofrío que recorrió el cuerpo de Morganne y se hinchó aún más e intensificó su beso.

Aquello acabó con la poca fuerza que todavía le quedaba a Morganne. Las lágrimas cayeron por su rostro como un río. No podía respirar, el miedo estaba en todo su cuerpo.

«*Ayúdame.*» Un grito callado.

¿A quién pedía ayuda? Su madre yacía inconsciente en el suelo. Estaba sola en mitad del bosque. Jamás había sentido tanta soledad y aún así, pedía ayuda a alguien, sin saber a ciencia cierta a quien, sabía que si la pedía con fuerza, vendría. Que no estaba del todo sola. En la lejanía, alguien le había hecho compañía durante toda su vida. En medio de todo aquel desafortunado suceso, su mente esbozó una sonrisa. Él vendría a rescatarla. Vendría. Como había venido en la playa cuando aquellos hombres quisieron hacerle lo

mismo que Neill le hacía ahora. Él pondría fin a aquello. No tenía que preocuparse. Aquellas palabras no lograron acallar a su conciencia que le decía que él había muerto en la arena la última vez que le pidió ayuda. Que no vendría de entre los muertos para socorrerla, que estaba sola en aquello y que tenía que defenderse.

Golpeó con sus manos la espalda de Neill, con la misma consecuencia que si hubiera aporreado un muro de granito: ninguna

—No luches, preciosa. No voy a hacerte daño.

—Me haces daño —le contestó Morganne, como si él no supiese lo que hacía.

—Solo porque no me dejas hacer.

Encima tenía la desfachatez de decirle que era por culpa suya. Morganne apretó los dientes con fuerza y Neill se encontró la puerta cerrada cuando fue a besarla de nuevo. Pero no pareció importarle mucho pues no insistió. Tiró del vestido y desgarró el tejido hasta que la camisola quedó al descubierto. Aquella ropa también pareció estorbarle ya que hizo añicos la única prenda que le impedía llegar los pechos femeninos. Sintió la mano agarrarlos con fuerza y sollozó. Tal vez después de todo no fuese a venir.

«Ayúdame.»

Marcus sacudió la cabeza. Había oído una llamada de súplica en su mente pero eso era imposible. La cueva era hermética. Lucien había dicho que ni siquiera Nuada y todo su poder del submundo traspasaría las protecciones. Por eso se había escondido allí. No podía estar junto a los demás y verles tan pendiente de él. Ver las miradas de complicidad que se lanzaban Lucien y Thara, ni soportar un momento más la preocupación reflejada en el rostro de Darius y de James. Tres días más tarde, aún el dolor del contacto corría por sus venas esperando un nuevo toque para desaparecer.

«Ayúdame.»

Su corazón se paró de golpe. Su cuerpo se puso rígido. Sus pulmones se contrajeron. Todo en él se detuvo cuando su esencia mágica, su parte inmortal identificó la llamada. Ella pedía ayuda.

Marcus miró a su alrededor, un bosque le rodeaba. Sus ojos se abrieron de golpe, allí estaba ella. Apenas podía verla, alguien la tenía aprisionada contra un árbol. Forcejeaba por librarse del hombre. Sentir el miedo en el aire, como también la lujuria masculina.

Esta vez no pensó, ni intentó controlar a la bestia que en una milésima de segundo ya estaba lista para salir. Y le dio libertad. Saltó junto a ella y de un manotazo, mandó al individuo contra un tronco como quien tira un desperdicio a la basura. Y él, saltó sobre

el cuerpo tan pronto como tocó el suelo. Lo abarcó todo, apenas se veía a Neill entre las piernas erguidas de Marcus o la bestia en la que se había convertido. Una zarpa tocó su vientre y desaparecieron.

—Tuyo —rugió.

Lucien miró a su hermano sorprendido. Había aparecido de la nada transportando a un hombre. No tuvo tiempo para reaccionar, Marcus volvió a desaparecer y dejó al desconocido tirado en el suelo. Laverty paseó sus ojos por Thara y Darius que se había quedado tan asombrado como él. Ninguno supo qué hacer y se miraron unos a otros y después, el cuerpo inmóvil del desconocido.

—¿Está muerto? —preguntó James mientras se levantaba de la mesa y se acercaba al hombre.

Thara dejó caer el cuchillo al oír a James, ¿Para qué había llevado un muerto hasta allí?

Marcus no haría eso, se dijo. Si había matado a alguien no lo traería a su presencia, eso sería de muy mal gusto.

James se paró junto al cuerpo. Esperaba que alguno más se levantara. Les alentó a acompañarle, pero de momento ninguno se movió.

—Sus ojos —dijo por fin Darius.

—Rojos —indicó Lucien. No le había pasado desapercibido el color de los ojos de su hermano, como tampoco su postura y su esencia—. Le ha dado la bienvenida a la bestia.

Lucien se levantó de la mesa. Tharaintentódetenerlo con la mano.

—No temas, preciosa. Esa insignificante cosa no me va a hacer nada —le contestó con cariño mientras acariciaba su mano y la apartaba.

Lucien caminó hacia el hombre y Darius le siguió. James sonrió conforme, eso ya estaba mejor.

Laverty movió al individuo con el pie y le dio la vuelta. Su espalda mostraba signos de lucha. Darius identificó las huellas de una zarpa. Marcus, o la bestia que ahora habitaba en él, había luchado con ese hombre, pero entonces ¿por qué lo había traído?

—Para protegerlo —contestó Lucien a la pregunta que nadie formulaba y que sin embargo rondaba en todas las cabezas. Negó con la cabeza—. Ha cerrado su mente. Sin duda está luchando. Tan solo noto la esencia de la bestia… aunque se calma —suspiró aliviado.

Había estado fuera unos segundos. Había desaparecido y aparecido en el mismo lugar. Lo único que ahora era distinto era

que ya no estaba allí el cuerpo del agresor. Que sus hermanos se encargaran de él, Marcus McLavert no mata sin motivos. Aunque bien sabía Danu que le sobraban. Por el momento bastaba con tenerlo lejos de allí. Luego lo mataría despacio.

Caminó con lentitud hacia ella. Tenía que controlar a la bestia antes de acercarse. Respiraba con dificultad, con cada inspiración su cuerpo se movía entero. Su pecho se elevaba demasiado. Tenía que controlarse.

La miró y eso fue suficiente para que el berserker se retrajese, escondiéndose en su interior. No podía hablar, su mente no centraba lo ocurrido. Ella estaba allí. Miró su cabello largo y ¡dorado! trenzado sobre su hombro izquierdo. Un hombro desnudo… Sus ojos se abrieron como platos. Sus pechos desnudos… Su delicada piel estaba rojiza, con las huellas de la violencia con que habían sido tratados. La bestia rugió y se irguió como un demonio. Apretó los puños clavándose las uñas en la palma de la manos. Lejos, muy lejos, enormes olas se estrellaban contra la pared de un acantilado y devoraban su inmensa estructura. Dentro de Marcus, rugía el mar, bramaba la bestia.

Y perdió la batalla. La furia lo controló y la bestia se alimentó de ella.

Desapareció ante Morganne, mataría a aquel hombre; que Danu le perdonara pero le mataría. Volvió a materializarse junto a los que ya observaban confundidos al desconocido y golpeó con sus puños, convertidos en horrendas garras, el cuerpo inmóvil. El suelo quedó manchado con las huellas de la lucha. Ni siquiera prestó atención al grupo, hizo lo que había venido a hacer y desapareció.

¿Qué estaba pasando allí? Se preguntaron todos cuando Marcus volvió a desaparecer. Ahora sí que había conseguido preocupar a su hermano. No podía comunicarse con él. Sentía a la bestia, así como también que estaba controlada, que había sido invocada. No obstante, aquello no era propio de Marcus; en sus trescientos años de existencia, eran contadas las veces en las que su gemelo había dejado al guerrero berserker apoderarse de su cuerpo. Él no actuaba así. La bestia no controla, no piensa, solo destruye.

«*Marcus*» una llamada suplicante. Una llamada familiar que rogabacuidado.

En el bosque, Morganne le miraba paralizada, era incapaz de reaccionar. Estaba ante un fantasma por como desaparecía, un demonio por lo que indicaba el rojo de sus ojos y sin embargo, algo le parecía tan conocido.

¿Había desaparecido? Se preguntó, un pestañear y no le había

visto allí. Le miró con cautela, observando como su cuerpo cambiaba con cada respiración. De pronto, sus ojos se abrieron al reconocerle. Había vuelto de entre los muertos para salvarla. El hacha partió su cuerpo en dos y ahora era incapaz de mantenerse entre los vivos, esa fue la conclusión a la que había llegado Morganne.

Le miró expectante, ¿volvería a desaparecer? Esperaba que eso ocurriera en cualquier momento por ello, le observó con detenimiento, quería recordarle allí, delante de ella y no en un sueño.

Sus ojos se detuvieron en los de él, rojos como la sangre; había tanta rabia en ellos. Le mantenía la mirada y parecía como si eso le hiciese cambiar. Respiraba cada vez más despacio. Sus ojos se volvían ocres, el rojo de la ira se disipaba

No estaba muerta, la observó incrédulo; no como quien mira a un fantasma sino como quien presencia un milagro. Fijo en sus ojos, perdido en su profundidad.

Su cabello era dorado, sus ojos azules como el cielo a mediodía.

¡Era la ninfa del bosque!

Había acudido a dos llamadas de socorro. Dos invocaciones. Dos contactos. Tal vez una nueva oportunidad y con la muchacha que había descubierto en el bosque.

Abrió la boca y la volvió a cerrar. No tenía palabras en su cerebro. Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¿Tú? —fue cuanto pudo decir.

Sus ojos se habían vuelto dorados y brillaban como el sol. Y esa sonrisa, tan encantadora, tan cautivadora y seductora. Ahora sí era él, pensó Morganne.

Marcus se agachó a recoger el tartán que se le había caído durante la lucha y se acercó a tapar su desnudez.

¡Maldita sea! ¡Ocurría de nuevo! Sus manos no iban a cubrirla, se movían solas, iban al encuentro de su piel por voluntad propia. Sonrió con ironía, por voluntad propia no, por voluntad de una maldición. Quería taparla y sin embargo iba a tocar su piel. Su mano sin control, se dirigía hacia sus pechos. No los miraba, sus ojos estaban clavados en ella, suplicando perdón. Nada podía hacer, iba a acariciarla en un lugar prohibido. Apretó los dientes y cerró los ojos cuando empezó a percibir el calor del cuerpo femenino, milésimas antes del contacto.

Morganne no había apartado su vista de los ojos del hombre, la felicidad en su mirada dio paso a la sorpresa y luego al perdón.

¿Perdón, por qué?

No tardó mucho en obtener una respuesta que le detuvo la respiración: el contacto de una mano cerca de su pecho desnudo.

En un último intento de dominarla, Marcus había conseguido desviarla unos centímetros. Ahora por lo menos no iba a amoldar su mano a aquella parte de ella si bien tentadora, aún prohibida. Su dedo pulgar colocado entre los senos, su dedo índice sostenía su pecho izquierdo por debajo.

Marcus disfrutó durante unos segundos del calor de su piel, de la suavidad de terciopelo de aquella porción de su cuerpo. Pero pronto, se reconocieron. Su parte mágica e inmortal identificó el contacto y la electricidad recorrió su cuerpo desde la palma de la mano hasta los pies. Como la primera vez, le recorrió por entero. Los músculos se tensaron, la espalda se estiró convulsionada por la fuerza del relámpago que explotó en su interior.

Morganne le miró asombrada. Sus ojos suplicaron como lo hicieron en la playa. No podía evitar tocarla, como si algo superior le obligara a hacerlo. El contacto de la mano masculina sobre su piel le llenó de sensaciones agradables y al mismo tiempo extrañas. Le tocaba donde mismo le había tocado Neill y sin embargo era tan distinto. No sintió miedo ni asco, tan solo una sensación agradable.

Abrió los ojos de golpe. ¿Otra vez? Tocarla le producía dolor, un dolor agudo. Viocomo su rostro se contraía en un intento de soportarlo.

Allí estaba de nuevo, aquel estallido intenso que le dominaba. Respirar le producía pinchazos en el pecho. Los músculos de sus piernas estaban tan tensos que el más mínimo movimiento los destrozaría. Sus brazos estaban de igual forma y aún así, no ejercía presión sobre la piel de ella. Necesitaba aire, necesitaba respirar hondo pero su pecho se negaba a darle lo que deseaba. No tenía cavidad para todo el aire que le hacía falta. Respiró despacio y profundo, aguantaría se dijo con una sonrisa, aguantaría aquello todo los días si era preciso.

«¡*Ahh*!» gritó en su mente con toda la fuerza de su alma.

Morganne movió la cabeza asustada mientras su cuerpo permanecía quieto para evitar separarse de él. Había oído a alguien gritar. Hubo unos instantes de silencio en su mente, los necesarios para identificar su procedencia: había sido él.

Cuatro cuerpos se detuvieron de golpe. Cuatro mentes oyeron aquel grito desgarrador que atravesó el espacio.

—Un nuevo contacto —exclamó Lucien muy emocionado.

—¡Ella vive! —exclamó Thara y se lanzó a besar a su esposo. Estaba tan contenta que no pensó en los presentes.

—Bien —gritó Darius.

—Llévame con él.

Darius le miró, no estaba de acuerdo con lo que le pedían pero se agachó, extendió sus manos en el suelo y buscó el lugar. Cuando lo encontró, alargó el brazo, tocó a Lucien en la pierna y se lo llevó.

«*Vuelve.*» Le ordenó Laverty a su porteador.

En la lejanía, Iam soltó una carcajada cuando el grito de Marcus estalló en su mente.

«*Sabía que lo conseguirías, chico*.» Un hilo de amargura y tristeza empañaba aquella alegría.

Sus músculos se relajaron al mismo tiempo que su corazón palpitaba cada vez más fuerte. Marcus movió la mano, para averiguar si ya le pertenecía. Sus dedos apretaron con delicadeza el pecho. El acto dirigió su sangre a un mismo lugar y su miembro palpitó tan fuerte como su corazón. La fuerza de su erección le hizo apartar de golpe la mano que la tocaba. Allí ya no había magia sino un deseo primitivo y animal.

Morganne se sonrojo avergonzada. Había estado desnuda delante de un desconocido. Había dejado que la tocara. Cruzó sus brazos sobre el pecho para cubrirse y le dio la espalda.

Marcus recuperó del suelo el tartán y se lo puso sobre los hombros para cubrirla… con los colores de su clan. Aquel pensamiento le encogió el corazón.

—Gracias —susurró Morganne.

Marcus asintió con la cabeza. Si abría la boca mostraría lo alterado que estaba. Se apartó unos pasos de ella y sus pies tropezaron con un cuerpo. El miedo a que fuera otro agresor como había ocurrido en la playa le hizo girarse deprisa y en alerta.

—¡Madre! —gritó Morganne mientras se agachaba junto al cuerpo de la anciana. Había olvidado que Neill la había atacado.

—¿Tu madre?

La anciana del acantilado… Ella… su hija… ¿Qué estaba ocurriendo allí? La anciana era la misma que el caldero le mostraba pero esa muchacha no era Morganne. Él había conocido a la hija, delgada y con cabello plateado. ¿Tenía dos hijas? Dos hijas, dos contactos. ¿Era esto obra de Danu?

Aquello tenía que tener una explicación pero él ahora mismo no la veía.

—¡Maldita sea! —Marcus pateó el suelo furioso—. ¿Cómo no lo he visto venir? Maldito bastardo, vuelves a reírte de mi dolor.

«*No le otorgues un poder que no tiene*» le pidió Lucien a sus espaldas.

«*Pero yo la vi morir*.»

«*¿Y crees que él puede revivir a los muertos*?»

Esas fueron sus últimas palabras antes de desaparecer y dejar a su hermano sumido aún más en la confusión.

—¡Lucien! —gritó Thara, llevándose las manos a la boca. Sus ojos desorbitados se quedaron fijos en su esposo. Era Lucien pero no podía dar crédito a lo que tenía ante sí.

Laverty miró a su alrededor, no había querido volver. Se desmaterializó, pero su imagen no llegó ni a desaparecer.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Darius, aunque se imaginaba la respuesta.

—¡Has envejecido! —le dijo Thara al pasar sus dedos por las vetas canosas que mostraba ahora en las sienes. En unos segundos parecían haber pasado más de una década.

—No puede ser —negó aturdido—. Apenas llevo unas semanas junto a Marcus, es muy poco tiempo.

—¡Tienes el cabello canoso! —señaló James.

—¿Cuánto tiempo…?

—A veces años, como mínimo meses —contestó Lucien a la pregunta de su esposa—. Nunca con días ha sido suficiente.

Aquello no podía pasar. Estaba seguro que era muy poco tiempo, envejecería y perdería poderes.

—¿Qué ha pasado con Marcus? —preguntó James, cuya única preocupación era su amigo.

—Estaba… —de pronto lo vio claro, él no había querido volver, ¡le habían devuelto!

—Sabes lo qué ha pasado, ¿verdad? —le dijo Darius.

Lucien solo asintió, había sido la diosa. Le advirtió que no interviniera y la había desobedecido. Ese era su castigo.

—¿Qué has hecho? —sollozó Thara abrazada a su amado.

—El contacto de Marcus ha sido con una mujer parecida a la primera y cree que le han engañado. Solo le he dicho que no es obra de … —ni siquiera quería pronunciar su nombre.

—Has intentado interferir y Danu te ha castigado —apuntó Darius.

—Lucien —el llanto de Thara se hizo más fuerte.

—Calma, preciosa. Todo irá bien.

—Vuelve a tu cueva —le aconsejó Darius—. Solo allí puedes cambiar.

—No me iré sin ver a mi hermano.

—Lucien por favor, vuelve —rogó Thara—. Te has cerrado —le acusó. Había intentado suplicarle en su mente pero se encontró con

una barrera—. ¿Por qué?

—Lo siento —le susurró sobre la cabeza apoyada en su pecho. La sujetó apretada contra él, quería protegerla de aquello, que no viera lo que sucedía en su cuerpo. La vejez caminaba rápido sobre él, en apenas unas horas sería un anciano. Intentó saltar, pero apenas sí se desmaterializó.

—Sabes que no vas a poder hacerlo.

Lucien y Thara se volvieron hacia Iam.

—No vas a poder hacerlo —le advirtió de nuevo abandonando su posición de indiferencia apoyado en el vano de la puerta que daba a la cocina.

—Esperaré a Marcus. Luego nos iremos —«*Marcus*» gritó en su mente.

Su llamada se quedó perdida, su hermano no contestó.

—Ya no puedes hacerlo —a los ojos de Iam no había pasado desapercibido el intento de Lucien por desmaterializarse—.Notas el cambio y va rápido.

Laverty le miró furioso por encima de la cabeza de su esposa. Cerró un poco más los brazos sobre ella, sentía la necesidad de tenerla cerca, muy cerca. No, sentía la necesidad de alejarla de Iam, muy lejos. Y su gemelo sin aparecer. ¿Dónde diablos estaba?

—Díselo, Lucien —apremió Iam.

La rabia de Laverty se hizo oír en forma de gruñido, lo que confirmó las sospechas de Blackstone.

—¿Lucien? —susurró Thara.

—Lo que no quiere decirte es que en su estado ya no podrá saltar.

—Podemos ir en carruaje —sugirió ella.

—No os alejareis con suficiente rapidez como para no poner en peligro su vida —constató Iam—. Solo te ofrezco mi ayuda —no era una burla pero a eso sonaron las palabras en los oídos de Lucien.

Thara se volvió a las palabras de Blackstone y se deshizo del abrazo.

—¿Cómo? —preguntó Thara, por fin una esperanza y su esposo no quería oírla.

—Iam puede viajar a más velocidad que nosotros —informó Darius.

Blackstone se encogió de hombros, como si no tuviese importancia.

—¿Has oído? —preguntó Thara eufórica. Lucien permanecía quieto de espaldas a ella. Sacudió el brazo de su esposo, era una buena idea que él se negaba a escuchar—. ¿Amor mío?

—Podemos hacerlo sin él —contestó cabizbajo. No podían, sabía que no podían pero no pediría ayuda a ese engreído de Iam.

—No puedes, si envejeces a ese ritmo, dentro de poco no podrás mantenerte de pie. Ya no puedes desaparecer, te he visto hace un momento.

Lucien se volvió furioso para enfrentarse a su hermanastro. Sus ojos despedían llamaradas. Iam le desafió un poco más y saltó hasta ponerse frente a él.

—Esposo —suplicó Thara aferrada a su brazo.

Su ruego pasó desapercibido para Lucien, sus ojos estaban fijos en Blackstone. Su mente intentaba concentrar toda su energía en hacer algo contra él. Y ni aún con la ira que sentía conseguía hacerse notar, lo cual le hacía enfurecer todavía más.

Thara miró sus ojos antes brillantes y llenos de vida, ahora bordeados por bolsas y arrugas que los hundían hasta hacerlos tristes y apagados. Se llevó la mano a la boca para reprimir un grito al notar que hasta se había encorvado un poco y sus músculos ya no oprimían su camisa. La mano ocultó su llanto pero no las lágrimas que rodaron por sus mejillas. Iam tenía razón, se consumía. No estaba dispuesta a verlo morir, si él no quería que Iam lo llevara se iría ella con él.

—Llévame a casa, Iam —le pidió Thara apartándose de su esposo.

Iam hubiera reído al ver derrotado a Lucien pero no pudo, sentía lastima por él. Tan solo intentaba ayudar a su hermano, él hubiera hecho lo mismo por Darius.

—Un placer milady.

—¡Thara! —gritó Lucien enojado.

—Es tu hermano. Sangre de tu sangre —alegó Thara.

—Medio hermano, me une a él la parte mala de mí —refutó Lucien y señaló con el dedo a Iam, como si lo acusase de ello.

—Esa parte que tú llamas mala, me salvó la vida. Y cuando todos a tu alrededor mueran, solo ellos estarán contigo, solo tus hermanos —Thara golpeó furiosa el pecho de Lucien, pero sus puños no dieron en un muro de músculos como siempre y Lucien retrocedió. Aquello hizo que Thara se echase a llorar en los brazos de su esposo.

Guardó silencio abrazado a su esposa. Se comportaba como un estúpido. Thara tenía razón, Iam era después de todo su hermano. No permitiría que nada le ocurriese a ella ahora que era uno de ellos.

—Llévala a casa—las siguientes palabras costaron en salir—: Por

favor.

—Primero a ti —Iam hizo una pausa—. Ella está bien, tú te mueres.

—Sí, Lucien. Primero que te lleve a ti —Thara acarició la mejilla de su esposo, su mano se encontró con una piel arrugada—. Necesitas alejarte de Marcus.

—Te amo —hubiera querido besarla pero no quería que notara la diferencia de sus labios, así que le besó la mano que le acariciaba —.Espera a Marcus y asegúrate que está bien antes de volver. Te espero en casa.

Después, se acercó a Iam y movió la cabeza para indicarle que ya podían partir. Iam colocó su mano derecha sobre el hombro de Lucien y sin decir nada, desaparecieron.

14

«Con ellas, tus hijos conocerán el dolor físico que se siente cuando un corazón se rompe. Conocerán el dolor del alma provocado por la angustia. Conocerán el dolor de la necesidad. Y odiaran la inmortalidad que les has dado.»

¿Qué le quedaba a él por sentir?

Saltó y saltó sin rumbo fijo, pero todos sus saltos le llevaban a los mismos lugares: el mar y el bosque. El acantilado de sus pesadillas y sus dichas, el bosque donde encontró a la ninfa y la puerta de la cabaña. Sabía que ella estaba dentro. La sentía. En cada una de sus células, sabía que estaba allí, esperándole.

Saltó.

—Joven caballero, señor de nuestro elemento. Le ruego calme su dolor y su rabia para que nuestras aguas puedan calmarse.

Marcus miró hacia el mar, no veía a quien con tanta osadía le hablaba y sin embargo notaba su presencia. Concentró su magia en encontrar a la criatura, hembra, pero no humana, la identificaron sus poderes. Saltó y sus pies aterrizaron en una pequeña roca en algún lugar del mar, cercano a la orilla. Había visto aquellas rocas emerger cuando la marea era baja y había oído historias de seres marinos, pero nunca vio uno, hasta ahora. Ante él tenía a una mujer, o parte de ella. Su enorme cola de pez se perdía en el agua, así como su cabello dorado cual rayo de sol. No pudo evitar compararlo con otro que había visto hacía poco: la ninfa del bosque.

Sacudió la cabeza, apartó la imagen de ella de sus pensamientos y fijó la mirada en la sirena que tenía ante él. Contaba la leyenda que su voz era tan melodiosa que si la oías quedabas hechizado y ella podía hacer contigo lo que quisiera y en cambio a él, le producía irritación.

La mujer inclinó la cabeza, dándole la bienvenida y su sonrisa volvió a evocar en su mente a la ninfa. ¿Iba todo lo hermoso a recordarle a ella?

—¿Qué sabes tú de mi dolor y mi rabia? —le gritó Marcus a la sirena, descargando en ella toda la furia que sentía por la continua intromisión de esa otra imagen en su cabeza.

—Como custodio de nuestro elemento en la tierra, vuestros sentimientos alteran su natural calma —le explicó la sirena, sin

sentirse en absoluto intimidada por su tono.

Marcus dirigió sus ojos hacia la orilla, las olas golpeaban con fuerza las rocas del acantilado. Se dio cuenta de que, si las miraba, su rabia las animaba a golpear con fuerza, a querer destruir más. La mano de la mujer le tocó la mandíbula, y le obligó a girarse. Intentó penetrar en su mente, saber todo sin preguntar, pero solo encontró un inmenso mar, como si donde los humanos tenían sus pensamientos, sus sueños, ella solo tuviese agua. Se sintió confuso.

—Mi mente no es humana, no leerás mis pensamientos —le advirtió la mujer, en cambio ella si podía leer los suyos—. Mira lo que se avecina. Y eso sucede todos los días.

Marcus miró por fin hacia donde ella quería, el horizonte. Negras nubes tocaban el mar y avanzaban hacia ellos absorbiéndolo todo. El mar intentaba alcanzar las nubes sin darse cuenta que cada vez se elevaba más para lograr su objetivo.

—Eso soy yo.

La mujer mitad humana, mitad pez, se rió de su ignorancia.

—No sabéis quien sois ¿verdad?

—Y vos, ¿sabéis vos quién soy? —preguntó Marcus reticente.

—Nacido en la tierra sin ser de ella. Señor de las aguas —la criatura del mar hizo una pausa y movió la cabeza hacia un hombro y hacia el otro—. No sabíais eso.

Marcus negó con la cabeza.

—En algún lugar sobre esa tierra —comenzó a contar— hay tres hombres más como tú. Nacidos en la tierra sin ser de ella. Eternos como la naturaleza, portador de un elemento y la fuerza mágica de un lugar—la mujer repitió el movimiento con la cabeza—. No toda mi información te era desconocida.

—No.

«Si yo controlo el agua, ¿quién controla los demás?»

—Busca en sus vidas, en sus sentimientos, ello te dará la respuesta.

Marcus gruñó, otra vez lo había hecho.

—Afliges a tu corazón sin motivo y descargas tu ira sobre nosotros sin merecerlo.

Los ojos de Marcus echaron chispas, no estaba tan seguro de ello. Después de todo el mar se llevó el cuerpo de ella.

—No debes castigar más que a ti mismo.

Marcus la miró aún más furioso, esa mujer empezaba a acabar con su paciencia. ¿Cómo se atrevía a leer su mente? ¿Cómo lo hacía?

—Estas aguas le dieron la vida una vez y se la devolvieron hace

poco. Nacida en el mar, sin pertenecerle, para ser criada y amada en tu tierra.

De qué diablos hablaba aquella mujer.

—No dejes que el dolor y la ira tejan una venda en tus ojos y oye a tu corazón. Déjate guiar por él, por el bien de todos —y mientras saltaba al agua añadió—: Nació para ti.

Y se perdió en las profundidades sin ni siquiera emerger una sola vez.

Había visto una sirena. Tenía que reconocer que era una beldad como contaban las leyendas. No había quedado atrapado en su voz aunque sí le habían leído el pensamiento sin poder evitarlo. Qué sensación más extraña había sido esa; como todo cuanto había dicho.

«Nació para ti» había dicho antes de perderse en el océano. ¿Acaso se refería a ella? No, no podía ser así. Solo era imaginaciones suyas. Estaba tan obsesionado con la ninfa que creía que todo giraba en torno suyo.

La mujer nacida para él había muerto en esa misma playa. Todavía la oía gritar cuando el frio acero partió su cuerpo en dos. Había muerto sin que él pudiera hacer nada para impedirlo. De eso estaba seguro, el agua se había llevado su cuerpo y si ahora sufría por su rabia, se lo tenía merecido.

Recordó el dolor del contacto. Tan solo su naturaleza le permitió soportarlo. Pero aún dolió más el grito de ella cuando el hacha cayó sobre su diminuto cuerpo y lo partió en dos. Un grito que le acompañaría toda la eternidad.

El agua le golpeaba con fuerza la espalda pero no se movió, dejó que le atizaran sin piedad como si le castigaran por lo que había hecho.

« Nacida en el mar, sin pertenecerle, para ser criada y amada en tu tierra.» Había dicho la sirena. Se miró la mano derecha y sobre ella se formó la imagen de la sirena. Sobre la izquierda formó a su ninfa. El mismo cabello largo y dorado en ambas imágenes. Los mismos ojos azules como el cielo y el mar.

«Estas aguas le dieron la vida una vez y se la devolvieron hace poco.»

«Poderosas fuerzas ajenas a mí gobiernan este mundo de mortales» fueron las palabras de Danu. Sabía que las highlands eran tierras de magia. Había magia fuera de él y sus hermanos. Las sirenas encerraban magia.

«Haré nacer cuatro mujeres.» Aseguró Danu. Cuatro mujeres ¿dónde? ¿Cuándo?

El caldero le había mostrado el mar, a la anciana, y aún ahora, le seguía mostrando el mar.

Magia, el mar… ¿Y si había sido un tonto y todo era obra de su maldición? Danu buscaría las formas de mantenerla.

«¿Cómo puedes pensar que un mortal puede romper mi maldición?» había preguntado furiosa y herida. «Poderosas fuerzas ajenas a mí gobiernan este mundo de mortales, pero ninguna alteraran el curso de mi maldición.» Le aseguró enfadada.

¿Y si ella era verdad?

«Marcus» la apremiante llamada se coló en su mente. «Vuelve.»

—¿Y mi hermano?— inquirió Marcus tras materializarse en la sala.

—Marcus… —exclamó Thara abalanzándose sobre él.

Recibió el abrazo de Thara confundido. Su mirada vagó por la sala, no estaba Lucien, ¿habrían discutido? Un momento, ¿lágrimas? Olía a lágrimas. Separó a Thara de su cuerpo, lloraba.

—Thara, ¿dónde está mi hermano?

Marcus elevó, con la mano en la barbilla, el rostro de Thara. Olía el miedo en ella. Buscó en su mente y las imágenes de lo ocurrido con el envejecimiento de Lucien le asaltaron.

—Lo ha castigado Danu —reconoció Marcus con pesar.

—Iam lo llevó a Laverty House —le indicó Darius.

Aquello era suficiente para indicarle la gravedad del estado de su gemelo, de otra forma su hermano jamás hubiese aceptado la ayuda de Blackstone

Thara asintió y empezó a aporrear el pecho de Marcus.

—¿Dónde estabas? Estuvo esperándote —golpeó aún más fuerte el muro de músculos que era el abdomen masculino. De pronto cayó en la cuenta de que su esposo ya no tenía un cuerpo tan duro y volvió a llorar.

—Lo siento —se disculpó. Lo último que había deseado era ver a su hermano involucrado en sus problemas—. ¿Te llevo a Londres?

—No estoy enfadada contigo—le dijo Thara al separarse de él para mirarle a los ojos—. Tú tienes suficientes problemas —con el dorso de la mano se secó las lágrimas—. Él lo quiso así.

Marcus guardó silencio. No estaba tan seguro de eso.

—Pues convéncete.

—Me estás leyendo el pensamiento. —la acusó Marcus.

Aquello consiguió sacar una sonrisa a Thara.

—¿Habías olvidado quién soy?—se burló ella.

Marcus soltó una carcajada. Sí, había olvidado que ella era como ellos, que aprovechaban cada oportunidad para averiguar que

pensaban los demás.

—Veo que ya ha vuelto McLavert.

—Iam —exclamó Thara sorprendida de verlo tan pronto de vuelta.

—¿Nos vamos pues, milady?

«*Iam, por favor*» Rogó Darius.

«*No voy a hacerle nada.*»Le reprendió Iam a su hermano. «*Sé respetar lo que no es mío.*»

—Marcus, cuídate. Escucha…

McLavert colocó un dedo sobre los labios de Thara y no la dejó pronunciar ni una sola palabra más.

—No cometas el error de Lucien.

Thara asintió.

—Me marcho—acarició la mejilla de Marcus

—Cuida a mi hermano.

Le daría un beso pero estaba seguro de que su hermano se revolvería. Sin embargo, Thara si le depositó un suave beso en la mejilla.

—Darius —Thara dio un paso hacia él pero se detuvo. Lucien ya estaba en su mente, mejor no acercarse a él.

Darius sonrió ante la indecisión de Thara, seguro que era cosa de Lucien.

—Thara…—saludó desde la distancia con una mueca de diversión en su rostro.

—Iam, ¿nos vamos?

Sabía respetar lo que no era suyo, pero eso no iba a impedir sacar algo de provecho de aquella situación, no sería Iam Blackstone si no lo hiciera. Colocó la mano al final de la espalda de ella, esbozó una sonrisa pícara en dirección a su hermano y despareció.

—Darius vuelve a tu casa. No quiero que te pase lo de Lucien.

—Búscame si me necesitas.

Marcus solo movió la cabeza para contestar. Darius se esfumó igual que habían hecho los demás.

—James.

—¿También yo tengo que irme? Pues no sé desaparecer así.

—No, lo haré yo. Voy a… Estaré.

—Cuídate —fue la despedida de James.

Marcus se desmaterializó sin decir nada más.

James se quedó mirando el lugar donde segundos antes había estado su mejor amigo. La duda de si volvería a verlo le hizo daño. No quería despedirse de Marcus, por lo menos no así. Quería pensar

que era por poco tiempo, pero el poco tiempo para ellos podía ser el resto de su vida mortal. No, Marcus no haría eso, McLavert no dejaría a su clan desamparado. Con problemas personales o no, no les dejaría así. Volvería.

15

Miró a ambos lados en cuanto su cuerpo cogió consistencia. Reconoció el olor: sangre. Olfateó el aire, el tufo metálico de la sangre llenó sus fosas nasales y cual depredador, se enardeció con su existencia. Donde hay sangre fresca hay un herido vivo y él lo quería vivo y bien herido. Tan solo esperaba que la señora Hazel no lo tuviera muy sedado.

Abrió la puerta de golpe. El ruido retumbó en toda la torre. El quejido del ocupante del lecho fue música para sus oídos. Le miró asqueado y furioso. Ese monstruo no se merecía los cuidados de su ama de llaves sino la más profunda de las mazmorras. Se acercó al lecho y tomó en sus manos la cabeza del hombre elevándolo hasta colocarlo a su altura, ignoró sus gemidos de dolor, en estos momentos poco le importaba cuanto sufriera.

Buscó en su mente, más allá de los delirios provocados por la fiebre, empujó con fuerza los recuerdos de Neill: el bosque apareció rodeándolo todo. Cabalgaba hacia la cabaña, ansioso por verla. Tan solo tenía unos momentos, tenía que volver antes de que su padre notara su ausencia. Sonrió con lascivia, ella bien merecía una reprimenda.

El rechinar de los dientes de Marcus rompió el silencio de la conexión.

Las manos de Marcus se apretaron en torno a la cabeza del herido. Los músculos de sus brazos se tensaron como consecuencia del autocontrolque ejercía sobre sí mismo, impidiéndose estrujar el cráneo con las manos. Quería hacerlo y sin embargo no podía.

—Déjame hacerlo —rogó Marcus exhausto. Sus dedos se cerraron un poco más.

El cuerpo moribundo de Neill cayó sobre el colchón de paja cuando Marcus desapareció.

Dejó escapar un grito desgarrador antes de materializarse. Su muestra de dolor, de rabia y de frustración se perdió en el espacio. No podía, decididamente, no podía buscar recuerdos de ella en la mente de ese hombre. Si volvía a sentir el deseo de ese extraño por Morganne, lo desintegraría sin que nadie pudiera evitarlo.

Su interior mágico vibró en cuanto sus pies se materializaron en tierra. El bosque le rodeaba por todos lados, aquellos árboles que

casi ocultaban el cielo le dieron la bienvenida. Gigantes que ocultaban la diminuta cabaña a sus pies. La risa femenina llegó hasta sus oídos. Su cuerpo mortal la reconoció de inmediato, como había hecho su magia hacía unos segundos. Esperó escondido entre los troncos. Acechando, como un lobo, esperando a ver quien aparecía ante él: la ninfa del bosque o la ninfa del mar. La ansiedad se revelaba en su interior. Una necesidad acuciante de acercarse, de verla, nacía en su corazón y se adueñaba de todos sus pensamientos. Dio un paso hacia la cabaña, fuera de su escondite.

—No me alejaré —gritó ella en la puerta dirigiéndose a alguien que había dentro.

—Morganne —le respondieron.

"*Morganne… Morganne*" repitió Marcus.

Ella miró hacia el bosque, la habían llamado y no era su madre. Un escalofrío de miedo recorrió su cuerpo. Neill apareció en su pensamiento.

Marcus la vio detenerse y mirar hacia el bosque buscando algo. El miedo impregnó el aire y llenó sus fosas nasales. Ella tenía miedo. Saltó y sus pies aterrizaron ante ella, su cuerpo, como escudo, ante el peligro.

Morganne dio de lleno con su fornida espalda cuando quiso avanzar. Sus manos se apoyaron en él.

—¡Tú! —exclamó sorprendida.

El aludido se volvió, se había dado cuenta de que se había acercado, el instinto de protegerla de aquello que le provocase tanto miedo, actuó solo.

—¿Morganne?— su nombre fue una pregunta en sus labios. Marcus no la miraba a ella, sus ojos estaban fijos en el largo cabello plateado que descendía por su espalda. Embelesado por aquel brillo, por aquella longitud, pero sobre todo por aquel color—. Morganne —afirmó, seguro ahora de que ella era la ninfa de la playa. Una confirmación que sintió hasta la última gota de su sangre inmortal maldecida.

—Tú…

Morganne no podía creer lo que veía. No podía creer lo que tocaba, pues ahora, al girarse Marcus, sus manos descansaban en el pecho masculino. Su cabeza casi apoyada en el mismo sitio a causa del impacto, se sentía abrazada por él. Sus manos subían y bajaban al compás agitado de la respiración del hombre. Un ritmo que pronto su propio corazón imitó. Igualando cada movimiento de él.

Las manos de ella ardían sobre su piel, o era la suya bajo aquellos dedos femeninos. Podía sentir la energía, la magia correr

por ambos cuerpos, al formar una sola unidad. Ni aún cuando se unía a su hermano, era tan fuerte aquella magia. Como Lucien le dijo una vez: una plenitud que ni siquiera sabías que te faltaba. Sus brazos la rodearon mientras sus dedos se enredaban en aquel cabello tan sedoso que tantos problemas le había traído.

Morganne sintió sus rodillas temblar cuando los brazos de él la encerraron. Los dedos masculinos acariciaron su cabello, un pequeño tirón le dijo que había encontrado los cristales de su madre.

Marcus tomó en sus manos la hilera de cristales que adornaban su cabello. Cristales como los que llevaba la ninfa del bosque. ¿Qué ocurría allí? La tomó de los hombros y la retiró de él. Unos ojos azules como el cielo le miraron confundidos. ¡Los ojos de la ninfa del mar eran plateados como la misma luna! Nunca olvidaría esos ojos que la miraron angustiados. Los suyos eran…

Morganne le sintió tensarse justo antes de que la retirara y la mirara con la rabia ya asomando en sus dorados ojos.

—¡Espera! ¡No te marches! —gritó temerosa de que volviera a desaparecer.

—¿Tú?

—Déjame darte las gracias por salvarme en la playa y en el bosque —dijo a toda prisa. Sus palabras salían en tropel por su boca y sus dedos aferraban desesperados la ropa de Marcus.

Aquel agradecimiento acabó con la cordura de Marcus. Ella le estaba dando las gracias por salvarla dos veces. Dos encuentros.Pero no eran la misma persona.

Sin embargo, Marcus estaba sintiendo la desesperación de ella por él. Su mente estaba agradecida por su ayuda, por sus dos ayudas. Colocó sus manos a ambos lados de su cabeza y absorbió los recuerdos de ella.

Se llevaría todos sus recuerdos, toda su vida, hasta llegar al momento mismo de su nacimiento, con tal de averiguar si la mano de su padre se hallaba en ella. Su rostro mostró el instante justo en que penetró en su mente. La tremenda energía que le sacudió al romper la barrera de Morganne, le impulsó hacia atrás.

—¡No! —gritó Morganne empujándole con fuerza.

Marcus retrocedió varios pasos atrás, sus ojos se abrieron como platos a causa no solo de la reacción de ella sino también de lo que estaba viendo.

Un rayo de sol volvía el cabello plateado de ella en una larga melena dorada como el mismo astro. Marcus contuvo la respiración, mientras observaba como el cambio se producía en ella. Y tal como

la luz hace retroceder a las sombras con su avance, el cabello plateado descendía desde su raíz hasta las puntas, dándole una apariencia tan mística como misteriosa.

Morganne sin darle importancia al cambio que su cabello efectuaba, miró a Marcus pensando que el asombro que su rostro reflejaba era a causa del empujón que ella le había dado.

—¡No eres diferente de él! —le acusó—. También tomas lo que no es tuyo.

—¿Tú? —balbuceó atónito Marcus.

—¿Crees que no he sentido como invadías mi mente? Igual que Neill mi cuerpo…

—Tú eres… tú … cabello —el asombro no le permitía a Marcus crear una frase coherente.

—¡Oh!¿Esto? —fue la respuesta de Morganne tomando un mechón de su larga cabellera entre sus manos—. Regalo de mi madre.

—Eres la misma mujer… el lago… la playa… el bosque…

—¿El lago? ¿Cuándo? —Morganne hizo intento de cubrir su cuerpo al recordar que se bañaba desnuda y se protegió con el manto—. Nadie llega al lago.

—¿Nadie? Hace unos días…llegué cuando…—no iba a decirle que había llegado huyendo de ella.

Se disculpaba cuando eso no iba al caso. Lo que importaba era que…

¡Era la misma mujer!

Marcus se tambaleó, su cuerpo perdió el equilibrio mientras asimilaba la noticia.

«Fuerzas ajenas a mí gobiernan este mundo de mortales» la advertencia de Danu.

«No dejes que la rabia teja una venda ante tus ojos» las palabras del ser marino. «Nacida en el mar sin ser de él.»

Pero ella había muerto, él la había visto. Marcus agitó la cabeza en busca de alguna coherencia a sus pensamientos.

Morganne no pudo seguir acusándole, nuevamente, sus actos decían una cosa y su rostro y sus ojos expresaban otra. Le vio dejarse caer hasta llegar al suelo tras perder el equilibrio. Le vio llevarse la mano a los ojos en un acto de pesar y una vez más, irradiaba dolor.Con cuidado, recelo y prudencia, se acercó a él, sus manos tocaron la espalda masculina y sus ojos se quedaron fijos en las manos de Marcus que se abrieron y formaron una imagen sobre ellas.

Marcus extendió la palma de su mano derecha y sus pupilas

enviaron a ese lugar la imagen de un recuerdo, la ninfa del bosque. Poco a poco, sus pensamientos tomaron consistencia y el cuerpo de la mujer casi se pudo tocar.

Morganne se vio rodeada de las rocas que formaban su lago en la palma de la mano de Marcus. Así como a éste mirar la imagen y luego a ella, comparando. Después se distorsionó hasta formar la imagen de la sirena y de nuevo Marcus comparó las imágenes.

—Tu madre —dijo al fin Marcus, después de comprobar que eran casi iguales.

Morganne solo asintió con la cabeza y la imagen desapareció al cerrarse el puño.

Ahora cobraban significado todos los acertijos de aquel ser. Había estado ayudándole desde el principio, en ningún caso quiso reírse de su desgracia.

El mar era su aliado, siempre lo había sido. Respiró aliviado y centró su mirada en Morganne.

Caído el velo de la rabia, de las suposiciones y del dolor, Marcus contempló a Morganne como si fuera la primera vez que la veía. Con el ansia de volver a ver a su ninfa del lago, con la necesidad del contacto con la doncella del mar, borrada la mentira que había creado alrededor de la ninfa del bosque. Miró,mientras sonreía, los cabellos dorados esparcidos por el suelo a su alrededor qué cubrían incluso sus propios pies, formaban un halo dorado en torno a ella, como la luna en la playa. Los ojos azules le miraban interrogantes y temerosos. Extendió la mano y acarició la mejilla de ella, suave y delicada.

—¿Quién eres? —le preguntó confuso pero al mismo tiempo inmensamente tranquilo.

—¿Quién eres? —preguntó ella con los mismos interrogantes en su cabeza. Extendió sus manos y tomó la de Marcus que había dibujado a su madre, trasmitiendo por naturaleza la calma del mar en su contacto.

Marcus cerró los ojos y se dejó envolver por su energía. Sabía que esa magia venía de ella, todo en él lo reconocía. Su parte inmortal y mágica se agitaba por el contacto y lo aceptó de buen grado, sin mirar más allá. Morganne era magia en estado puro, un ser como él. Nacida en el mar sin ser del mar. Criada en la tierra con los dones del mar. Nacida para que él pudiera amarla,pero…

La duda volvió a extender sus sombras sobre él. ¿Cómo se ama a alguien que te imponen? ¿Podría amarla, o pasada la necesidad del contacto, todo se desvanecería?

—Morganne.

Ambos volvieron la cabeza hacia la casa. Marcus se tensó preparado para el ataque. Morganne le paró con la mano.

—Es mi madre, la vieja Mae —le explicó para relajarlo de nuevo —. Tengo que volver —y se levantó de su lado.

—No quiero que te vayas—Marcus la agarró de la mano para retenerla. De pronto, en un solo segundo su mundo se había venido abajo. La idea de que se marchara le asustaba.

—Tengo que ir. Volveré en cuanto pueda —Morganne se alejó de Marcus unos pasos y luego se volvió angustiada—. ¿Me esperarás?

—Llevo esperándote toda la vida.

—Yo, llevo esperándote toda la vida —le dijo mientras corría hacia la casa.

Ni siquiera se había cerrado la puerta de la cabaña y ya notaba su ausencia, como algo que le oprimía el corazón, así estaba escrito; pero la necesidad de ella no era amor, se dijo con pesar.

No iba a huir, esta vez no. Iba a esperar y averiguar qué pasaba. Su hermano había sido castigado por su culpa, se lo debía a Thara y se enfrentaría a aquello aunque fuese contra Nuada.

Maldita sea, ese nombre siempre aparecía en su mente como respuesta a todos sus interrogantes. Nunca en trescientos años se había acordado tanto de su padre. Marcus saltó furioso hasta la puerta de la cabaña y la abrió con rabia.

El golpe de la hoja de madera al abrirse asustó tanto a Morganne, que el tazón de leche que llevaba en las manos cayó al suelo.

—¡Marcus!

—¡Tú! —gritó Mae incorporándose de la cama.

—Ven conmigo, Morganne —Marcus caminó hacia ella e ignoró a la anciana.

—Marcus, tengo que atender a mi madre.

—En Caldestone cuidaran de tu madre. Por favor, Morganne, necesito hablar contigo. Te ruego que me acompañes.

Mae miró a Marcus confundida. ¿El demonio McLavert rogando? Eso no lo hubiera creído jamás.

Morganne se acercó a él y le acarició la mejilla, se veía tanto dolor en aquellos ojos dorados. Su corazón se encogió de pena, en esos momentos le hubiera dado cualquier cosa… excepto acompañarle.

—No puedo…—el rostro de Marcus se contrajo —mi madre está enferma.

—En mi casa estará bien atendida.

—Pero ella no puede…caminar…

—¡Ah! Es por eso—el aire escapó de las fosas nasales de Marcus con tremendo alivio—. Si la llevo sin moverla, ¿vendrás conmigo?

Morganne miró a Mae pidiendo permiso, la anciana asintió con la cabeza, todavía conmocionada por la actitud tan suplicante de aquel a quien ella creía un demonio.

Estaba tan ilusionado, tan nervioso que se desmaterializó allí mismo. Mae y Morganne se miraron una a la otra y ninguna dijo nada.

Tan solo un momento le llevo a Marcus aparecer en la cueva e invocar a Iam. Su medio hermano respondió con rapidez aunque sorprendido de que le convocaran.

—Necesito tu ayuda.

—Cuándo y dónde —Iam no dudó ni por un instante en ofrecer su apoyo a Marcus.

—No te estoy pidiendo que interfieras. No creo que la diosa considere esto como una intromisión, por lo que no creo que te castigue como…

—Dónde y cuándo —repitió Iam sin dejar a Marcus terminar las disculpas.

—Necesito que traslades a dos personas y una cama. Solo tú puedes hacerlo.

Iam sonrió, solo él podía trasladar a más de una persona, mientras que sus hermanos solo podían llevar a un acompañante en cada salto, él podía mover decenas e incluso objetos.

—Llévame…—ordenó Iam tan seguro y desafiante como siempre.

****

«*Los ojos que le observaban sonrieron y asintieron.*

—¿Me desafías, joven Blackstone? Osas contradecirme tan abiertamente. ¿Crees que tu velocidad va a impedir que te vea?

La Diosa sonrió, se iba a divertir con Iam. Sería agradable verle padecer la maldición, ver como el desafiante y arrogante Iam Blackstone sucumbía al amor.»

*****

Marcus salió de la cueva y el gemelo Blackstone ya le esperaba fuera. Colocó su mano sobre el hombro de Iam y saltó hasta una

habitación de Caldestone.

—Quiero que las traigas aquí —le informó cuando tomaron forma. Iam miró a su alrededor para memorizar el lugar, después Marcus volvió a saltar llevándose a su hermano con él.

Apareció de nuevo en la cabaña. Morganne estaba sentada en el borde de la cama junto a su madre. Ambas miraron a los dos hombres salidos de la nada.

—Este es Iam…—las palabras quedaron en el aire. Ni siquiera había visto a su hermanastro acercarse a la cama, ahora el vacio quedaba ante él.

El gemelo Blackstone se las había llevado, típico de Iam. Marcus saltó hacia la habitación que les había asignado en Caldestone para encontrarlas ya solas.

—Ese era mi hermano Iam —les dijo—. Disculpadle, no es muy sociable.

Marcus observó a Morganne acercarse a su madre sin hacer preguntas. Ninguna se inmutó por la forma en que habían llegado allí. El hecho no extrañaba a las mujeres y no obstante, el silencio sí le inquietaba a él. ¿Es que acaso iba a ser el único alterado en toda esta situación? Necesitaba hablar con ella y pronto. Se dirigió a la puerta y llamó a voces a la señora Hazel que en minutos ya estaba en su presencia.

—Señor… —le dijo aún sin respiración por la carrera.

—Señora Hazel quiero que se encargue de esta mujer…

—¡Morganne! —exclamó la anciana al ver a la muchacha. Apartó a su señor al tiempo que entraba en la estancia—. ¿Qué haces aquí? Mae, ¿qué ha pasado?

—¡Alhana! —gritó Morganne al ver a la mujer y corrió a su encuentro para refugiarse en sus brazos, las lágrimas cayeron por sus ojos. Marcus pudo olerlas desde la distancia y dio un paso hacia ellas pero se detuvo, ella ya estaba en buenas manos y al parecer lo necesitaba. Marcus esperó apoyado en el vano de la puerta.

—Dime pequeña, ¿Qué hacéis aquí?

Morganne miró a Marcus antes de contestar, él sonrió y asintió.

—Él nos ha traído. Atacaron a mi madre en el bosque.

—¡Dios mío! ¿Quién?

—Ya me encargué de él, señora Hazel—se adelantó Marcus. No iba a decirle que era el herido que ella curaba, no quería que la anciana se sintiera culpable por su benevolencia.

—Mae ¿estás bien? —preguntó Alhana al acercarse a su amiga.

—Morganne ven, dejemos que las mujeres se pongan al corriente —y extendió la mano hacia ella. Marcus se percató de la duda en su

mirada. Los ojos azules de su ninfa pasaron de la mano de él a clavarse en los suyos y luego de nuevo a la mano que le tendía.

Morganne no tocó la mano, se acercó a él y elevándose le susurró al oído:

—¿No te dolerá?

Marcus rompió a reír en una carcajada tan ruidosa que las mujeres se volvieron hacia él. Morganne le miró confundida. De pronto, los brazos masculinos la alzaron del suelo y la giraron haciéndola participe de la alegría.

—Aunque me doliera, te tocaría toda mi vida. No sabes cuánto te he esperado —le murmuró al oído.

Y la bajó al suelo. Por primera vez podía contemplarla con tranquilidad. Era tan pequeña, apenas le llegaba al pecho, sus manos aún estaban en su cintura y casi podía unirlas. Sus ojos siguieron la enorme trenza ahora dorada, sonrió, que difícil se lo había puesto ese cabello.

Morganne permaneció en silencio, sabía que Marcus la examinaba, así que ella hizo lo mismo. Lo tenía delante, en carne y hueso, no era un sueño. Podía sentir las manos en la cintura y disfrutó del contacto, la sujetaba con tanta delicadeza que parecía acariciarla. Miró su cabello, negro como la noche más oscura cuyas ondas descansaban en una espalda ancha y fuerte. Movió los dedos sobre sus musculosos brazos, estaba segura de que la podrían estrujar sin ningún esfuerzo y en cambio, la sujetaban con ternura. Mandíbula recta que dibujabauna boca cuyo labio inferior prometía locuras y unos ojos que parecían haber encerrado el sol en ellos. Los había visto ya tantas veces llenos de dolor y de perdón que quedó fascinada con el brillo con que ahora la miraban. ¡El hombre de sus sueños estaba delante de ella!

Marcus absorbió los pensamientos de ella a través de las manos que aún la sujetaban. Era algo natural en él, no tenía que invadir su mente. Mientras ella le examinaba, él no podía apartar los ojos de los labios femeninos, sensuales y carnosos. Se acercó a ella, pero era tan pequeña que no llegaba a sus boca, así que la elevó un poco a la vez que ella se ponía de puntillas. Se tocaron tímidamente, solo un roce. Morganne le miró a los ojos, sorprendida. Marcus posó sus labios sobre los de ella, pero no se conformó con eso, apenas sintióla carne sedosa de su boca quiso devorar más. Todo su cuerpo ansiaba más, pero no era lugar ni momento.

Dio un pequeño salto para alejarse lo suficiente de la puerta como para poder cerrarla y dejar a las mujeres dentro.

—¿Cómo haces eso? —preguntó Morganne sin dejar de mirarle.

—Ven, creo que tenemos mucho de lo que hablar —le dijo y con la mano en la espalda la animó a acompañarlo. Sus dedos empujaron con suavidad y posesión al mismo tiempo.

Morganne le siguió en silencio, necesitaba recuperar la compostura después de aquel beso que la transportó a las nubes como siempre había soñado. Se llevó las manos a los labios, aún sentía la huella en ellos, en ellos y en el resto del cuerpo. Su corazón estaba a mil, a punto de salirse de su pecho; el aire tardaba demasiado en entrar en sus pulmones y sus piernas casi no la sujetaban. ¡Estaba caminando junto al hombre de sus sueños!

No estaba seguro de hacia dónde llevarla, quería tenerla a solas pero que no se sintiera intimidada por su presencia, el salón era un buen lugar, los hombres ya estarían fuera y podría ofrecerle algo de comer junto al calor de la chimenea.

—Llevas el manto McLavert —le dijo Marcus mientras la acompañaba por el pasillo.

—¿¡McLavert!? ¿¡Llevo los colores del diablo!? —gritó Morganne parándose en seco y deshaciéndose del manto que llevaba sobre los hombros.

Marcus se echó a reír, recogió la tela del suelo, con toda tranquilidad la dobló y se lo colocó sobre los hombros de nuevo, incluso se tomó la libertad de sujetarla con el cinturón que ella llevaba.

Morganne lo observó confundida, ¿le ponía los colores de otro clan? No, eso no era posible, los clanes son muy posesivos con sus colores.

—¿No te gustan mis colores? El azul y la plata de tus ojos, el azul del mar y el color de la luna enlazados en mi destino—le informó Marcus cuando hubo acabado.Jamás se sintió más orgulloso de vestir a alguien con el emblema de su clan. Ahora todo el mundo sabría a quien pertenecía. Sonrió al ver la sorpresa en los de ella—.Marcus —hizo una pausa—McLavert a su servicio —y le hizo una reverencia.

Los ojos rojos como la sangre, la furia contenida en ellos, el dolor tras esa rabia, fue lo primero que vino a la mente de Morganne, el hombre de sus sueños era el jefe de los McLavert. ¿Quién no había oído ese nombre en varias millas a la redonda? Marcus McLavert, el hombre de sus sueños ya tenía nombre, aunque un nombre muy temido. Todo tipo de leyendas se habían extendido por las highlands, historias que hablaban sobre el poder sobrenatural de McLavert, le apodaban “el eterno”, “el invencible” a veces hasta “el diablo”. Ella había visto esos ojos rojos de los que

tanto se rumoreaban.

—¿El diablo McLavert?

—Ese soy yo —se burló Marcus.

Morganne volvió a callar. Su mente solo repetía una cosa: el hombre de sus sueños era el demonio McLavert. Pensamiento que Marcus se llevó cuando volvió a indicarle con la mano en la espalda que avanzara hasta el calor de la chimenea. Sin decir nada, se dejó conducir y tomó asiento en un sillón dispuesto allí. Marcus se arrodilló a sus pies y le tomó las manos entre las suyas. Fuera del hecho romántico de tener las manos enlazadas, estaba la necesidad de sentirla cerca y el medio, poco digno de conocer sus pensamientos.

—¿Has soñado conmigo? —no tenía que haber preguntado eso.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó anonadada Morganne.

—Sabes quién soy, sabes lo que dicen de mí, no voy a mentiry negar esas cosas. Esto es parte de mí, como lo es la forma de moverme.

Tras decir aquello, Marcus guardó silencio y esperó la reacción de Morganne. No iba a mentirle, esa no era buena forma de empezar y después de todo tampoco los orígenes de ella eran normales. ¡Por Danu, era hija de una sirena!

Morganne intentaba asimilar toda la información que tenía. Estaba ante el hombre de sus sueños, tenía arrodillado ante ella al demonio McLavert que acababa de confesarle que todo lo que se contaba sobre él era cierto.

—Eres hija de una sirena y ¿un hombre?

—No, soy hija de dos seres del mar. Una diosa me hizo nacer sin cola para poder vivir en la tierra…

—¡Danu! —interrumpió Marcus—. Mi diosa. Te hicieron nacer para mí.

«*Nacida para mí*.» Se dijo Marcus.

—¿Por eso llevo soñando contigo toda mi vida?

—¿¡Ehh!?

—He soñado contigo desde mi niñez, sin saber quién eras. Soñé lo ocurrido en la playa cuando el tocarme te produjo aquel dolor.

Marcus sonrió: el contacto.

—Ya no te duele —le dijo Morganne y moviólas manos que tenían enlazadas.

—Solo fue la primera vez, bueno y la segunda. Te creí muerta —Marcus se levantó de golpe al recordar el dolor de la pérdida—. El hacha te mató.

—Y el mar reclamó mi cuerpo. Mi madre no iba a permitir que

muriera.

«*El mar le dio la vida una vez y se la devolvió hace poco*.» Las palabras de la sirena acudieron a su mente, ahora sí tenían sentido.

—¿Pero y tú? Yo te vi morir.

—El eterno, el inmortal —se burló Marcus extendiendo los brazos para mostrarse—. La sangre que recorre mis venas no es de este mundo, mi padre no es de este mundo —le explicó—. Nuestros destinos están unidos.

—Pero…

Marcus puso un dedo sobre los labios de ella y cortó sus palabras.

—No voy a cometer el error de mi hermano. Nuestros destinos están unidos y no pienso empezar con mentiras ni secretos. Ven conmigo.

—¡Marcusssss! —gritó James al entrar en el salón, la alegría le impulsó a correr hacia él y abrazarlo.

Marcus absorbió la inmensa felicidad por verlo y palmeó su espalda emocionado.

—¿Cómo pudiste pensar que no iba a volver? —le recriminó—. Solo llevo unas horas fuera.

—Lo siento, las circunstancias en las que te fuiste… ¡Dios del cielo! ¡¿Ella es?!

Los ojos de James se abrieron al ver a la mujer de pie junto a ellos.

—Morganne. James ella es Morganne. Morganne él es James, el jefe de mi ejército y un pelma de amigo.

—Es un placer conocerle ¿señor…? —le dijo con una pequeña inclinación de cabeza. Hizo una pausa, no le habían dicho su apellido.

—Crawford —se presentó el mismo y acto seguido tomó la mano de ella y beso su delicada piel—. James Crawford a su servicio, lady…

Marcus ahogó un gruñido ante el saludo de su amigo.

—Morganne, solo Morganne. Me temo que no tengo más nombre, señor Crawford.

—Una beldad como usted, no necesita nada más.

Marcus tomó a Morganne de la cintura y la atrajo hacia él para apartarla de James.

—¿Ella es la mujer del bosque? —le susurró James al oído.

El tono de lascivia de James no pasó desapercibido para Marcus que no ocultó su enfado y gruñó mostrándole el rojo de sus ojos.

A los ruidos de advertencia de su hermano, a eso le recordaban

los sonidos que salían de su boca. La posesión de Morganne se había convertido en algo inevitable para él.

—Señor Crawford, laird McLavert, si me disculpan voy a ver cómo está mi madre.

Los hombres solo asintieron y la siguieron con la mirada hasta que dobló la esquina de la escalera.

Marcus suspiró abatido, apenas se había marchado y ya notaba el vacío en su corazón. Como su hermano le dijo, un vacío que ni siquiera sabía que tenía pero que ella ya había llenado.

—¡La has encontrado! —gritó James— ¡La mujer del lago!

Cada palmetazo que su amigo le daba en la espalda para felicitarle, le trasmitía a Marcus no solo la alegría de James sino también los pensamientos de éste: las escenas de cama.

—¡Es la mujer nacida para mí! La mujer de la que hablaba la maldición —le explicó para dejarle bien claro que no estaba a su alcance.

16

Aquel despilfarro de ser humano, aquel despreciable mortal era su única esperanza de conseguir acercarse un poco más a su propósito. Gruñó furioso antes de materializarse ante el lecho. Los quejidos del enfermo lo irritaron un poco más.

«*Débil carne mortal*» murmuró, lo hubiera estrujado entre sus manos pero en esos momentos lo necesitaba y lo necesitaba vivo.

Acercó su mano huesuda y de largas uñas a la mandíbula y apretó hasta que la boca del herido se abrió forzada. Con la uña del pulgar de la otra mano se cortó la yema de un dedo y vertió unas gotas de sangre sobre la lengua antes de soltarlo con desprecio. El cuerpo tardó apenas unos segundos en reconocer el líquido que se deslizaba por su garganta y el poder que contenía, acto seguido se agitó con fuerza.

Nuada sonrió regodeándose en el dolor que el mortal sentía por el cambio. Le observó mientras se sacudía sobre el lecho de paja, cubierto de la sangre de sus heridas. Poco a poco dejó de moverse.

—¡Ven a mí! —ordenó Nuada y fue obedecido al instante. Las manos esqueléticas y mortecinas abarcaron toda la cabeza del hombre que no opuso ninguna resistencia a la invasión.

Cuando acabó lo que había venido a hacer, Nuada, simplemente, desapareció.

Neill dio un paso atrás y abrió los ojos. Estaba de pie y no le dolía nada. Estaba confuso, su cabeza era una nube incapaz de concretar nada, de situarse o de recordar lo ocurrido en los últimos… ¿días? Ni siquiera sabía cuánto había pasado desde su encuentro con Morganne en el bosque. Aunque aquello ahora poco importaba,iría a por ella y la haría suya.

Caminó hacia la puerta y se detuvo antes de abrirla, a pesar del sopor en el que estaba sumergida su mente,eso sí lo tenía muy claro, tenía que encontrar a Morganne y llevársela con él, hacerla suya.

Miró a su alrededor, ¿dónde estoy? Pensó mientras abría la puerta.

17

—Morganne, el señor desea que bajes a comer junto a él —le anunció la señora Hazel.

—Dígale al señor que me disculpe pero cenaré con mi madre.

La anciana miró a Morganne preocupada, a Marcus no le iba a gustar la idea. Abrió la boca para decírselo pero la cerró sin soltar palabra, giró sobre sus talones y abandonó la estancia.

—Morganne, ¿qué sucede? Ayer estabas decidida a encontrarlo y hoy rehúyes su presencia.

—Madre… no es eso… Mae…yo… —cómo iba a explicarle a su madre que se sentía avergonzada. Vestía como una criada, sus ropas eran hoscas, no podía presentarse así en la mesa del laird McLavert.

Mae observó a su hija y la de veces que se alisaba el vestido. Su mirada fija en la lana marrón le hizo entender que le sucedía. Nunca se había fijado en como vestía Morganne sus ropas eran de abrigo, cómodas y limpias, pero era cierto, se asemejaban más a los de la servidumbre que a los de una doncella. No tuvo palabras para consolarla pues ahora compartía la misma inquietud. Tal vez no había hecho las cosas bien, debió criarla en la aldea y no apartada en el bosque, debió prepararla para ese destino que la aguardaba.

—Señora —la voz de Marcus las cogió perdidas en sus cavilaciones— ¿Puedo pasar?

Mae volvió la cabeza hacia Morganne que se había levantado de la cama de un salto y alisaba su vestido con rapidez. Estaba sorprendida, ¿el demonio McLavert pedía permiso y su hija se arreglaba para un hombre?

—Está en su casa, milord.

Marcus entró y esperó con la puerta abierta, varias personas entraron portando bandejas que dejaron sobre la mesa y salieron tan en silenciocomo llegaron.

—Cenaremos con tu madre. Señora…, lo siento creo que no nos han presentado como es debido. Marcus McLavert a su servicio, señora —e hizo una cómica reverencia.

Morganne sonrió y jugueteó con su cabello nerviosa.

—Mae, la vieja Mae.

—Señora Mae, espero que se encuentre a gusto en mi casa y que le guste el pastel de carne o el cordero asado.

Morganne permaneció callada mientras Marcus enseñaba a su

madre los platos de comida que las mujeres habían traído. Nunca había visto tanta comida junta. Suculentos trozos de carne desfilaron ante los ojos de la anciana que sonreía agradecida.

La boca de Mae se abrió sorprendida en cuanto el señor del castillo pidió permiso para entrar y aún no la había cerrado. Ese hombre que tenía ante ella no era el demonio que la ayudó a subir aquella noche, ni el diablo que vino a verla a la playa cuando su hija fue reclamada por el mar. Ese era elhombre del que su amiga Alhanna, o la señora Hazel, como él la llamaba, le había hablado: un hombre amable que se preocupaba por su clan.

Marcus arrastró la mesa en la que habían dejado la comida hasta la cama para que la anciana no tuviera que levantarse. El ruido de la pesaba madera retumbó en todo Caldestone y sin embargo, Marcus prosiguió en su mudanza; lo que hizo reír a Morganne. Y ese débil sonido sí hizo que Marcus parara y la mirara embelesado. Por primera vez desde que la conociera, sus ojos brillaban de alegría. Sintió la magia del mar y esbozó una sonrisa rebosante de plenitud. Se sentía tan extraño, su renovado corazón había pasado de agonizar en una muerte lenta a algo tan distinto que aún no había identificado, pero el sonido de aquella tímida risa le había hecho vibrar entero. Mae contempló en silencio la escena y su corazón se llenó de felicidad por su hija, aquel demonio la miraba embelesado e incapaz de ocultar sus sentimientos.

Cortó la carne asada y ofreció a Mae el trozo junto con un poco de pan.

—Lo ha hecho bien mujer. Nunca lo dude —le dijo Marcus cuando sus dedos se tocaron.

La anciana asintió, incapaz de hablar. La emoción había formado un nudo en su garganta que atrapó las palabras.

—Permíteme —le pidió a Morganne mientras cortaba un trozo pequeño de carne y lo llevaba hasta la boca de ella para que lo comiera. Morganne mordió con timidez y tomó apenas una pizca de carne, después Marcus engulló el trozo restante arrancándole a Morganne una nueva sonrisa.

18

Había conseguido escabullirse de la fortaleza McLavert, aquellos arrogantes guerreros habían desatendidos sus funciones convencidos de que no las necesitaban.

Ni siquiera se molestó en amarrar al caballo, se apeó de un salto y corrió hacia la cabaña. Tampoco se molestó en llamar, estaba ansioso por verla.

—¡Morganne! —llamó al empujar con fuerza la puerta. Recibir silencio por respuesta no contribuyó a calmarlo en lo más mínimo —. ¡Morganne! ¡Morganne!

Recorrió enojado la cabaña, arrojando los muebles a su paso.

—¡Maldita vieja! —gritó enfurecido cuando su cerebro llevó a comprender las cosas. La vieja se la había llevado de allí. Habían buscado refugio, esa maldita bruja la había apartado de él. Pateó un cuenco de madera que encontró en el suelo y lo lanzó contra la pared. El escaso sonido de su rabieta le llamó la atención y miró a sus pies, pisaba… se agachó a recoger la tela: ¡un manto McLavert! Esa vieja perra se había atrevido a pedir auxilio a ese demonio. ¿Acaso era mejor que él? La ira de Neill aumentaba por segundos. Ella estaba en territorio McLavert, ¡había salido de allí apenas unas horas antes! ¿Por qué esa bruja no había acudido a su padre? Sonrió regocijándose en su maldad, huían de él. Aquella bruja se creía que no iba a encontrarla, nadie lo separaría de ella. Lanzó el manto al suelo y pisoteó la tela y cuanto aquellos colores representaban.

Neill volvió a montar en el corcel robado y deshizo el camino andado.

Había salido de allí sin ningún esfuerzo, podía volver a entrar. La arrogancia de los McLavert lo ponía furioso. Sus murallas estaban abiertas sin temor a nada. Sus tierras se mantenían en paz, ningún clan osaba atacar sus dominios. Tan solo en sus fronteras, las incursiones a ambos lados eran *casi permitidas*siempre y cuando no conllevaran muertes. Aquellos malditos McLavert se creían superiores y todo por aquellas historias que los bardos cantaban sobre su laird. ¿Qué imbécil en su sano juicio se las creía? No eran más que leyendas.

Se había hecho de noche cuando consiguió llegar a Caldestone de nuevo. Detuvo el caballo ante la entrada al edificio principal y entró voz en grito.

—¡McLavert! ¡McLavert!

En el salón, los soldados disfrutaban de la comida y de las canciones del bardo. Se hizo el silencio ante los gritos del recién llegado. Niell ignoró sus miradas y caminó hacia la tarima principal.

—¡McLavert! —volvió a gritar. Esperaba que el aludido contestara pues no podía identificarlo entre los presentes.

—¿Quién lo busca? —preguntó James sin soltar el trozo de asado que tenía en la mano. Estaba claro que aquel desconocido ignoraba quien era Marcus. Le observó con detenimiento, recordaba a ese hombre, le había visto antes aunque ahora no era capaz de situarlo.

—¿McLavert? —Neill quiso confirmar la identidad de aquel que le hablaba, si ese hombre era el laird, desde luego las leyendas exageraban.

Las risas de los presentes le corroboraron su error.

— ¿Dónde está McLavert? —gritó Neill al apoyar las manos sobre la mesa central frente a James. La madera se rompió en dos y James se apartó asombrado, fue entonces cuando reparó en sus ropas ensangrentadas. Conocía a ese hombre, pero de qué. Su mente no podía identificarlo, estaba paralizada por la fuerza empleada en el golpe.

—Aquí —contestaron detrás de Neill.

El visitante se volvió con rapidez y las risas sonaron con fuerza. La espalda del hombre hizo reaccionar a James que corrió para abandonar el salón.

—Aquí —respondió una nueva voz.

—¿Me buscabas? —le dijeron desde otra dirección.

Neill comprendió furioso que se estaban burlando de él. Giró y giró acudiendo a las distintas llamadas hasta que su rabia lo controló y arremetió contra ellos. Neill tomó en sus manos la mesa y la elevó sin mucho esfuerzo. Los hombres se apartaron sorprendidos. Jamás habían visto semejante despliegue de fuerza en un hombre.

Los guerreros McLavert desenvainaron sus espadas y se dispusieron a luchar con el desconocido.

—¡Basta! —ordenó Marcus.

La respuesta fue inmediata y el silencio reinó en el salón. Neill se volvió hacia el hombre que había dado la orden, no había duda de que el dueño de esa voz era McLavert en persona.

Marcus miró al hombre que tenía ante él. Creía muerto a aquel bastardo y sin embargo estaba de pie y por alguna razón con una

fuerza descomunal dado el aspecto en el que se encontraba el salón.

—¡Devuélvemela! Ella me pertenece —le gritó Neill.

—¿Ella? —preguntó Marcus con aparente tranquilidad. Aparente, pues en su interior hervía la ira. ¿Cómo podía estar ese maldito de pie si cuando fue a verlo apenas podía respirar? Y encima tenía la osadía de enfrentarse a él ¡¡y por ella!!

—¡Morganne!

Oír aquel nombre en sus labios hizo estallar a Marcus.

—¡Fuera! —ordenó—. ¡Todo el mundo fuera!

Los segundos que su gente tardó en abandonar el salón se le hicieron eternos. Apenas podía controlarse, sus puños se cerraron al imaginar que tenía entre sus dedos el cuello de aquel bastardo.

James retrocedió hasta quedar con la espalda pegada a la pared, no pensaba abandonar el salón después de haber traído a Marcus, pero tampoco quería estar en mitad de aquella lucha.

—¿Morganne? —casi no podía pronunciar palabra. Su garganta estaba obstruida por la furia, sus pulmones apenas recibían aire. Sus ojos se tiñeron de rojo.

—Ella me pertenece —repitió Neill.

Marcus saltó sobre él dispuesto a acabar con su vida como debió haber hecho en el bosque. El golpe le derribó pero no le mermó, su enemigo se deshizo de Marcus sacudiéndoselo de encima. En segundos ambos estaban de nuevo en pie pendientes del siguiente movimiento.

McLavert observó sorprendido a su oponente. ¿Cómo era posible que le hubiera contraatacado? Parecía poseer su fuerza pero eso era imposible.

Neill sonrió al deshacerse de su enemigo. Pensó que efectivamente las leyendas exageraban, era un guerrero común en aquellas tierras. El temor debía de venir por el color de sus ojos.

Durante los siguientes minutos, James contempló desde su posición como los contrincantes lucharon en lo que parecía igualdad de condiciones.

—No dejaré que pongas tus manos sobre su cuerpo. Es mío —le escupió Neill junto con la sangre de su labio partido.

Aquellas palabras fueron el detonante de Marcus. Le trajeron a la mente el incidente de la playa, donde aquellos desconocidos intentaron forzar a Morganne; el bosque, donde aquel ruin ser intentó arrebatarle su virtud. Recordó los pechos marcados de ella y en la siguiente respiración el berserker tomó su lugar.

—¡Aaarrgg! —rugió Marcus dándole la bienvenida.

El golpe de la zarpa en la que se había convertido su mano lanzó

a Neill a varios metros de él. No tuvo tiempo de reaccionar, Neill ni siquiera le vio venir, solo se vio elevado por los aires y lanzado a la puerta que se abrió por el golpe, y le envió fuera.

James corrió a cerrar la puerta antes de que los hombres entraran y vieran a su laird convertido en un demonio. Luego se encargaría del cuerpo de ese indeseable.

El grito de Marcus le hizo pararse en seco. No se atrevía a volverse, ya había visto una vez a Marcus así y no fue agradable; ahora era una bestia y enfurecida. Permaneció inmóvil a la espera, no le oía moverse, solo respirar con dificultad, cada vez más despacio, más tranquilo. Sabía que a sus espaldas, el demonio McLavert se calmaba.

Un ruido le hizo girarse, Marcus había abandonado el salón, el vaivén de la puerta de madera le dijo que iba a la cueva. James abrió y salió en busca del cuerpo. Fuera, sus hombres se agolpaban formando un pasillo.

—Se ha levantado y marchado —le informó Ronald.

James miró al soldado.

—Ese hombre tenía el diablo en el cuerpo —le dijo Collin.

Ante él tenía a sus mejores soldados, guerreros curtidos en el campo de batalla y sin embargo asustados.

—¿Y…?

James miró a Ronald, el miedo había dejado paso a la preocupación en el rostro del soldado. Crawford colocó su mano en el hombro del guerrero y le dio un apretón.

—Nadie acaba con el demonio McLavert, ni siquiera otro demonio —le contestó.

Los vítores se sucedieron por el patio. Aclamaban a su laird mientras se dispersaban.

—Ronald, avisa mañana al carpintero. Tiene trabajo en el salón.

—Sí, señor.

Marcus se acercó al caldero y tomó en sus manos el líquido inexistente de su interior. Necesitaba beber, necesitaba que aquel fluido le devolviera la calma. Su mente estaba llena de imágenes de Neill sobre Morganne, de esas manos que acariciaba sus pechos. Gotas del brebaje mágico cayeron sobre su pecho desnudo y dejaron un rastro brillante a su paso. Apoyó las manos sobre el borde del *coire*y apretó con fuerza mientras esperaba que todo volviera a su lugar. La bestia se retrajo y su respiración se apaciguó, pero no así suspensamientos.

¿Cómo se atrevía a decir que era suya? Morganne había nacido para él. Debió matarlo la primera vez y no perdonarle la vida.

«*¿Por qué no dejaste que le estrujara el cráneo con mis manos*?»le preguntó a Danu.

Con las mismas manos, con la misma fuerza que ahora ejercía sobre el borde de roca de su reliquia.

El dolor en los dedos le advirtió de que el caldero no iba a partirse. Observó su mano, blanca del esfuerzo, las runas marcadas en la piel. De pronto reparó en algo que se le había escapado hasta el momento, ¿de dónde había sacado esa fuerza descomunal su enemigo?

Tocó el caldero de nuevo, esta vez con la suavidad que la invocación requería. Sus dedos recorrieron en círculo el contorno, el diseño de las runas hacia adelante y hacia atrás. La superficie se volvió agua cristalina y la imagen de Darius se formó sobre ellas.

—¡Darius!

Todavía perduraba el eco de la llamada en la cueva cuando llegó la respuesta.

«¿Marcus?»

—¡Aquí! ¡Ya!

Fue la orden antes de desaparecer de la cueva.

Su cuerpo se formó en la sala cerrada junto al gran salón y cruzó la puerta a pie. Su mirada se paseó por el salón, dos mesas estaban destrozadas, dos enormes tarimas partidas por la mitad.

—Marcus —saludó James.

—¿Esto lo ha hecho él?

James asintió como toda respuesta.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Se te ha ido la mano? —preguntó Darius al salir por la misma puerta que Marcus. Eso hacían todos cuando llegaban a Caldestone, materializarse en la gran antesala.

—El malnacido que atacó a Morganne, el que no quise matar, nos ha hecho una visita.

—Pero, ¿no había muerto?

—Eso parecía, pero salió andando de la muerte y algo favorecido en fuerza.

—¿Qué?

—El caldero me ha enseñado tu imagen. ¿Qué sabes de esto?

Los ojos de Darius se abrieron sorprendidos.

—Lo que me estas cuentas, nada más.

—La superficie te muestra ejerciendo tu poder una y otra vez, en distintos lugares y tu rostro parece decepcionado.

Blackstone abrió la boca y la cerró, sabía lo que el caldero mencionaba.

«Maldito chivato» quiso decir, pero se tragó sus palabras por

temor a las represalias.

Marcus esperó, sabía por el gesto de su hermanastro que el caldero había revelado algún secreto.

James hizo ademán de irse.

—No es necesario, no es tan grave como para que no puedas escucharlo. He buscado a… —una pausa en vez de un nombre—. Bueno no buscaba, más bien intentaba averiguar si volvía a este lado —se explicó al ver el rostro arrugado de Marcus.

—¿Por qué?

—No lo sé. No quería que me cogiera desprevenido…

—¿Desprevenido? —interrumpió Marcus.

—Maldita sea, no lo sé. Llevo haciéndolo desde que tengo consciencia de él y jamás lo he encontrado. ¿Qué diablos quiere el caldero con eso?

Un velo cayó de los ojos de Marcus. El *coire*había encontrado la magia negra de Lucien antes de que a su hermano le absorbiera la oscuridad, no fue un signo del pasado, sino del futuro.

—¡Búscalo! ¡Ahora!

Sin entender nada, Darius se agachó, colocó las manos abiertas en el suelo y buscó con ayuda de su poder. La tierra bajo sus pies vibró y James se movió inquieto.

—Vigila la escalera.

Su amigo estuvo encantado de alejarse de allí.

El rostro de Darius se ladeó, la sonrisa que se dibujó en sus labios no pasó desapercibida para Marcus, su hermanastro había encontrado algo. En ese momento no supo si alegrarse o preocuparse.

—No está aquí. Ya no.

Esa respuesta era la que esperaba, pero no la que imaginaba.

—Siento su huella, su señal sigue en este lado. Por primera vez puedo sentirlo.El rastro es débil para ser él… algo suyo, como tú y yo. Caminó por este suelo y salió por esa puerta —Darius señaló la puerta que daba a la plaza aún con los ojos cerrados lo cual le dijo a Marcus que no había acabado—. Estuvo arriba… en tu torre este.

Marcus miró hacia el lugar indicado, supo enseguida dónde había estado su padre.

—Y todavía camina por este lado.

—¡James! —gritó Marcus incrédulo, juraría que lo había matado, esta vez sí.

—Se marchó —contestó James a la pregunta no formulada de su laird—. Los hombres dicen que el diablo alimenta su cuerpo.

—Debí haberlo matado la primera vez —rugió Marcus.

—¿Quieres que lo siga? —preguntó Darius.

—No, volverá por su propio pie. Tengo algo que cree que le pertenece y con pesar añadió—. Volverá por ella.

Aquellas palabras desgarraron el corazón de Marcus. Creía que había salvado a Morganne de aquel tipo pero no pudo hacerlo en la playa y tampoco en el bosque. Ni siquiera era capaz de protegerla.

—Montaremos guardia. Estaremos preparados.

—Eso, si aparece como un mortal —puntualizó Darius.

—Ve, prepara la guardia en las almenas noche y día, y en la puerta de ella.

Así mantendría ocupado a James y a sus hombres, después de todo puede que viniera a pie. Cabía la posibilidad de que no supiera de lo que era capaz.

—Marcus, ¿tienes idea de lo que esto significa?

—Que ahora puede que sea como nosotros. Que él ha conseguido crear un asesino suyo en este ladoy no sé cómo. Puedo seguir enumerándote todas las evidencias.

—¿Quieres que me quede?

—¿Y permanecer agachado todo el tiempo para seguirle el rastro? No, ya te he dicho que volverá.

—Me encargaré de que lo demás estén al corriente —le dijo antes de desaparecer.

Aquello ya no le importaba, ahora solo podía pensar en cómo iba a proteger a Morganne. Él pondría a su hermano al corriente, pero no pensaba volver a la cueva para comunicarse con Iam. Aquella gruta era impenetrable y no estaba dispuesto a dejar a Morganne sola en este lado. ¿Y qué pensaba hacer?¿Montar guardia él mismo en su puerta?¿ Acaso eso iba a servirle de algo si Neill ahora podía saltar como ellos?

Su padre había conseguido poner un secuaz en este lado. ¿Cómo? Era aún un misterio. ¿Con cuánto poder? Eso sí era un problema serio. Lucien le había dado sangre a Thara y con ello todo su poder, ¿había pasado lo mismo con Neill?

Tenía que estar con ella, tenía que protegerla.

«Morganne».

El nombre le llevó a la habitación donde ella estaba. La vieja Mae dormía en una cama diferente, seguro que la señora Hazel había tenido algo que ver. Junto a la anciana había un segundolecho, donde su cuerpo apenas se distinguía. Marcus sonrió, parecía engullido por la lana del colchón. El cabello plateado caía al suelo, demasiado largo para aquel lecho, tan diminuto como su durmiente. En su alcoba no ocurriría eso. Se cubriría el cuerpo

mientras durmiera abrazado a ella. Imaginó ese cabello ocultando su desnudez cuando le cabalgara. Lo que sí no ocultaba ahora era se erección. Se acercó un poco más a Morganne, la magia en él se reveló; tenerla a su lado era agitar su parte inmortal, la sangre en sus venas se convertía en tormenta de mar.

—Morganne—susurró.

«Marcus» el suave murmullo del sueño le llevó su nombre más bajo de sus oídos, hasta su entrepierna que palpitó excitada.

«Morganne.»

Los ojos femeninos se abrieron tímidamente, y sus labios esbozaron una sonrisa.Llevaba tanto tiempo soñando con él que no le sorprendió tenerlo allí a su lado, para ella podía ser un sueño. Estiró la mano para tocarlo, aunque sabía que desaparecería, pero sus dedos acariciaron la piel de su rostro, su mandíbula áspera por la barba incipiente. Retiró la mano sorprendida por haber tocado algo sólido, volvió a acercarla, necesitaba tocarlo, necesitaba sentirlo vivo y no en un sueño.

Acarició el contorno de la mandíbula y notó como él se apretaba contra su mano. Aquel simple gesto emocionó a Morganne.

Marcus giró la cabeza, los dedos femeninos le tocaron la boca y los besó con delicadeza.

—Soy real —le dijo en respuesta a sus pensamientos.

—Me alegro.

—Duerme —le dijo antes de separarse de ella.

—No, no te vayas —le pidió Morganne, su mano tiró del kilt que era lo que tenía a su alcance para detenerlo.

—Cuidado con lo que deseas —le recordó Marcus con picardía.

«Lo he deseado toda mi vida.»

—Morganne —susurró Marcus con la voz ronca por el deseo. Ella seguía agarrada a su kilt y su miembro estaba a punto de dejarle en una mala posición.

—Ven conmigo —le dijo.

Morganne abrió los ojos asustada. Marcus no la ayudó a levantarse, tan solo había sentido su mano en el hombro, donde aún estaba y todo había cambiado ante ella.

—No tengas miedo.

—No tengo miedo… de ti.

Marcus sonrió, ella no le temía a él, sino a su forma de hacer las cosas.

—Tendrás que confiar en mí.

—¿Confiar en ti? Traerme así a tu habitación en mitad de la noche, no dice mucho a tu favor.

—Es cierto, pero diré a mi favor que no estabas adecuadamente vestida para andar por los pasillos.

—Eso es un dato más en tu contra —el detalle le recordó a Morganne que su camisola estaba desgastada por los años. Buscó con la mirada algo con lo que taparse y su único recurso fue su propio cabello.

—Estarás preciosa con cualquier cosa… —le dijo y apartó el cabello que ella había usado para taparse—.«Y sin ella.»

Mala idea, su miembro ya lo había imaginado, lo que obligó a Marcus a moverse sobre el colchón para ocultar su reacción.

El movimiento la acercó un poco más a ella, podía sentir el calor del cuerpo femenino. Recorrió con la mano el contorno de la mandíbula y le elevó la barbilla. Sus labios se aproximaron despacio hacia Morganne, dándole tiempo para que dijera algo, para que se negara. La mano que aún sujetaba el rostro le transmitía el pensamiento de Morganne, el deseo de ser besada.

Morganne intentó controlarse, casi no podía respirar. Su corazón latía con mucha fuerza y la ahogaba. Marcus tomó la mano de ella y se la llevó al pecho para que ella pudiera sentir su corazón latir al mismo ritmo, no compartían sangre como su hermano y Thara pero sí el mismo vínculo. La misma maldición.

Morganne sonrió, era confortable averiguar que ella tenía el mismo efecto en él. Mientras una mano apretaba la suya contra su pecho, la otra le acariciaba el cabello; esa larga melena que tantos problemas le había traído. Rozó su hombro y continuó por su cuello hasta llegar a los labios. Levantó la mirada hasta sus ojos plateados y se inclinó para besarla.

Sus labios se tocaron, un simple roce, como un simple relámpago que te anuncia la tormenta. Un contacto tan íntimo como el de la playa que les marcó para toda la vida, sus pieles se tocaron y sus almas se reconocieron. Estaban predestinados a estar juntos, fuerzas superiores a ellos ya habían decidido su destino, ¿Quiénes era ellos para negarse?

Con una delicadeza que le estaba haciendo sudar, Marcus besó a Morganne. No quería asustarla al mostrar la pasión que ella había despertado en él. No la asaltaría como había hecho ese bastardo en el bosque, esperaría a que ella se entregara, a que ella se negara. No obstante, los pensamientos de su delicada ninfa distaban mucho de apartarse, ansiaba ese beso tanto como él. Necesitaba ese contacto. No puedes luchar contra algo si te apremian para hacerlo y la boca de Morganne lo hacía. Su mano se movía en una caricia bajo la suya y su rastro abrasaba su piel. Profundizó su beso, quería saborearla.

Su lengua se movió sobre la de ella, entrando y saliendo de su boca y para asombro de Marcus, ella no tardó mucho en responder a su invasión, protagonizando ella misma su incursión en la boca del laird.

Las manos de Marcus se movieron desesperadas por el cuerpo de Morganne, anhelaba tocarla, acariciar cada rincón de su piel, pero no iba a poder hacerlo, casi no podía contenerse. Su miembro palpitaba dolorosamente y amenazaba con dejarlo en una situación poco delicada. Aún así sus dedos se movieron sobre la gastada camisola de Morganne y moldearon sus senos mientras su boca tragaba los gemidos femeninos.

«No voy a poder parar. Lo siento pero no tengo voluntad» le dijo en su mente y con los ojos fijos en los de ella, con la esperanza de que ella pusiese fin a aquello. Bastaría un nopara enfriarlo.

Las palabras de Marcus le hicieron abrir los ojos, le había oído en su mente con claridad. Sus pupilas doradas rogaban perdón una vez más, como había ocurrido en la playa o en el bosque. Pero perdón,¿por qué?

«Por no poder contenerme.»

«No quiero que lo hagas» murmuró con la certeza de que él la escucharía. Ninguno habló, sus bocas continuaron unidas y demostrándose la pasión del momento.

La respiración de Morganne se detuvo cuando sintió la mano elevar su camisola, a su paso hacia arriba, hacia la unión de sus muslos.

No dejaría que sintiera miedo, no de él, no de sus caricias, pensó Marcus cuando sintió la inquietud de ella.Profundizó un poco más su beso, para atraer de nuevo la atención de Morganne hacia su boca, no hacia sus manos. La sintió curvarse inconscientemente hacia su mano cuando rozó la piel entre sus muslos.

Marcus cesó de golpe su beso. Movió su mano hacia adelante y hacia atrás.

—¡No tienes vello!

Eso no había sido un pensamiento y su boca ya no estaba ocupada.

Morganne apartó la mano de Marcus avergonzada. Había olvidado ese detalle. Los seres marinos no tienen vello. Ahora él no querría nada con ella.

—Lo siento he sido un idiota.

Marcus intentó volver a tocarla, pero ella tenía las piernas cerradas para él. Había sido un imbécil y la había asustado. No le importaba que ella fuera diferente, había sido la sorpresa de tocar

una piel tan delicada, tan suave. Volvió a besarla, despacio como al principio y esperó hasta que Morganne estuvo de nuevo sumida en la pasión para bajar la mano y tocarla de nuevo.

No tenía vello allí y su piel era sedosa, jamás había tocado algo tan maravilloso. Sus dedos se introducían solos entre los pliegues de su unión debido a la humedad que fluía de su interior. Necesitaba verlo, necesitaba saborearlo, tener esa parte en su boca.

Pero ella no iba a dejarlo, no después de haber respondido así a su diferencia. Acarició su centro hasta hacerla gemir en su boca, hasta que la humedad de ella le llenó la mano y le permitió acariciarla por dentro. Introdujo un dedo en el delicioso túnel y la sintió cerrarse en torno a esa invasión al mismo tiempo que se movía sobre ella. Marcus deseó que se moviera así sobre él y su miembro derramó unas gotas.

Ya no podía más, se inclinó sobre ella sin separarse de su boca hasta que la tuvo tendida bajo él. Con dedos torpes por la pasión y la ansiedadconsiguió soltarse el cinturón del kilt y acomodarse desnudo entre las piernas de ella.

Condujo su miembro a punto de explotar hacia la hendidura que estaba seguro no iba a contribuir a sosegarlo. Empujó un poco y esperó a que Morganne se adaptase a él mientras sostenía su peso en un brazo para no aplastarla, y con la otra mano la acariciaba arrancándole un gemido de placer que gustoso se tragó. El interior de Morganne le apretaba demasiado, casi no podía contenerse, necesitaba moverse, calmar su instinto primario. Una bestia distinta al berserker luchaba por salir. El cuerpo de ella se amoldó a la invasión y Marcus gimió con un animal y empujó un poco más hasta notar la barrera de ella. Se detuvo en seco y no por ella sino por una sensación de posesión que le llenó más aún. Allí no había estado nadie, él era el primer hombre que la poseía. Era suya, le pertenecía. La necesidad de marcarla lo dominó todo y empujó con fuerza. Morganne gritó aferrada a él. Marcus tomó entre sus labios el dolor de ella y borró su rastro. Comenzó a moversede nuevo hasta que su ninfa aflojó la presión de las uñas clavadas en su espalda y de sus labios volvieron a surgir pequeños gemidos de placer. Marcus la tocó para que alcanzara pronto el clímax pues él no iba a tardar mucho. La estrechez de Morganne lo estaba llevaba al límite con cada embestida y era incapaz de concentrarse en algo que le permitiese calmar sus necesidades.

Morganne se dejó envolver por las caricias de Marcus. En sus ojos veía la culpa por no poder parar y saberse dueña de ese poder la hacía osada. Recorrió la espalda desnuda y le sintió encogerse

con cada tramo que recorría. Sudaba y ella sabía que eso era por el esfuerzo que hacía por contenerse. El dolor del momento ya había pasado y ahora quería más, quería tenerlo dentro y llenarse de él, ni siquiera sabía lo que era eso y sin embargo sí sabía que lo necesitaba. Se elevó en un torbellino de sensaciones que la arrastraban hacia algo y con cada embestida de Marcus se sentía más cerca.

Sintió como el interior de Morganne se contraía, estaba cerca del final y lo empujaba a él. Las contracciones del orgasmo femenino le hicieron explotar y gritó cual animal liberado. Bombeó dentro de ella su semilla sin importarle nada, por primera vez en toda su vida no se había retirado. Ni siquiera lo pensó, su cuerpo necesitaba marcarla, su alma necesitaba dejar huella en ella.

Sedejó caer extasiado junto a ella y la atrajo hasta enterrarla bajo sus brazos. —Tengo que volver —le susurró adormecida.

Marcus movió la cabeza negando, no la dejaría marchar.

—Marcussss —le regañó.

—Déjame lavarte primero —Marcus sonrió cuando ella arrugó el entrecejo confundida—. Créeme lo necesitas antes de volver con tu madre.

Morganne se separó de Marcus y se miró. Un grito escapó de su garganta cuando vio la sangre entre sus piernas y a Marcus cubierto de ella.

—Cálmate, es ….

—¿Tuya o mía? —interrumpió Morganne recordando el dolor que Marcus había sentido las veces que ella lo había tocado.

—Tuya, pero no pasará más. Ven…

Se lo tenía que haber esperado y no asustarse así. Él no hizo intento de moverse, solo la abrazó más y la habitación desapareció para dejar paso a una gruta. Marcus la sostenía de pie sin que tocara el suelo. Caminó con ella unos metros y después la dejó con cuidado sobre una roca.

—Déjame lavarte.

Morganne asintió con timidez. Marcus tomó en sus manos la frágil tela de la camisola y se la sacó por la cabeza. Pudorosa, Morganne movió su melena hasta que su desnudez quedó cubierta de nuevo.

—No —las manos masculinas tomaron su cabello y lo apartaron para verla desnuda.

No quería molestarla de nuevo, pero sus ojos se quedaron fijos en su piel. Sus pupilas se abrieron por la sorpresa, allí no acababa la diferencia de Morganne. Su cabeza se acercó para ver con claridad.

La piel estaba cubierta de…

—¡Escamas! —exclamó anonadado.

Morganne se apartó de Marcus. Retrocedió varios metros para alejarse de él.

—Morganne, ven. Lo siento.

Maldito idiota, la había herido. Se materializó junto a ella, arrodillado a sus pies. Sus manos abarcaron la cadera femenina y escondió la cabeza en su vientre. Sus ojos no estaban cerrados por el arrepentimiento sino abiertos por la curiosidad y fijos en la carne de ella.

—Lo siento —se disculpó mientras sus manos acariciaban la extraña piel.

—Lo entenderé si no quieres verme.

—¡No! —gritó Marcus apartando la cabeza para mirarla a los ojos—. Eres hermosa.

—Los seres marinos no tienen vello sino escamas de cintura para abajo. Al tener piernas y no cola, mis escamas están tatuadas en la piel.

Marcus estiró la mano y acarició las marcas sobre ella, el dibujo de las escamas formaba una delicada película sobre sus piernas que no restaba ni un ápice de suavidad a su piel.Se incorporó y cogió la mano de ella para llevarla de nuevo al estanque.

Morganne se sentó inquieta, no parecía que él fuera a correr lejos de ella. Le observó mientras cogía agua con sus manos y la vertía sobre sus piernas. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—¿Está fría?

Morganne no contestó, estiró su mano hacia el agua y la agitó. McLavert rió con tanta fuerza que la asustó.

—Jamás me he sorprendido tanto en trescientos años —le dijo cuando vio vapor elevarse del agua—. ¿Eres tan misteriosa como yo?

Morganne rió con él. El agua ahora estaba caliente para ella, como lo estaba el lago del bosque. Con delicadeza, Marcus la mojó de nuevo, el agua cayó por su entrepierna produciéndole un nuevo escalofrío.

Marcus continuó rociando las piernas femeninas hasta que desapareció todo resto de lo ocurrido. Después, se acercó el pie de ella a la boca y comenzó a besarla hacia arriba.

Los besos de Marcus marcaban a fuego su piel, un fuego que ascendía más rápido que su boca. El cabello de Marcus rozó la piel interna de sus muslos y un gemido escapó de sus labios.

—¡Ah!

Gimió Morganne cuando la boca masculina saltó a su centro. El beso la hizo estremecer y la lengua la volvió loca. Aquello no podía estar bien, esa parte no se podía besar.

—¡Marcus! —gritó alarmada aunque no era capaz de identificar si la alarma era por lo que le hacía o por lo que sentía.

«Déjame saborearte. Necesito hacerlo.»

Morganne se dejó hacer, incapaz de resistirse a las caricias que la arrastraban a un torbellino de sensaciones que la obligaba a moverse sobre la boca de Marcus sin poder evitarlo.

El grito de placer de Morganne resonó en toda la cueva. Hubiera querido poseerla pero estaba seguro de que estaría dolorida y él no iba a ser muy sensible después de tenerla en su boca y saborear sus fluidos. Con mucho esfuerzo, la tomó en sus brazos y la sumergió en el agua.

19

«Marcus»

La llamada de su hermano le despertó igual que si lo hubieran zarandeado. Se había quedado dormido después de transportar a Morganne a su cama. Por primera vez, hubiera deseado dormir con una mujer. Abrazarla y cerrar los ojos junto a ella para verla de nuevo cuando los abriese. Pero Morganne debía volver con su madre y él a esa cama enorme y vacía. La sensación de soledad le abofeteó en cuanto cerró la puerta. La sangre en la cama le trajo a la mente lo ocurrido, tomó el tejido y saltó a la cueva, allí estaría escondido de la vista de los demás y guardado como un tesoro para él. Luego, solo se pudo dormir cuando invocó la imagen de ella, desnuda en sus manos como había estado en la gruta.

«¿Cuándo pensabas decirme lo que ha pasado?»

Marcus se tapó inútilmente los oídos para acallar el grito de su hermano.

—He estado ocupado.

Lucien no tardó mucho en entender a lo que se refería su hermano, la tonta sonrisa que ocupaba toda su mente se lo dejó claro. Por unos instantes se alegró por ello, sin embargo eso no era un final seguro, deseaba tanto que aquello acabara bien.

«¿Qué vas a hacer?»

—Esperar.

Su propia respuesta le sobresaltó. Se había dormido, ella podía estar en peligro.

«Cálmate. Si estuviera en peligro lo sabrías.» Lucien miró a ambos lados en cuanto pronunció la frase, temeroso de que la diosa tomara eso como otra intromisión. Maldijo aquella situación, no sin arrepentirse de nuevo.

—Cálmate tú —se burló Marcus—. Te has vuelto paranoico.

«Tú no has estado a las puertas de la muerte,» se defendió Lucien.

—Estoy seguro de que volverá. Volverá por ella.

Aquella evidencia no tranquilizaba en lo más mínimo: ella era el señuelo de aquella guerra. El hecho le hizo contraer los músculos, furioso. ¿Esa era la única solución? ¿Esperar a que Neill apareciera para llevarse a Morganne? ¿Esperaría como un cobarde?

—Darius…

Su hermanastro era la única opción que tenía, él encontraría a Neill.

«Mantenme informado.»

Lucien se apartó de su hermano. La situación se le estaba haciendo difícil, no poder ayudarle era algo que lo sacaba de quicio, al igual que tener que medir las palabras para no alterar a la diosa. El único consuelo que tenía era que Darius estaba cerca.

Ella no estaba allí, se quejó cuando se bajó de la cama. Tampoco estaba ya su olor en la habitación. Estaba en la otra torre y sin embargo, la sentía como si estuviera al otro lado. Percibía las vibraciones de sus emociones y ahora mismo estaba sonrojada, inquieta por saber si su madre notaría alguna diferencia en ella…

¡¡Podía leer su mente!! El hecho le confundió tanto como le sorprendió. No se había producido intercambio de sangre como con Lucien y Thara, solo de fluido, se dijo riendo. ¿Era eso suficiente?

Ahora le llegó pesar, y eso acongojó a Marcus.

«Yo te tendría siempre desnuda» se burló.

—Señora Hazel… —gritó en la escalera—. Señora Hazel… ¿Dónde diablos está esta mujer? —protestó mientras bajaba las escaleras—. Señora Hazel.

—Calme señor, calme. Esta vieja ya no tiene las piernas de una moza.

—Busque a las costureras del clan. ¡A todas!

—Pero señor…

—Quiero que vistan a Morganne. Que confeccionen para ella y la vieja Mae cuanto haga falta ¡y rápido! La quiero cenando en el salón esta noche.

—Pero señor…eso requiere tiempo…

—Estoy seguro que sabrá solucionarlo, señora Hazel.

Se acabaron los impedimentos, el señor del clan la había dejado con su cháchara y sus excusas al pie de la escalera.

Marcus aguantó las bromas de sus hombres que le acusaron de llegar tarde por andar entre faldas. McLavert sonrió, tenían razón pero nunca les confirmaría el hecho. Miró hacia el hueco de la escalera.

—Laird McLavert.

Marcus no contestó. Sus ojos estaban fijos en la mujer que estaba allí oculta bajo una capa marrón que le llamaba.

Morganne aguardó una respuesta, no iba a acercarse a él, pues para ello tendría que traspasar el salón y exponerse a las miradas de los soldados que comían junto a McLavert.

«Marcus.»

El aludido rompió en una carcajada, que sorprendió a sus hombres. Se levantó y se dirigió hacia ella.

—¿Me gritas aprovechando que nadie te oye?

—Quería atraer solo tu atención, no la de todo tu clan.

—Mi atención ya la tienes —le dijo al tiempo que la atraía hacia él por la cintura y devoraba su boca con frenesí.

—Señor McLavert —saludó Mae desde la escalera.

—Señora Mae —saludó Marcus.

—Necesito ir a mi casa —le dijo Morganne sonrojada.

—Vamos.

Morganne se dejó llevar por la mano masculina que desde el bajo de su espalda la obligó a andar hacia las escaleras. El contacto de esa mano le recorrió el cuerpo entero todavía alterado por el beso y trajo a su mente lo ocurrido la noche anterior.

Su pie no llegó al primer peldaño y perdió el equilibrio cuando no halló la roca sobre la que iba a poner el pie. El paisaje a su alrededor cambió y ella se sobresaltó.

—No hagas eso sin avisar —le reprendió a un hombre que ya se reía de ella.

—Dijiste que necesitabas ir a tu casa. Solo te he traído.

—¡Uff! —gruñó Morganne.

Marcus rió más fuerte aún. Morganne caminó hacia su casa y lo dejó fuera. Tenía que coger algunas cosas. Marcus se las había llevado sin preparar nada y aunque la señora Hazel había sido muy amable al darles todo cuanto les había hecho falta, necesitaba otras cosas. No iba a pedirle otra camisola a Alhanna, eso era algo íntimo. La de ella ya la había lavado varias veces en la misma habitación y secado en el fuego del hogar, no daba más y la otra la había perdido.

—Yo te surtiré de las mejores ropas, aunque preferiría tenerte desnuda —le dijo Marcus a su espalda.

La urgencia de abrazarla le llevó hasta ella sin dar un paso. La necesidad de ella se hizo patente en su erección, que se apretó contra el trasero femenino.

Morganne se movió con delicadeza junto a él y el gesto arrancó un gemido a Marcus que la giró con fuerza y tomó su boca preso de la lujuria. En su beso no hubo suavidad, no hubo tranquilidad, su cuerpo, su sangre no la tenían. Anhelaba sentirla, deseaba perderse en ella como había hecho la noche anterior. Tal vez aquella era la necesidad de la que hablaba la maldición, sin lugar a dudas no la había sentido antes. Era un impulso irrefrenable de sentirla cerca, de tenerla como ningún otro hombre la hubiera tenido, de marcarla

como suya.

No tenía otra explicación para aquella sensación.

Su boca la saboreaba con desesperación, sus manos la acariciaban con ímpetu, recorriendo su espalda, acercando sus nalgas a su miembro que palpitaba excitado. Todo parecía poco.

Morganne respondió a la imperiosidad de Marcus, igual que él necesitaba sentirlo con desesperación. Sus entrañas dolían, vacías de él. Su lengua imitaba a la de Marcus cuando invadía la boca masculina y arrancabaalaridos de placer en él; lo que hacía que se sintiera más osada y al mismo tiempo más necesitada de sus caricias.

—Necesito tenerte… —le dijo ronco por la pasión mientras sus manos recogían las faldas. Introdujo un dedo en ella en cuanto tocó su piel desnuda y húmeda. Su pulgar acarició el centro del placer de Morganne.

El grito de placer femenino rompió el silencio del bosque y acrecentó la pasión de Marcus. Miró de reojo la pequeña cama y dudó de que fuera a aguantar el peso de los dos. Tampoco había pieles que amortiguaran el duro suelo, maldijo por tener que tenderla en el suelo, ese no era lugar para ella. Con la torpeza de usar una sola mano, intentó abrir el vestido, no estaba dispuesto a dejar de tocarla y sin embargo quería saborear sus pechos.

—Mierda —protestó al tener que usar las dos manos.

La urgencia de Marcus y lo viejo del tejido terminaron con la prenda en el suelo e inservible. Morganne quedó desnuda ante él, sus ojos la observaron y sus manos volvieron a acariciarla. Su boca se acercó a un pechoy lo saboreó. Morganne se arqueaba y acercaba su desnudez a Marcus. De un tirón se deshizo de su ropa, su kilt quedó sobre el suelo a sus pies. Marcus se deslizó hacia abajo, sus labios recorrieron su vientre en un fogoso descenso hacia el suelo. Se detuvo para pasear su lengua entre sus hendidura y hacerla temblar de placer, tanto que tuvo que sostenerla y ayudarla a bajar sobre él. No iba a consentir que ella tocara el suelo. Su espalda quedó en contacto con la madera y la colocó tendida sobre él. Se abrió paso entre las piernas femeninas hasta penetrarla con suavidad. Sus manos la tomaron por las caderas y la movieron sobre su miembro.

—Muevete sobre mí —le pidió.

Morganne se irguió sobre él y apoyó sus manos en el pecho de Marcus para elevar sus caderas y dejarlas caer en un lento descender sobre el miembro masculino. El gruñido fue la evidencia de que lo hacía bien y con osadía se movió a su antojo para

aumentar el ritmo al nivel de su propio placer.

Aquello no fue una buena idea, se quejó Marcus, casi no podía aguantar más y ahora ella le cabalgaba como siempre había deseado. Su cabello rodeándolos a ambos y ella sonrojada por el placer. El interior de Morganne se contrajo, lo que indicó a Marcus que llegaba al clímax y se dejó llevar.

Morganne se inclinó exhausta sobre el pecho de Marcus que la estrechó entre sus brazos; y se regodeó en su triunfo mientras él volvía a la normalidad.

—Morganne…

Un ronroneo fue la respuesta. Marcus sonrió.

—Morganne, vamos.

Se levantó molesta, no quería moverse, pero aún así se separó de él y se acercó a recoger sus cosas.

—No hace falta que te lleves nada. La señora Hazel te proporcionará un vestuario nuevo.

—Pero, Marcus… —cuando se volvió hacia él todavía estaba desnudo—. No puedes… no hace falta…

—No quiero que sigas encerrada en tu habitación.

Morganne se giró avergonzada, él conocía el motivo por el que ella no bajaba al salón.

—Sé muchas cosas de ti —le dijo al rodearla con sus brazos—. No quiero que nada te falte y desde esta noche me acompañaras en el salón a la hora de las comidas.Te sentaras a mi lado y si la vieja Mae quiere, también. Ahora volvamos, no quiero que me regañe por tardar.

—Pero te vestirás antes, ¿no?

Morganne sonrió mientras tomaba el hatillo con las cosas que había preparado, no se imaginaba a Mae regañando al diablo McLavert. Esperó a que Marcus se acercara. Sabía que iban a volver igual que habían llegado así que esta vez estaba preparada.

Marcus se acercó con una sonrisa en los labios.

—Moza lista, vamos.

La habitación de Marcus apareció ante ellos. Morganne miró al dueño confundida, esperaba que él la llevara a su alcoba.

—Allí hay mucha gente y no puedo aparecer así. Ve con tu madre.

Marcus no la vio en todo el día, tan solo a la señora Hazel y su retahíla de quejas cuando salía de la habitación por el poco tiempo que tenía y la cantidad de cosas que necesitaba.

—Vamos mujer, son solo trapos —le dijo en más de una ocasión.

La respuesta de él era una mirada irritada que aún hacía reír un

poco más a Marcus. Sabía que todo iba bien por las emociones que le llegaban de Morganne y que lo de la señora Hazel era pura fanfarronería de la mujer. Sabía por sus pensamientos que estaba más que contenta con el encargo no solo por la autoridad que eso le confería sino también por quien tenía que vestir. Su anciana cocinera sentía un especial apego a esa niña.

Aquella noche Marcus estaba especialmente inquieto sentado en la tarima del gran salón. A su lado James le miraba sorprendido.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó al ver que no apartaba la mirada del hueco que formaba el pie a la escalera norte.

Los guerreros disfrutaban ya de la comida y de la bebida servida ante ellos pero su laird no las había tocado.

Marcus golpeó con fuerza la mesa y se levantó furioso al ver a la señora Hazel aparecer en el salón y correr hacia él.

—Va a bajar aunque tenga que traerla a rastras —le gritó a la anciana que ni siquiera se había acercado aún a la mesa principal.

—Señor, está lista para bajar pero…

—¡Va a bajar!

—Señor… ella dijo que usted entendería el mensaje.

Marcus la miró extrañado antes de preguntar por el mensaje.

—Tiene que esperar el cambio —le comunicó la anciana extrañada—. No quiere que ocurra en el salón.

El rostro de McLavert cambió con rapidez y una amplia sonrisa curvó sus labios. Esperaría.

—Puede marcharse, señora Hazel, esperaré.

Marcus volvió a sentarse. Apenas se había ocultado el sol en el horizonte, el cabello de Morganne necesitaría tiempo para cambiar de color, un tiempo que también el esperaría, impaciente.

Sus ojos no tardaron mucho en abrirse asombrados. Morganne apareció con un vestido azul adornado con bordados en plata en las mangas y en el bajo de la falda. El corte le cernía el talle y los pechos; y sobre el hombro, lucía el manto McLavert que se plegaba con maestría en la cintura donde un cinturón lo mantenía en su sitio y lo distribuía sobre la falda. El cabello trenzado casi formaba parte su vestuario.

Caminó despacio hacia él consciente de que a cada paso que daba las mirabas se volvían hacia ella. Intentó no mostrar los nervios que se formaban en su estómago pero hasta sus andares la delataban. Marcus acudió a su encuentro en mitad del salón y le ofreció su brazo mientras saludaba a Mae con una inclinación de cabeza. Morganne le miró sonrojada, su cercanía le aceleraba el corazón y hacía que las cosquillas se colocaran más bajo de su

vientre.

—Sigue pensando eso y no te habrá servido de nada tu vestido —le susurró al oído—. Por cierto estas preciosa.

Las mejillas de Morganne se tiñeron de rojo al saberse sorprendida. Marcus retiró la silla y la invitó a sentarse a su derecha.

Para Mae no pasó desapercibido el detalle de que Marcus le ofrecía el lugar de una esposa, con ello mostraba al clan la importancia que ella tenía para él. Su pecho se hinchó de orgullo, su hija se casaría con un laird. Estaría bien protegida cuando ella faltase. No podía negar que aquel hombre la miraba embelesado, sus ojos hablaban cuando se fijaban en ella, de eso no cabía duda.A pesar de todo lo que había oído, estaba contenta con el rumbo que había tomado el destino.

20

Marcus se levantó de golpe tirando el sillón al suelo. Su vida iba demasiado bien, se había olvidado del enemigo. Se había olvidado de ese hombre que había irrumpido en Caldestone sin ni siquiera abrir una puerta. ¡Se había movido como él! Sus sentidos estaban puestos en Morganne y había alejado de su mente todo lo demás. Maldita sea, de nuevo esa mujer lo había dejado con la guardia baja. Gracias a Danu, ella había abandonado ya el salón

—¡Aléjate de ella, McLavert!

—Nunca.

Morganne detuvo sus pasos en la escalera, o fue el miedo el encargado de dejarla de piedra. Conocía esa voz, el grito resonó en todo el salón.

—¡Ella me pertenece! —bramó Marcus.

Aquellas palabras hicieron salir de su escondite a Morganne. Nada en este mundo le hacía hervir más la sangre que creyeran que era propiedad de alguien.

—¡No! —gritó colocándose entre ambos contrincantes. Marcus saltó para protegerla con su cuerpo—. ¡No! —gritó de nuevo mientras intentaba inútilmente aportar a Marcus de su camino.

McLavert la miró sorprendido, acaso esa mujer estaba loca, acaso no veía el peligro que corría allí. Maldijo la imprudencia de Morganne y el hecho de que tendría que dejar escapar a Neill. La garra de Marcus se cernió sobre el hombro femenino y desapareció de la sala.

—¡No pertenezco a nadie! —le escupió en cuanto su cuerpo tomó consistencia, sus ojos no tardaron en reconocer la habitación de Marcus—. ¡Ni a él… ni a ti! —exclamó mientras empujaba el cuerpo de Marcus—. ¡¿Eso soy?! ¿Una propiedad? ¿Acaso solo soy tu prisionera?

Con cada palabra, Morganne golpeaba el pecho masculino. Marcus absorbió cada embestida mientras intentaba calmarse lo suficiente como para poder hablarle. La tarea resultaba muy difícil: su sangre bullía por la ira, su cuerpo estaba tenso por contener a la bestia, que estaba lista para la lucha con Niell; y su corazón dolorido por las palabras de ella.

—Dime Marcus, ¿solo soy tu prisionera?

El ruido de la respiración del guerrero fue la única respuesta que obtuvo Morganne. No estaba dispuesto a abrir la boca y descargar en ella su furia.

—¡Me perteneces! —el estallido de Neill asustó a ambos.

Marcus se giró alerta, al tiempo que escondía a Morganne tras él. El guerrero que había en él se alegró de ver a su oponente, el hombre en cambio, maldijo su llegada. Después de todo, tendría que enfrentarse a él antes de hablar con ella.

El rugido que salió de la boca de McLavert dio paso al control de la bestia que se abalanzó contra su agresor sacándolo por el enorme ventanal de la habitación. Morganne corrió a mirar fuera pero no vio a nadie, estaba segura de que Marcus se lo llevaría para luchar en otro lado, donde ella no pudiera interferir.

La arena mojada recibió el cuerpo de Neill. Los ojos rojos recorrieron el lugar. No lo había elegido y sin embargo no le asombró estar allí. Ese era el mejor representante de su vida, de su lucha.

El golpe de Neill le cogió sumido en sus pensamientos y con la guardia baja, así que le hizo arrastrar los pies en la tierra. Esa iba a ser la última vez que le tocara. Las garras del berserker cayeron sobre su oponente y arrancaron tiras de ropa y piel. La sangre salía a borbotones por las heridas salpicaron la arena pero Neill seguía de pie.

Las olas del mar golpearon los tobillos de Marcus con fuerza y se llevaron la sangre maldita en su vuelta.

—¡Es mía! ¡Me pertenece! —le gritó Neill—. La he visto crecer.

—Jamás será tuya. Jamás fue tuya. Nació para mí —le contestó mientras descargaba de nuevo sus zarpas sobre él y con ello toda su rabia. Incluso así, el cuerpo de Neill seguía erguido.

Marcus sacudió la cabeza, confundido. ¿Cómo podía ser? Debería de estar muerto y en cambio seguía luchando. Neill dio un paso hacia su contrincante. La ira reponía las fuerzas que su sangre derramada le restaba, iba a luchar hasta el último momento, no permitiría que ese demonio se quedara con ella.

Marcus saltó para colocarse tras él, sus manos fueron directas hacia su cabeza y se llevaron los pensamientos. La imagen de Nuada le sobresaltó. Su padre había estado en el mismo lugar donde estaba él ahora invadiendo la misma mente. Torció el gesto y buscó un poco más atrás. Su padre había vertido tan solo unas gotas de sangre en la boca del herido y se había servido del amor por Morganne para su propio beneficio. Muy típico de él.

Eso era lo que mantenía en pie a Neill, el amor por Morganne. Aquel hombre que tenía ante sí luchaba por ella con la misma fiereza que él. Para Neill, Marcus suponía una amenaza a su amor y estaba dispuesto a quitarlo de su camino, igual que él estaba

haciendo. ¿Quién era él para matarlo por ese motivo? Sus manos se aflojaron decididas a dejarlo marchar.

«—Morganne… —le dijo mientras la acercaba aún más contra él. Su boca buscó la de ella. Morganne se resistía… Neill le sostuvo la cara con la otra mano, los dedos se clavaron en la barbilla para mantenerla quieta; después la besó.

Neill tomó de buen grado el escalofrío que recorrió el cuerpo de Morganne y se hinchó aún más e intensificó su beso.

Los pensamientos de Neill le revolvieron las entrañas,y la sangre hirvió en su interior. Con amor o sin él, ese bastardo estaba dispuesto a tomarla. Las manos se cernieron sobre el cráneo del hombre y esta vez con tanta fuerza que los huesos crujieron bajo sus dedos.

Marcus mantuvo la presión con una sola mano mientras con la otra atrajo el agua del mar hasta él. Una lengua de océano acudió a su lado.

—Ni un solo recuerdo de ella quedará en ti.

Las siguientes palabras de Marcus ya no fueron escuchadas por Neill, y aunque lo hubiera hecho no las habría entendido. El hechizo puso el mar a su lado e inundóel cuerpo maltrecho de su antagonista. Entró por la boca y salió por las heridas que le había causado,llevándose a su paso todo resto de sangre inmortal. Marcus mantuvo erguido el cuerpo inerte de Neill para permitir al agua purificarlo.

«—Morganne… —le dijo mientras la acercaba aún más contra él. Su boca buscó la de ella. Morganne se resistía… Neill le sostuvo la cara con la otra mano, los dedos se clavaron en la barbilla para mantenerla quieta; después la besó.»

Impulsado por la ira de Marcus el mar erosión a su paso todo cuanto encontró. No más puños, no más golpes, el agua, su elemento se llevaría a su enemigo. Poco a poco el mar arrebató de las manos de Marcus el cuerpo, como arrebataba a la tierra un poco más cada día. Cuando ya no quedó nada que sujetar, cayó al suelo y dejó que las olas le mecieran y se llevaran también su rabia.

El berserker se había calmado y los llantos de Morganne llenaron su mente. Era hora de enfrentarse a ella.

El chapoteo del agua fue lo único que delató su presencia. Morganne se volvió sobresaltada.

—¿Y Neill?

La pregunta le cogió por sorpresa y cayó directa a su corazón. Apretó los dientes y cerró los puños con fuerza. Volvía de una lucha a muerte y ella preguntaba por el enemigo.

—Creo que esta vez, ni tu madre marina podrá encontrar sus restos —le dijo en un intento de no mostrar su enfado y parecer sereno. Cerró sus puños un poco más, la sangre abandonó sus dedos y amenazó con saltar por sus ojos y mostrarle la ira que sentía por ella.

Morganne le miró. Estaba empapado, el agua caía a chorros sobre la alfombra, como si trajese con él todo el mar, el cabello pegado a su rostro goteaba sobre el pecho desnudo.

—No eres prisionera en Caldestone. Puedes marcharte cuando quieras.

Y con aquellas palabras caminó hacia la puerta.

Morganne se quedó petrificada. Eso no era lo que ella quería escuchar. Estiró la mano para detenerlo pero él ya estaba fuera de su alcance, solo quedaba el charco de agua.

No iba a detenerla, no iba a defenderse ni a dar explicaciones. Su corazón se encogió, quizás no había motivo para detenerla. Para Marcus ella era algo impuesto. Sollozó dolorida y sus fosas nasales se llenaron del olor salado del agua. Él pertenecía al mar, igual que ella, el destino les había unido en más de una cosa pero no en el corazón. Se arrodilló sobre la humedad de la alfombra y dejó salir el dolor.

Apoyado en lapuerta cerrada, Marcus la oyó romper a llorar y el dolor levantó una barrera ante sus pensamientos. Perotampoco necesitaba saberlo, ella no lloraba por él, había preguntado por Neill nada más volver. Lágrimas de sangre surcaron sus mejillas, las recogió con las yemas de los dedos y las miró. Así lloraba su corazón: vertiendo su sangre inmortal.

—¡James…! —llamó colérico. Su amigo no tardó en aparecer—. Lleva a Morganne al bosque, asegúrate de que llegue a su casa y de que nada le falte.

—¡Marcussss! —exclamó confundido James, ¿por qué? La pregunta quedó en silencio.

—Aposta diez hombres en los alrededores de la cabaña, que se releven día y noche. Pero que no se dejen ver.

Crawford escuchó las órdenes sin pronunciar palabra. Podía ver el dolor en los ojos de su amigo.

—Marcus, ¿Por qué haces esto?

—Ella no quiere estar aquí —Marcus apartó la mirada de James y escondió sus ojos en el frío suelo. Aquella evidencia era demasiado dolorosa.

—¿Te lo ha dicho ella?

Ella le había dicho que no pertenecía a nadie¿acaso no era eso

suficiente? Su corazón lloraba ahora por el enemigo, no necesitaba palabras que lo golpearan con la verdad.

—No ha hecho falta.

Con esas palabras dejó a James y dándole la espalda saltó lejos de todo.

«*Odiaran la inmortalidad que les has dado*» las últimas palabras de la maldición se hicieron latentes en su mente. Ella se iba, amaba a otro; y él se quedaría con esa sensación de vacío, de soledad y ese dolor para la eternidad.

Marcus parpadeó confundido, él no había saltado y sin embargo estaba en el interior de la cueva. Se dejó caer sobre la mesa de piedra, tal vez lo había pensado. Estaba muy confuso.

—Veo que la inmortalidad no da la inteligencia.

La voz le sobresaltó y giró sobre sus talones buscando.

—No creo que me haya aparecido nunca tan seguido en este mundo. ¡Oh, sí! Fue hace veinte años mortales.

Marcus dejó de buscar, conocía esa voz. Se acercó al caldero.

—¡Cuando os uní a ellas! —le gritó la Diosa a un palmo de su rostro.

Marcus retrocedió asustado.

—¿Creíste que esto era fácil? Yo las puse en vuestro camino, pero no os haré el trabajo —le gritó enfadada—. ¿Dónde estaría la gracia entonces? —se burló susurrándole en el oído— Felicidad o desdicha, ¿qué conseguirás tú, joven Marcus?

La imagen desapareció en el interior del caldero con la misma rapidez con que había emergido.

Estaba claro que desdicha, se dijo. La diosa se reía de él.

21

La noche se cernía sobre el bosque, la luna se ocultaba tras las nubes para conspirar contra ella. No había querido esperar y todo le decía que se había equivocado.

Había abandonado Caldestone apenas una hora después de la partida de Marcus. La señora Hazel les proporcionó dos caballos y un mozo para que las acompañara en el camino.Mae encabezó la comitiva, era la unica que conocía como llegar a la cabaña, Morganne cabalgaba en silencio, tan solo sus quejidos rompían la monotonía. Su cabeza se volvió varias veces con la esperanza de que Marcus la siguiera, pero él no solo no aparecía sino que tampoco lo haría así. Él aparecería ante ella, se materializaría de la nada y pararía su caballo…Un fuerte sollozo hizo que Mae volviera la cabeza y parara su caballo hasta que su hija se puso a su lado.

—¿Estas segura de esto, Morganne? ¿Podemos volver? Nadie notara nuestra ausencia.

—Él… ya sabrá que nos hemos ido. Si quisiera… ya hubiera venido.

Espoleó al caballo y se adelantó dando por zanjada la conversación.

Con sus poderes, él ya se habría dado cuenta de que se habían marchado y si no intervenía era porque no quería hacerlo. Ella no era nada para él, bueno sí una propiedad, por eso había insistido tanto en que bajara al salón, para exhibirla.

Mae permaneció callada el resto del viaje. No iba a servir de nada hablar con ella ahora, su corazón estaba dañado y no escucharía a nadie. Tal vez mañana, cuando el sol saliese todo sería distinto.

Ni en la cueva se pudo aislar del dolor, la sensación de vacío crecía a pasos agigantados y aumentaba su sufrimiento. Su final no sería feliz como el de su hermano, y pensar que no hacía mucho clamaba su contacto.

Morganne no era para él, de nada servía que la diosa les hubiese unido, ella unió sus destinos pero no sus corazones. Danu dijo que eso era cosa de ellos y él no lo había conseguido. Tendría que vivir así… toda la eternidad.

Sus ojos se fijaron en la sábana que había traído manchada con la sangre virginal de ella. Eso sería suyo, nadie le quitaría eso. Ni

eso ni sus recuerdos.

Elevó la mano y formó sobre ella las imágenes de aquella noche. Él había sido el primer hombre en tomar su interior, en saborearla. Su alma se encogió, sería capaz de vivir sin ella. De sentir toda la eternidad esa necesidad de ella.

No, no podía.

—¡Maldita sea, Marcus! —le gritó James en cuanto salió de la cueva.

—¿Qué haces aquí, James?

—Morganne se ha marchado.

Marcus extendió sus poderes y la buscó. No estaba cerca, no podía sentirla.

—La señora Hazel dice que estuvo buscándote —continuó James ajeno a las acciones de su amigo— y al no hallarte le ofreció un caballo. William está con ellas.

Marcus miró hacia la ventana, ni siquiera había amanecido y ya se había ido. Tenía prisa por abandonarlo. No quería estar cerca de un asesino.

—Marcus, ¿por qué la has dejado marchar?

—Ella ha querido irse, yo solo he abierto la puerta —le contestó desviando la mirada.

—¿Y por qué no se la cerraste en la narices? Es ella.

—¿Y crees que por ser ella voy a tenerla encerrada? —le gritó colérico.

La furia no iba para James y sin embargo el joven Crawford la recibió. Estaba furioso porque Morganne se había ido, estaba enfadado consigo mismo por haberla dejado partir. La tenía que haber encerrado, eso tenía que haber hecho.

James se volvió dispuesto a marcharse cuando una mano se paró en su hombro. Estaba perdido, y él que había evitado tocarlo.

—Ni se te ocurra ir a buscarla —le advirtió.

Crawford no contestó, no serviría de nada. Aquella mano se había llevado ya sus intenciones y había dejado la amenaza implicita.

No iría a verla, no hablaría con ella, pero la noche anterior él había dado órdenes de que fuera vigilada por su seguridad y eso haría.

Caminó hacia el establo y avisó de que le buscaran en cuanto William volviera. Si ese bruto que tenía por amigo no veía algo tan evidente como lo que sentía por esa mujer no era culpa suya; lo que sí sería culpa suya era si le sucedía algo por un enfado de enamorados.

—Señora Hazel —llamó al volver a la casa.

—Señor Crawford, ¿qué desea, señor?

—¿Qué se llevaron Lady Morganne y su madre.

—Nada, señor —la anciana bajó la cabeza pesarosa—. Apenas lo puesto.

—Prepare un saco con lo necesario, yo mismo se lo llevaré.

—¡Oh! Señor Crawford —la voz de la anciana se quebró de la emoción. Había temido tanto por ellas.

—Serán unos días. Hasta que se dé cuenta de que no puede estar sin ella.

—Gracias, señor Crawford.

—Volveré en un rato. Téngalo todo preparado. Y sobra decir que esto debe quedar entre nosotros.

La señora Hazel asintió.

James suspiró abatido. Guardar un secreto en Caldestone era algo imposible, en cualquier momento podías rozarte con Marcus y sabría todo; pero de momento lo intentarían. En la puerta de la cocina ya se encontró con Willian.

—Señor Crawford,¿ me buscaba?

—¿Has llevado a Lady Morganne a su casa?

—Señor yo... —miró hacia dentro, buscando la ayuda de la anciana—. La señora Hazel…

—Calma, calma. No pasa nada. En cuanto hayas descansado quiero que me lleves allí.

—No necesito descansar, señor.

—En ese caso, prepara los caballos y busca a Kenett. Saldremos en cuanto recoja el saco.

Hacia el mediodía, Mae oyó desde el corral a los jinetes acercarse. James detuvo el caballo lejos de la casa y caminó a pie. Mae salió a su encuentro.

—Mujer.

—Está en la casa —le dijo Mae al ver que el visitante buscaba a su alrededor con la mirada. Recordaba a ese joven soldado, lo había visto sentado a la izquierda de McLavert.

—Mejor. Le he traído algunas cosas —James puso el saco en el suelo.

—Gracias.

—Esto…él..no… —cómo decirle que Marcus no lo había mandado.

—Lo sé, es terco como una mula, pero todo se arreglará. Nacieron para estar juntos.

James solo asintió agradecido de encontrar en aquella anciana

mujer un aliado.

—Volveré en dos días, si antes no…

No terminó la frase, no quería pensarlo. Caminó hacia los caballos y ordenó a Kenn permanecer en el bosque hasta el día siguiente en que vendrían a relevarle.

Mae recogió el saco en cuanto el soldado se marchó y lo llevó a la casa. No se percató del nuevo acompañante que dejaban allí.

Morganne seguía acostada con el rostro vuelto hacia la pared. Tan solo los sollozos rompían su silencio, como había ocurrido durante el trayecto de la noche anterior. Su respiración se detuvo durante unos segundos. Tenía la sensación de que él estaba cerca, su corazón le respondía a la proximidad.

Marcus saltó a Caldestone. Lejos de ella, lejos de la tentación de saberse descubierto. Sabía que James le desobedecería y se alegró por ello. Se había escondido en el bosque con la esperanza de verla, pero ella no había salido. Sabía que le había sentido, pues su sangre reconoció la cercanía y aún así, ella

no quiso verle.

Desde Londres, Lucien Laverty apretó los dientes tanto como sus puños. Sentía el dolor de su hermano, la agonía por aquella separación, la necesidad de su alma. Quería decirle que luchara por ella, si tanto la amaba,¿por qué se rendía? Sin embargo, contuvo su rabia. Había aprendido la lección y la diosa no perdonaría una segunda intromisión. Tras los dientes apretados, se escondía una maldición hacia la diosa que no salió.

—Lucien, se dará cuenta de que Morganne le ama, dale tiempo a ambos —Thara abrazó a su esposo para consolarle. Si Marcus no reaccionaba ella misma le daría con la verdad en las narices.

—No haremos nada —le regañó a su esposa antes de besarla.

—Vamos pequeña, tienes que comer algo —le dijo Mae junto a la cama, alargó la mano para apartar el cabello y soltó una maldición—. Estas ardiendo. Morganne, ¿desde cuando tienes fiebre?

—No lo sé.

Mae corrió por agua y los paños para bajarle la fiebre y tras ponerle una compresa en la frente corrió a preparar un brebaje para bajar la fiebre. Debía de ser por el cansancio y el dolor de la pena.

La anciana permaneció todo el día junto a su hija, intentó bajarle la fiebre y nada funcionó. Su alta temperatura corporal le producía convulsiones. Por primera vez, Mae se sintió asustada, su hija estaba enferma y ella nada podía hacer. Ni siquiera pedir ayuda. Encendió una vela cuando la luz se fue apagando fuera. La

noche ya había caído y todo seguía igual.

Mojó de nuevo el paño en el agua fría y le limpió el sudor de la cara. Lo metió en el barreño para refrescarlo antes de ponérselo en la frente y el agua se oscureció. Arrugó el entrecejo extrañada, pero no le dio mucha importancia, quizá el agua ya estuviera así. Colocó el paño y se levantó a coger más. Recelosa, observó el líquido mientras lo vertía en la jofaina, estaba cristalino y encambio el que ella había tirado era oscuro. Incluso hizo otro paño, con las enaguas blancas que Morganne se había quitado al llegar.Arrojó el trapo de la cabeza al suelo y humedeció el nuevo. Inquieta, limpió las mejillas sonrosadas por la fiebre y volvió la tela para mirarla. Sus ojos se abrieron como platos, estaba oscura. El rostro de su hija expedía alguna clase de liquido oscuro. No llegaba a ver el color por la poca luz de la vela, pero estaba segura de que era de ella.

Retiró la manta que cubría la cama para comprobar asustada que toda ella estaba igual de oscura. El cuerpo de Morganne se agitó con brusquedad y Mae se alejó de ella.

El trapo quedó en su mano y la luz de la vela le reveló el color: rojo.

—¡Ahhhh! —gritó Mae asustada, ¿qué estaba sucediendo allí? Su hija sangraba.

Acercó la vela a la cama para comprobar si tenía alguna herida que ella no hubiera visto. Tal vez se había dañado en el viaje. Si el demonio la había tocado lo mataba.

Con todo el cuidado que los saltos del cuerpo de Morganne le permitieron, desnudó a su hija. Su piel estaba inmaculada y sin embargo cubierta por un tenue rastro de sangre, como si la hubieran sumergido en ella.

—Señora del mar —rogó en un murmullo—. Cuide de ella. Por favor no permita que nada malo le suceda, cuide de ella— rogaba a cada rozar del trapo sobre la piel.

Abrazando un halo de esperanza, pensó que Morganne nunca había estado enferma, quizás ella se enfermaba así. Los seres del mar eran distintos a los humanos, tal vez su fiebre era así. Se agarró con todas sus fuerzas a ese hecho y entre lágrimas y ruegos limpió una y otra vez el cuerpo de su hija hasta que las fuerzas la abandonaron y cayó exhausta a su lado cuando el sol comenzaba a despuntar el alba.

Marcus pasó la noche en la cueva, sentado frente a la mesa de piedra que presidía la estancia. Sus ojos clavados en la sábana, que como un tesoro guardaba allí abajo. Era lo único tangible que le quedaba de ella. Lo único que nadie más podría tener.

Aún en la hermética gruta, el sufrimiento de Morganne le acompañó toda la noche. Le recordaba el suyo propio. El vacío que había dejado casi formaba ya un abismo en su corazón.

Morganne despertó desorientada. Su madre dormía en una silla a su lado. Había olvidado que faltaba una cama, qué desconsiderada había sido.

—Mae, tiéndase un rato.

—Hija, ¿estás bien? —preguntó Mae sorprendida.

—Sí, aunque quisiera un baño.

Mae miró a su hija, parecía recuperada de su extrañaenfermedad después de tantos días con fiebre.

James bajó el saco de su montura y esperó a que la vieja Mae acudiera a recogerlo. Era ya la… había perdido la cuenta de las veces que había ido a esa cabaña. Las visitas se hacían cada vez más pesadas y embarazosas. La anciana nunca preguntó por Marcus y él nunca lo hizo por Morganne. Era un mutuo entendimiento y un mudo pesar. Los días se sucedieron y tras ellos las semanas. Marcus estaba desaparecido muchas horas al día y las que estaba presente ni siquiera parecía un hombre.

Darius había ido a verle en innumerables ocasiones pero no trataban el tema, el castigo de la diosa hacia Lucien pesaba sobre ellos.

—Buen día, señor Crawford.

El saludo de Mae le sobresaltó.

—Señora Mae.

—¿Podría llevarle algo a Alhana?

James arrugó el entrecejo extrañado.

—A la señora Hazel.

—¡Oh, sí! —exclamó James, ahora si sabía a quién.

—Dele esto, ella entenderá.

James tomó el pequeño hatillo de hierbas que Mae le entregó y lo metió en su saco. La vieja no quería darle explicaciones y él no las iba a pedir.

—Madre, nadie tiene que saberlo —le advirtió Morganne en cuanto el jinete se marchó y su madre volvió dentro.

—Créeme, solo ella entenderá el mensaje.

Morgannese envolvió en el manto McLavert y salió fuera. Tomó aire y llenó sus pulmones del aire fresco del bosque. Del aire fresco del bosque y de un olor que identificó con rapidez. Evitó mirar hacia los árboles que se erguían frente a la cabaña aunque su corazón se aceleró emocionado.

La cueva había dejado de ser una opción para evitar aquella

agonía, de lo único que lo aislaba era del resto del mundo, no de ella.

Vigilarla era ahora el nuevo plan. Durante los días siguientes, Marcus permaneció invisible a los ojos de todos y se convirtió en un visitante permanente del bosque. Por el día se apoyaba en un árbol y esperaba a que ella saliese. Sus tareas eran casi rutinarias: atender las aves del corral, ordeñar las ovejas y recoger leña.

La primera vez que la siguió hasta el lago donde se bañaba fue el peor de todos los momentos.

—Ni se te ocurra moverte de ahí —le dijo al guardia.

Las rocas estaban vacías como cuando él fue a buscarla con James. Estaba tan cerca de ella que la oyó decir:

—Madre, agua para mí.

Y el hueco formado por las piedras se llenó.

«Un misterio resuelto» pensó Marcus sonriendo.

Las prendas de ella cayeron al suelo y Marcus dejó de respira. Tenía ante él la imagen de la ninfa. Esa imagen que ya le quitó el aliento antes de haber saboreado la suave unión de sus muslos, antes de haber visto el tenue dibujo de las escamas que había sobre sus piernas, antes de haber estado en ella.

Sabría Marcus que ella le sentía cerca. Desde aquella noche en la que abandonó Caldestone y las fiebres la enfermaron, algo cambió en ella.

Le había seguido desde el bosque, le oyó hablarle al guardia que, por cierto, no sabía que estaba allí. Dejó caer su ropa al suelo antes de meterse en el agua y no una vez dentro como siempre hacía. De esta forma le torturaría con la visión de su desnudez esperanzada con hacerle reaccionar. Le sintió acercarse hasta casi rozar su cuerpo. Su aliento le erizó la piel y le calentó su interior.

Marcus retrocedió asustado, ella le percibía, eso era imposible. Ella no era como Thara, no estaba convertida. Huyó del lago y se refugió como un cobarde en la cueva, lejos de ella, lejos de la tentación.

Morganne le sintió irse o más bien su alma, su corazón, su interior que lloró a causa del vacío y de la necesidad. Sus lágrimas tiñeron el agua.

Marcus gritó en la cueva, expresaba un dolor que le partía el alma. No podía estar sin ella, no podía seguir escondido, ansiaba tocarla, tenerla en sus brazos, estar en su interior. Quería tenerla en su cama cuando se durmiera, verla al abrir los ojos, quería… quería … maldita sea, quería a esa mujer en su vida.

—¡Marcus! —gritaron en su mente. Darius le buscaba.

No era el mejor momento para atender a su hermanastro, su rostro estaba surcado por regueros de la sangre que vertían sus ojos, pero la urgencia de su voz le impidió ignorarle.

—Dime.

No hubo respuesta.

—Darius —esperó sin recibir nada—. Darius.

Marcus se acercó al caldero preocupado. Darius no respondía. Colocó sus manos alrededor e invocó su poder de visión. El caldero no tardó en mostrarle a Darius arrodillado y con las manos apoyadas en el suelo, ejercía su magia. Blackstone le miró y sus labios se apretaron tanto que la linea de su boca desapareció.

—¡Morganneeeee! —gritó Marcus al desmaterializarse. La mano de la diosa estaba tras el silencio de Darius, estaba seguro, solo por eso callaría, solo por eso intervendría Danu—. ¡Morganne!

Morganne se giró asustada y sobresaltada, Marcus había aparecido de la nada y gritaba su nombre.

—Morganne, ¿estás bien? —preguntó alterado mientras la tomaba entre sus brazos y la hacía girar para verla bien.

—Marcus, Marcus, me asustas. ¿Qué sucede? —McLavert recorrió con sus manos los brazos de Morganne y su espalda en un examen exhaustivo—. Marcus, ¡Para!

Incapaz de controlar la preocupación y la ansiedad dejó de tocarla como ella le había pedido.

—Darius… Danu… tú. Te amo, te amo y no quiero perderte.

Las palabras salieron en tropel por su boca mientras la atraía hacia él con brusquedad y la apretaba con fuerza.

—Marcus, me haces daño, para.

Aquello era lo que más deseaba en el mundo y aunque ahora lo tenía, el abrazo de Marcus la asfixiaba.

—Lo siento… —se disculpó y aflojó el abrazo sin soltarla—. No puedo controlarlo, creí… Darius… No quiero perderte, otra vez no.

La boca de Marcus se cernió sobre Morganne en un beso brusco y posesivo que ella correspondió con la misma ansia. Un acto que expresaba los días, las semanas de separación, el dolor pasado.

Un dedo empezó a martillear en el hombro de Marcus. Con los ojos rojos de ira, miró a su interrupción.

—McLavert, habla.

Morganne sonrió por la orden de su madre.

—Amo a su hija —le contestó a Mae al tiempo que agarraba a Morganne por la cintura y la atraía hacia él.

—Alabado sea el cielo, por fin lo has visto —se burló Mae elevando los brazos.

—¿Marcuus?

—Lo siento, he sido un necio y mis emociones me han traicionado. Lo siento...te amo… lo siento… te amo.

Marcus acompañaba cada palabra con un beso, llenando a Morganne de besos por todo el rostro que enmarcaba con sus manos.

—Marcus, ¿qué ha sucedido? —preguntar quizás no fuera la mejor opción pero necesitaba saber.

—Darius, mi hermano, me llamó… —comenzó a explicarle antes de apretarla de nuevo contra su pecho— cuando contacte con él no me respondió así que busqué en el caldero su imagen …

—¿Dónde? —preguntó Mae, a ella el caldero le sonaba a magia.

—Custodio un caldero mágico, a través de él veo otros lugares y otras personas. Cuando vi a Darius extender su poder y me miró para decirme algo pero su boca se borró —el abrazo se ciñó sobre Morganne con más fuerza—. Eso solo podía significar una cosa, iba a hablarme de ti y la diosa que nos maldijo no se lo permitió. Pensé que te había pasado algo —le dijo apartándola para mirarla— y mi corazón se volvió loco. Morganne te amo y quiero estar a tu lado si me lo permites.

—¿Visible?

Marcus le miró sorprendido, no se había equivocado ella le había sentido. Su respuesta fue asentir y estrecharla de nuevo.

«Borraré de tu mente a Neill con mi amor y mis besos» dijo solo para su mente.

«No podrás hacerlo» la contestación de Morganne fue un jarro de agua fría.

—McLavert, llévame con Alhana. Aquí sobro —le pidió Mae.

Un pestañeo fue lo que Marcus necesitó para ir y volver, para dejar a Mae en la alcoba que había compartido con su hija en Caldestone y estar de nuevo junto a ella.

—¿Por qué? —preguntó antes de que su cuerpo cogiera consistencia.

Morganne lo tomó de la mano y lo condujo a la cama, se sentó y le ofreció asiento a su lado. Marcus dudó en sentarse por temor a romper el mueble, pero finalmente se sentó despacio y con cautela.

—No podrás borrar a Neill de mi vida porque él forma parte de ella. Me crié con él y nos ayudó mucho a lo largo de todos estos años.

—¿Me dejas verlo? —Marcus le mostró las manos y las colocó sobre la cabeza de Morganne cuando ella le dio permiso.

Su magia se llevó los recuerdos de Morganne sobre Neill, los

juegos inocentes de niños, los regalos que le hacía, trozos de tela y otras tonterías pero que la hacían feliz. Aquel hombre las había ayudado a levantar la casa el invierno que un temporal la derribó, había proporcionado comida cuando el frio no permitió a Mae salir. El amor por Morganne lo fue volviendo posesivo y violento.

—¿Pero tú…? —Marcus no apartó las manos.

—Nunca lo amé. Nací con él y mi cariño era el de una hermana hacia un hermano.

Su contacto se llevó los sueños de Morganne, él había ocupado cada sueño, cada noche él la había hecho vibrar de emoción. Con los años ella se enamoró de ese hombre al que solo veía en sueños.

—Tú…

—Ya te amaba desde antes de conocerte. Me enseñaron a amarte cada noche.

Morganne cogió las manos de Marcus y las colocó sobre su regazo.

—Felicidad o desdicha, ¿qué conseguirás tú, joven Marcus? —la voz de la diosa resonó en la cabaña. Morganne se acercó a Marcus.

—Felicidad, ¿me darás felicidad? —preguntó Marcus asustado.

—Te he dado algo más.

A la respuesta de la diosa siguió el movimiento de la mano de Marcus que se elevó para formar una imagen: Darius arrodillado y sus manos extendidas. Los ojos de Marcus se abrieron sorprendidos. La boca de Darius se abrió para decir:

—Somos seis. Vamos a siete.

Y desapareció. La cabaña quedó en silencio. Las pupilas de Marcus se movieron a ambos lados para asimilar la información. Se levantó del lecho y caminó pensativo.

—Somos cuatro, Lucien, Darius e Iam. Lucien convirtió a Thara, eso nos hace cinco. La sexta puedes ser tu —le dijo al girarse— pero no sé cómo convertirte. ¿Siete? Otra mujer…¿significa eso que uno de nosotros no conseguirá felicidad?

Morganne hizo sus propios cálculos: ellos eran cuatro y esa tal Thara cinco, la sexta era ella y el séptimo…

—¿Convertirme? ¿Eso qué significa?

—Soy inmortal, no moriré y tú…

Marcus volvió a sentarse junto a ella, la idea de verla morir. Su cuerpo se estremeció.

—El caldero sabrá cómo.

La cueva les recibió a ambos. Marcus les había llevado directamente junto al caldero. Soltó la mano de Morganne y se colocó ante el *coire dagdae*. Entonó los cánticos y esperó respuesta,

una respuesta que no se mostró como él esperaba.

—Marcus… No sé si eso puede ser ahora… Tal vez sea peligroso para…

Una diminuta risa brotó del caldero. Era lejana y pequeña, como si su dueño fuera algo minúsculo.

Morganne sonrió, lo había oído y no solo en el objeto mágico de Marcus.

—¡Estas en cinta! —Marcus gritó y Morganne movió la cabeza afirmando—. ¡Estás en cinta!

—Lo siento, yo no…

—Estas en cinta —el grito de Marcus se convirtió en carcajada —. El bebé lleva mi sangre… mi sangre… mi sangre está en tu cuerpo… ¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—Has pasado por el cambio sola —el dolor que atravesó a Marcus fue tan fuerte que llegó hasta Morganne—. ¿Cuándo has estado enferma? Sudando sangre, ¿has llorado sangre?

—La noche que me marché. Mae dice que estuve tres días enferma y que las mantas se manchaban de sangre.

—Mi amor, lo siento. Fui un bruto no debí dejarte sola, lo siento, Morganne.

—Dices que el bebé hizo eso —Morganne se acarició el vientre y la risilla volvió a sonar.

—Es lo mejor que ha podido pasar. Nuestro hijo se ha encargado de darte la inmortalidad.

Felicidad, tendría felicidad para toda la eternidad pensó mientras la besaba. Iba a ser padre, eso sí que nunca lo hubiera pensado. Iba a ser padre, los de su raza podían procrear. Era el hombre más feliz de la tierra.

—Creo que debemos salir, tenemos visita. Mis hermanos nos esperan fuera.

Morganne arrugó la nariz tras una sonrisa, conocería a la familia de Marcus.

Marcus la tomó en brazos, la escalera no permitía el paso de dos personas y él no se iba a separar de ella.

No se había equivocado, en cuanto atravesaron la pared, el bullicio de los presentes les asaltó.

—Marcus.

El abrazo de su hermano le llenó de felicidad. Una felicidad compartida y recíproca.

—He tenido que traerlos. Tu hermano tardaría siglos en llegar —se burló Iam.

Lucien apretó los dientes pero no dijo nada.

—Ella es Morganne. Mi hermano…

— Lucien Laverty—interrumpió— cuarto conde de Barlay a su servicio, milady Lucien se inclinó en una pequeña reverencia.

Morganne se sorprendió al ver el parecido entre ellos. Eran iguales.

—Thara Barlay. Me alegro de conocerte.

—Darius Blackstone, Lord Blackstone a su servicio, medio hermano de estos dos —su saludo fue seguido de una desaparición de apenas unos instantes.

—Iam Blackstone, jefe de sí mismo, dueño de nada y no me pongo a sus pies pues no sirvo a nadie.

Thara se acercó a Morganne.

—Aprenderás a lidiar con estos cuatro. ¡Estás encinta!

Morganne se tocó el vientre y miró a Marcus que se acercó a ella y la rodeó con su brazo.

—Vamos a ser papás —anunció.

Los vítores ocultaron las miradas furtivas de Lucien y Thara.

Marcus tomó la boca de Morganne y la selló con sus labios como esperaba estuviera su corazón, sellado con amor para toda la eternidad.

FIN

EPÍLOGO

La respiración de Darius se detuvo y su corazón dejó de bombear. Su parte mágica se agitó y sacudió su cuerpo.

—¡No está! ¡La piedra de Fal no está! —gritó Darius.

—¿Cómo? —preguntaron sorprendidos todos. Darius desapareció durante unos segundos.

—La piedra de Fal no está, ni siento su presencia.

Darius no esperó ni dio más explicaciones, simplemente desapareció.

—Iam, llévala a casa —ordenó Lucien y le entregó a Thara—. Quédate en la cueva —le dijo a Thara.

…